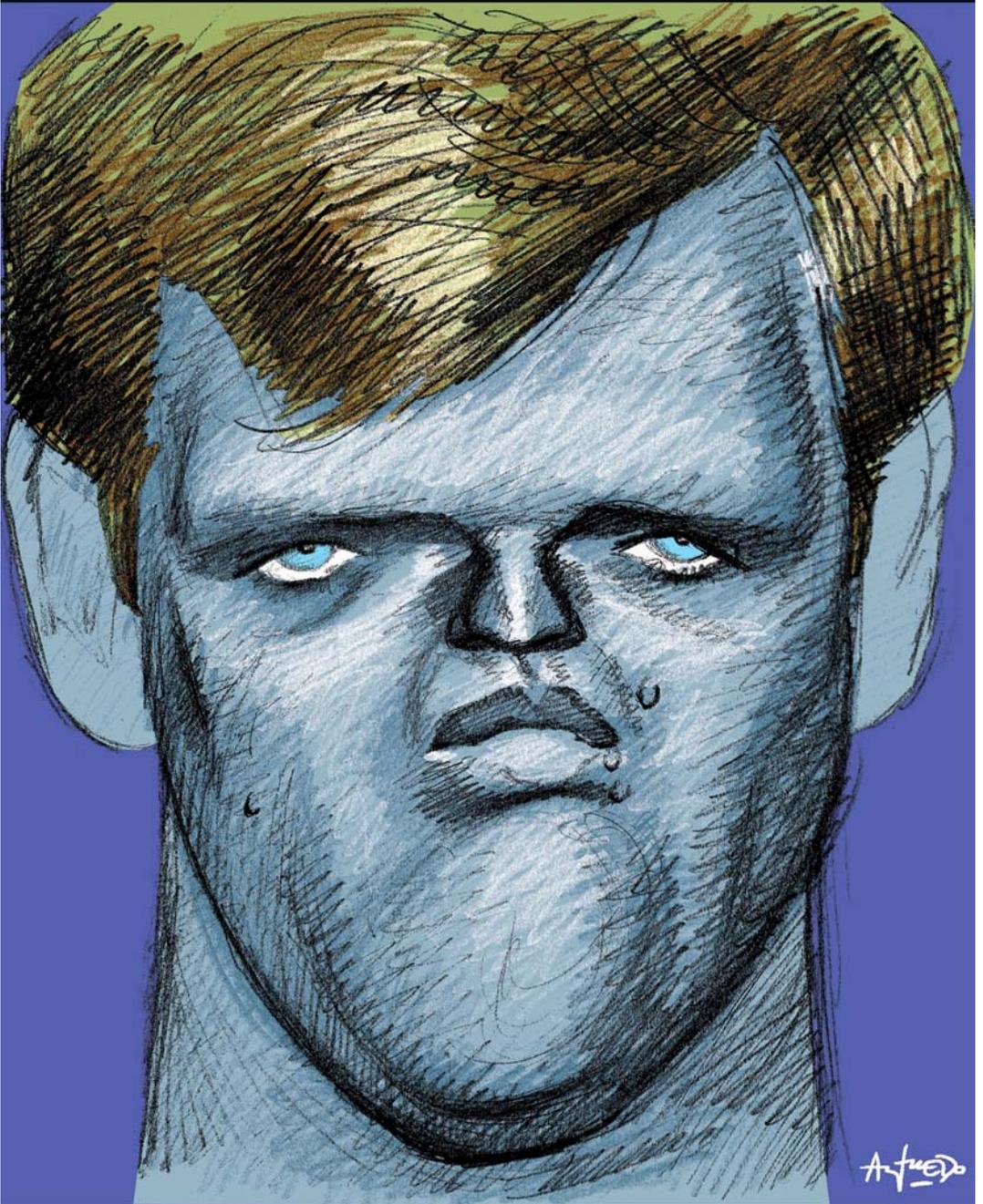


UKI GOÑI



EL INFILTRADO

Tapa: Alfredo Sabát
(Gracias Alfredo)

Queda hecho el depósito
que previene la Ley 11.723

© Uki Goñi

Edición original:
Judas: La verdadera historia de Alfredo Astiz, el infiltrado
Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1996
ISBN 950-07-1197-4

Uki Goñi

EL INFILTRADO

Edición 2011

PRÓLOGO 2011

*Es ridículo y malicioso otorgarle la calidad de experto a Uki Goñi.
Sencillamente sus escritos no son creíbles y son tendenciosos.*
Alfredo Astiz, 14 octubre 2011

Con 34 años de demora, Alfredo Astiz fue hoy finalmente condenado a cadena perpetua por su abominable asesinato de madres y monjas, el crimen más emblemático de los varios miles cometidos por los monstruos de la ESMA.

Lo fue en parte debido a éste libro, originalmente publicado en 1996, en el cual me propuse reconstruir en forma cronológica y desapasionada la infiltración de Astiz entre las primeras Madres de Plaza de Mayo y el grupo de jóvenes que venían a vernos al Buenos Aires Herald durante 1977.

Quedé fuertemente sorprendido al enterarme que el libro era evidencia en el juicio.

Nadie me había alertado aún del hecho cuando el 27 de enero del 2010 acudí al Tribunal Oral N° 5 para escuchar la lectura de la acusación de la fiscalía contra los ex oficiales de la ESMA.

Eran enjuiciados, entre otros crímenes, por el secuestro de los “12 de la Santa Cruz” (tres madres, un padre, un hermano y una hermana de desaparecidos, dos monjas francesas y cuatro miembros de Vanguardia Comunista) que se reunían en la Iglesia Santa Cruz.

No me imaginaba siquiera que ese día escucharía las palabras de mi texto citadas recurrentemente en la acusación a la que se pasaba lectura. Hacía rato que el libro estaba fuera de circulación y pensaba que ya nadie se acordaba de él.

Para evitar suspicacias de parte de los desconfiados de siempre, no quise republicarlo durante el transcurso del juicio. A la vez, mucha gente me insistió que sería importante su disponibilidad como referencia histórica. Es por eso que finalmente me pareció lo más correcto ofrecerlo, ahora que el juicio ha finalizado, para su descarga gratis online.

Lo que aquí sigue entonces es su versión original, sin correcciones. Solamente quisiera referir muy brevemente algunos hallazgos nuevos que considero importante tener en cuenta al leer aquella versión de 1996:

El secuestro de Remo, páginas 79-81: Luego de publicado el libro finalmente pude entrevistar a Silvia Labayrú, la secuestrada en la ESMA que acompañó a Astiz presentándose como su hermana. Me confirmó que fueron efectivamente ella y Astiz los que acudieron al atelier de Remo Berardo en La Boca en una cita que para el pintor resultaría tristemente fatal.

15 people grabbed, página 97: Robert Cox y yo teníamos el recuerdo de un joven rubio que acudió al Buenos Aires Herald y sospechábamos que pudiera haber sido Astiz, pero fue recién durante el juicio hoy concluido que una testigo confirmó nuestra sospecha, diciendo que ella, sobreviviente del grupo que se reunía en la Santa Cruz, había ido al Herald con Astiz a informar sobre desapariciones.

Una cuestión de familia, página 107: La versión sobre un seguimiento de la infiltración por detenidos en la ESMA me fue negada por Graciela Bonpland en conversaciones posteriores a la publicación del libro, con argumentos suficientes para considerar esta versión errónea.

Los 12 traslados, páginas 111-112: En el 2005 el Equipo Argentino de Antropología Forense comprobó que cinco cuerpos que aparecieron en las costas de Santa Teresita el 20 de diciembre de 1977 pertenecían a Azucena Villaflor, Esther Careaga, María Ponce de Bianco, Alice Domon y Ángela Auad, cuyos huesos mostraban evidencia que sus cuerpos habían sido arrojados al mar desde un avión. La versión que las monjas habían sido hundidas en el lecho del Delta del Tigre es por lo tanto incorrecta, a menos que algunos de los siete restantes integrantes del grupo sufrieran éste destino.

Alfredo Astiz, página 165: Astiz nació el 8 de noviembre de 1951, no el 17 de noviembre de 1950.

Dos nombres figuran incorrectos. Angela Auad aparece como Aguad, Julio Fondovilla como Fondevilla

He agregado solamente un testimonio nuevo a partir de la página 221, después del libro original. Se trata del resultado de la reveladora entrevista que finalmente conseguí con Silvia Labayrú, demasiado tarde para su inclusión en la edición del 1996.

Uki Goñi

Buenos Aires

26 octubre 2011

Agradecimientos

Por las generosas entrevistas concedidas:

Juan Aberg-Cobo (padre)	Miguel Ángel Lauletta
Juan Aberg-Cobo (hijo)	Berta Lennie
Latisi Aguad	Santiago Lennie
Lydia Almeida	Vinci Mastrogiácomo
Alejandra Almirón	Raymond McKay
María Adela Antokoletz	Horacio Méndez Carreras
María Lidia Arias Zeballos	Chela Mignone
Victor Basterra	Emilio Mignone
Lucía Berardo	Elena Mitjans
Aída Bogo	Beatriz Neuhaus
Padre Héctor Botán	Josefa Noia
Ana María Careaga	Marta Ocampo de Vázquez
Jesús Careaga	Alicia Oiberman
María del Rosario Cerrutti	Padre Hugh O'Neill
Nélida Chidichimo	Lilia Orfanó
Carmen Cobo	Silvia Ortega
Nora Cortiñas	Jacinto Oviedo
Robert Cox	Juana Oviedo
Antonia de Cristina	Juana Pargament
Graciela Daleo	Lila Pastoriza
Cecilia Devincenti	Pablo Picón
Nora Elbert	Patrick Rice
Renée Epelbaum	Mort Rosenblum
Celina Galeano	Adolfo Scilingo
Eustacio Galeano	Maco Somigliana
Carlos García	Mecha Trombini
María Julia Gard	Marcela Valle de Scilingo
Ana Giménez	Cecilia Vázquez
Susana Gudano	Sylvina Walger
Ragnar Hagelin	Derek Wilson
Tex Harris	Luis Zamora
Amavela Horane	Todos los invisibles
Padre Bernardo Hughes	

Por su apoyo en Europa y las citas de Sara Solarz de Osatinsky e Yvonne Pierron. a Alberto Marquardt.

Por acercarse al *Buenos Aires Herald* durante 1977:

A todas las primeras madres, especialmente Azucena Villafior, Renée S. de Epelbaum y María Esther Ballestrino de Careaga. A Jesús Careaga, Horacio Elbert, María Lidia Arias Zeballos de Elbert y al Padre Fred Richards.

Por estar:

A las Madres Línea Fundadora y las Madres de Hebe Bonafin. A María Cristina Caiati, del CELS. A Horacio Méndez Carreras, Luis Zamora, Joe Goldman, Silvana Boschi, Martín Granovsky, Juan Gasparini, Alberto Lennie y Roberto Baschetti.

Por querer:

A Kaitlin Quistgaard, mi compañera durante los largos meses que duró esta investigación, a Santos Goñi y Victoria Marengo, quienes recién ayer se enteraron de la existencia de este libro; a la Bratislavenka, tendida a mis pies.

"Estoy cansado e indignado de estas denuncias continuas en contra de mi persona. Son denuncias fabricadas. Por lo tanto, señor Presidente, voy a estudiarlas con tiempo para poder demostrar la falsedad de estas denuncias."

De la declaración indagatoria prestada por Alfredo Astiz ante la Cámara Federal en lo Criminal y Correccional de la Capital Federal el 26 de febrero de 1987.

Prólogo

"Those that I fight I do not hate,
Those that I guard I do not love."

W. B. YEATS
An Irish Airman Foresees his Death

"Astiz hubiese sido un gran guionista", susurré en el oído de un visitante durante la misa, conmemorando los 18 **años** desde los secuestros de la Iglesia de la Santa Cruz. Bajo la majestuosa nave del templo ingresaba una procesión **de vecinos** alzando pancartas con los nombres de los 12 desaparecidos que alguna vez se reunieron en la parroquia.

Veníamos del tenebroso jardín de la iglesia, dominado por el gran Calvario que presenció el beso con que Judas traicionó a las Madres de Plaza de Mayo. Pensábamos en la pintoresca casa de Quinquela Martín en el barrio de La Boca, donde el infiltrado se reunía con la monja francesa.

El libreto fue escrito en escenarios excepcionales y adquiere en el relato tintes de tragedia shakespeariana. Religión, amor, traición, identidades falsas, muerte. El espanto desea ser arte.

Ésta no es, sin embargo, una ficción. Es un minucioso intento de reconstrucción de la infiltración de las Madres de Plaza de Mayo por la Armada Argentina en 1977. Basado esencialmente en testimonios de primera fuente recogidos durante 18 meses de investigación.

Una periodista británica alguna vez me comentó la incomodidad que le causaba la costumbre argentina de realizar entrevistas en cafés. La confesión íntima en el espacio público. Para este libro he gastado largas horas en distintos recodos de Buenos Aires grabando cintas que rechinan de tortura, crueldad y monjas muertas, tratando de no cruzar la mirada con las mesas vecinas.

Agradezco a los que nunca callaron. Me inclino con humildad ante los familiares de los secuestrados, que jamás se escudaron tras un arma, que me han tenido paciencia y que han hablado sin cobardía.

A la vez, he digerido amargamente largas diatribas ideológicas para poder extraer de esos inmenso globos de soberbia y

autojustificación aunque sea un gramo de testimonio útil, tallando grietas milimétricas en los solidificados muros del silencio.

No creo en la obediencia fingida ni en la violencia revolucionaria. Hay un solo demonio con distintos nombres. Es la muerte hambrienta que devora a tontos y sabios con igual apetito. Seduce con empeño a defensores del orden y a suicidas ideológicos con tal que le arrimen víctimas a su puerta. Para la muerte, todo fanatismo es indistintamente bello.

Creo en la necesidad de justicia, la que no busca castigar al criminal, un fin secundario, sino paralizar al monstruo que éste engendra con su abominable acto, que lo excede y lo sobrevive.

No me ha sido develada la identidad exacta del personal que aplicó las últimas inyecciones y piloteó los últimos vuelos, si es que así ocurrió, en estos 12 asesinatos. Calculo que son aproximadamente 50 personas, Astiz entre ellas, las que custodian ese secreto. Es cuestión de esperar.

El siguiente intento de reconstrucción surge del aporte testimonial y documental obtenido. En cuanto a las personas nombradas, no se les asigna la responsabilidad que la referencia del caso pudiera sugerir, en razón de que tal facultad es privativa de la Justicia. Los hechos ocurrieron hace largos años en una tierra sin ley. No se excluye la posibilidad de errores.

UKI GOÑI
Buenos Aires
17 octubre 1996

Con una dedicación especial a mi tío tatarabuelo, *Tomás Espora*.

Antesala

"La primera mujer embarazada que fue llevada a la ESMA había en repetidas ocasiones pedido a Astiz arreglar que ella fuera transportada. Astiz, quien había llegado a sentir simpatía por la mujer, se mostró entonces muy conmovido y le había dicho que lo que tenía que hacer era todo lo posible por quedarse. En una oportunidad posterior Astiz le había confiado a la mujer que los transportes llevaban a la muerte y le exhortó que no dijera nada a nadie sobre eso."

MARTÍN GRAS
Testimonio ante la Embajada Sueca en Madrid
4 junio 1982.

Silvina Labayrú fue secuestrada en pleno Barrio Norte el 29 de diciembre de 1976. Tenía apenas 20 años y estudiaba en la Facultad de Historia de la Universidad del Salvador. Era de clase acomodada, alta, rubia y tan atractiva que sus compañeros de secundaria todavía hoy se conmueven al oír pronunciar su nombre. En el Nacional Buenos Aires era célebre como la segunda más linda del colegio. Era parienta del General Bernardino Labayrú, amigo del asesinado ex presidente militar Pedro Eugenio Aramburu. Su padre era oficial retirado de la Fuerza Aérea e ingeniero de vuelo de Aerolíneas Argentinas. Su marido, Alberto Lennie, era hijo de un importante ejecutivo. Labayrú estaba embarazada de tres meses cuando la levantaron.

Las fuerzas intervinientes fueron unos diez miembros del GT332 de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada. El hecho ocurrió a las 18.15 horas en la intersección de Azcuéna-ga y Juncal, una esquina poblada de transeúntes que presenciaron el rapto. Los marinos se trasladaban en dos o tres automóviles Ford Falcon y una camioneta camuflada. Labayrú logró identificar a dos de sus secuestradores, un tal alias Camilo ("rubio, alto, ojos claros") y un alias Panceta ("bajo, más bien gordo," probablemente el Capitán de Fragata Lynch Jones).

El tiempo de viaje fue de apenas quince minutos, directo por Libertador hasta la ESMA. El robo consistió en un allanamiento con destrucción en su domicilio legal y el saqueo de

numerosos muebles y objetos de un depósito. Un sobreviviente de la ESMA relata que la joven embarazada proclamaba a los gritos que era hija de un militar.

Fue la ahora senadora por la Capital Federal, Graciela Fernández Mejjide, quien el 30 de julio de 1984 tomó el testimonio de Labayrú en la Embajada Argentina en Madrid, número 53 del Paseo de La Castellana. Juntas fueron completando los casilleros de su Ficha de Desaparecido-Liberado y juntas firmaron la declaración que fue a engrosar los miles de testimonios que reunió la Conadep. Pero las escalofriantes trece fojas de su legajo cuentan sólo una mínima parte de la violencia que sufrió la militante de Montoneros hasta lograr su participación como infiltrada entre las Madres de Plaza de Mayo.

1977

Por eso en el juicio le grité:

"¡Judas!"

Después un periodista me preguntó:

"¿Usted le dijo Judas?"

"Sí. porque me besó para marcarme

en la Iglesia de la Santa Cruz

y Judas besó a Nuestro Señor."

"Pero Judas después tuvo otro acto

que no tuvo Astiz. Se suicidó."

"Qué lástima, no había pensado en eso."

NÉLIDA CARMEN FIORDELIZA DE CHIDICHIMO

En referencia a su reacción en la Cámara Federal
cuando Alfredo Astiz fue sobreseido por prescripción
en la causa Dagmar Hagelin en diciembre de 1986.

ENERO

"Me robaron todo, desde el calzón de mi señora hasta el magiclic de la cocina".

TESTIGO HUGO PASCULA LUCIANI
Juicio a las Juntas Militares

El rapto de los Lennie

La madrugada del domingo 16 de enero los dioses de la ESMA descargaron toda su furia sobre la familia de Santiago y Berta Lennie. El terror ha sido tal que, a pesar de sus declaraciones ante la Conadep y en el juicio a las Juntas Militares, todavía se desconoce la magnitud total de la violencia a la que fueron sometidos por la Armada Argentina.

Santiago es un ejecutivo exitoso, con un Mercedes Benz estacionado frente a su casa de Belgrano R, un hombre discreto y amable, de ascendencia escocesa, de los *british* de la zona de Azul, en la provincia de Buenos Aires. Berta es un ama de casa cariñosa, que ha ayudado a la economía familiar manejando una Estanciera de transporte escolar cuando los tiempos han sido económicamente difíciles.

Había 13 personas pasando el fin de semana en la quinta de los Lennie en City Bell cuando, a las cinco de la madrugada, irrumpieron los militares.

"Eran como cincuenta efectivos, colgados de los paraísos, sobre el tanque de agua", dijo Santiago cuando él y Berta finalmente aceptaron relatar su caso. Los soldados, armados hasta los dientes para ocupar una quinta de familia, buscaban desesperadamente a la hija mayor de la pareja.

"No encontramos a María Cristina, sólo hay tres Lennie", escucharon gritar a los soldados.

"Un vecino que estaba tomando mate a esa hora temprana vio todo, cómo se prendieron los reflectores y aparecieron esos hombres y nos sacaron de adentro", cuenta Santiago.

"No me atreví a moverme ni para bajar el mate", dijo este vecino. "Cuando terminó me fui para dentro y le conté a mi esposa lo que había visto, cómo se los llevaban. Decidimos no contarle nada a nadie".

Berta va perdiendo la incomodidad que le produce relatar los detalles de su desventura.

"Fue humillante. Estaba en camisón y me hicieron desnudarme frente a tres hombres".

"No se preocupe, soy médico", dijo uno.

"Esas alhajas déselas a su mamá, para que no se las roben los hombres", agregó otro. Los soldados se llevaron todo lo que pudieron encontrar.

"Eran ladrones. Agarraron a la hijita de la mucama y le pusieron una pistola a la cabeza, preguntándole dónde estaba María Cristina".

"Lo único que sé es que esta familia es la gente más buena del mundo y que María Cristina es la más buena de todas", los desafió la empleada.

"A todos nos ataron con tiras de sábanas que obtuvieron destrozando las que estaban en la casa, en la que robaron todo cuanto tenía valor; como en el fondo de la quinta estaba estacionada nuestra casa rodante me pidieron las llaves de la misma y luego de romper todo revisaron brutalmente hasta el último rincón, como ya habían hecho en la casa principal, apropiándose de cuanto había", relató Berta ante la Conadep varios años después.

"Hubo detalles en el secuestro de City Bell", prosigue Santiago. "Estábamos todos tirados boca abajo en el piso de la cocina mientras ellos revisaban la casa. Me acuerdo que arriba de la heladera había un televisor blanco y negro, marca Sony, de 12 pulgadas. Uno de los hombres se lo quería llevar diciendo que le vendría bien para su casa. Pero otro más honesto se paró enfrente de la heladera y le dijo que mientras él estuviera ahí no lo iba a tocar".

"Somos soldados, no ladrones", escupió.

Berta y Santiago fueron subidos a un Dodge Polara de su propiedad ("que tampoco recuperamos nunca más") mientras que su hija Sandra, de 17 años, fue subida a uno de los 10 autos en que se desplazaba el grupo. Los tres fueron llevados directamente a la ESMA.

La tortura de Sandra Lennie

El secuestro cinematográfico de los Lennie fue el comienzo de una historia de terror igualmente digna de lo más escalofriante de Hollywood. Santiago y Berta, encapuchados, fueron obligados a permanecer en la sala de interrogatorios mientras su hija Sandra era torturada salvajemente por los hombres de la ESMA. Junto a ellos, también encapuchada y sin que lo supieran, se encontraba su nuera Silvina Labayrú,

cuyo paradero desconocían desde el día de su desaparición.

Los secuestros de los Lennie y de Labayrú constituyeron cuatro de las 69 privaciones ilegítimas de la libertad "con violencia y amenazas" y la tortura de Sandra Lennie uno de los 12 casos de tormentos por los que fue condenado el ex comandante de la Armada Emilio Massera en el juicio a las Juntas Militares en 1985.

"Está probado que a Sandra Lennie se la mantuvo clandestinamente en cautiverio en la Escuela de Mecánica de la Armada, y que allí fue sometida a algún mecanismo de tortura ... delante de sus progenitores, ratificando tal afirmación la testigo Silvia Labayrú de Lennie ... que estuvo presente junto a sus suegros, todos sentados en el recinto donde se procedió a torturar, encapuchados, oyendo cómo gritaba la causante a raíz de las torturas que fueron infligidas por sus captores. con el objeto de obtener información sobre el paradero de su hermana María Cristina Lennie", sentenció la Cámara Federal de Apelaciones.

"Yo fui a bañarme pocas veces porque era denigrante", relata Berta. "Íbamos las mujeres en camisón en fila india encapuchadas con las manos sobre los hombros de la de adelante".

Fue parada en esa fila que Berta se reencontró con su nuera. Sintió cómo la mujer que la precedía le bajaba las manos y las ponía sobre su panza de embarazada.

"Soy Silvina", susurró una voz.

"Me desmayé y se vinieron abajo conmigo las que iban encadenadas atrás y adelante".

Los Lennie, aunque fueron mantenidos separados, no tardaron en darse cuenta de adónde habían sido llevados. En un momento a Berta se le cayó la venda de los ojos y pudo ver la Avenida Lugones por una ventana, mientras que su esposo Santiago vio toallas con la insignia de la Armada. Silvina tuvo la triste tarea de confirmarles dónde estaban. Les refirió además que, debido a su conocimiento de idiomas, los marinos la obligaban a hacer trabajos de traducción.

"Era todo una locura. Nos acusaban de ser Montoneros ¿Pero no chequearon con mi empresa quién era yo, cómo vivía, dónde trabajaba?", reclama Santiago. "Querían que María Cristina se entregara a cambio de nuestra liberación, y ella casi lo hizo, pero los abogados de mi empresa le dijeron que si lo hacía entonces no nos iban a liberar nunca".

El testimonio de los Lennie acerca de su estadía en la ESMA está exento de todo tinte político.

"Sí, fuimos huéspedes", fue la primera y lacónica admisión de Santiago en, la puerta de su casa antes de que la pareja aceptara hablar en detalle sobre su experiencia.

"Te traían el mate con la bombilla y si te demorabas en tragarlo te pateaban, a veces estaba hirviendo y te quemabas toda la boca. No sabías si te iban a dejar ir al baño cuando necesitabas, así que cuando llamaban para las duchas, que era infrecuente, yo siempre me anotaba".

Santiago fue testigo de muchas cosas.

"Adentro de ahí vi a Norma Arrostito, que yo creía estaba muerta".

Es imaginable la sorpresa que le causó al ejecutivo encontrarse en esas circunstancias frente a una participante del asesinato en 1970 del General Arafnburu. En todos los diarios del país se había anunciado el mes anterior la muerte de la legendaria líder montonera en un enfrentamiento armado.

"¿Es ella?", preguntó Santiago.

"No me comprometa con eso", contestó el guardia.

"Era un tema muy peligroso".

Me equivoqué

"Yo quedé destrozada en medio de una catástrofe general".

NORMA SUSANA BURGOS
Legajo Conadep 1293

La noche del miércoles 26 de enero una caravana compuesta por tres Ford Falcon y un Chevy azul partió de la ESMA. En uno de los Falcon iba Norma Susana Burgos, una militante montonera de 25 años, secuestrada en Ramos Mejía esa misma tarde y sometida a torturas en el sótano de la ESMA por el Capitán (R) Francis William Whamond en presencia del recientemente ascendido Teniente de Fragata Alfredo Ignacio Astiz. En la mitad de la sesión se presentó también el Teniente de Navío Antonio Pernías, que venía de aplicar tormentos en la sala de al lado. Para tapar los alaridos de los interrogados sonaba a todo volumen música de Joan Manuel Serrat, Los Beatles y Julio Iglesias.

Los autos enfilaron a la casa de los padres de Burgos, en la localidad de El Palomar, y arribaron a las 22.30 horas. El objetivo era capturar a María Antonia Berger, una importante oficial de Montoneros. Los marinos habían averiguado que la sobreviviente de la masacre de Trelew de 1972 solía visitar a Burgos allí.

Luego de allanar el lugar los autos partieron. Dejaron en ese sitio a seis operativos de civil con chalecos antibala al mando de Astiz y se llevaron a Burgos de vuelta a la ESMA. Sus aterrorizados padres, juntos con una pequeña nieta, vieron cómo los hombres iban tomando posiciones de combate.

A las tres y media de la madrugada, Astiz con uno de sus hombres cruzó a la casa de enfrente. Los moradores recuerdan cómo el hombre alto, rubio, de ojos celestes, mostró brevemente su credencial de la Marina mientras su acompañante apuntaba con una ametralladora. Hicieron una inspección ocular y antes de partir Astiz previno a la señora que podría haber disparos al comenzar el día, recomendándole resguardar a sus hijos en un lugar protegido. Al rato volvieron. Habían dejado olvidada una bolsa con granadas.

Fue alrededor de las ocho y media de la mañana del jueves 27 cuando Dagmar Hagelin, una muchacha sueco-argentina de 17 años, llegó caminando a la calle Sargento Cabral 317. La adolescente había conocido a Burgos dos años antes en la playa de Villa Gesell, donde solían veranear los Hagelin. Hacía pocas semanas que una pequeña hija de la mujer, Victoria Eva, había muerto accidentalmente al ingerir un raticida. La joven madre había quedado devastada y Dagmar la visitaba regularmente para confortarla.

La puerta se abrió repentinamente y Dagmar se vio encañonada por un grupo desde adentro de la casa y desde afuera por el Teniente Astiz, que apareció por un pasillo lateral. Aterrorizada, pegó media vuelta y salió corriendo. El teniente, secundado por un cabo de la subcomisaría de El Palomar, de apellido Peralta, salió tras ella. Dagmar cruzó en diagonal agarrando la calle Pampa, aventajando a su perseguidor por unos 30 metros.

"¡Parate, flaca, si no te tirol", gritó Astiz, poniendo rodilla en tierra.

Sólo hizo falta un disparo. Dagmar cayó de bruces sobre la vereda con un impacto a la cabeza. Astiz se incorporó y corrió hacia donde yacía desmayada, manteniéndola apuntada con su pistola. La calle se llenó de vecinos. Peralta amenazó con su arma a un matrimonio que había presenciado el hecho, exigiéndole al marido las llaves del taxi Chevrolet estacionado frente a su casa. Introdujeron a Dagmar en el baúl del taxi, doblando su cuerpo para que entrara. La chica despertó y levantó las manos tratando de evitar que le bajaran la tapa.

"Quedate quieta, flaca. Tranquila, que te voy a llevar a curar al Churruca", le mintió Astiz. Peralta se sentó al volante con el teniente al lado y partieron raudamente, creyendo haber cumplido exitosamente el objetivo encomendado.

Ese mismo día Burgos fue bajada encapuchada del tercer piso de la ESMA a un cuarto del sótano que oficiaba de enfermería. Cuando le levantaron la capucha vio a Dagmar en una camilla, con una herida sobre la ceja izquierda y un derrame rojizo bajo sus ojos. Junto a ella estaban Whamond y Astiz, con otros oficiales. Era obvio que algo había salido mal.

Astiz le preguntó a Dagmar cómo estaba, informándole que él había disparado la bala que le rozó la frente. También le comentó que ambos se parecían, por su cabello rubio y el tipo nórdico. Burgos reconoció junto a la camilla el pantalón, una camisa de varios colores y las sandalias de su joven amiga. Se le permitió intercambiar algunas palabras con ella. Al ser retirada Burgos de la habitación por Astiz y Whamond, éstos admitieron que el teniente se había equivocado.

"Es que la suequita se parece a la Berger", dijo Astiz.

El que no cometió ningún error fue el padre de Dagmar, Ragnar Hagelin, quien esa misma tarde se acercó a lo de Burgos preocupado porque su hija no había llegado a almorzar. Reponiéndose rápidamente del golpe emocional que le causó el testimonio de los vecinos, Hagelin recorrió las comisarías de la zona hasta averiguar que la ESMA había pedido zona libre allí para un operativo que planeaba desarrollar justamente en la dirección de Burgos. Al día siguiente Suecia presentó su primer reclamo ante el Estado argentino. Casi 20 años después, continúa esperando una respuesta satisfactoria.

¿Profesionales?

Es una oportunidad demasiado tentadora. Santiago Lennie es un exitoso ejecutivo, un hombre que para prevalecer en la guerra de los negocios seguramente ha sabido pesar talentos y debilidades de aliados y enemigos. Es además un hombre medurado, culto y observador, sin animosidades ideológicas que nublen su percepción de los marinos con quienes convivió tan de cerca. Más bien, representa perfectamente el papel de un miembro del *establishment* que vacilaría mucho antes de cuestionar algún aspecto del Proceso de Reorganización Nacional.

¿Basado en sus observaciones dentro de la ESMA, Astiz y los miembros del Grupo de Tareas parecían cracks expertos, profesionales en la lucha antisubversiva?

"No eran expertos en nada. Eran unos asesinos enfermos brutísimos", responde sin pestañear.

FEBRERO

"La motivación es la codicia de poder, de dinero, de prestigio."

RENÉE EPELBAUM
Madre de Plaza de Mayo

Liberación de los Lennie

El miércoles 9 de febrero fueron liberados Santiago y Berta Lennie. Pero esto no significa que el GT332 hubiera abandonado su enfermizo propósito de que la pareja de alguna manera entregara a su hija María Cristina. A tal efecto, la Marina mantiene a su hija menor Sandra como rehén en la ESMA, mientras aloja a Santiago y Berta en el Ayacucho Palace Hotel (esquina de Ayacucho y Peña), donde son rigurosamente controlados y no se le permite a Santiago concurrir a su trabajo. Es tal la sed de sangre de los marinos que incitan a la pareja a concurrir a los lugares donde habitualmente se encontrarían con María Cristina para así tratar de lograr su captura.

Este sadismo demencial halla su eco 18 años después en la figura de Berta, que se descompone en llanto al relatar la historia. Desaparece por la escalera y vuelve al poco tiempo trayendo fotos de su hija. Santiago pone cara cómplice, de estar acostumbrado a estos vaivenes, pero no puede evitar que le brillen los ojos a medida que se desparraman las fotos sobre la mesa.

"Santiago se peleaba con ella, hasta la echó de casa una vez".

Es que María Cristina era asombrosamente bella.

"Nos peleamos por política, siempre nos peleábamos. Pero ella volvía todo el tiempo, era la más cariñosa de todas. Tenía ideales pero no andaba en nada. Mi mujer le chequeaba la cartera siempre cuando iba al baño y nunca encontró nada. Trabajó con el Padre Mugica en la villa de Retiro, ayudaba a los pobres. Ése fue su crimen".

Santiago parece aliviado por la oportunidad de contar las pequeñas anécdotas que la sociedad le obliga a callar.

"Un día íbamos por Bernardo de Irigoyen y Avenida de Mayo y desde un taxi tiraron un perro a la calle. María Cristina se puso muy mal. Medía un metro setenta y cinco y era muy mona. Insultó al taxista, que siguió viaje, mientras ella recogía

el animal. En seguida se armó un grupo alrededor y ella pidió si no había nadie que pudiera hacerse cargo del pobre bicho. Un señor dijo que era veterinario en Villa del Parque pero que no podría llevárselo porque no tenía plata para un taxi. María Cristina empezó a organizar una colecta entre los que miraban. Me alejé un poco porque si no el taxi lo iba a terminar pagando yo. Al final juntó la plata y paró uno. Pero el taxista no quería llevar el perro. Ella le dijo tantas cosas al pobre chofer que al final aceptó aunque de muy mala gana".

MARZO

"Ángel rubio de la muerte,
de qué poco te sirvió
el himno, Jesús, la bandera
y el sol que te vio".

LEÓN GIECO
Mensajes del alma

El cerco de terror

La situación de los Lennie en marzo era de un terror más allá de lo humanamente soportable. Su hija de 17 años, torturada en su presencia, permanecía como rehén en la ESMA, junto con su nuera embarazada. Mientras tanto, ellos vivían semiliberados en un hotel de Barrio Norte, donde la Marina los empujaba a entregar a su hija María Cristina para matarla. Su casa de City Bell, saqueada: su Dodge, robado como botín de guerra. Es sorprendente que en tales condiciones hayan podido juntar la fortaleza necesaria para lograr la liberación de su hija menor.

"La circunstancia de haber reconocido el lugar donde estábamos detenidos salvó la vida de mi hija Sandra, porque ella había quedado como rehén cuando nos dieron la libertad a nosotros; eso le permitió a mi esposo hablar con un alto jefe naval y casi un mes después Sandra también salió", dice el legajo de la Conadep 7382.

Efectivamente, Sandra fue liberada en un descampado el domingo 6 de marzo. La liberación de los tres Lennie permitió que el padre de Silvina Labayrú se enterara dónde se encontraba su hija, con lo cual comienza una campaña frenética para lograr su liberación también. Aunque trató de hacer valer su propia condición de aeronáutico e invocaba el nombre de su pariente, el General Labayrú, estaba destinado al fracaso, ya que Silvina resultó un bocado demasiado apetitoso para los marinos. Además de bella, cumplía un valioso trabajo de traductora en la ESMA, donde Astiz y sus compañeros se retorcián de disgusto y se peleaban entre ellos cada vez que el *Buenos Aires Herald* o algún medio del exterior comentaba sus andadas.

Judas

El primer testimonio referente a la infiltración de Alfredo Astiz entre los parientes de los desaparecidos pertenece a Nélida Fiordeliza de Chidichimo, quien recuerda haberlo conocido en una iglesia del centro, probablemente en el mes de marzo. Astiz se acercó a la nuera de Chidichimo, quien estaba con su beba recién nacida.

"¿Y vos a quién tenés desaparecido?", preguntó.

En un momento pellizcó a la nena.

"¡Qué rica!"

Cuando salieron de la iglesia la joven sintió una inquietud.

"¿Oíme, no te parece que este chico es de los servicios?"

"No", se asustó Chidichimo, "por favor, decime cualquier cosa menos eso".

El primer testimonio con fecha precisa de la infiltración data recién del mes de junio, cuando Astiz asiste a una misa por los desaparecidos en la Iglesia de la Santa Cruz. Pero los demás testimonios recogidos para este libro y en la causa judicial pertinente indican que para entonces Astiz ya había logrado una sorprendente mimetización con los parientes de los desaparecidos, lo cual sugiere que la infiltración empezó algún tiempo antes con acercamientos como el que aquí se relata.

"Astiz se infiltró con nosotras diciendo que era Gustavo Niño Vela, pero después se sacó el Vela porque le parecía mucho, así que quedó Gustavo Niño", recuerda Chidichimo, quien siguió viéndolo en reuniones que hacían las madres en iglesias.

"En algunas iglesias nos echaban, otras nos admitían. Rezábamos el Rosario y empezábamos a repartir papelitos, o a hacer notas, sentadas en los bancos".

La madres nunca planeaban de antemano dónde se reunirían.

"Hoy vamos a la Iglesia de Santa Rosa. Hoy vamos a tal otro lado", era como arreglaban sus citas, siempre sobre el momento, para que no se filtrara la información.

"Pero siempre se filtraba. Claro, lo teníamos a él ahí".

So near and yet so far

El padre de Silvina Labayrú era compañero y amigo del marido de Nélida Chidichimo, otro ex miembro de la Fuerza Aérea y piloto de Aerolíneas Argentinas. Ambos compartían el calvario de buscar a un hijo desaparecido. Durante un corto tiempo unieron esfuerzos, inclusive juntos aprovechaban sus

vuelos internacionales para comprar chucherías en el exterior que luego llevaban a las casas de sus compañeros militares, en la esperanza de abrir así una puerta por la cual sacar a sus hijos del cautiverio.

"Labayrú se acercó a mí y a los grupos de derechos humanos para tratar de liberar a su hija, hasta que nació su nieta en la ESMA y entonces se alejó para siempre de nosotros", dice Ricardo Chidichimo.

El padre de Labayrú no podía saber en marzo cuán cerca estaba de su hija, quien pocos meses después comenzó a asistir a las reuniones de las Madres de Plaza de Mayo acompañando a Astiz. Durante su infiltración, el marino trabó amistad con Chidichimo y su mujer, quienes vieron a Silvina varias veces sin saber de quién se trataba, ya que nunca la habían conocido personalmente.

ABRIL

El nuevo intendente de Buenos Aires, el Brigadier Osvaldo Cacciatore, me mostró la plaza y dijo: "¡Vamos a terminar con las demostraciones que se hacían en Plaza de Mayo, vamos a poner canteros con flores!"

ROBERT COX
Ex editor del *Buenos Aires Herald*

Números

No eran las Madres todavía, eran solamente un grupo cada vez más abultado de mujeres cuyos hijos habían caído en las garras del Proceso, deambulando de una oficina a otra en busca de respuestas que nadie quería dar. Los porteros y policías de la Plaza empezaron a decirles "las locas" debido al alboroto que causaban frente a la Casa Rosada, esperando ingresar por la puerta de Balcarce 50 al Ministerio del Interior, que había ideado un sistema macabro para recibir sus denuncias. Su presencia, que ya se había hecho sentir en los últimos días del gobierno de Isabel Perón, disgustaba sobremanera a los militares del Proceso.

El periodista inglés Robert Cox, editor del *Buenos Aires Herald*, fue testigo de aquel tumulto secreto que ningún diario argentino osaba investigar.

"Yo escribía para *Newsweek* y *The Washington Post*, fue en esos medios en los que primero conté lo que ocurría en la Argentina, ya que hubiese sido demasiado peligroso publicarlo en el *Herald*. Un día, yendo a entregar una nota en el edificio Safico, de la calle Corrientes, donde estas publicaciones tenían sus oficinas, me encontré con la señora Beatriz Román, quien tenía a su marido secuestrado. Fue el primer caso concreto de una desaparición del que tuve conocimiento".

El encuentro desenmascaró ante Cox el verdadero horror de la represión y lo enfrentó con el aún más terrible hecho de que la prensa argentina había decidido cerrar sus puertas al tema.

"En el *Herald* rápidamente descubrimos, y no puedo creer que los otros periódicos no lo hayan hecho, que se estaba secuestrando, torturando y asesinando a un gran número de personas".

Cox oyó que parientes de desaparecidos dormían frente a la Casa Rosada para lograr una de las diez audiencias diarias que concedía el Ministerio del Interior.

"Me acerqué hasta allí una noche y sin decir que era periodista me quedé hablando con esa gente. Me abstuve de publicar algo sobre el tema en un primer momento esperando lograr una explicación del gobierno".

El intento de apelar a la inexistente conciencia moral del Proceso obtuvo una respuesta inesperada y fulminante cuando un grupo de policías armados ingresó a las oficinas del *Herald y* se llevó a Cox, a las 17.30 horas del viernes 22 de abril. Fue acusado de violar las leyes antiterroristas con una nota en primera plana del día anterior, publicada bajo el título "Montoneros press conference in Rome".

"Estaba prohibido mencionarlos por sus siglas. Teníamos que llamarlos el bando declarado ilegal o decreto tal y tal, esas designaciones confusas cuando no se permitió mencionar a Montoneros o al ERP por sus nombres".

Cox fue alojado en la Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal en la calle Moreno 1417, donde fueron detenidas ilegalmente unas 2.000 personas durante los años del Proceso. Allí vio con estupor una esvástica de dos metros pintada en la pared de acceso a las celdas. Se le obligó a presentar su declaración desnudo ante los oficiales.

El arresto causó pánico entre los corresponsales extranjeros. Sucedió a menos de una semana del secuestro del editor de *La Opinión*, Jacobo Timerman. Sonaron las alarmas en las redacciones más importantes del mundo. Gracias a ello y a la reacción vigorosa e instantánea de la Embajada norteamericana, Cox logró su liberación al día siguiente.

"Muy probablemente sea el único hombre liberado un sábado", ironizó en una nota a los pocos días James Neilson, el columnista del diario.

Otros periodistas cedieron ante presiones menores y acataron la consigna "El silencio es salud" que formaba parte del razonamiento del Proceso. No fue el caso de Cox. Al poco tiempo escribió un editorial contando lo que ocurría en la puerta de la Casa Rosada.

"Bajo el gobierno anterior, el Ministerio del Interior otorgaba 10 números por día para los parientes de los desaparecidos. Como éstos se otorgaban a las 10 de la mañana cuando abría la Casa de Gobierno, penosos grupos de personas pernoctaban en la Plaza de Mayo para conseguir un talón. Después del golpe se hizo necesario pasar toda la noche (desde las 22 horas) en la plaza para conseguir un número".

Más adelante, en un intento por deshacerse de las molestas madres, los militares mudaron la oficina que recibía sus

denuncias a la esquina de Moreno y Diagonal Sur, donde hoy se aloja la Subsecretaría de Derechos Humanos.

Stella Mans

La idea de llevar el reclamo por los desaparecidos directamente a Plaza de Mayo nació la semana siguiente al arresto de Cox. La encarnó Azucena Villaflor de Devinenti, por lo cual es considerada la fundadora de Madres. El hecho ocurrió en la Capilla Stella Maris, sede del vicariato castrense, vecino al Comando en Jefe de la Armada en la avenida Comodoro Py, atrás de la estación Retiro. María Adela Gard de Antokoletz recuerda cómo llegó allí buscando a su hijo Daniel, un destacado abogado de prisioneros políticos que había desaparecido unos pocos meses antes.

"En Stella Maris había un sacerdote que le decían monseñor sin que fuera obispo, Emilio Teodoro Grasselli, que recibía a todo el mundo, a las católicas, las no católicas, las ateas, las judías".

En la capilla de la Armada se había montado también un siniestro sistema para atender a los parientes de los desaparecidos. Debían atravesar varios controles, incluyendo un mostrador donde las mujeres eran obligadas a dejar sus carteras.

"Yo quiero ver a. Monseñor Grasselli porque tengo un hijo desaparecido", dijo la señora de Antokoletz.

"Señora, si usted fuma lleve los cigarrillos porque recién va a recuperar la cartera cuando se vaya", le avisaron los guardias.

"Así que las que fumaban sacaban sus cigarrillos. Se hacía todo un recorrido, eso es al costado de Stella Maris, y subiendo una escalera te recibía ese sacerdote que tenía un cuaderno y un fichero con el nombre de los desaparecidos".

Antokoletz, acompañada por una de sus hijas y su nuera, entró al despacho de Grasselli.

"Ah, sí, claro, claro. Es el defensor de Patricia", dijo el presbítero, refiriéndose a Patricia Borenszteln, la sobrina del comediante Tato Bore, quien estaba presa y era defendida por el hijo de Antokoletz. Grasselli obviamente tenía el caso en mente y comenzó a requerir datos sobre amistades y conocidos del desaparecido. A la salida, Antokoletz rió nerviosamente cuando su hija resumió su impresión de la entrevista.

"Sólo falta que le asomen las botas bajo la sotana".

Pronto quedó convencida de que lo de Stella Maris era solamente una farsa que recababa información para planear nuevos secuestros.

Gestación de Madres

Fue en esa trampa para los familiares de los desaparecidos donde se gestaron las Madres de Plaza de Mayo. En la memoria de Antokoletz quedó claramente grabada la imagen de aquel evento un día de la última semana de abril.

"Yo la conocí a Azucena en Stella Maris cuando mi hija me avisó que una señora estaba diciendo algo muy interesante y que me levantara para escucharla".

Por ser mayor que las demás madres, Antokoletz estaba siempre derrumbada en el primer sofá o asiento que encontraba. Se incorporó y fue a oír.

"Había una mujer mucho menor que yo hablando a una gente. Me agrego a ese grupo de hombres y mujeres, y jóvenes había también. Era en un banco donde daba la vuelta, donde hacía la escuadra para ir a ver a Grasselli".

Antokoletz se puso a escuchar.

"Todo esto que hacemos, venir acá, los hábeas corpus, las entrevistas, las idas a la policía y a los regimientos, todo es inútil", decía Azucena. "Nada de eso nos va a llevar a nada. Lo que tenemos que hacer es ir a Plaza de Mayo. Acuérdense que cuando la gente quería saber, en todos los distintos pasos de la historia, se ha reunido en Plaza de Mayo. Vamos a Plaza de Mayo, y cuando seamos bastantes, porque desgraciadamente vamos a ser en seguida bastantes, porque es mucha la gente que está desapareciendo, vamos a atravesar la plaza, vamos a cruzar la calle, nos vamos a meter en Casa de Gobierno, no nos vamos a dejar rajar por nadie, y vamos a llegar a Videla. Porque Videla no debe saber el alcance que está tomando esta terrible represión".

Antokoletz hoy se asombra ante la ingenuidad de creer que el General Jorge Rafael Videla, quien ejercía la presidencia del país, haría caso a los reclamos de los familiares.

"Ella estaba tan confundida como las demás madres, pero nos pareció que tenía toda la razón del mundo".

Ese día en Stella Maris se encontraba también Pepa Noia, cuya hija había sido secuestrada poco antes. Noia vio cómo Azucena se paró y encaró a los familiares allí reunidos.

"Tendríamos que juntarnos todas. Tenemos que ser miles", le escuchó decir. Noia recuerda cómo entre las madres presentes acordaron reunirse en la plaza ese mismo sábado.

"Era gente desorientada, que lo único que tuvo fue cohesión y no vacilación en recibir a quien fuera porque tenía un desaparecido", dice Antokoletz. "Así el grupo se transforma en movimiento y de movimiento en asociación. Se puede transformar gracias a la torpeza militar que nos desprecia. Nos desprecia absolutamente desde el primer momento. Cuando se acuer-

dan, para fines del año 1977, somos un grupo que hubiera costado mucho deshacer, sobre todo ante los ojos del mundo, porque los jueves a la plaza iban los corresponsales extranjeros, o nosotros íbamos a las corresponsalías extranjeras".

Con una torpeza que resulta nada menos que asombrosa, hubo quien intentó deshacer a las Madres.

Nacimiento de Vera

Simultáneamente al llamado de Azucena a acudir a la Plaza de Mayo comenzaron las contracciones de Silvina Labayrú en la ESMA. Los partos en el campo de concentración eran atendidos por médicos del Hospital Naval y asistidos por un enfermero y por otras prisioneras. Terminaban generalmente en el asesinato de la madre y en la entrega del bebé a la familia de algún miembro de las fuerzas de seguridad.

Vera Lennie nació el 28 de abril de 1977. A diferencia de la suerte corrida por otras detenidas, este alumbramiento y las particulares circunstancias que lo rodearon evidenciaron el especial trato que comenzaba a recibir Labayrú a manos de los marinos. No hubo complicaciones. Se dice que los marinos, al ver que la chiquita había nacido rubia, festejaron con champagne.

"Silvina fue la mimada de su familia, después fue la mimada de los Montoneros", recuerda exagerando un tanto la nota un sobreviviente de la ESMA. "Finalmente se convirtió en la mimada de los marinos".

Marchan las locas

Pepa Noia fue la primera. Había quedado tan impactada con la propuesta de Azucena que no pudo dormir durante toda la noche pensando en la cita fijada para el día siguiente.

"El sábado me fui y me senté ahí en la base de la estatua de Belgrano. Me acuerdo que llegué dos horas antes. Me puse a fumar *y* fumar *y* no venía nadie. En eso veo unas señoras que se acercan, era María Adela Antokoletz con sus tres hermanas".

Aliviada, Nola se paró para hacer la pregunta en clave con que se reconocían las madres entre sí en esa época.

"¿Ustedes vienen por lo mismo que yo?"

A la primera reunión que tuvieron las Madres de Plaza de Mayo ese 30 de abril a las 15.30 horas llegaron 14 mujeres y una muchacha que no quiso identificarse. Antokoletz ha preservado una hoja con la lista de las asistentes.

Pepa García de Noia,
María Adela Gard de Antokoletz,
María Julia Gard,
María Mercedes Gard,
Cándida Gard,
Azucena Villaflor de Devincenti,
Élida Caimi,
Beatriz Aicardi de Neuhaus,
Renée S. de Epelbaum,
Mirta de Baravalle,
Haydee de García Buela,
Berta de Braverman,
Raquel Arscuchin,
Delicia de González,
y una chica que no dio el nombre.

"Ni nos conocíamos entre nosotras", dice Antokoletz. "La plaza estaba desierta, además justo en ese tiempo estaban poniendo veneno para ahuyentar a las palomas, así que ni palomas había".

Una mujer que la había venido siguiendo camino a la plaza se disculpó ante ella.

"La he seguido porque usted venía sin cartera".

Su hermana María Julia recuerda que acordaron dejar las carteras en casa para correr livianas si las perseguía la policía.

"Estuvimos un rato y nos dimos cuenta de que como era sábado no había nadie. Se decidió ahí mismo, por indicación de Azucena, cambiar el día por un viernes. Un mes después empezamos a ir los jueves. Pero la verdad es que ese primer sábado estuvimos paradas indecisas sin saber qué hacer".

Una muchacha se sumó a la plaza.

"Era del Partido Comunista y buscaba a su hermana", recuerda Noia. "Tendría unos 18 años. Alta, grandota, bastante gordita, de pelo castaño".

El PC había elegido una línea de apoyo crítico al gobierno de los militares y la muchacha sabía que se exponía a la ira de sus pares al acompañar a las Madres. Fue un acto de gran coraje para estas mujeres reunirse frente a la Casa Rosada esa tarde.

"Hasta hoy, cuando subo por la boca del subte hacia la plaza, se me hiela el corazón", le confesó una madre a un funcionario de la Subsecretaría de Derechos Humanos muchísimos años después. Sobreponiéndose al miedo, ese día las madres se adueñaron para siempre de la Plaza de Mayo.

MAYO

"Primero mataremos a todos los subversivos; luego mataremos a sus colaboradores; luego ... a sus simpatizantes; luego ... a quienes permanezcan indiferentes; y por último mataremos a los indecisos".

GENERAL IBÉRICO SAINT-JEAN
International *Herald Tribune*
26 mayo 1977

Un nanny diabólico

A Berta Lennie le falló el coraje cuando se presentó ante Graciela Fernández Mejjide el 27 de agosto de 1984 para relatar los crímenes cometidos por Alfredo Astiz contra su familia.

"Me moría de miedo y a último momento decidí no hacer la declaración ante la Conadep".

Pero Fernández Mejjide la frenó en seco.

"¿Su hija qué es para usted, una persona o una entealequia?"

"Ahí me decidí a hablar".

Aun así, el legajo 7382 sobre la desaparición de María Cristina Lennie recogió apenas la mitad del terror vivido. La otra mitad, la que revela cómo Astiz se convirtió en el nanny diabólico de la recién nacida Vera Lennie, fue relatada recién once años después para este libro.

"Mi nuera Silvina quería que Vera esté conmigo", dice Berta. "Pero los marinos de la ESMA la querían entregar a mis consuegros, los Labayrú. Así que fuimos a una rotonda, y ahí estaban el señor Labayrú con su esposa en un auto y otros autos que daban vueltas y vueltas. Primero le pasaron la nena a ellos. Vi a Silvina en otro auto, con cara de una amargura infinita y tratando de no mirar. Por la ventana de mi auto me la pasaron a Vera a mí".

La entrega de la beba fue el prelude de una relación enfermiza que Astiz mantuvo con los Lennie hasta prácticamente 1980.

"Astiz traía y llevaba a Vera de la ESMA a mi casa. Silvina a veces también estaba en una quinta que tenían los marinos. Astiz la llevaba de día para que esté con la madre y después la traía de vuelta para pasar la noche conmigo", cuenta Berta.

"Por eso lo conocimos tan bien", agrega Santiago.

Vera Lennie fue separada de su madre por primera vez en esa rotonda a los nueve días de vida. Fue el comienzo de un secuestro que se repetía cada vez que Astiz sacaba y entraba a la beba del campo de muerte de la Armada. Astiz construyó un cerco de terror alrededor de los Lennie. Con documentos fraudados en los talleres de la ESMA se hizo pasar por el marido de Labayrú y así engañó al sacerdote que la bautizó.

"Que no le salga mala como la mamá", les guiñó el sacerdote a Labayrú y a Astiz mientras echaba el agua bendita.

"Eso lo dijo el cura porque, no sé cómo, Silvina consiguió que fuera el mismo que la había bautizado a ella. Creo que Astiz nunca se enteró de ese detalle", relata Berta.

Después del bautismo, Astiz llevó a Vera a lo de Lennie, la entregó en la puerta, sin entrar, y partió rápidamente en el auto en que había venido con Silvina. Fue la primera ocasión en que Berta lo conoció.

Habían secuestrado a su nuera embarazada. Los habían llevado a ellos mismos a la ESMA y torturado a su hija en su presencia. Los habían tenido bajo libertad vigilada en el Ayacucho Palace Hotel mientras los empujaban a entregar a su hija María Cristina para matarla. La vida de su nieta recién nacida pendía de un hilo que controlaba Astiz. El terror apenas comenzaba.

El cerco se cierra

The proper thing was to kill yourself before they got you.
Undoubtedly some people did so. Many of the
disappearances were actually suicides.

GEORGE ORWELL
1984

El miércoles 18 de mayo, tras meses de desesperada búsqueda por parte del GT332, fue finalmente llevada a la ESMA María Cristina Lennie. Su cuerpo fue reconocido por Labayrú.

"Silvina idolatraba a su cuñada", cuenta un sobreviviente del campo de concentración. "Cuando se enteró de que los marinos la iban a capturar en una cita, pidió desesperadamente por ella, que la dejaran llamarla para que no fuera. Astiz le permitió acceder a un teléfono, pero no consiguió ubicarla. Astiz, quien sentía afecto por Silvina, le prometió que la iba a traer viva. En el momento de la captura, él derrumbó de un tackle a María Cristina, pero por efecto de la caída ella mordió la pastilla de cianuro que llevaba en la boca."

Los Lennie hoy sienten la desesperación de no poder comentar su caso con personas de su misma situación social, donde casi nadie cuestiona los crímenes aberrantes cometidos por el Estado argentino.

Berta: "El otro día vino a verme una amistad de hace muchos años. Me preguntó por María Cristina, que cómo estaba. Nadie le había contado nada en 18 años, nadie se atreve a hablar sobre nosotros y lo que nos pasó".

Santiago: "Hace unos meses estuve en una reunión de negocios y los otros ejecutivos se pusieron a hacer chistes sobre desaparecidos, chistes de muy mal gusto. Tuve que levantarme de la mesa. Uno de los presentes, un poco más sensible que los otros, vino a mi oficina a preguntarme si me sentía bien. Un mes después volvió pidiéndome perdón, que recién se había enterado de nuestro caso".

Del legajo 7382: "María Cristina fue secuestrada en el Mercado de Abasto, Agüero y Corrientes, el 18 mayo de 1977, a las 18 horas, por 10 personas al mando del entonces Teniente Astiz. Que Silvia Labayrú pidió en la ESMA donde, según manifiesta, vio el cadáver de María Cristina Lennie, que por favor lo entregaran a sus padres, cosa que no obstante habersele prometido al principio, después rechazaron por entender que podía facilitar alguna campaña de derechos humanos".

No es sorprendente el odio que los Lennie sienten por Astiz.

La Estanciera

Además de perder el Dodge Polara que les fue sustraído el día de su secuestro en City Bell, a los Lennie les habían robado una Estanciera de transporte escolar que era de su hijo Alberto.

"Veíamos cada tanto la camioneta pasar alrededor de casa con los marinos adentro", relata Santiago.

"Yo la manejaba en una época para ganar dinero extra y se la había dado a mi hijo", dice Berta. "Se la robaron en un procedimiento en la casa de él. Un día llamó Astiz y me dijo que me presente en Una esquina. Fui y ahí estaba con la Estanciera. Me dijo que teníamos que ir a la comisaría a declarar que la habíamos encontrado, aunque nosotros nunca la habíamos declarado como robada. Astiz fue manejando y yo al lado. Astiz sacó una pistola".

"Por si me causan problemas", dijo, refiriéndose a los policías de la comisaría.

"Estaba totalmente loco. Fuimos a la Comisaría 19. Entré a formalizar esta denuncia ridícula mientras Astiz esperaba afue-

ra. El principal mandó a un agente a inspeccionar la Estanciera que volvió diciendo que estaba como nueva, con gomas nuevas, recién pintada".

El principal no lo podía creer, creyó que le estaban tomando el pelo.

"Ningún auto robado vuelve así, siempre le roban las gomas, le roban todo", dijo, saliendo a inspeccionar la Estanciera él mismo. Al rato volvía junto con Astiz.

"Está todo bien señora, hagamos la denuncia", dijo.

Santiago: "Lo que pasó es que los marinos la cuidaron muy bien a la camioneta, aunque prefiero ni pensar para qué la habrán usado. Para secuestrar gente, seguramente".

Del legajo 7382: "Al cumplir la policía las formalidades del reconocimiento del vehículo encontraron debajo del asiento un arma de grueso calibre por lo que al preguntar a qué se debía eso, Astiz tomó la palabra e imperativamente, mostrando una credencial, se presentó como oficial de seguridad ... Que el oficial que hizo el trámite hizo chistes acerca de lo bien que los ladrones le habían cuidado el vehículo".

"Ojalá estos ladrones me robasen mi auto", dijo el agente.

Una tarde de 1996, en la cárcel U9 de La Plata, entrevisté al hombre que fue jefe de automotores en la ESMA durante 1977, el ex capitán Adolfo Scilingo.

"¿Usted se acuerda si entre los vehículos a su cargo había una Estanciera?"

"¡La Estanciera! Claro que me acuerdo. Una escolar".

"Esa Estanciera se la habían robado a una familia de apellido Lennie que estuvo desaparecida un tiempo en la ESMA. Parece que Astiz se la devolvió después."

"No sabía que había sido devuelta. ¿Le dijeron cómo estaba cuando la recibieron? Estaba perfecta ¿no es cierto?"

"Sí. Incluso, cuando Astiz obligó a la señora de Lennie a hacer la denuncia de robo, el comisario no les creyó que hubiese estado robada."

"Es que yo le hice la chapa, la dejé como nueva".

Berta en llanto: "Esto me ha devastado la vida. Perder a mi hija. Astiz es un asesino, es un degenerado, un loco, psicopático. ¿Qué creía? ¿Que devolviéndonos la camioneta se iba a ganar mi cariño?"

Astiz de Lennie

El comportamiento de Astiz puede leerse como un desesperado intento de pertenecer, de pertenecer y traicionar. Pretende

cobijarse al calor de las Madres. Pretende tener un hermano desaparecido. Desea ser un Lennie.

El jueves 26 de mayo el teniente y Silvina Labayrú se presentaron ante la circunscripción 8a del Registro del Estado Civil para formalizar el acta de nacimiento de Vera Lennie. Una vez más, Astiz porta el documento fraguado que le permite pasar por el marido de la desaparecida. La falsificación estuvo a cargo de Miguel Ángel Lauletta, un oficial montonero experto en fabricar documentación que, una vez capturado por la ESMA, fue obligado a poner sus habilidades al servicio de la Marina.

"Yo hice varios documentos falsos para Astiz", recuerda. "El de Lennie se usó solamente para anotar a la hija de Silvina".

El acta de nacimiento delata la crueldad de las circunstancias. La beba es anotada como Vera Cristina, recordando a María Cristina, recientemente muerta durante el procedimiento que comandó el propio Astiz. Con una vuelta de tuerca, la fecha de nacimiento es cambiada del 28 de abril al 18 de mayo, el día de la muerte de María Cristina. Como en el caso de la Estancia, Astiz parece ensayar una suerte de compensación, la nieta por la hija. El lugar de nacimiento también es falseado, de la ESMA a un departamento de los Labayrú en la Avenida del Libertador. Y Astiz presenta un certificado del médico Jorge A. Vázquez confirmando las circunstancias falsas del nacimiento.

Coincidentemente, Jorge Alberto Vázquez es el nombre de otro sobreviviente de la ESMA, médico y oficial montonero, llevado por primera vez al campo de concentración a fines del 76, también obligado a prestar colaboración a los marinos.

El acta fue rubricada por Elena Marta Mitjans, oficial público del Registro, quien se sorprende ante las molestias innecesarias desde el punto de vista legal que se tomó Astiz para certificar el nacimiento.

"Por esa oficina entraban unas 50 o 60 actas todos los días que eran atendidas por mesa de entradas y yo simplemente las firmaba al final de la tarde. En todo caso, no hacía falta la firma ni el documento del padre. Los hijos nacidos de matrimonio los puede anotar cualquier persona, el empleado de la clínica, el portero del hospital, es lo mismo. Lo único que se precisa es el certificado médico y la libreta de matrimonio y, firme el que firme, los hijos de la mujer casada se presumen que son del marido, es una presunción de la ley".

El increíble acta de nacimiento existe aún en los asientos del Registro Civil. Exactamente 18 años después, el 26 de mayo de 1995, la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires me entrega una copia fiel de la misma en la ventanilla de su Archivo General de la calle Jean Jaurés. Le pido a Berta Lennie que confirme su declaración ante la Conadep de que la firma A. Lennie aue figura al pie fue efectivamente fraguada por Astiz.

Luego de un largo silencio, asiente silenciosamente que no es la firma de su hijo. Y nunca pudiera haberlo sido.

"Yo ya me había ido del país en marzo", dice el verdadero Alberto Lennie.

JUNIO

100.000 disparus,
Lost in the jails of South America.

MICK JAGGER - KEITH RICHARDS
Undercover of the Night

¡Comunista!

El viernes 24 de junio se celebró una misa por los desaparecidos en la Iglesia de la Santa Cruz. Entre los asistentes se encontraban Lucas y Lilia Orfanó, que buscaban a dos hijos secuestrados y habían estado ellos mismos detenidos un tiempo en el Departamento Central de Policía de la calle Moreno. Los Orfanó fueron fundadores de Familiares, una entidad que funcionaba en la Liga por los Derechos del Hombre, en el quinto piso de un viejo edificio en la esquina de Corrientes y Callao. Desde sus comienzos en septiembre de 1976, Familiares se convirtió en un fuerte centro de apoyo para las víctimas de la dictadura. Les aconsejaban cómo presentar los hábeas corpus, dirigiéndolos a las oficinas de gobierno y dependencias militares correspondientes para buscar información sobre sus seres perdidos. A pesar de que todo el espectro político se daba cita allí, había quienes mantenían cierta distancia de Familiares debido a su vínculo con la Liga, que a su vez tenía vínculos con el Partido Comunista.

Después de la misa esa tarde de invierno, los asistentes se agruparon bajo el gigantesco Calvario que domina el jardín de la iglesia con el fin de intercambiar opiniones sobre nuevos pasos a dar en la búsqueda de sus desaparecidos.

Hasta el jardín fueron caminando los Orfanó, acompañados por una mujer de 39 años, alta, flaca, que hablaba con un casi imperceptible acento que podía parecer extranjero pero que muchos confundían como del interior. Había llegado a Buenos Aires desde la provincia de Corrientes unos dos o tres meses antes para lograr información sobre unas campesinas detenidas con quienes había vivido en el pueblo de Perugorria. En seguida se enteró de que muchísimas personas vivían dramas similares

al que la ocupaba y se interesó también por ellas. Después de todo, el lema de su congregación era ir allí "donde no haya nadie de la Iglesia". Vestía de civil pero era monja. Había llegado a la Argentina en 1965. Se llamaba Alice Domon.

Como era su costumbre, Lucas Orfanó tomó la palabra y se dirigió a los presentes.

"Tenemos que seguir juntos, tenemos que reunirnos para buscar respuestas", proclamó. Su vozarrón se esparcía por el jardín de la antigua iglesia.

"Ay, cómo grita, cómo pelea", susurró Lilia en el oído de Alicia. "Que se calle un poco, por favor".

"No, dejalo. Viene bien que hable", contestó la monja.

Orfanó continuó su proclama cuando de repente fue interrumpido por una voz igualmente potente que provenía de uno de los asistentes.

"¡No presten atención a ese señor, es un comunista, está haciendo política!"

Lilia Orfanó miró en dirección del entrometido y vio "un hombre rubio, joven y lindo físicamente", como lo describiría en 1984 ante la Justicia. Lo sigue recordando muy claramente mientras devora su cigarrillo una tarde gris de agosto de 1995. La acusación del joven era doblemente hiriente, ya que los Orfanó no eran comunistas, pero tampoco eran de los que le reprocharían a alguien serlo.

"Si éramos algo, éramos antiimperialistas", dice.

"¡Es un comunista, no lo escuchen!", repitió Gustavo Niño.

Otra madre que presenció esta escena a los pies del gran crucifijo fue Carmen Cobo, cuya hija Inés había desaparecido nueve meses antes.

"Me acuerdo que hacía frío, estábamos todos abrigados, parados ahí en ese jardín tan oscuro, perdidos bajo el follaje de los árboles. Era el lugar perfecto para un secuestro. Niño estaba con una muchacha que dijo era su hermana, aunque me extrañó que no se parecía en nada a él. Ella era de pelo oscuro, delgada, menudita. Estaba muy tensa, no hablaba. En cambio él me llamó mucho la atención por lo extravertido".

"¡Usted habla así porque es un comunista!", se acuerda Cobo que hirió el infiltrado.

"La acusación de comunista era ridícula. Lucas Orfanó era peronista. Me sorprendió también que el muchacho le levantara la voz a una persona mayor, aunque era obvio por el trato que ya se conocían de antes".

La falta de parecido con su supuesta hermana eventualmente preocupó al infiltrado, como indicaría Silvina Labayrú ante la Conadep.

"Al principio, lo acompañó un par de veces otra secuestrada. Luego, la secuestrada que hasta ese momento acompañó a

Astiz fue reemplazada por la declarante. Esta elección se debía, según se me dijo, a que yo tenía un aspecto físico y edad apropiadas para desempeñar el papel de hermana menor de Astiz. Además, la secuestrada a quien sustituí era esposa de un conocido dirigente político y podía ser reconocida. Mi persona en cambio no ofrecía ese riesgo".

Aunque Lucas Orfanó murió en 1986, su testimonio ante la Justicia dejó claro que no sentía mucha simpatía por el muchachito rubio. El intercambio acalorado de ese día en la Iglesia de la Santa Cruz no fue el primero entre ambos.

"Manifiesta que tuvo ocasión de ver a Niño e incluso de conversar con él en varias reuniones en las que coincidieron ... Manifiesta que entre las reuniones que se efectuaban y de las que participaban familiares de desaparecidos, algunas se realizaban en un local prestado por la Liga por los Derechos del Hombre. Que en ese local vio varias veces a Niño y él tomaba actitudes disociadoras ... Que recuerda ... una reunión en la Iglesia de la Santa Cruz en la cual se suscitó un notorio cambio de opiniones entre el declarante y Niño y durante el cual, este último hizo más ostensibles las insinuaciones que había vertido contra el declarante y por las cuales le imputaba intenciones políticas".

La misa de Mecha

La misa de ese día en la Santa Cruz fue pedida por Mercedes Minguillo de Trombini, quien tenía a su hijo recientemente desaparecido.

"La pedí a través de unas chicas de apellido Puebla, que tenían un hermano desaparecido desde enero del 77. Yo cosía y ellas eran clientas mías".

Una de las Puebla encontró a Trombini llorando.

"¿Que te pasa Mecha?"

"Se me llevaron a Eduardo".

"A lo mejor te conseguimos un lugar para hacer una misa".

"Me llevaron al Padre Mateo Perdía, el párroco de la Iglesia de la Santa Cruz, y yo hablé con él, todo muy escondido, muy metido, y le pedí una misa para el día 24 de junio, el día de San Juan. Fue un éxito, asistió un gentío, porque era la primera misa en Capital Federal por los desaparecidos".

Mecha se acuerda de que hubo incidentes.

"Se discutió cuando terminó la misa, aunque yo no lo presencié personalmente porque me quedé hablando con las Puebla. Pero había gente que a lo mejor eran infiltrados". Mecha se acuerda de que comentó el hecho ese mismo día con la señora de Orfanó.

"Esta gente fue mandada", coincidieron.

El sobrino *de* Astiz

En por lo menos dos oportunidades Astiz se presentó ante las Madres de Plaza de Mayo en compañía de un niño. Aída Bogo, madre de una desaparecida, se acuerda perfectamente del chico con quien el infiltrado concurrió a Tribunales el miércoles 29 de junio para colaborar en la presentación de un hábeas corpus conjunto en favor de 159 desaparecidos.

"Concurrimos al despacho del juez Rafael Sarmiento, con quien Azucena tuvo un entredicho muy violento. Éramos mucha gente, unas 150 personas, Gustavo Niño entre ellas. Iba acompañado de un niño. Dijo que el chico tenía nueve años y que era hijo de su hermano desaparecido. Era un chico morochito, gordito, de tez mate, de pelo corto y estatura mediana para su edad. Después de presentar los recursos fuimos a tomar un café con leche a una confitería que quedaba allí cerca y nos acompañó Astiz con el chico".

La presentación de los 159 recursos fue la primera acción resonante de las Madres y la lista de los beneficiarios fue publicada en su totalidad por los diarios *La Prensa* y *La Nación* al día siguiente.

"Astiz no presentó ningún recurso ese día, sino que vino a acompañarnos como un amigo", dice Bogo.

El arquitecto Vinci Mastrogiácomo, también con una hija desaparecida, recuerda cómo su señora solía ser acompañada por un amabilísimo Astiz para la presentación de los hábeas corpus.

"En una oportunidad, para una gestión que tenían que hacer ante Tribunales, mientras ella llenaba el formulario, él le tuvo la cartera y los cuadernos a mi mujer. Muy amable, ¿no?"

JULIO

"La derecha creará al revolucionario marxista que precisa para justificar su propia actitud represiva".

V. S. NAIPAUL
Entrevistado por ROBERT COX
Buenos Aires Herald
2 julio 1977

Gustavo Niño

"Era un carilindo, que nosotros lo cuidábamos", recuerda Nélica Chidichimo. "Se había hecho muy amigo de Azucena. Cómo sería de cínico, que la gorda, que era una mujer que estaba en todo, se dejó engañar. Se llamaba por teléfono con ella. ¿No te digo que' nos engatusó a todas? ¡Es que era riquísimo, agradable, qué moditos!"

Aunque la infiltración había comenzado algún tiempo antes -probablemente en marzo, cuando Chidichimo lo encontró por primera vez haciéndole muecas a su nietita en una iglesia del centro-, fue recién en julio que Astiz comenzó a caminar del brazo de las Madres en las rondas alrededor de la pirámide de la Plaza de Mayo.

"Entró directamente ahí a conversar", recuerda Nora Cortiñas. "Iba con una remera blanca, muy tostado de sol, rubión. Me llamó la atención que era invierno y que iba tan atlético, porque nosotras estábamos todas abrigadas, y él con el rostro tostado. Ese día, un jueves durante el mes de julio, entró a la plaza, se presentó, y se hizo un círculo alrededor de él".

Con cara de desorientado, Astiz solicitó ayuda a las Madres.

"Yo tengo un hermano desaparecido y mis padres no saben".

Azucena, muy nerviosa, le advirtió el peligro que corría.

"Mirá, acá no conviene que vengas".

Las Madres todas le advirtieron.

"Sos muy joven, dejá tu testimonio y andate, que estos degenerados te pueden llevar a vos".

Azucena trató de convencerlo.

"Mirá, no vengas el otro jueves acá a la plaza, quedate en la esquina de la Municipalidad porque si no te van a secuestrar,

porque esto es la locura, persiguen a todos los chicos jóvenes. No cruces que no queremos que la gente joven venga con nosotras porque corre peligro".

Pero Astiz insistió.

"Se aparecía con la chica ésta de la mano, la chica muy pálida, muda y pálida, impresionante, no abría la boca, tenía la carita así compungida", recuerda Cortiñas.

"Es mi hermana", dijo el infiltrado, presentando a Silvina Labayrú. "Lo que pasa es que mis padres no saben que nuestro hermano está desaparecido y entonces venimos aquí a arrimarnos a ustedes a ver si podemos hacer algo".

¡No la nombre!

"Yo un día fui a la plaza y encontré a un muchacho rubio que hablaba con Azucena", recuerda María Adela Antokoletz, quien a diferencia de otras madres nunca sintió gran simpatía por Gustavo Niño. "En un primer momento pensé que podría ser su hijo porque era del tipo de ella. Alto, fornido. Llegué ahí bien cerca de la pirámide, porque todavía no había comenzado la marcha y la gente estaba desparramada por todos lados".

"¡Azucena!", saludó Antokoletz a su compañera.

",Por qué la nombra?", objetó el infiltrado. "No la nombre, que así la señala. Qué mala es nombrándola".

"Y eso lo tengo tan patente", agrega Antokoletz.

"¡Que así la señala!"

"A mí por eso no me simpatizó. Tal vez me indispuso contra él, aunque de ninguna manera sospeché".

Otra madre, María del Rosario Cerrutti, vio a Astiz también por primera vez en la plaza.

"Me acuerdo que pensé ¿qué hace este chico acá? Tan tierno, tan joven, no lo podía creer. Incluso los maridos se sentaban en los bancos, ni nos miraban. Una vez yo atacé a un hombre que leía un diario al revés. '¡Es un hijo de puta, nos está espiondo!', le grité. Y era un marido, pobre".

Con su insistencia Astiz logró vencer la resistencia de Azucena, quien prácticamente lo adoptó como hijo propio.

"Nosotras qué ingenuas éramos. Y él un tipo muy zorro", dice Cortiñas. "De ahí en más cuando le parecía entraba a la plaza y mientras tanto bichaba todo, quién era la gente que más se movía. Ahí fue cuando se enteró, a través de la amistad que hizo con el pintor Remo Berardo, de que un grupo iba para la Iglesia de la Santa Cruz".

Berardo era el único joven, además de Niño, a quienes las Madres recibían de buen gusto en la plaza. El ex seminarista era también alto, medio rubio, con grandes ojos verdes, de pro-

fundas convicciones religiosas. Tenía un hermano realmente desaparecido.

"Remo traducía bondad y cultura. Era una persona hermosa, además de ser totalmente apolítico", relata Lilia Orfanó. En un solo detalle engañó a las Madres, aunque involuntariamente.

"Aparentaba muchos menos años de los que tenía", recuerda una vecina del barrio de La Boca, donde el pintor tenía su atelier. Cuando trabaron amistad en Plaza de Mayo, Niño tenía 27 años, Berardo 41.

Astiz también engañaba con su aspecto juvenil.

"Decía que tenía 18 años, que su mamá estaba en cama o que era paralítica y Azucena se preocupaba por eso. Si hubiese sabido que era mayor no se hubiera ocupado tanto de él", dice Pepa Noia, quien fue la mejor amiga de Azucena entre las Madres.

"¿Por qué no venís que nosotros nos reunimos en otro lado también?", le propuso Berardo a su nuevo amigo, sellando sin darse cuenta el más traicionero de los pactos con el ángel de la muerte.

Harguindeguy

Persiguiendo su ingenuo propósito de alertar a Videla sobre las desapariciones que se sucedían por miles desde el inicio del Proceso, las Madres habían pedido una entrevista con el presidente. María del Rosario Cerrutti fue la encomendada de escribir una carta solicitando la audiencia, la cual había sido entregada en la Casa de Gobierno el 11 de mayo sin ningún éxito, ya que Videla se negó a recibirlas.

Sorpresivamente, un jueves del mes de julio entre las siete y ocho de la tarde, el Ministro del Interior, General Albano Harguindeguy, abrió las puertas de su despacho en la Casa Rosada a las Madres. Entraron Azucena, Cerrutti y Beatriz Neuhaus, esposa de un Teniente Coronel retirado.

"¿Pero su hija no apareció? ¡Yo creía que había aparecido!", exclamó Harguindeguy ante la mujer de su compañero de armas. También les mostró una libreta donde llevaba anotados los pedidos por hijos de oficiales o de personas con influencia, argumentando que era poco lo que podía hacer por ellos.

"Esto es algo que están haciendo bandas que no podemos controlar", dijo.

"Pero señor", se enojó Villafior, "si usted como Ministro del Interior y general de la Nación no puede controlar a esos grupos, ¿qué está haciendo en Casa de Gobierno?"

"¿Pero ustedes nunca pensaron que los hijos se les pueden haber ido con alguna chinita?", sugirió jocosamente el Ministro.

"No señor, los chicos los tienen ustedes porque ustedes los secuestraron", lo miró fijamente Azucena. Acorralado por la verdad el general reaccionó con violencia, golpeando con fuerza su puño sobre la mesa.

"¡Se terminó la audiencia!"

Habia unas 60 madres en la plaza esperando a las tres mujeres al salir de la Casa Rosada.

"¡No nos vamos a ir hasta que nos digan dónde están nuestros hijos!", comenzaron a gritar.

AGOSTO

"Creo que tenía curiosidad intelectual por ver qué tan lejos podían llegar las violaciones en la Argentina sin que nadie reaccionara".

RAYMOND MCKAY
Ex periodista del *Buenos Aires Herald*

The mad women of Plaza de Mayo

En el mes de agosto la policía comenzó a presionar a los periodistas extranjeros que cubrían las marchas de las Madres en la Plaza de Mayo. El jueves 25 llegó incluso a arrestar a dos de ellos.

"Un enviado especial de *La Voz de América*, el señor Ortiz, y el corresponsal de la *BBC*, Derek Wilson, fueron interpelados mientras registraban los sucesos", escribió Jean-Pierre Bousquet, de *France-Presse*, el corresponsal extranjero que más de cerca siguió el nacimiento del grupo.

Los hombres de prensa fueron llevados a la comisaría segunda donde se les sugirió que no perdieran su tiempo registrando la protesta de las Madres, una sugerencia que los periodistas extranjeros y el *Buenos Aires Herald* decidieron ignorar pero que venía siendo acatada por los medios locales.

Al día siguiente, el *Herald* publicó la noticia de que "unas 11 personas" habían sido arrestadas en la plaza, además de relatar un incidente parecido del 15 de agosto. En la nota por primera vez el diario se refirió a las manifestantes como *the mad women* ("las mujeres locas") de Plaza de Mayo.

El mote fue traído a la redacción por Raymond McKay, un académico norteamericano llegado desde la Universidad de Texas que durante los primeros años del Proceso trabajó en el *Herald*, tomando un especial interés en el movimiento de las Madres.

"Yo solía pasar caminando por la plaza durante la tarde en dirección al *Herald*, para ver qué andaba pasando por ahí", recuerda McKay. "Fueron ellas mismas las que me dijeron que les decían las locas. Yo entonces introduje ese apelativo en una nota, que fue la primera vez que se empleó el término. Un

corresponsal extranjero se enojó mucho conmigo porque decía que era insultante".

El silencio sofocante del resto de la prensa con respecto al tema de los desaparecidos se sentía en menor medida en el *Herald*, donde solamente su director Robert Cox, McKay y el autor de este libro aceptaban recibir seguidamente a las Madres.

"La reacción que provocaba nuestra posición en la redacción me recordaba el modo en que los negros que luchaban por sus derechos en los Estados Unidos eran resistidos por los demás negros", dice McKay, quien hoy es rector de una importante universidad privada en la Argentina.

"Ustedes nos pueden causar problemas", sentía McKay que le estaban diciendo con su silencio algunos jefes y compañeros de trabajo.

"Yo a menudo salía del *Herald* para entrevistar a parientes de desaparecidos en sus casas. En el caso de la desaparecida Margarita Elrich, en julio de ese año, entrevisté incluso a sus amigos y compañeros de trabajo para una nota bastante extensa que firmé con mi nombre. Me acuerdo que le entregué la nota a Cox diciéndole que probablemente sería imposible su publicación".

"Al contrario, es importantísimo que esto se publique ya mismo", dijo Cox corriendo a entregarla al taller.

Corría el rumor en los medios argentinos de que el *Herald* tenía protección especial, que sus periodistas eran intocables porque en realidad trabajaban para la CIA, que Cox jamás se atrevería a publicar lo que publicaba de no ser así. Había madres que cuando iban a las comisarías a reclamar por sus hijos desaparecidos le advertían a la policía: "¡Cuidado, que yo he hablado con el señor McKay del *Herald!*"

SEPTIEMBRE

"Existía un mundo civilizado y un mundo paralelo que funcionaba bajo tierra, que era un mundo oculto, siniestro. Era un secreto a voces, que no era tan secreto porque finalmente querían que algo se supiera para sembrar el terror".

ANA MARÍA CAREAGA

La Madre Teresa

Con dos de sus yernos desaparecidos durante 1976 y su hija Ana María secuestrada el 13 de junio de 1977, María Esther Ballestrino de Careaga fue una de las principales movilizadoras de las Madres de Plaza de Mayo, además de actuar en Familiares y la Liga por los Derechos del Hombre.

"La Liga era la más bullanguera de las agrupaciones", recuerda María del Rosario Cerrutti. "Ahí fue donde bautizaron a Esther Careaga con el nombre de Teresa".

Lucas Orfanó la interrumpió cuando hacía una propuesta durante una reunión.

"A ver, ¿qué está diciendo usted?, ¿cómo se llama? Digamos ... ¡Teresa!"

Debido al terror imperante y a la informalidad con que se manejaban los grupos de derechos humanos era habitual que los parientes que se reunían en la Plaza de Mayo o en las distintas agrupaciones se reservaran sus nombres reales.

Teresa trataba de sumar los esfuerzos que se realizaban en los distintos grupos, con el objetivo de unir su acción dispersa. Es recordada con especial cariño por las Madres por su actitud de no abandonar la plaza aun después de haber recobrado a su hija de las garras del infierno.

Ana María Careaga había sido secuestrada en la esquina de Juan B. Justo y Corrientes, frente a los ojos de su padre y de su marido, con quienes se estaba por encontrar. Estuvo desaparecida durante cuatro meses en El Atlético, el campo de concentración ubicado en el subsuelo de Paseo Colón y Garay, bajo un edificio de la Policía Federal que luego fue demolido para construir la autopista 25 de Mayo. Fue salvajemente torturada a pesar de su embarazo.

"Fui liberada el viernes 30 de septiembre", cuenta. "Cuando yo logro ubicar a mi familia, mi mamá estaba reunida con las Madres. Estábamos esperándola y como la emoción iba a ser muy fuerte, me escondí en una habitación, porque ella no andaba bien del corazón, para que la fueran preparando".

Teresa llegó muy excitada, hablando de su hija.

"Puede ser que tenga noticias de Ana María. Alguien que salió de un campo de concentración contó que a través de una chica secuestrada se había sabido que existían las Madres de Plaza de Mayo. Puede ser que haya sido ella".

Fue entonces que Ana María salió de, la habitación donde estaba escondida.

"Fue de lo más hermoso de las cosas que uno puede rescatar, esos momentos. Esa lucha tomó cuerpo y llenó de esperanzas que haya aparecido alguien, que apareciera yo. Era a la vez desconcertante porque ya era una lucha colectiva y el hecho de que apareciera alguien tampoco era determinante. La próxima vez que mamá fue a la plaza volvió trayendo papelitos con nombres de hijos de las otras madres para ver si yo había visto alguno".

No hay duda de que la actitud de Teresa sirvió de ejemplo al resto de las madres.

"Tengo presente el recuerdo muy hermoso cuando volvió a la plaza después que habían liberado a su hija. Cuando la vimos la queríamos comer", recuerda Cerrutti.

¡Andate por favor! Vos ya encontraste a tu hija, cesó tu búsqueda, cesó tu lucha", la retó su amiga.

"¿Y los otros?", preguntó ella. "Mi obligación es estar acá. Voy a seguir hasta que los encontremos a todos".

Quince días después, Ana María, sus dos hermanas y Teresa viajaron a Brasil a buscar el refugio que les ofrecía las Naciones Unidas.

"Hecha la declaración, mi madre se volvió a la Argentina. El primer país que me dio asilo fue Suecia. Un beneficio para los refugiados al llegar era hacer dos llamadas. El primer llamado lo usamos para decir que habíamos llegado bien. Insistimos mucho para que mis padres se vinieran pero no se decidían, inclusive mi padre después del secuestro de mi mamá no quiso irse, aunque la Embajada sueca le ofreció sacarlo del país".

El segundo llamado Ana María lo reservó para cuando naciera su bebé.

"Fue el 11 de diciembre. Cuando llamamos, nos enteramos que el 8 la habían secuestrado a mamá. En ese momento pensamos que era terrible pero nunca pensamos que ... uno lo último que pierde es la esperanza".

Dejalo

"En una iglesia con unos escalones en Devoto habíamos hecho una misa en septiembre y había ido el marido de Azucena, Pedro Devinenti, que siempre temía por la seguridad de su esposa", relata Cerrutti. "Lo recuerdo a Astiz pegado a Azucena en los escalones a unos cinco o seis metros".

"¡No lo puedo ver a este tipo! Me causa repugnancia", se quejó Pedro. "¿Por qué siempre tiene que estar pegado a Azucena, atrás de Azucena?"

"Pobre. Busca seguridad, dejalo", lo calmó Cerrutti. Tres meses más tarde Azucena fue asesinada en un operativo coordinado por Astiz, y Cerrutti escapaba por milagro de la misma suerte.

OCTUBRE

"De ese miedo debe florecer algo que sirva de ejemplo para los demás".

NÉLIDA FIORELIZA DE CHIDICHIMO

Pañales de Luján

Fue en el peregrinaje a la Virgen de Luján que las Madres lucieron por primera vez el pañuelo blanco que pronto sería su emblema.

"En realidad no era un pañuelo", aclara Nora Cortiñas. "Es que no nos conocíamos entre todas y para poder saber cuáles eran las que se iban sumando en las distintas estaciones acordamos ponernos los pañales de nuestros hijos sobre la cabeza".

Con ese extraño distintivo las Madres llegaron hasta la Basílica luego de una caminata de 69 kilómetros que comenzó el sábado primero de octubre en la Capital Federal. Entre ellas iba la monja Alicia, acompañada por la joven Cecilia Vázquez, una muchacha de 21 años del barrio de Belgrano, estudiante de Filosofía y Letras, cuyo marido estaba detenido a disposición del Poder Ejecutivo en La Plata.

"Yo la conocí bien a la monja. Le decía simplemente Alicia. Era una mujer muy agradable, dulce, suave, no por simpática o seductora, sino que uno sentía esa cosa de una calidad humana simple, muy cariñosa. Yo estaba extrañada, no sabía que pudieran existir monjas que no estuvieran vestidas con el hábito. La fui descubriendo de a poquito. Nos hablaba bien en español. Tenía un pequeño acentito que yo creía que era del interior porque me contaba que venía de Corrientes. Se había vuelto porque mucho no se podía hacer allá y corría peligro. Entonces mejor tratar de hacer algo más concreto en Buenos Aires con los derechos humanos".

La monja sufrió el cansancio de la larga caminata.

"Ponía los pies arriba de un muro y decía que había que hacerlo para descansarlos. Hice la perenigración con ella, con Raquel Bulit y otras chicas. Éramos un grupito que fuimos caminando mucho al lado de Alicia".

Vázquez y Bulit pertenecían a Vanguardia Comunista, un pequeñísimo partido político que descreía de la lucha armada del ERP y Montoneros. Varios de sus miembros en 1977 buscaron formas pacíficas de acción, entre ellas acercarse a las Madres de Plaza de Mayo.

La primera solicitada

Las Madres publicaron su primera solicitada el miércoles 5 octubre en el diario conservador *La Prensa* bajo el título "No pedimos más que la verdad". El aviso de media página en la hoja central iba firmada por 237 parientes y citaba una frase del general Videla: "Quienes digan la verdad no sufrirán represalias".

Para cubrirse de la ira de la dictadura, *La Prensa* publicó un no muy sutil editorial que fustigaba a los "compañeros de ruta" del terrorismo en la página que enfrentaba el reclamo.

Por ser la tesorera de las Madres, Juana Pargament supo más que nadie el sacrificio material que significaban estos primeros esfuerzos.

"Teníamos que contar monedas y pesos chicos. Era tanto que les tomaba muchísimo tiempo ir sumando, porque no alcanzaban los ceros de la caja para toda esa cantidad. ¡Y lo que costaba que pase por la censura el textol En *Clarín* el departamento legales nos pedía cambios y además *Clarín* pedía cualquier cantidad de dinero. Lucró con el dolor. En *La Prensa* había más concesiones y una persona que nos ayudaba a pasar todo a máquina, incluso alguna vez ayudó a las madres para tipear la lista de nombres".

Congreso

La tarde del viernes 14 de octubre los familiares se dieron cita en Plaza Congreso para entregar un petitorio a la Junta Militar reclamando por sus desaparecidos. Albergaban la esperanza de que la noticia saliera publicada en los medios argentinos para el Día de la Madre. El cordón de miedo que las ceñía impidió que esto ocurriera. Los únicos en cubrir la marcha fueron corresponsales extranjeros: *CBS*, *France-Presse*, *Associated Press* y *United Press*. El periodismo argentino hoy justifica su vergonzosa ausencia en esta y en otras oportunidades enarbolando la nómina de ausentes en sus propias filas y alegando que la muerte era el inevitable precio que pagaba la verdad durante el Proceso.

Este silencio desolador no impidió la reunión de miles de firmas heroicas que llevaban nombre, apellido y número de

documento, reclamando por una lista de 571 desaparecidos y 61 detenidos a disposición del Poder Ejecutivo. El pedido, en dos grandes paquetes de papel madera, fue entregado en la recepción del Congreso. Encargada de esta presentación fue una pequeña delegación de dos madres, dos religiosos y un padre, acompañados por el corresponsal francés Jean-Pierre Bousquet, que a último momento fue reclutado como testigo del hecho.

Unas 800 personas se reunieron en la explanada frente al Monumento de los Dos Congresos para apoyar la entrega del petitorio.

"Muchas madres llevábamos un clavo de carpintero en nuestras ropas para identificarnos", relata Pepa Noia, quien fue arrestada en la marcha junto con su marido. "El clavo representaba nuestro dolor antes de que adoptáramos definitivamente los pañuelos".

La policía en seguida se hizo presente tirando gases lacrimógenos y disparando tiros al aire. El grupo fue arreado hacia Rodríguez Peña y Bartolomé Mitre, donde 300 familiares y varios periodistas extranjeros fueron subidos a cinco colectivos de la línea 60 que se dirigieron a la Comisaría 5a, Lavalle 1958.

Un diplomático estadounidense se acercó para constatar los eventos de esa tarde. Tex Harris, el secretario de embajada encargado de derechos humanos, era un hombre alto, corpulento y bondadoso, que se entrevistaba constantemente con parientes de desaparecidos. Era amigo personal del pintor Remo Berardo y había recibido a Azucena Villaflor varias veces en su despacho de la calle Cerviño.

"Yo llamé a Harris desde un teléfono público de la avenida Callao", relata Aída Bogo. "Me comunicaron en seguida y vino corriendo. Lo vi hablando con la policía".

Otra pareja que se acercó hasta Congreso fue la del arquitecto Mastrogíacomo y su señora.

"Tuvimos mucha suerte porque cuando vinieron los carros de asalto y encerraron a un conjunto de personas, justo a un metro de esa formación estábamos con mi mujer y quedamos afuera del grupo que fue arrestado".

La represión de esa tarde no hizo más que fortalecer los lazos que se iban formando entre los parientes. Tal fue el caso de Beba Galeano, cuyo hijo había desaparecido en agosto.

"A Raquel Bulit y a la monja Alicia las conocí en esa marcha. Cuando dieron las 15.30 salimos todos y se llenó la plaza, pero se llenó de infantería también. Entonces apuntaban de todos lados, íbamos por acá y nos encerraban ahí, íbamos para allá, y nos encerraban allí, y nos hicieron un encerrón".

Entre los arrestados estuvieron algunos sacerdotes de la Iglesia de los Remedios en Parque Avellaneda, que iban rezando para calmar a las madres.

"No se asusten, no hagan bulla", decían los curas mientras la policía hacía sonar sus armas.

Una vez dentro de la comisaría, Alicia lideró un grupo de presas en un Rosario, acto que incomodó notablemente a los agentes. Entre rezo y rezo, las madres por lo bajito iban largando insultos a los policías. Arguyendo que había estado en la zona visitando a una amiga, Alicia salió libre en dos horas. Yvonne Pierron, la tercera monja francesa que logró escapar a las garras de Astiz, fue menos afortunada. Había sido misionera en Corrientes con Alicia y decidió acompañarla a la marcha esa tarde. Pierron fue sometida a un extenso interrogatorio durante el cual le mostraron un grueso prontuario detallando sus actividades entre los paupérrimos campesinos de Goya.

Por lo menos cinco de los 12 asesinados en el caso de la Santa Cruz estuvieron presos en la Comisaría 5a. Allí cayeron Azucena, Alicia, Raquel Bulit y Remo Berardo, además de la joven Patricia Oviedo, quien había recientemente iniciado la búsqueda de un hermano desaparecido.

"A Patricia y a mí nos largaron a las dos horas", recuerda su madre, Juana Oviedo:

"Azucena y uno de sus hijos fueron presos", agrega Noia. "Ella salió antes, a medida que les tomaban los datos y los liberaban. Pero no quiso irse hasta que soltaron al hijo a eso de las doce. A Nora Cortiñas también la llevaron presa, yo la esperé hasta que salió a las once y pico".

Raquel Bulit y Beba Galeano acordaron que la que saliera antes esperaría a la otra.

"Raquel tenía mucho miedo en ese momento, pobrecita, temblaba, porque sus documentos no servían para nada, no tenían ni fotografía, los sobrinos se los habían metido en el agua".

"Parece mentira que una chica política tenga sus documentos en estas condiciones", la recriminó Galeano.

Bulit alegó que no había sido parte de la demostración y logró salir primera.

"Tenía un recorte de que iba a ver un empleo por ahí cerca. Eso la salvó".

El policía que le tomó declaración no le creyó completamente.

"Te dejo salir pero si me descubren esto el que va a desaparecer soy yo", dijo.

El trámite para la salida de Galeano fue más complicado.

"¿Qué hacía en la marcha?"

"Estoy buscando a mi hijo".

"¿Su hijo es casado?"

"Sí, es casado".

"¿Como los casamientos de ahora?"

"No, no. Bien casado".

"¿Tiene militancia política en el ERP o Montoneros?"

"No. La militancia de él es protestar contra esta política".

Las respuestas de Galeano obviamente desconcertaron al agente.

"Che, y con ésta, ¿qué hacemos?"

"¡Largála, es demasiado vieja!"

Salió recién a la una de la mañana, muy tarde para regresar con su familia en Zárate.

"Me fui a dormir con Raquel a Parque Patricios, donde vivía con su hija de siete años y un gato".

Es gracias a la amistad que floreció esa tarde entre dos mujeres de 64 y 33 años que ha sido posible reconstruir algo de las actividades de Raquel Bulit para este libro. Tristemente, sus padres jamás presentaron un reclamo ante la Justicia por ella.

La marcha y el arresto de 300 personas tuvieron escasísima repercusión. El diario *Clarín* les concedió apenas unos breves párrafos bajo el título "Manifestación disuelta", consignando la presencia de "familiares de personas cuyo paradero se desconoce" y agregando que "versiones posteriores indican que fueron detenidas algunas personas".

El hermanito de Astiz

"Al día siguiente que nos llevaron presos en Congreso, Astiz fue a una misa que daba el Padre Mario allá en la Iglesia de los Remedios, en Parque Avellaneda (Francisco Bilbao 4310)", cuenta Marta Ocampo de Vázquez.

"Habían llevado también presos a varios sacerdotes que estuvieron en la marcha, que fueron los últimos que soltaron, así que a la hora de la misa todavía no habían vuelto. Ahí Astiz nos presentó a mí, a mi marido y a mi cuñada, un hermanito rubio que era igual a él, de unos 12 o 13 años".

La aparición de un segundo niño refuerza el testimonio de Aída Bogo respecto del sobrino con que se presentó Astiz en Tribunales el 28 de junio, aunque en esa ocasión el desafortunado acompañante era más joven y morocho. En un patio al costado de la iglesia el infiltrado se quedó un largo rato charlando con los Vázquez.

"Quedamos muy conmovidos con su historia. Él se presentaba como el hermano de un desaparecido. Nadie le preguntaba el nombre, porque nosotros no preguntábamos los nombres en esa época, y él nos contó su tragedia, sobre todo a mi esposo. Le contaba y le decía que tenía otro hermano que estaba desaparecido ... bueno, toda una historia".

¿Las puedo llevar?

"Lo conocí en la plaza", cuenta Beba Galeano. "Yo estaba con una señora muy nerviosa, de El Palomar, y allí se acerca y se presenta el rubiecito. Nos pregunta cómo había que hacer para las denuncias de secuestro, que él tenía un hermano desaparecido y que tenía que encargarse de todas las gestiones porque la mamá estaba enferma".

Con la brusquedad que lo caracterizaba, el infiltrado de repente se paró.

"Yo la conozco a Azucena", dijo. "Ahora, cuando termine la marcha, las voy a llevar a sus casas".

"Gracias, pero tengo cosas que hacer", se escudó Galeano. Su compañera también dudó.

"Si vos no vas entonces yo tampoco".

"¡Porque si no, no estaría contando esto acá hoy!", se ríe Galeano.

"Les voy a decir a esos boludos que no me saquen el auto de ahí que lo tengo un poco mal estacionado", dijo Astiz enfilando hacia los policías que custodiaban la plaza. "Tengo un permiso especial".

"En verdad habrá ido a decir ¡Mirá quién soy, tengo dos palomitas para llevar!"

Astiz fingía odio hacia los militares.

"Estos de enfrente (refiriéndose a la Casa Rosada) tienen el tupé de negar que hay secuestros ¿y si no dónde están los nuestros?", le soltó un día a Galeano.

"El día que lo vi sentado en un banco de la plaza con Raquel Bult pensé que era un desdichado más. Él llegó a la Santa Cruz por nosotros, por Remo".

Custodiado por expertas

"...la Policía Federal intervino y perturbó el desarrollo normal de la marcha, a raíz de lo cual Astiz se enfrenta con la policía en defensa de las Madres. El suceso sirvió para hacerse conocido entre los familiares que asistían a la plaza. Desde este episodio en adelante, Astiz y Niño ya podían 'considerarse' como la misma persona."

SILVINA LABAYRÚ
Legajo Conadep 6838

En lo esencial, el testimonio de Labayrú ante la Conadep sobre el enfrentamiento con la policía se corresponde con los datos aportados por las Madres de Plaza de Mayo. Las repercu-

siones del pequeño enfrentamiento inclusive causaron preocupación en la ESMA, donde los progresos de la infiltración eran monitoreados paso a paso.

"Pasó algo y él sale a defender a alguien", recuerda Lauletta, el sobreviviente de la ESMA que falsificó los documentos con el apellido Niño que usaron Astiz y Labayrú durante la infiltración. "Pero ahí adentro se le recriminó porque se podría haber armado despelote por eso, se le dice que no se tendría que haber expuesto. Silvina dijo que él no tuvo en cuenta que estaba con ella ahí y que podría haber caído con una desaparecida".

Pero no queda claro quién defendió a quién en la plaza. Hay una madre que dice que fueron las mujeres quienes se enfrentaron a la policía en defensa del infiltrado.

"En la plaza tuvimos una redada con la policía de civil", se acuerda Aída Bogo. "Frente a la Municipalidad, ya yendo para cruzar, estaba Astiz al lado nuestro y le venían a decir algo a él. Todas lo protegimos, lo tapamos todas, con Nora Cortiñas, con Pepa Noia, con Azucena. Nosotras lo protegimos a él, porque a otros chicos se los habían llevado en ese mismo lugar".

NOVIEMBRE

"Sin lugar a dudas, el papel que me tocó jugar en estos hechos que relato constituye la huella más traumática de todo aquello cuanto padecí durante el año y medio que permanecí secuestrada".

SILVINA LABAYRÚ
Legajo Conadep 6838

El grupo de la Santa Cruz

El grupo de la Santa Cruz mantuvo reuniones durante un lapso muy breve y fue recién en el mes de noviembre que adquirió algún dinamismo, gracias en parte a la participación de Astiz, quien impresionó con su vigor a los demás asistentes. Los encuentros se realizaban en la casa parroquial de la antigua iglesia, en un amplio salón con luminosas ventanas, biblioteca empotrada y una boiserie opaca, a tono con el estilo gótico normando de la iglesia. El primer testimonio que acredita la presencia del infiltrado en estas reuniones pertenece a Oronzo Vinci Mastrogiácomo, aunque la fecha exacta está perdida en los pliegues de la memoria del arquitecto.

"Mi hija desapareció el 20 de octubre de 1976. A partir de entonces hicimos como es de imaginar toda clase de gestiones para conocer su destino. Fue así que un yerno mío, periodista, nos puso en contacto con redactores de la revista *Familia Cristiana*, quienes a su vez nos conectaron con la religiosa francesa Alice Domon, del Movimiento Ecuménico, quien se hizo cargo de nuestro problema y nos propuso concurrir a las reuniones que se celebraban en dependencias de la Iglesia de la Santa Cruz. Éstas eran todos los lunes empezando a las siete u ocho de la tarde", dice Mastrogiácomo.

"Al segundo lunes de nuestra concurrencia llegó y conocí a Gustavo Niño, quien lo hizo acompañado de una joven muy bonita que pasaba como su hermana. El día que lo conocí era como un día de verano, ya que él estaba vestido muy de sport, con una remera de color verde. La chica que lo acompañaba iba siempre muy bien vestida, linda, llamaba la atención comparada con la vestimenta de las otras asistentes".

Mastrogiácomo puso a Astiz en apuros interrogándolo acerca de su propósito allí.

"A mí me llamó la atención. Me pareció muy joven, ya ahí tan activo".

"¿Usted por qué viene?", inquirió el arquitecto.

"Y él me miró clavándome los ojos".

"Tengo un hermano desaparecido", dijo.

"Después, atando cabos, me di cuenta de que había sido una expresión de sorpresa".

La señora de Mastrogiácomo, quien falleció algunos años después, trabajó amistad con el infiltrado.

"Mamá me hablaba con simpatía de él", recuerda una hija de la pareja.

"Con la Hermana Alicia él se hacía el cariñoso", agrega Mastrogiácomo. "Cada vez que llegaba le daba un beso, se despedía con un beso".

Pero lo pegajoso no disimulaba ciertas falencias.

"Astiz me dijo que estudiaba ingeniería y después cuando me tuvo que dar el dinero para la solicitada me dijo que no había cobrado. Así que estudiaba ingeniería y trabajaba."

Las reuniones en la Santa Cruz servían de apoyo mutuo para los padres que precisaban descargar sus penas. Mastrogiácomo recuerda que en una primera etapa no asistían personas jóvenes.

"Íbamos con mucho entusiasmo, incluso ese contacto con gente que tenía el mismo problema atenuaba el dolor nuestro".

El arquitecto es un testigo clave debido a su larga asistencia a las reuniones y a la calidad de su testimonio. Mastrogiácomo fue ministro de Obras Públicas de la provincia de Corrientes entre 1958 y 1963, volviendo a ese cargo con el retorno de la democracia en 1983. Otras doce personas engañadas por Astiz en el salón parroquial de la Iglesia de la Santa Cruz jamás volvieron a ningún lado.

The Church of the Holy Cross

Durante 1977 la Iglesia de la Santa Cruz fue centro de reunión para los familiares de desaparecidos gracias a la generosidad de los curas de la Comunidad Pasionista, juramentados a mantener vivo el recuerdo del sufrimiento de Cristo. "Solidaridad con los crucificados de hoy", reza una leyenda en letras gigantes en la casa de la parroquia. La orden se estableció en la Argentina a partir de la llegada desde Irlanda, en 1879, del Padre Martin Byrne. La comunidad celta era muy numerosa y próspera y rápidamente aportó fondos para la construcción de un templo propio.

La majestuosa iglesia, en la esquina de Urquiza y Estados Unidos en el barrio de San Cristóbal, frente al Hospital Francés, es una de las más bellas de Buenos Aires. Diseñada por el Ingeniero E.A. Merry, su maqueta obtuvo un premio de arquitectura en Londres. Fue inaugurada en 1894 con la presencia del presidente Luis Sáenz Peña. Sus relieves y esculturas con motivos gaélicos son obra de Juan Bertini, cuyo trabajo también se luce en el Teatro Colón. Los pisos son de roble de Eslavonia y los mármoles fueron importados de Carrara e Irlanda. Los vitrales fueron fabricados en Dublín por la firma Early & Co. Su órgano es de los mejores en Buenos Aires y costó 43.000 dólares a principios de siglo. La torre, de 50 metros, tiene tres campanas de 1.200, 900 y 315 kilos, fabricadas en Baltimore. El tejado original de cerámicas francesas sufrió los impactos del tiroteo entre la zona de Once y la fábrica Vasena durante la Semana Trágica de 1919.

Las familias que financiaron tal esplendor han dejado sus nombres tallados en los bancos, paredes y vitreaux de la iglesia: Ham, Kenny, Gahan, Duggan, Mooney, Lennon, Murphy y Slamon, entre muchos otros. Durante décadas, los irlandeses gozaron del privilegio de ocupar asientos reservados en las misas de Santa Cruz. Sus confesionarios todavía hoy lucen placas ofreciendo *English Confessions*.

La última gran obra en la Santa Cruz fue el altísimo Calvario construido en el amplio jardín de la parroquia hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Talladas en piedra blanca, las gigantescas figuras de Cristo en la cruz y de María arrodillada en pena ante él, sobredominan una gruta y un altar donde cada año se celebra el Día de la Virgen con una ceremonia al aire libre. En la piedra fundamental al pie de la gruta se lee la fecha 17 septiembre 1944.

En estas amplias instalaciones nació la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos en 1975, de cuyos voluminosos archivos se nutriría la Conadep años más tarde. También se dio asilo allí a refugiados políticos de Chile. En 1976, la Santa Cruz fue duramente sacudida por el ataque contra sus primos irlandeses de la Iglesia de San Patricio en Belgrano R. donde tres sacerdotes y dos seminaristas palotinos fueron víctimas de una espeluznante masacre, probablemente cometida por personal de la Armada.

"Nos llamaron esa mañana para darnos la noticia de lo que había ocurrido", recuerda el Padre Fred Richards. "Nosotros pensamos en un primer momento que había sido un error, que en verdad lo que querían era venir acá, a la Santa Cruz, ya que en esta iglesia estábamos mucho más comprometidos".

El Padre Richards editaba *The Southern Cross*, una centenaria publicación en inglés que servía a la comunidad irlandese-

sa. Aunque de menor alcance que el *Buenos Aires Herald*, era igualmente valiente en sus denuncias. Un editorial en particular, "El silencio de los obispos", que castigó duramente a la jerarquía eclesiástica por su complicidad con los crímenes del Proceso, le valió a Richards una amonestación de parte del Cardenal Antonio Caggiano y una felicitación del General de la Orden de los Pasionistas en Estados Unidos.

"Una vez llegaron tres oficiales vestidos de fajina y demandaron ver la lista de *patrocinantes* del *Southern Cross*", rememora Richards. "Les dije que esa lista ya estaba en el Ministerio del Interior y en la Jefatura de Policía Federal".

"A nosotros no nos importa la policía, somos del Comando en Jefe del Ejército", espetaron los uniformados.

"Nos han contado que usted no está bien de salud", dijo en velada amenaza uno de los soldados. "¿Qué le pasa?"

"Es que me da vergüenza ser *argentino* en la Argentina de hoy".

El actual párroco de la iglesia, Bernardo Hughes, tuvo oportunidad de conocer fugazmente a Alice Domon.

"Fue en la provincia de Corrientes, donde ella era misionera. El Obispo de Goya, Monseñor Devoto, organizó a una reunión de religiosos a la que fui invitado y donde Alice asistió, aunque no tuve ocasión de hablar realmente con ella".

El Padre Bernardo fue también párroco de la Santa Cruz durante los nueve años previos al golpe de 1976, hasta que sus superiores consideraron prudente alejarlo del país luego de la masacre de San Patricio.

"Las patotas, que se apersonaban frecuentemente en la iglesia, trataban de demostrarnos que eran realmente suspicaces", recuerda.

"¿De qué religión son ustedes?"

"Católicos, apostólicos y romanos".

"¿Pero no son irlandeses?"

"Sí".

"Entonces son del IRA".

"¡No!"

"¿Son de los curas que se casan?"

"Tampoco".

La presión era constante.

"Me acuerdo que un día yo llegaba en el auto y por toda la calle habían pintado leyendas que decían Cueva de Montoneros y Curas Comunistas".

El Padre Bernardo fue reemplazado en la parroquia por Mateo Perdía, tío del líder montonero Roberto Cirilo Perdía. Aunque los dos parientes no simpatizaban políticamente, el jefe montonero a veces visitaba la iglesia. Originario de Arroyo Dulce, Pergamino, el Padre Mateo realizó una carrera ejemplar,

obteniendo una Licenciatura en Sagrada Escritura en Roma, donde también fue Consultor del Provincialato Pasionista, siendo además dos veces presidente de la Confederación Latinoamericana de Religiosos antes de su muerte en enero de 1995.

"El Padre Mateo era de descendencia croata", revela Richards. "El apellido había sido Perditsch originalmente. Era un hombre muy inteligente y valiente".

Fue en los confesionarios con sus placas en inglés que Mateo se enteró por primera vez del drama de los desaparecidos, a través de los trágicos relatos de los que allí se desahogaban. Profundamente conmovido, ofreció su iglesia a los familiares para reunirse. Al principio unas pocas madres se consolaban en un oscuro y estrecho pasillo detrás del altar, bajo la alta nave de piedra. Poco después el Padre Mateo les habilitó el salón parroquial. Su solidaridad con ellas pasó a ser bien conocida. Al final de sus reuniones las acompañaba para rezar frente a una gruta a la Virgen María que se encuentra dentro de la iglesia.

"Sí, es exacto, les había ofrecido el lugar", relató Mateo en un libro que la Comunidad Pasionista editó para el centenario de la iglesia. "Un espacio que difícilmente se encontraba en Buenos Aires para reunirse en aquellos días. Pero les había avisado que seguramente tendrían infiltrados, algo que lamentablemente sucedió".

"Mateo no tenía el apoyo de sus superiores", dice el Padre Bernardo, quien tuvo que defenderlo en una ocasión ante las acusaciones del Cardenal Raúl Primatesta.

"Perdía es tercermundista", sentenció el Cardenal.

"Pero es leal", lo atajó Hughes.

"Esos sacerdotes de la Santa Cruz siempre tan progresistas", recuerda con admiración María Adela Antokoletz. "Alojaban sin ningún gasto a muchachos que venían del norte para trabajar en el sur en petróleo o en lo que fuera. Chicos pobres, aunque la pobreza de ese entonces no tenía la dimensión que ha adquirido ahora. Ellos tenían posada en la Santa Cruz".

No hay duda de que la historia secreta de los Pasionistas merece una investigación aparte.

"Fueron sensibles a la desgraciada situación que estábamos pasando nosotras", prosigue Antokoletz. "¿Dónde están, cómo están nuestros hijos? Eso nos atormentaba. ¿Cómo hacerles llegar un abogado que los defienda ante la desaparición? Alguien que pueda verlos, escucharlos, que pueda esgrimir su defensa. Pero sobre todo saber dónde y cómo están, si están sanos, si están enfermos, si tienen frío, si precisan comida".

Entrevista con Alicia

El único periodista que logró una entrevista con Alice Domon fue el corresponsal de *France-Presse*, Jean-Pierre Bousquet. La conoció por primera vez en septiembre cuando Alicia, como representante del Movimiento Ecuménico de los Derechos Humanos, participó junto con las Madres de Plaza de Mayo en una reunión preparatoria para la marcha frente al Congreso en octubre. En ese momento la monja no quiso preguntas.

"Finalmente, nos encontramos a comienzos de noviembre", relató Bousquet en su libro *Las locas de la Plaza de Mayo*. "Nada de ella llamaba la atención a primera vista, parecía más bien un poco ruda, pero cuando se dirigía a alguien a quien amaba tenía en su mirada una luz muy dulce".

Alicia habló de su trabajo como misionera en Perugorria y el Chaco, así como del trabajo que le había encomendado su congregación entre la comunidad paraguaya de Buenos Aires, que ocupaba gran parte de su tiempo. Pero principalmente habló de las Madres.

"Me enteré de que el Movimiento Ecuménico, que se ocupa de ellas, necesitaba ayuda. No dudé. Lo que viven esas madres, su sufrimiento y su coraje, no puede provocar indiferencia. Ésta es la única razón que me llevó a aceptar esta entrevista. Es necesario que ustedes, los periodistas, cumplan también con su deber: hacer conocer lo que padecen estas mujeres. No tenemos derecho a callarnos. Sea lo que fuere lo que hayan podido hacer las personas secuestradas, y ni siquiera busco enterarme de ello, no hay derecho a torturar, tal como se hace, a esas mujeres. Dios pedirá cuentas algún día y compadezco a quienes tendrán que responder por esos sufrimientos".

La monja evidenció una excepcional claridad respecto al trabajo que realizaba.

"Yo no juego ningún rol. No soy más que una simple religiosa de las Misiones Extranjeras que ha hecho el voto de llevar asistencia a los habitantes más desesperados de su parroquia... No hago política, no es mi función... No pretendo en absoluto cambiar la sociedad, ni siquiera estoy de acuerdo con la tendencia tercermundista de la Iglesia, pero considero que no podemos estar ausentes allí donde hay gente que sufre... No se trata de derramar buenas palabras, de tener una expresión de consuelo y luego desinteresarse de su suerte. Se trata de estar con ellas, de ayudarlas material y espiritualmente. Basta que yo viva mi vida a su lado, que ellas comprueben que yo, religiosa, estoy con ellas y en perfecta concordancia con mi vocación".

Alicia contó a Bousquet que planeaba organizar un retiro espiritual para las madres durante la semana de Navidad.

"Tenemos que meditar juntos sobre este sacrificio que les ha sido impuesto. Corren el riesgo de desesperar de Dios, de perder la fe en el momento en que tanto la necesitan".

Ahora los familiares

"Cuando empezó a crecer el grupo de la Santa Cruz, que ya no éramos siete u ocho personas, es cuando se presentó Astiz. En seguida copó", recuerda Beba Galeano. El grupo planeaba editar una revista denunciando las violaciones que estaban ocurriendo.. Se llamaría *Testimonios* y Astiz fue su más fuerte impulsor. "l hacía en el pizarrón los bosquejos de la forma que se debía diagramar y de los dibujos que había que hacer", se asombra al contarle Galeano. El viejo pizarrón sigue en uso hoy en la misma sala de la parroquia.

A las reuniones concurrían también algunos estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, cuya vieja sede sobre la avenida Independencia quedaba a una cuadra de la iglesia.

"Antes del golpe militar, cuando hacían demostraciones y los corría la policía, los chicos venían rápido y se escondían aquí", recuerda el Padre Bernardo.

Los precursores en el acercamiento a las Madres habrían sido Horacio Elbert y su esposa María Lidia, ambos de Filosofía y Letras. El corto trayecto de la facultad a la iglesia fue recorrido también por Cecilia Vázquez y Raquel Bulit. Todos eran miembros del partido Vanguardia Comunista. También procedente de VC aunque no de la facultad era Ángela Aguad, una muchacha de Tucumán que tenía a su esposo a disposición del Poder Ejecutivo en el Chaco.

"Horacio y María Lidia, Raquel y Ángela estaban siempre", recuerda Galeano, "así como el pintor Remo Berardo, Teresa Careaga, el arquitecto Mastrogiácomo y su señora. Astiz se sentaba con la señora de Mastrogiácomo a escribir listas. Era un gran organizador, muy bien camuflado estaba. Y la chica que llevó Astiz la presentó como que *era* diagramadora de revistas y pariente de él, pero ella no habló palabra".

Con la vida de su hija pendiendo del fino hilo que controlaba el mismo Astiz, Labayrú no tuvo otra opción que colaborar en sus siniestros planes, aunque al menos en una ocasión intentó advertir subliminalmente del peligro que acechaba.

"Terminaron con los guerrilleros, ahora van a empezar con los familiares", le susurró a Mastrogiácomo en una de las raras ocasiones que rompió su silencio.

¿Politizados?

"Yo nunca fui a la Santa Cruz", dice María Adela Antokoletz. "Los jóvenes que iban de ahí a la plaza eran gente politizada. Nos llevaban ventaja en ese sentido. Un día sin consulta ni nada escribieron un panfleto y no nos gustó la hojita".

Otra madre que no iba, pero que conocía a los jóvenes por sus nombres, es María del Rosario Cerrutti.

"Mi casa quedaba lejos y tenía miedo de volver sola de noche, a pesar de que el Padre Richards era muy gaucho. Azucena fue algunas veces, no siempre. En la Santa Cruz estaban Ángela Aguad, Raquel Bulit y el peladito cuya señora estaba embarazada (Horacio y María Lidia Elbert). Ellos eran muy activos. Recuerdo en la Plaza San Martín una vez haber discutido con estos chicos porque se subían a un banco y nos arengaban".

"No tiene que hablar la gente joven, esto es cosa de las madres, déjenos a nosotras", los increpó Cerrutti.

"Los chicos querían centralizar un poco más, nosotras teníamos la sensación de que nos querían como dominar y ese día en la Plaza San Martín estábamos medio alteradas. No queríamos que nos arengue nadie".

Pero las Madres sentían un especial cariño por Gustavo Niño, lo cual *el* infiltrado, *en su rol de agent provocateur*, aprovechó para mantener abierto un canal entre los jóvenes y la Plaza de Mayo.

"Que iba Gustavo todos lo sabíamos, pero para mi Gustavo era *un* pobrecito, era el hermano de un desaparecido de quien su madre no quería saber nada".

Entre las madres que si participaron activamente en la Santa Cruz estaba María Ponce de Bianco, quien había perdido una hija en la vorágine del Proceso y que se había hecho amiga de Cerrutti.

"Mary era una madre muy, muy activa", dice Cerrutti. "Ella era del grupo de la Santa Cruz. Estaba politizada pero no contaba con el apoyo de su familia. Teresa Careaga era del grupo porque también era muy politizada. Cuando ocurrió el secuestro hacía dos meses que se reunían. Las madres fueron antes y después fueron aflojando. Los jóvenes de la Santa Cruz estaban decididos a enfrentar las cosas bien. A mí me parecía hacerlo con las madres, no con los maridos o los hijos. Queríamos que el movimiento fuera para golpear duro".

Pero los sobrevivientes de las reuniones no consideran que fueran politizadas.

"No comparto esa idea", dice Mastrogíacomo. "La mayor parte éramos personas mayores preocupadas por el destino de

nuestros hijos. Hacíamos gestiones en conjunto, enviábamos notas a las embajadas, al exterior, varias veces algunos de los concurrentes señalaban la conveniencia de dirigirnos a alguna autoridad. También concurríamos a ceremonias religiosas llevados por la Hermana Alicia, donde sabíamos que los sacerdotes se referirían a los desaparecidos. Una de las cosas que se planteó fue marginar el aspecto político. No sé si salió ex profeso, pero creo que se superaba eso. Ahí lo principal era conocer el destino de nuestros desaparecidos".

Mastrogiácomo recuerda el panfleto que causó tanto disgusto entre las madres.

"Presumo que podría ser Horacio Elbert, quien en una oportunidad puso a consideración de todos una publicación mimeografiada y burdamente ilustrada con la idea de emitirla periódicamente. Era un cuadernillo contra las fuerzas de seguridad. Recuerdo que fui yo quien comentó que su contenido era ajeno a nuestros objetivos y que además de ser agresivo hacía comentarios que no aportaban nada a nuestros reclamos".

"Aquí estamos para otra cosa", dijo Mastrogiácomo.

"Casi todos coincidieron con este criterio, salvo Gustavo Niño quien asumió la defensa de su contenido. Era muy vulgar, con chistes, algunos ilustrados, tomándole el pelo a Harguindeguy y a los capitostes del Proceso. Pero el cuadernillo no salió más".

El arquitecto fue testigo de las redes que iba tendiendo el marino.

"Horacio Elbert y la mujer me llamaban la atención porque tenían una bebida recién nacida, se ve que no tenían adónde dejarla y la traían a las reuniones. Remo y ellos dos eran muy amigos de Astiz. Mandaban notas a las embajadas, incluso iban a los diarios".

La esquina de los vientos

La más cínica de las múltiples intervenciones de Astiz como defensor de los derechos humanos fue convertirse en denunciante ante el mundo de las violaciones que ocurrían en la Argentina.

"Yo hice varias cosas con Astiz", recuerda Cecilia Vázquez. "Por ejemplo, fui a la corresponsalia de la *BBC* con él y otro pibe que tenía el hermano detenido en La Plata. Porque uno decía ¿qué es lo que se puede hacer? Y una de las cosas que decidimos fue esto, no ir a las radios de acá porque no era muy posible que nos llevaran el apunte, pero sí ir a las radios internacionales".

Vázquez y Astiz se dieron cita en el edificio Safico, Corrientes 456, donde tenían sus oficinas la mayoría de las correspon-

salías extranjeras. A su costado, en 1977, había un lote vacío donde por algún accidente de la arquitectura circundante se creaban fuertes ráfagas de aire.

"Habíamos quedado en encontrarnos en esa especie de hall, en la esquina donde pasan todos los vientos. Astiz fue con la chica con que se hacía acompañar, una rubia de pecas, muy rica piba, casi pelirroja. Ella dijo que tenía mucho miedo y se quedó en una confitería de al lado".

El café donde Labayrú esperó a sus acompañantes en la planta baja del Safico era un lugar de cita obligada para los periodistas que constantemente entraban y salían. Astiz fue elegido para presentar las denuncias ante la *BBC*.

"El chico de La Plata y yo teníamos el familiar simplemente detenido a disposición del Poder Ejecutivo, que no era una situación tan trágica como la que Astiz presentaba, diciendo que tenía al hermano desaparecido".

"Sos vos el que hablás", le dijeron.

El corresponsal que recogió el falso testimonio fue Derek Wilson, un hombre que vivía asediado por los parientes de los desaparecidos.

"Hasta me paraban en la calle para hablar conmigo", dice Wilson desde Roma, donde sigue trabajando para la *BBC*. "Venían constantemente al Safico a verme mujeres mayores y también gente joven".

Mientras Labayrú esperaba abajo, Astiz desarrolló su mentira frente al inglés.

"Él hablaba y explicaba", dice Vázquez. "A mí me parecía todo muy bien. Eso fue un mes antes de los secuestros. Después me propuso acompañarme porque iba para Palermo, entonces como yo iba para Belgrano él me acercó hasta el colectivo en su auto".

Lo que más recuerda Vázquez es la desconfianza que le causaba el infiltrado.

"Gustavo era un muchacho como cualquiera, pero yo no me acercaba mucho. Trataba de ser discreta porque tenía miedo, todo era peligroso. Él decía que su hermano secuestrado era de los Montos, así que yo no sabía si él mismo no lo era. Me daba más seguridad acercarme a gente como la monja Alicia, gente mayor".

No era la única que desconfiaba.

"Había gente que decía: ¿Quién es el hermano?, ¿qué monto? Se trataba de averiguar bien de dónde venía la gente, pero a la vez éramos tan ingenuos y todo el mundo estaba tratando de estar juntos. No se me ocurrió preguntar si trabajaba o no, si era estudiante, porque tampoco tenía muchas ganas que me preguntaran a mí".

Vázquez concuerda con otros sobrevivientes respecto de la personalidad del marino.

"No me parecía una luz, muy estudiante no debe de haber sido. Hablaba de golpe, era muy brusco al hablar. Sin duda era aventajado por Labayrú en este campo. Ella parecía más lúcida, más suspicaz intelectualmente. Pero no pude intercambiar mucho porque él se presentaba en primera fila, entonces ella tenía un poco de miedo, se quedaba al lado, esperaba, pobrecita. Me pareció como que no quería venir, que quería quedarse afuera, esperar en un bar, no hacer cosas con nosotros".

Primera sospecha

El pintor Remo Berardo tenía la costumbre al final del día de contarle a su hermana Lucía las actividades que venía desarrollando con Gustavo Niño y Horacio Elbert. Estos relatos incluían también a Julio Fondevilla, un hombre mayor que se había conectado con el grupo de la Santa Cruz durante su búsqueda desesperada de un hijo recientemente desaparecido.

"Un domingo, algunas semanas antes de los secuestros, Fondevilla dio un asado en una casa que tenía en el norte de Buenos Aires, en Martínez u Olivos", dice Lucía. Al asado asistieron Berardo, el matrimonio Elbert, Astiz y Labayrú. "Salieron temprano a la mañana todos juntos desde la estación Retiro. Remo quedó muy impresionado con lo linda que era la casa de Fondevilla".

No fue ése el único comentario con que el pintor volvió del asado.

"Estaba muy sorprendido con el comportamiento de la hermana de Gustavo", recuerda Lucía.

"Esta chica tiene una trenza muy larga, que agita como si fuera una niña pero sin naturalidad", contó Remo. "Me parece que más bien se trata de hacer la aniñada, porque a veces tiene gestos de persona mayor".

El espíritu sensible del artista seguramente intuyó, aunque oscuramente, los padecimientos que venía sufriendo Labayrú en el infierno de la ESMA. Fue en el asado de Fondevilla donde Berardo por primera vez desconfió del infiltrado y su hermana, una desconfianza que cuatro días antes de su secuestro se convertiría en una casi certeza.

"Vos sabés que este Gustavo se comporta también de una manera extrañísima", dijo Remo a Lucía. "Mientras los demás pasaron directamente al asado, él se quedó mirando todos los rincones, como estudiando la casa. Parecía un espía. La verdad que empecé a sospechar de él".

parada de colectivo

"Astiz se hacía llamar Gustavo Niño y venía a la Santa Cruz con una chica que decía que buscaban al hermano", recuerda otra madre de la plaza, Susana Gudano. "Como en ese momento los jóvenes la pasaban mal porque los secuestraban, entonces yo con otra madre, Rosa Solís, cuando salíamos de la reunión, entre diez y once y media de la noche, íbamos del brazo de Astiz. Lo acompañábamos a tomar el colectivo por miedo a que le pasara algo, como las madres éramos más valientes. Y todavía me daba un beso".

"Chau, Gustavo, cuidate, hasta el lunes que viene", le decía Gudano.

"Así que es un hijo de perra este Gustavo Niño. La chica que lo acompañaba era muy linda, con pelo largo, lacio, muy buen cuerpito, una parejita hermosa, porque a decir verdad este sinvergüenza era un lindo chico".

Gudano confirma lo esencial de los demás testimonios. "Uno al principio creía que iba a la iglesia a comulgar y pensaba que Dios lo iba a ayudar, uno se agarraba de cualquier cosa para ver si sacábamos a la luz algo. Unos dos meses habremos ido. Esas reuniones eran de 10 o 15 personas. Programábamos hacer un cuadernillo con datos. No se hablaba mucho de política, se hablaba de lo que podíamos hacer, dónde reunirnos, hacer un hábeas corpus en conjunto. Astiz iba a todos lados con nosotros. Había un matrimonio jovencito que habían tenido un bebé hacía un mes. De Remo me acuerdo y de su hermana Lucía también. Ponce de Bianco y Careaga iban siempre. Alice Domon a veces. Pero Gustavo iba a todas las reuniones".

Fue Ponce de Bianco quien llevó a Gudano a la Santa Cruz.

"Mi marido estaba enfermo, pobre, pero me esperaba en la puerta de calle a ver si llegaba. Aparte yo fui presa cuando nos hicieron la emboscada en Congreso. Salí a las cinco y media de la mañana".

DICIEMBRE

*"If you want a picture of the future, imagine
a boot stamping on a human face -for ever".*

GEORGE ORWELL
1984

La solicitada

Azucena Villaflor venía desplegando una labor intensísima al frente de las Madres. Las constantes amenazas y advertencias a que se veía expuesta no conseguían detener su marcha, se exponía cada vez más.

"Ocho días antes de los secuestros habíamos ido a ver al obispo de Zárate", recuerda Aída Bogo. "Nos encontramos en Retiro las dos y salimos para allá. El prelado nos recibió y Azucena le dijo sin titubeos que ella sabía que había campos de concentración en la Argentina".

El obispo tartamudeó.

"¿Usted no se da cuenta, señora, que está corriendo mucho peligro con la información que me da?"

El miedo no paralizaba a la madre, más bien la impulsaba. En tan sólo siete meses había formado un movimiento cívico sin antecedentes en la Argentina. El destino, además, se había puesto de su lado, brindándole un poderoso aliado en la figura del Presidente Jimmy Carter de los Estados Unidos, quien hizo de los derechos humanos un eje central de su política exterior.

En agosto, su enviada especial Patricia Derian se entrevistó con el Almirante Emilio Massera en la misma ESMA, exigiéndole que pusiera fin a las sesiones de tortura que ella sabía se efectuaban en el sótano del edificio.

En septiembre, cuando el Presidente Videla asistió a la firma del Tratado de Panamá, el mismo Carter lo sorprendió entregándole una lista de desaparecidos, descolocándolo de tal modo que al general se le escapó la promesa de una "Navidad en paz" para la Argentina.

En noviembre, cuando el Secretario de Estado estadounidense Cyrus Vance visitó Buenos Aires, trajo otra lista, de 7.500 personas esta vez, que había sido armada por el diplomá-

tico Tex Harris sobre la base de las denuncias que iba recogiendo entre los familiares de las víctimas.

Las Madres habían logrado grandes triunfos, un hábeas corpus conjunto para 159 personas, una solicitada en *La Prensa*, un reclamo presentado ante la Junta Militar con miles de firmas, extensas ngtas en la prensa internacional donde se las exaltaba como un ejemplo de resistencia pacífica. Algunas pensaron que en realidad podía ocurrir un milagro. Empezó a correr la voz de que Videla planeaba liberar una gran cantidad de detenidos.

"Me acuerdo que decían que iban a salir a fin de año", cuenta Bogo. El rumor causó gran conmoción. Al salir de una misa en la Iglesia de los Remedios, de Parque Avellaneda, las Madres rodearon a Azucena en el modesto patio de la parroquia.

"¿Qué va a pasar, van a salir?", le preguntaron casi a coro.

"Sí, sí, quédense tranquilas. Parece que 2.000 salen a fin de año".

"Nora Cortiñas no podía parar de llorar", recuerda Bogo.

De ahí en más el trabajo de las Madres se centró en una solicitada de página entera que planeaban publicar en el diario *La Nación* el 10 de diciembre, Día Internacional de los Derechos Humanos, para recordarle a Videla la promesa que se le había escapado ante Carter. ¿El título? "Por una Navidad en paz".

¡Es una infiltrada!

El día que yo me muera, no sé quién me llorará.
Me llorarán mis amigos de la vecindad.

JUSTINA MOLINA DE CHINCHELLA

Remo Berardo tenía su atelier en el primer piso de la calle Magallanes 889, a la vuelta de Caminito, en el barrio de La Boca. Originalmente la propiedad fue de don Manuel Chinchella, padre adoptivo del afamado pintor Benito Quinquela Martín. El frente colonial del conventillo fue agregado por Quinquela cuando refaccionó la casa para sus padres. Remo creció allí junto con sus cinco hermanos, su hermana Lucía fue ama de llaves desde 1944, cuando todavía vivía doña Justina Molina de Chinchella. En 1971 los Berardo se mudaron a Barrio Norte pero Remo siguió alquilando el viejo piso como taller de pintura. Quinquela murió en enero de 1977, lo cual fue una gran pérdida para los Berardo ya que los unía un estrecho lazo de afecto.

La mañana del domingo 4 de diciembre, Remo volvía de comprar el Clarín para su hermana, que lo esperaba a almorzar más tarde. Por las escaleras del viejo conventillo fueron subien-

do la monja Alicia, Horacio Elbert, Julio Fondevilla, Gustavo Niño y su hermana. Hacía algunos domingos que el atelier se había convertido en una extensión más íntima del salón de la parroquia de Santa Cruz. Raquel Bulit también había llegado hasta Magallanes en otras ocasiones y Alicia fue acompañada al menos una vez allí por su compatriota Léonie Duquet, también monja de las Misiones Extranjeras, a quien Remo conoció por el nombre de Leonilda.

Cuando se sentaron alrededor de la mesa a planear los trabajos de la semana, Remo se sintió incómodo.

"Esta fulana se sienta siempre al lado mío", pensó. Labayrú permanecía muda, garabateando en los avisos de la revista del Clarín. De tanto en tanto levantaba los ojos para clavarlos fijamente en el pintor.

Había buen ánimo. Se repasó el cronograma de la semana entrante, incluyendo la reunión del día siguiente en la Santa Cruz, donde las Madres de Plaza de Mayo juntarían firmas y aportes para la solicitada de *La Nación*. Ensayaron posibles textos de la misma, que debía reflejar la congoja de los familiares sin atraer la ira de los represores. Gustavo y Remo relataron sus progresos en la redacción y el diseño de la revista Testimonios, un proyecto que entusiasmaba a la monja y donde Labayrú supuestamente participaba como diagramadora.

Finalizados los temas, todos bajaron a la calle y se fueron dispersando por las veredas de La Boca, Alicia hacía el hogar que compartía con una familia de Parque Avellaneda, Elbert a reunirse con su mujer y su bebida de tres meses, Fondevilla a almorzar con su señora y Gustavo hacía los oscuros laberintos de la ESMA, donde se volvería a transformar en el Teniente Astiz, agente secreto experto en madres, monjas y activistas de derechos humanos.

Remo cerró el atelier y partió para Barrio Norte. Sentado en el colectivo 152, hojeando distraídamente el diario, sintió una vez más la inquietud que le provocaban los hermanos Niño. El muchacho rubio era tan atolondrado, apurado, enérgico, y su hermana con esos vestiditos, sacudiendo su larga trenza. Durante el almuerzo, repasó con Lucía los detalles de la reunión, sin mencionar la sospecha que lo carcomía por dentro. Luego se recostó sobre el sofá, tratando de pensar en nada. Pero no pudo evitar desear el regreso de su hermano Amado, desaparecido desde el año anterior, cuya ausencia le partía el corazón y cuya búsqueda lo había llevado a la Plaza de Mayo y de allí a la Iglesia de la Santa Cruz.

Lucía se puso a leer la revista del Clarín. Al principio, no prestó atención a los garabatos repartidos por sus páginas ya que Remo solía dibujar en cualquier lado. Últimamente se le había dado por esbozar motivos marinos, ostras de mar.

"Ahora se le habrá dado por dibujar estrellas", pensó. Pero pegó un grito de sorpresa cuando dobló la última hoja y se encontró con que las estrellas eran estrellas del ERP y además había emblemas de Montoneros.

"¿Qué son estos dibujos?", exclamó, despertando a su hermano y mostrándole la contratapa de la revista.

A Remo le corrió un sudor frío por la espalda.

"¡Pero la gran siete, mirá lo que me hizo esta mina! Mirá si alguien me pesca en el colectivo leyendo esto y no me doy cuenta."

Ya no pudo disimular la duda que lo atormentaba.

"Además ahora empezó a venir con la hermana. O por lo menos él dice que es la hermana. ¿Te das cuenta? Pero ésta debe ser una infiltrada, porque yo a Gustavo le tengo una desconfianza, no sé por qué, y si viene encima la hermana. ¡Mirá lo que me ha hecho en la revista!"

Lucía intentó calmarlo y fue a preparar un café. Apareció Remo.

"Pero esperá el domingo que viene cuando haya un momento en que estén los otros comentando y organizando el trabajo de la semana, yo la voy a agarrar a esta tipa. Es jovencita, pero es de viva. ¡Le tengo una desconfianza!"

Tenía razón en desconfiar. Pero el domingo siguiente ya no habría más encuentros en el atelier de la calle Magallanes.

La última reunión

Habría unas 20 personas en el amplio salón parroquial de la Iglesia de la Santa Cruz la tarde del lunes 5 de diciembre, entre ellas Azucena, Alicia, Teresa Careaga, Mary Bianco, Julio Fondevilla, Remo Berardo y los jóvenes Horacio Elbert, Raquel Bulit, Ángela Aguad y Patricia Oviedo, quien asistía por primera vez. Todos ellos serían secuestrados antes de que finalizara la semana.

Fueron llegando también el arquitecto Mastrogiácomo con su señora y la muchacha Cecilia Vázquez, quienes sobrevivirían las redadas. En el fondo del salón se ubicaron las madres Beba Galeano y Susana Gudano, mientras María Lidia de Elbert atendía a su hijita Ana. Último de todos llegó Astiz con su supuesta hermana. Estaba también Lucía Berardo, ésta fue la única vez que asistió a la Santa Cruz. El extraño comportamiento de Labayrú le llamó la atención.

"Quedé con Remo en encontrarnos para ir después a un cumpleaños de unos chicos que eran hijos de desaparecidos. Estuve en la reunión un rato y vi cómo la hermana de Astiz correteaba por el salón con un chico que había traído alguien.

Llevaba un vestido largo, rosado oscuro con flores de distintos colores, con un canesú con un fruncido, era como un vestido de niña boba. Como esos que usa el cómico Antonio Gasalla en la televisión ahora. Tenía una trenza gruesa en el pelo que sacudía como si fuera una nena".

La reunión empezó a subir de tono, con críticas a algunos jefes del Proceso que incomodaron a Lucía.

"Bueno. ¡No exageremos tanto!", largó sin darse cuenta. "Tenía miedo de que hubiera un infiltrado... y Astiz me clavó la mirada".

Al igual que en la reunión más íntima de La Boca del día anterior, el clima era de optimismo. Las Madres repasaron los avances hechos para la publicación de su solicitada en *La Nación*. Esperaban lograr unas mil firmas y suficientes aportes como para comprar una página entera del diario. Mastrogíacomo, oficiando de tesorero, comenzó a recolectar las contribuciones de los presentes mientras su señora, con la ayuda de Astiz, iba anotando los nombres y números de documento de los que desearan refrendar el reclamo.

Se aprobaron tres cosas. La primera fue el texto propuesto para la solicitada por las Madres de Plaza de Mayo. La segunda fue citar a una reunión extraordinaria el día jueves a las 19 horas, para lo cual se obtuvo el consentimiento de la iglesia, ya que muchos familiares no habían podido aún acercar su contribución. Por último, se decidió que una comisión integrada por Gustavo Niño, Remo Berardo, Horacio Elbert y Julio Fondevilla se encargaría de distribuir copias de la solicitada a los medios. A tal efecto, los cuatro establecieron una cita para el jueves al atardecer en un bar de la esquina de Paseo Colón y Belgrano. Se acordó asimismo que los presentes mantendrían la discreción del caso acerca de estas dos citas.

Acordados estos puntos, y en una actitud sorprendente, Astiz y su hermana abandonaron intempestivamente el lugar antes de que finalizara el encuentro.

"Ahora pienso que Astiz salió corriendo para interrumpir un secuestro que seguramente tenía planeado para ese mismo lunes", teoriza el arquitecto Mastrogíacomo. "Se debe haber dado cuenta de que el jueves iba a haber más gente y más dinero para llevarse".

Alicia se acercó a Mastrogíacomo.

"Su señora está muy abatida", dijo. "Venga temprano el jueves que yo quiero hablar con ella".

Buscando unión

La mañana previa a los secuestros de Santa Cruz, el miércoles 7 de diciembre, Teresa Careaga tuvo una cita con Lilia Orfanó en la pizzería de la esquina de Pueyrredón y Charcas. Teresa estaba preocupada por las diferencias que se insinuaban entre los grupos de derechos humanos.

"Mirá, Lilia, tenemos que unirnos todos los que estamos buscando a nuestros chicos. Hay gente que no se quiere acercar a Familiares porque los vinculan con el Partido Comunista".

"Yo no soy ni comunista ni anticomunista", se atajó Orfanó, quien actuaba como tesorera de Familiares. Pero sabía que su grupo estaba asociado en la mente de algunas personas con la Liga por los Derechos del Hombre, que hospedaba en sus oficinas a Familiares y que sí estaba vinculada con el PC.

"Tenemos que buscar la manera de unirnos, porque es solamente juntos que vamos a lograr que los suelten", dijo Careaga.

"Me hablaba con esos ojos luminosos y bellos que ella tenía", recuerda Lilia.

El deseo de unir los diferentes esfuerzos para encontrar a los desaparecidos respondía en parte a la naturaleza de Teresa Careaga, una mujer adelantada a su tiempo que tuvo un protagonismo político importante dentro del Partido Febrerista de su Paraguay natal antes de que su familia se exilara en la Argentina.

"Es qué ella tenía la manía de la unidad", recuerda Jesús Careaga, su marido.

El auto fantástico

Una de las armas más eficaces que empleó el infiltrado fue su automóvil. Se ofrecía constantemente a acercar a los familiares de los desaparecidos a donde quisieran ir. Varias personas hoy prefieren olvidar esos viajes.

"Hay una madre a quien Astiz una vez la trajo hasta la puerta de mi casa. Pero ella no va a querer hablar sobre eso. Quedó muy asustada cuando se dio cuenta de quién había sido en realidad el chofer", dice Chela Mignone, madre de una desaparecida de la ESMA y mujer de Emilio Mignone, presidente del CELS, quizás el más respetado de los grupos de derechos humanos en la Argentina.

Las huellas del auto fantástico aparecen por todos lados, en el testimonio de la madre Beatriz Neuhaus ante el Juez de Instrucción Jorge López Bolado el 20 de julio de 1984, por ejemplo.

"Refiere que el día miércoles pasado la declarante se encontró casualmente con una chica que se llama Diana y que vive en Ramos Mejía. Que Diana le comentó que el día anterior a los secuestros de la Santa Cruz, ella había ido en el auto de Astiz y manejando éste al estudio de Remo Berardo que está ubicado en La Boca. Dice que Diana conocía a todo el grupo que se reunía en la Santa Cruz, porque en alguna oportunidad iba a las citadas reuniones".

Esta visita a Remo el día antes de su secuestro es confirmada por María del Rosario Cerrutti.

"Gustavo fue al estudio de Remo porque querían organizar un diario, una hoja, un informativo de lo que pasaba. Sé que había estado, uno o dos días antes del secuestro, impulsando a Remo a que hiciera el diario, a ver cuáles eran los proyectos."

Pero en este caso las huellas conducen a un callejón sin salida.

"¿Yo le dije eso al juez?", se asusta Neuhaus. "Sí, es verdad esa historia. Pero no te puedo decir quién es esa chica porque ella no quiere hablar".

Los preparativos

El jueves fatal tuvo varios escenarios a lo largo del día. El primero fue la parroquia de la Santa Cruz, donde desde temprano en la tarde del 8 de diciembre se iban apostando hombres armados en lugares estratégicos. Una vecina del barrio, María Rosa Orfanó de Canseco, domiciliada a tres cuadras de la iglesia, fue testigo de los aprestos. La hermana de Lucas Orfanó era sumamente apolítica y jamás se había acercado a los grupos de derechos humanos. Los movimientos de fuerzas le provocaron mera curiosidad. Primero los observó desde el balcón de su casa y luego bajó a la calle, acercándose a mirar con una tranquilidad que otra persona despierta al horror de esos años no podría haber simulado.

Pocos días después, la señora de Canseco le contó a su hermano lo que había presenciado y el relato aparece en el testimonio de Lilia Orfanó ante el Juez Bolado.

"Así fue", dice Orfanó hoy. "Ella nos contó que vio cómo un muchacho rubio, joven, buen mozo, dirigía a los hombres que se iban ubicando por el barrio. Los hombres iban vestidos de civil, con armas, en varios autos, hasta se colocó gente en los techos".

Alguien que solía ver a Astiz merodeando alrededor de la iglesia en esa época es Alejandra Almirón, quien tenía 13 años en 1977 y vivía cerca de Santa Cruz.

"Lo vi varias veces caminando por el barrio cuando yo iba y venía del Colegio Nacional Número 8, que quedaba a la vuelta

de la iglesia. Siempre me impresionó por lo rubio y por ese gesto maléfico que tiene en la boca. Cuando salieron las fotos en los diarios años después lo reconocí en seguida".

El secuestro de Remo

"La última vez que concurrí a una reunión fue en un domicilio particular en el barrio de La Boca. Se había decidido previamente que los integrantes serían secuestrados en el inicio de la misma... Horas antes de ser llevada por Astiz a dicha reunión supe que iba a ser sometida a un simulacro de secuestro."

SILVINA LABAYRÚ
Legajo Conadep 6838

El primer secuestrado fue Remo Berardo. El impresionante procedimiento causó estupor en La Boca, debido a que el pintor era un vecino muy querido del barrio.

"¡Pero es Remo! ¡Es Remo!" Todos conocían al discípulo predilecto y casi hijo adoptivo de Benito Quinquela Martín. "¡Es Remo!", se multiplicaba la alarma desde los balcones de las casas de chapa. El más alarmado de todos fue Eustacio Cacho Galeano.

"Se lo llevaron enfrente de mí, con dos personas más, una muchacha rubia, no impresionante pero bonita, y un muchacho con barba, alto, más alto que Berardo, y eso que Berardo era alto. A mí me pusieron una ametralladora en la nariz. Yo en esa época tenía una galería que se llamaba La Carbonería en la planta baja del conventillo donde Berardo tenía su atelier. Se llamaba así porque ésa había sido la casa del padre de Quinquela Martín, que fue carbonero".

Berardo había partido temprano de su casa en Barrio Norte, para ir a trabajar como lo hacía todas las mañanas a Tavera, una tienda de ropa para ejecutivos que quedaba en la calle Tucumán. Le contó a su hermana que después del trabajo iba a estar en el atelier y que pasaría por la Iglesia de la Santa Cruz antes de volver a cenar. Iba vistiendo una campera liviana de color gris y un pantalón oscuro, también liviano. Sus compañeros de trabajo en la tienda Tavera lo vieron salir al terminar su jornada, como todos los días, a las dos de la tarde.

"Habrá sido alrededor de las tres o cuatro", cuenta Cacho. "Yo estaba en la galería atendiendo a una cliente, una pintora, con su marido, que era dentista. Estaba también la dueña del conventillo ahí en la puerta, Filomena Maio de Pando, y lo vimos pasar a Berardo. Me saluda, y justo entraron con él una chica jovencita, rubia, y otro muchacho, medio harbadito. De la chica me acuerdo que tenía un vestidito blanco. Los vi cuando

entraron y cuando los sacaron. Me saludaron, entraron, y fue un aluvión de coches particulares, camionetas, todos de civil. Cuando veo ese movimiento ahí adelante digo: ¿Qué pasa acá? Salgo a la puerta, y me ponen una ametralladora en la nariz".

"Métase adentro, usted no ve nada", lo empujaron al galerista.

"¡Pum! Cerré la puerta. Pero la ventana a la calle queda abierta y el local por atrás me abre al patio por donde se subía a lo de Berardo. Veo que suben a la casa de él. Miro para arriba y veo un tipo con ametralladora en el techo. Ya estaban arriba en el techo. Miro para el costado y veo otro en el patio. ¿Qué hice? Cerré la puerta y me metí adentro. No escuché nada. Si hubiese habido gritos los habría escuchado a través del piso y las paredes de chapa del conventillo. Nada, absolutamente nada".

Cacho desesperaba por ver qué le harían a su amigo.

"¿Qué me quedaba? Mirar por la ventana. La camioneta ésa yo' me acuerdo que era una Rastrojero blanca con cúpula, y fue en una fracción de minutos que los tiraron ahí adentro. No sé si esposados o no, pero tenían las manos atrás y la cara descubierta. La camioneta estaba mirando para el lado de la vía de la calle Garibaldi y había cuatro o cinco tipos ahí. Después había por las esquinas, por todos lados. Berardo no dijo nada, por lo menos no se escuchó nada. Pusieron en marcha y desaparecieron. Fue muy rápido, tipo comando, actúan y ¡pum! se van".

Al galerista le tocó además el momento después del secuestro.

"Mi clienta se me descompuso, le agarró tanto miedo, ahí adentro, descompuesta al máximo. Yo también, cuando me puso la ametralladora acá. La dueña salió corriendo, no sé por dónde se escondió. Calculá, en ésa situación no sabés si van a tirar, qué van a hacer".

Al rato reapareció la dueña del conventillo.

"Vení a mirar como dejaron todo", le pidió a Cacho. Subieron juntos al departamento de Berardo.

"Estaba hecho un revoltijo. Había una foto del Che Guevara en la pared. Inmensa, desgarrada. Era un desastre, le revolieron todo, libros tirados por todos lados. Después te queda la duda de si estaba o no estaba en algo. Pero yo siempre dije ¡No! Él buscaba al hermano. Por su carácter, por su forma de ser. Estaba indignado porque se lo habían llevado. Comentaba siempre que tenía que saber, que tenía que descubrir dónde estaba. Si estaba vivo, si estaba muerto, y así se pasó casi todo el último tiempo. Vaya a saber la conexión que hizo que lo enfrascaron en la misma bolsa".

Es una mañana de diciembre de 1995. Cacho está parado frente al conventillo de la calle Magallanes, la ex casa de Quin-

quela, el ex atelier de Remo, el lugar de reunión del infiltrado con la Hermana Alicia, donde probablemente la foto del Che fue colocada por los marinos para despistar, para cubrir.

"La apertura de La Carbonería fue el 24 de mayo de 1977", cuenta Cacho. "Asistió Massera, invitado por Silvio Soldán, que era amigo mío. Lo invité a Berardo también y él bajó a saludar y estuvo un rato en la inauguración. Te digo más, y parece increíble, a la galería venía la mujer de Videla a comprar cuadros. Pero nada de eso importa. Lo que te digo te lo digo por él. Lo hago por Berardo".

El testimonio de Labayrú ante la Conadep hace suponer que fue ella la chica rubia que entró al atelier de Remo. Cacho no vio claramente al hombre alto que la acompañaba, no sabe si puede haber sido Alfredo Astiz. Labayrú identificó por sus nombres de guerra a tres de los oficiales que habrían participado en el secuestro. Éstos serían el Teniente de Fragata Néstor Omar Savio, alias Norberto, el Mayor de Ejército Juan Carlos Coronel, alias Maco, y un Teniente de Fragata que operaba bajo el alias Pantera.

Embajada del Café

Los secuestros de la Santa Cruz fueron en el Día de la Virgen, un buen día para raptar madres. Como habitualmente antes de ir a la plaza, Azucena y sus compañeras estaban reunidas en la Embajada del Café, una confitería de la Avenida de Mayo. Entre ellas estaba Nora Cortiñas.

"En la vereda de enfrente, que se notaba al no haber tráfico porque era feriado, había parados dos Ford Falcon y varios monos que se paseaban por la vereda. En ese momento Gustavo Niño se acercó a nosotras en el bar y enfiló hacia Azucena"

"Miró, por favor andate. No vengas porque acá no queremos tener gente joven", le dijo ella.

"Pero él no le hizo mucho caso y andaba revoloteando alrededor nuestro".

De la Embajada, las madres caminaron a Plaza de Mayo donde se encontraron con Alicia.

"Después de la marcha teníamos que repartirnos para buscar el dinero y las firmas para la solicitada. A mí me tocó ir con Azucena a la Iglesia de Betania. Otras madres tenían que ir a la Santa Cruz, entre ellas Beatriz Neuhaus, Nélica Chidichimo y María del Rosario Cerrutti. Alicia también partió para allá".

Betania

La colecta para la solicitada se realizó en tres iglesias, la Santa Cruz, la Sagrada Eucaristía, de Plaza Italia, y Betania, de Almagro. En Betania, una fea y moderna construcción de hormigón en Medrano al 700, estaban Azucena, Teresa Careaga, Aída Bogo, Pepa Noia y Nora Cortiñas. Hasta allí se acercó también Lilia Orfanó, la tesorera de Familiares, para llevar el dinero recolectado por su organización. Cada grupo iba juntando contribuciones a su modo, las Madres en la plaza y en las iglesias, Familiares pidiendo que fueran acercadas hasta sus oficinas. Alicia también participó como pudo.

"Hace saber que en la misma Plaza de Mayo tuvo oportunidad de conectarse con la Hermana Alicia y que le preguntó la declarante de qué manera podría colaborar", testimonió Haydee Regina de Maratea ante el Juez Bolado en 1984. "Que ante ello la religiosa le dio hojas en blanco y le solicitó que se ocupara de ubicar contribuyentes para poder publicar la solicitada".

Lilia entregó el dinero de Familiares a Azucena y, tesorera al fin, le exigió un comprobante.

"¿Cómo me pedís que te firme un recibo?", se molestó Azucena.

"Es mucha plata y no es mía", explicó Orfanó, una mujer de pocas vueltas.

Se fueron separando las participantes. Noia, sin saberlo, se despidió por última vez de su amiga Azucena, quien partió con Cortiñas a contar el dinero. A Teresa Careaga le tocaba buscar lo que se recolectaría a las siete de la tarde en Santa Cruz. Caminó las dos cuadras hasta la avenida Corrientes en compañía de Orfanó mientras continuaban la conversación del día anterior.

Las amigas se pararon a charlar frente a la pizzería Gildo, en la esquina de Corrientes y Medrano. Los dos hijos de Orfanó, ambos desaparecidos, habían sido Montoneros. Para verlos debía establecer citas secretas a las cuales acudía haciendo uso de las tácticas de antiseguimiento que éstos le enseñaban. Su último encuentro con uno de ellos había sido el 30 de julio de 1976, justamente en la Gildo.

"Mejor no ir con Teresa", presintió. Decidió volver a la oficina de Familiares. Careaga tenía impaciencia por llegar a la Santa Cruz. Se despidieron con un beso. Orfanó tenía 48 años y viviría para recordar la secuencia de eventos. Careaga tenía 59 y ya había entrado en su última semana de existencia.

Elbert y Fondevilla

El día jueves hubo tres puntos de secuestro, la Santa Cruz, el atelier de Magallanes y la esquina de Paseo Colón y Belgrano, donde Berardo, Elbert y Fondevilla debían reunirse con el infiltrado.

"En la reunión del lunes ellos habían convenido encontrarse en una esquina del centro para llevar copias de la solicitada a distintas agencias extranjeras", recuerda Mastrogiácomo.

La elección de la esquina no era casual. Quedaba a media cuadra de la agencia *United Press* y a cuadra y media del *Buenos Aires Herald*, el único medio en la Argentina que se atrevería a recibirlos. El bar Comet, que allí se encuentra, era un punto de parada obligado para los periodistas de la zona. Elbert conocía el lugar, dado que había estado dos veces ya en el *Herald* junto con otros miembros del grupo de la Santa Cruz. Su mujer recuerda que cuando se despidieron ese día él dijo que iba a juntarse con Fondevilla para repartir las gacetillas.

La dirección de la esquina fatal aparece en el testimonio ante la Conadep de Labayrú, quien estaba tan al tanto de los planes de la Marina como de los movimientos del grupo de la Santa Cruz.

"Astiz no fue", asegura Mastrogiácomo. "A la hora que tenía que estar allí, esa reunión era alrededor de las siete, él estaba charlando conmigo en la iglesia".

Los secuestros de La Santa Cruz

Mastrogiácomo llegó temprano para que su señora se consolara con la Hermana Alicia. Fue tremenda su sorpresa al encontrar que la calle Estados Unidos rebosaba de fieles.

"¡Nos habíamos olvidado de que era el Día de la Virgen!"

En el jardín de la parroquia se desarrollaba un oficio evocando la Inmaculada Concepción de María. Luego habría una procesión alrededor de la manzana hasta entrar a la iglesia, donde se celebraría una misa de primera comunión.

"Al primero que veo es a Astiz, apoyado en el portón de rejas que da acceso al jardín. Se acerca a saludarme y charlamos recostados contra un automóvil".

Mientras esperaban a que terminase la ceremonia, el infiltrado esgrimió por última vez el relato de su falsa desgracia.

"Cuando vinieron a casa a secuestrarlo estábamos todos. Sire embargo fueron directamente a mi hermano, a pesar de que somos parecidos, y se lo llevaron a él".

Una a una fueron llegando las seis mujeres que serían secuestradas esa noche.

"Vi llegar a Ángela Aguad, una muchacha que tenía el marido detenido a disposición del Poder Ejecutivo en el Chaco", dice Mastrogícomo. "Ella había sido estudiante de medicina y trabajaba en una confitería. Fue con unos niños que no eran hijos de ella."

Llegaron Teresa Careaga y Mary Blanco, las dos madres que nunca faltaban a la Santa Cruz. Llegó la joven Patricia Oviedo, quien asistía sólo por segunda vez a la iglesia. Llegó Alicia, a quien Mastrogícomo solía acercar hasta Once después de las reuniones, en donde ella tomaba un transporte a la casa que compartía en Parque Avellaneda.

Llegó Raquel Bulit, la joven mujer de Vanguardia Comunista que había sido arrestada con sus documentos estropeados en Plaza Congreso y que tanto empeño ponía en las reuniones de la Santa Cruz. Trágicamente, esa noche llegaría también Gabriel Horane, el ex marido de Raquel, con la idea de tomar un café con ella después y discutir los detalles pendientes de su separación. La cita le valió la muerte. Horane fue el único hombre secuestrado en el procedimiento que estaba por comenzar.

Mientras arribaban estos y otros familiares, Astiz y Mastrogícomo continuaban recostados contra el automóvil, inmersos en su extraña charla.

"¿Por qué no damos una vuelta manzana?", propuso sorpresivamente el infiltrado.

"¿Para qué?"

"Para despistar".

"¿Despistar qué? Estamos entre toda esta gente participando de una ceremonia religiosa", dijo Mastrogícomo. "Nadie se fija en nosotros".

"Astiz no me contestó nada".

La pequeña desconfianza seguramente le salvó la vida.

"Soy un sobreviviente de la Santa Cruz", admite.

Al finalizar la ceremonia los dos hombres entraron al jardín de la parroquia, donde Alicia le pidió a Mastrogícomo que actuara una vez más de informal tesorero, recaudando los modestos aportes que iban llegando para luego entregarlos a las Madres de Plaza de Mayo.

"Nos quedamos en los bancos que había ahí a la intemperie, conversando alrededor de la gruta".

Alicia se puso a juntar las firmas y los números de documento de los que se anotaban para la solicitada. Así estuvieron hasta pasadas las ocho de la noche, mezclados entre los rezaga-

dos de la procesión y los que arribaban para tomar la primera comunión.

Pasadas las siete y media llegó Cecilia Vázquez.

"Yo venía de La Plata, de haber visto a mi marido. Estaba con una señora que también tenía el hijo detenido y con otra gente. Entraban y salían muchas personas. Había esa necesidad de calorcito, de sentirse juntos, de charlar y de contarse. Creo que éramos unos ingenuos totales. Había muchísima gente, casi 50 o 60 personas".

Astiz se acercó a Vázquez.

"¿No sabés si viene Azucena?"

"No sé".

"¿Vendrá o no vendrá?"

Su consternación era evidente.

"Estaba realmente muy decepcionado de no haberla encontrado", recuerda Vázquez, quien todavía se sorprende de haber sobrevivido a los secuestros esa noche. "El a mí me conocía perfectamente, porque habíamos hecho cosas juntos, como ir a hablar con periodistas sobre lo que estaba ocurriendo en la Argentina. No debo de haberle parecido muy interesante desde su punto de vista".

A medida que iba recibiendo el dinero, Mastrogiácomo anotaba cada aporte en una libreta. El último en entregar su contribución fue Astiz.

"Yo no cobré en el trabajo todavía", alegó el marino. "Es lo único que tengo".

"Me dio dos billetes de mil pesos nada más. Fue el que menos puso. Lo escaso de la contribución me extrañó ya que tanto Gustavo como su hermana aparentaban una buena situación económica".

Aún más sorprendentes fueron los arabescos que hacía el infiltrado con los billetes.

"Me llamó la atención que cuando me los daba los levantaba". Mastrogiácomo hace el gesto de alguien que agita dinero en el aire. "Me estaba señalando. Ahí me marcó".

Poco antes habían llegado tres Madres de Plaza de Mayo, Nérida Chidichimo, María del Rosario Cerrutti y Beatriz Neuhaus. Venían de la casa de Emilio y Chela Mignone, donde se centralizaban las contribuciones para la solicitada. Era un río de monedas y billetes de baja denominación, las pequeñas contribuciones de cientos y cientos de firmantes.

Entregado su mísero aporte, Astiz se precipitó sobre Chidichimo.

"¿Cómo te va?"

"Bien, bien".

"Mirá, yo sólo tenía 2.000 pesos. Pero voy a buscar más dinero".

"Gustavo, traelo mañana a la mañana. ¿Qué, te vas a ir ahora?"

"No, no, voy a buscar más".

Oscurecía bajo los pinos. El alto Calvario, tallado de piedra, sobrevolaba a las madres en pena. Había llegado, pensó Judas, el momento. En la mejilla de Chidichimo estampó su húmedo beso.

"¡Ya vuelvo!"

"Yo no había entrado", cuenta Cerrutti. "Estuve en el portón casi todo el tiempo con Alicia y Mary Bianco. Después hice un poema a la remera de Alicia, quien ese día estaba con una remera roja y una cruz. Estábamos hablando de cómo desaparecía la gente, de cómo nuestros militares eran entrenados en Estados Unidos, en la Escuela de Panamá. Alicia hablaba así".

Un tema que circulaba en la reunión era el de la publicación que estaba organizando Gustavo con Remo.

"Hablaban de que había que sacar algo. Yo no sé si Alicia hablaba de eso pero sé que el diario estaba por salir y que habían estado ultimando proyectos para eso".

Cerrutti notó una presencia extraña en la calle Estados Unidos.

"Vi un muchacho alto, morocho, de cara rara, pelo lacio, traje azul, que caminaba con una pierna un poco renga. Venía por el cordón de la vereda hasta donde estábamos nosotras y se volvía, como si estuviera esperando a alguien. Parecía un provinciano endomingado, una cara ancha y achatada, pero no como un santiagueño mofletudo. Vino y fue varias veces, no nos miraba nada especial pero me llamó la atención porque yo estaba ahí hablando con ellas y lo veía".

Cerrutti estuvo una hora en el portón.

"En una época vivía por ahí. Me eduqué en el colegio Misericordia que estaba enfrente. Tomé la comunión y me casé en la iglesia. A ese barrio lo conozco muchísimo. Ahí estaba la Comisaría 8a, de casos especiales, donde mi papá contaba que se mataba gente y se torturaba en el año 20, cuando él vino de España. Los socialistas caían como moscas ahí dentro".

Tras la repentina partida del infiltrado (notaron su apuro Vázquez y Mastrogíacomo), Chidichimo tuvo una breve charla con Alicia.

"¿Sos cursillista?", preguntó la monja, tomando en su mano la cruz que la madre llevaba alrededor del cuello.

"No, Alicia. ¿Por qué?"

"Porque llevás esa cruz, es de cursillistas".

"¿No te parece que la tenemos que llevar más grande aún, más pesada que ésta?"

Alicia le acarició la frente.

"Vas a ver que para Navidad vamos a saber algo de los chicos".

"¡Ay! Dios te oiga a vos que estás más cerca de Él que nosotros", rogó Chidichimo, quien desde entonces no se quita la cruz que Alicia bendijo sin darse cuenta.

Mastrogiácomo, Alicia y Teresa se juntaron para contar las donaciones recibidas. Mastrogiácomo le entregó a la madre 140.000 pesos para llevar a lo de Mignone. Por indicación de Alicia, guardó un pequeño vuelto en un sobre.

"Alicia ayudaba a los familiares de los desaparecidos y pensaba darle ese fin".

Fue cerca de las ocho y media cuando Cerrutti entró al jardín a preguntar si se iban.

"Ya está todo listo", le contestaron. "Teresa lleva la plata".

"Sale Teresa delante mío, caminando del lado de la calle, con una madre que nunca pude saber quién era (probablemente Patricia Oviedo). Yo iba cinco metros atrás con Mary Bianco. Íbamos a doblar por Urquiza hacia Independencia a tomar un taxi".

Cerrutti y Bianco eran seguidas unos pasos atrás por Chidichimo y Neuhaus cuando los secuestradores entraron en acción.

"Un tipo en mangas de camisa, gordo, con bigote, rubio, la agarra a Teresa y la lleva, la arrastra. Otro tipo agarra a Mary".

"¿Qué pasa, qué pasa?", exclama Cerrutti.

Un tercer hombre la arroja contra la verja.

"¡Quédese ahí! Esto es un operativo por droga", le espeta el valiente secuestrador de madres.

"A ellas las llevan y a mí me tiraron contra la pared. Estaban señaladas".

Con la llegada de la noche y bajo la sombra de las inmensas instalaciones el operativo pasa casi inadvertido.

"No pude ver adónde las llevaban, estaba toda la calle llena de coches, el terror..."

Cerrutti giró para alertar a Chidichimo y Neuhaus.

"Nos llevan, nos llevan".

"Ay, qué suerte", contestó Neuhaus, creyendo que alguien se ofrecía para acercarlas. Pero se horrorizó al comprobar que sus compañeras eran introducidas violentamente en una cola de autos estacionados en doble fila, Teresa en un Renault 12 y Mary en un Ford Falcon gris metalizado. Escuchó que Teresa

preguntó dos veces "¿Por qué?" en tono muy bajo. Neuhaus enfiló hacia un hombre de civil, en mangas de camisa, de fuerte textura, rubio, armado, que parecía dirigir aquel procedimiento.

"¿Qué está pasando aquí?", exigió saber.

"Siga su marcha", contestó el hombre, muy nervioso. "Nos llevamos a estas mujeres porque son drogadictas".

Chidichimo se dio vuelta y vio que a Alicia la tenían agarrada con las manos atrás y que la arrastraban de los pelos.

"¡Tum! La meten de cabeza en un auto".

"¡Se están llevando a Sor Alicia!". gritó.

"Quedamos Neuhaus, Cerrutti y yo. Fue en un abrir y cerrar de ojos".

"Nos agarramos las tres, con un miedo tan grande, duras y apretadas", dice Cerrutti. "Así nos vamos a la esquina y entramos a la iglesia, donde estaba saliendo la gente de la primera comunión. Nos damos vuelta y empezamos a salir metidas en el medio de ellos, espantadas".

Chidichimo se acuerda de los gritos de Cerrutti.

"Claro, ella se resistió tanto, pero yo creo que no nos llevaron, no por bonitas, sino porque ya no había más autos".

Los siete secuestros se sucedieron rápidamente, todos en la vereda de Estados Unidos entre el portón del jardín y la esquina con Urquiza. Mastrogiácomo salió atrás de las madres.

"La monja terminó de hablar con mi señora. Yo la traía casi siempre en el coche pero ese día no quiso porque iba a otro lado. Cuando salí había varios que después me enteré estaban ya en los autos detenidos. Al mismo tiempo que yo sale Ángela con los niños, la monja, y una más que siguió de largo". (Se refiere a Cecilia Vázquez.)

Mastrogiácomo se acuerda perfectamente de los secuestradores.

"Lo tengo bien dibujado al tipo que hacía de jefe. Estaba de civil, con una guayabera azul, medio indio, de tez oscura, grueso, daba la sensación de que recién se había levantado de dormir, y empezó a dar órdenes, a señalar. Estaba con un transmisor portátil".

El jefe ordenó a otro individuo, alto, delgado, en mangas de camisa, que detuviera a Alicia y a Aguad, señalándolas directamente y sin titubeos, para luego darse vuelta y enfrentar a Mastrogiácomo.

"¡Y vos, hijo de puta, viejo de mierda, entregá el dinero!"

"Mi señora tenía el dinero de Alicia en la cartera y le entregó el sobre. Esto ocurre un poco apartado del centro de detención del portón, a unos 10 o 15 metros sobre la vereda".

Mastrogiácomo fue abofeteado.

" Mi mujer me abrazó para evitar que le pegue, si me peleo me mata, y veo en ese momento que a la monja le ponen las manos en la espalda y le meten las esposas mientras que agarran a una tercera mujer frente al portón". (Probablemente Raquel Bulit.)

El jefe que empujaba a Mastrogiácomo a los sopapos intentó subirlo a un auto.

"¡Ahora te voy a llevar a vos!"

"¡No! Si lo lleva a él nos lleva a los dos", dijo su señora.

"Dejalo, que no hay más lugar", gritaron desde los autos.

El hombre empujó a Mastrogiácomo contra su mujer.

"¡Mándese a mudar, viejo de mierda!"

Por segunda vez en el día el arquitecto salvaba la vida.

"Y no solamente me sacó el dinero de Alicia sino que me sacó mi dinero. Metió la mano en mi bolsillo como un punquista y me sacó los pesos que tenía ahí. Inclusive después mi señora, por los nervios, quería ir a tomar algo y yo le tuve que decir: ¡Pero no me dejaron ni un peso!"

Cecilia Vázquez, que quedó última, agrega el orden en que fueron saliendo por el portón los secuestrados.

"Primero fue Horane, luego Careaga y Patricia Oviedo, Raquel Bulit, la Hermana Alicia y Angela Aguad. Los secuestradores eran todos pibes jóvenes vestidos más o menos como Gustavo, con vaqueros, camperas, camisas a cuadros. No era una cosa muy clara ni siquiera de que era un secuestro. Del jardín uno veía unos autos en doble fila y hasta que no llegaba al portón no sabía lo que estaba sucediendo. Yo salí con un señor de mucha edad que tenía el hijo desaparecido en Jujuy, que se llamaba Weiss. Ya era de noche, no se veía casi nada, no había luz, y yo le di el brazo para bajar el escalón. De repente vi todo eso y estaba con este señor y no sabía muy bien qué hacer, si darme la media vuelta o continuar. Todo eso ocurrió enfrente del portón, no había mucho espacio. Y fui pasando entre la gente, además quería llevarlo a Weiss a algún lugar para después volver. Creo que no podíamos creer las cosas aún en el momento en que estaban ocurriendo".

Vázquez vio cómo eran esposadas Alicia y Aguad por dos hombres mientras un tercero dirigía esta operación. También vio un sujeto arrastrar a Raquel Bulit hacia un auto estacionado en doble fila. Presenció asimismo el forcejeo con Mastrogiácomo y escuchó cómo le exigían la entrega del dinero.

"Era como que uno se bloquea. Seguí totalmente sonámbula con este señor. Fue tan rápido y tan chocante. No te puedo decir que cuando vimos eso nos abalanzamos o hicimos algo. Nada, sobrecogidos, ni un grito. La gente siguió saliendo. Ni siquiera me acuerdo de la cara de esta chica Angela Aguad".

Aguad vivía cerca de Plaza Italia con una familia que aceptó hospedarla mientras hacía gestiones para la liberación de su marido. La familia en seguida la adoptó como su tía favorita. Pablo Picón y sus dos primitas no han podido olvidar lo que ocurrió ese día.

"Angela nos propuso si queríamos ir a la plaza y dijimos que sí, pero pensamos en los bosques de Palermo", cuenta Pablo. "Cuando subimos a un colectivo yo ya iba un poco intrigado porque no asociaba el tema de la plaza con el colectivo. Le preguntamos durante el viaje adónde íbamos y dijo que se iba a encontrar con unos amigos. Llegamos a la iglesia y nos quedamos donde hay banquitos, un jardincito. Ella se sentó en un banco y nosotros revoloteando. Me acuerdo incluso que en algún momento empezamos a ponernos impacientes, ya no sabíamos con qué carajo jugar. Ella charlaba con gente, de espaldas con espalda, o hablando con una persona sin mirarse demasiado, mirando para el otro lado. Me pareció extraño, incluso lo comenté con mi prima, la más grande. No entendíamos muy bien".

Al terminar la reunión los primos salieron a la calle de la mano de Aguad.

"Fuimos caminando por la vereda de la iglesia y ahí nos paró un coche, chirriando las gomas. Un Falcon, el viejo y legendario. Abrieron las puertas. Se bajaron de arrebató tres tipos. Me los acuerdo no sé si de traje impecable, pero de saco. No me acuerdo las caras. El único que no se bajó era el que manejaba. La agarraron a Angela del brazo y de los pelos, de los pelos literalmente, y la metieron. Ella gritaba que los dejaran a los chicos, pero no se resistía mucho".

"¿Y con los pendejos qué hacemos?", preguntó el hombre del Falcon.

"Subilos. No, no. Metelos en la iglesia".

Fueron metidos de la mano por el portón.

"¡Entren!"

"Vi cuando el auto se alejaba. Iban dos adelante y dos atrás con Angela en el medio".

Pablo tenía nueve años.

"Lo de Angela fue sin ningún tipo de disimulo. A mitad de cuadra, donde terminarían las rejas, en el sentido de la calle, porque cuando veníamos caminando nos vino el auto de espaldas, por izquierda. ¡Pum!"

Los tres primos quedaron solos y aterrorizados en el jardín hasta que fueron encontrados por el Padre Santiago O'Leary.

"Me acuerdo de un cura preguntándonos cosas. Nosotros nos fuimos metiendo y donde se acercó alguno habremos hablado. Fue un flash, lógico. Pero fue medio tácito decir que nos

había llevado la sirvienta y que no sabíamos qué estaba pasando".

O'Leary logró avisar a la familia y esperó con los chicos en la portería de la parroquia hasta las diez de la noche, cuando los llegaron a buscar. Ana Giménez, la madre de Pablo, tiembla al recordar lo ocurrido.

"Nos impresionó que los chicos tuvieran la frialdad de decir que Angela trabajaba en casa. Cuando volvimos después de rescatarlos destruimos todas sus fotos y cosas. No guardamos nada de Angela".

Un desgarrador epílogo de esa terrible noche fue la muerte de la madre de las dos primitas de Pablo.

"Se murió a la semana, tuvo un infarto", cuenta Giménez. "Los médicos dijeron que pudo haber sido producto de un tremendo shock. Primero, que sus dos hijas fueron casi secuestradas. Segundo, que a Ángela la quería muchísimo, realmente era como una hermana".

El último testigo de los secuestros fue el padre Fred Richards, que venía de officiar la primera comunión en la iglesia.

"Yo había ofrecido la misa de las siete y media. Al terminar vine por el corredor que une la sacristía con el salón parroquial por adentro. Cuando llegué a la puerta escuché los gritos. Se los acababan de llevar".

Cerrutti aún hoy se asombra de la falta de resistencia de los familiares.

"No atinamos a nada. Y cuando salimos de la iglesia después del secuestro, ¿a quién veo parado ahí, en la misma ocha-va de la iglesia? Ese hombre, el rengo. No se me borró más esa imagen de la cabeza. Llegamos hasta Independencia así, las tres tomadas hasta el colmo. Me metieron en un taxi y salí a lo de Mignone para avisarles. Chidichimo y Neuhaus se fueron hacia Once para tomar el tren, ya que ellas vivían en Ramos Mejía".

En lo *de Mignone*

Azucena y Nora Cortiñas estaban reunidas en lo de Mignone, avenida Santa Fe entre Agüero y Austria. Hasta allí había llegado el dinero de las iglesias Betania y de la Sagrada Eucaristía. Todo este efectivo debía entregarse el día siguiente en La Nación para la solicitada. Allí también iban llegando familiares con sus contribuciones individuales y para poner sus firmas. Sentadas alrededor de la gran mesa del comedor, las madres juntaban y contaban el efectivo, entre charlas y empanadas.

Fue cerca de las nueve y media cuando María del Rosario Cerrutti le dijo al taxista que parara dos cuadras antes de

Santa Fe. Hizo ese último trayecto a pie para asegurarse de que no la Siguiera nadie. Tocó el portero eléctrico y subió, pálida de terror.

"¡Se acaban de llevar a todos en la Santa Cruz!", exclamó al entrar.

"¿Cómo? ¿A quiénes?"

"A Teresa, Alicia, Mary, Gustavo, a otros que estaban en la iglesia. Además, se robaron el dinero".

Los reunidos entraron en pánico. Si las fuerzas de seguridad habían actuado en la Santa Cruz muy probablemente se dirigían para allí en ese mismo instante. En un santiamén recogieron el dinero ("y las empanadas", agrega Emilio Mignone) y se mudaron unas pocas cuadras a la casa de otra madre, en Santa Fe y Pueyrredón, a determinar algún curso de acción. Sólo quedó Cerrutti, que se rehusaba a bajar de vuelta a la calle. No se movió hasta que vino su marido a buscarla.

El golpe había sido durísimo. Además, con el secuestro de Teresa habían perdido una tercera parte de lo recaudado. ¿Qué hacer? ¿Y si los secuestros continuaban? Al final se decidió sacar la solicitada igual, aunque hubiera que reducirla de tamaño.

"¿Qué hacemos con la firma de Gustavo?"

"Dejémosla. Por ahí los largan a todos dentro de unas horas o unos días".

Muy entrada la noche, se le entregó el dinero a Azucena, responsable de llevarlo el día siguiente a *La Nación*.

"Tené mucho cuidado, no vaya a ser que te traten de raptar a vos ahora", le dijo la señora de Mignone. Azucena emprendió el largo regreso a su casa en Sarandí. Todo el camino estuvo cavilando qué decirle a su marido. Pedro, que tanto le reprochaba el peligro al que se exponía. Decidió no decirle nada.

En la ESMA

Los secuestrados fueron llevados directamente a la ESMA, ingresando al sótano del Casino de Oficiales, el gran edificio de planta baja y tres pisos sobre Avenida del Libertador al 8500 en el extremo norte de la base. Pasaron bajo los carteles "El Silencio es Salud" y "Avenida de la Felicidad", con los cuales los marinos habían adornado el recinto. Allí operaban las salas de tortura del campo de concentración junto con los cubículos donde algunos de los desaparecidos eran obligados a realizar trabajos forzados, falsificando documentos, operando el taller de fotografía, cumpliendo labores de oficina.

"Como ocurría en esos casos, los guardias nos dieron orden de no salir de los compartimientos que ocupábamos y ce-

rraron todas las puertas que daban al pasillo central", relató el sobreviviente de la ESMA Alberto Gironde ante la Justicia años más tarde. "Por los ruidos y las voces era notorio que un grupo importante de prisioneros ingresaba al local. El Teniente Astiz comandaba el operativo y el Teniente Pernías tomó a su cargo la conducción de los interrogatorios que comenzaron inmediatamente en los cuartos de tortura números doce y trece".

La Hermana Alicia fue salvajemente torturada en esas sesiones. La sobreviviente Graciela Daleo también estaba esa noche en el subsuelo, donde la obligaban a preparar síntesis de artículos periodísticos en una vieja máquina de escribir Compo-ser. Ante la Justicia, declaró haber visto cómo Astiz salió de un cuarto donde se desarrollaban los interrogatorios.

El sobreviviente Miguel Ángel Lauletta, a cargo del sector documentación, también estaba en su oficina del sótano esa noche.

"Cada vez que traían algún detenido, a todos los que estábamos ahí abajo, en diagramación, documentación, en el laboratorio, nos avisaban que no saliéramos, porque pasaban por el centro del sótano", dice en una entrevista en un bar en julio de 1996. "Recuerdo esas personas ahí, a lo mejor estaban esperando para que las subieran. Sería a la noche tarde. Yo saldría a avisarle al guardia que me viniera a buscar, para que me llevaran hasta arriba donde dormía".

¿Era un grupo grande?

"Alrededor de siete u ocho personas. Vi el grupo allá en el fondo, parados cerca de la puerta por donde se entra, donde estaban los cuartos de tortura. No recuerdo que estuvieran tabicados. Había un hombre. Me acuerdo de este señor, muy delgado, con traje marrón, me parece. Me sorprendió que estuvieran sin capucha".

¿Sabe qué personal intervino en los secuestros en la iglesia?

"Deben haber participado los de la Policía Federal, que eran los estables de ahí. Para hacer un secuestro de tanta gente, en un lugar así, público, pienso que eran los tipos más capacitados, con más experiencia".

¿El grupo estaba en compañía de algún oficial?

"A lo mejor el guardia, que estaba siempre adentro, como para controlarlos ahí, pero no recuerdo haber visto un oficial, es una memoria difícil de reconstruir".

¿Los vio sólo un momento?

"Es como un pantallazo. Me llamó mucho la atención este hombre, me impactó, a lo mejor porque eran todas mujeres. Estaba muy peinado para atrás".

A las nueve de la mañana del viernes, Marta Ocampo de Vázquez recibió un llamado urgente de Azucena, quien no daba abasto para pasar en limpio las firmas de la solicitada.

"Me fui a lo de Eva Castillo en la calle Rivadavia donde unas cuatro o cinco madres estaban con el tema de las firmas y el dinero."

Los secuestros del día anterior habían impresionado fuertemente a Azucena.

"Si a mí me pasa algo, ustedes sigan", fue lo último que dijo cuando partió hacia *La Nación* a las dos de la tarde.

Azucena, María Adela Antokoletz, Nora Cortiñas, Aída Bogo y Lilia Orfanó, entre muchas otras madres, se juntaron frente al diario, en la calle Bouchard.

"Vino Azucena que nos repartió un poema de Mario Benedetti", recuerda Cortiñas. "Llevaba uno para cada compañera en la carpeta, como sintiendo que por ahí después le tocaba a ella el secuestro".

Aunque la labor del infiltrado no pudo detener la solicitada, los empleados del diario sí casi lo logran. Hizo falta una apelación a la memoria del mismísimo Bartolomé Mitre para ablandar su resistencia.

"Hacia como 15 días que iba un grupo a *La Nación*", dice Antokoletz. "No se hablaba con la gente que te atiende en mesa de entradas. Había una vinculación por la cual se pasaba adentro y se hablaba con dos mozos jóvenes que tenían otra categoría".

La contestación era siempre la misma.

"El cuerpo jurídico del diario no ha contestado todavía".

"Yo debo de haber sido de las madres mayores, de las más viejas", dice Antokoletz. "En esa época tenía 66 años, entonces a mí no me llevaban de acá para allá, había cierta consideración. Pero Azucena me pidió ese día que la acompañara. Ya estaba el dinero reunido, ya estaban los veinte certificados de domicilio listos, porque si no el diario no te publicaba. Y juntamos veinte, entre veinte madres. A mí no me costaba nada porque iba a la policía, una vez a la mañana, otra vez a la tarde, entonces te encontrás con distinta gente. Yo estaba pidiendo un crédito, como era empleada de la provincia, en el Banco de la Provincia, con lo cual tenía esa excusa para buscar el certificado. Pero había madres que decían que era para una solicitada y no se lo daban".

Las madres entraron a donde estaban los jóvenes que venían dilatando la aprobación.

"El cuerpo jurídico todavía no se ha expedido", volvieron a oír.

"¿Cómo es posible?"

Entonces Antokoletz, una mujer de presencia realmente formidable que no había asistido a las negociaciones previas, echó mano a un recurso desesperado.

"¿Quiéren decirme, señoras, adónde me han traído? Porque éste no es el diario de Mitre, de ninguna manera. Mitre ya hubiera dicho: Sí, le publicamos o no le publicamos. Pero no hubiera tenido a este grupo de madres angustiadas desde hace 15 o 20 días con que 'no sabemos, no sabemos, no se pronuncia el cuerpo jurídico'. Esto no puede ser".

Uno de los dos empleados se sintió avergonzado. Se puso su saco -hacía calor, era diciembre- y partió a realizar no se sabe qué consulta.

"Sí, la vamos a publicar", volvió diciendo.

"Yo no quiero decir con esto que fue gracias a mí, de ninguna manera", aclara Antokoletz. "Pero en alguna forma cortamos eso de que te dejaban para otro día, y para otro día, y en eso se iba a pasar el 10 de diciembre, que era el día que queríamos que saliera, el Día de los Derechos Humanos. Entonces Lilia Orfanó pagó y dejamos los certificados".

Aun así surgió un nuevo impedimento.

"En *La Nación* nos dieron mil vueltas", recuerda Cortiñas. "A último momento decidieron no aceptar la lista de firmantes y el texto si no pasábamos todo en limpio a máquina. Mi esposo Carlos tuvo que escribir todos los nombres de vuelta, una lista de casi mil personas, porque no nos la quisieron aceptar escrita a mano. Después no nos quisieron aceptar todas las moneditas y pesitos que habíamos llevado porque cada uno traía lo que podía".

Para ahorrar tiempo algunos voluntarios partieron hacia el Ministerio de Economía donde trabajaba el señor Cortiñas y donde encontrarían las esenciales máquinas de escribir. La solicitada que daría la vuelta al mundo poniendo al descubierto los crímenes del Proceso fue tipeada en una sesión que duró varias horas a pocos pasos de la oficina del entonces Ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz.

Para cuando terminaron de entregar todo en orden ya eran las seis de la tarde. Las madres estaban exhaustas y en un estado de gran alteración. Le plantearon a Azucena la posibilidad de hacer un reclamo por el secuestro de Teresa Careaga. Pero Azucena no quiso.

"Me tengo que volver a mi casa porque mi marido me va a matar", le dijo a Aída Bogo. "Yo no soy el Ministerio del Interior".

"Azucena se fue para su casa y yo quedé en visitarla allí esa misma noche", recuerda Bogo.

¿Qué te pasa mamá?

En el hogar de los Devinenti, en la calle Crámer de la localidad de Sarandí, el aire se podía cortar con una navaja. Azucena estaba sumamente nerviosa, su hija Cecilia sospechaba que algo había pasado mientras que su marido le recriminaba una vez más tanta actividad junto a las Madres.

"Azucena, no te expongas, te va a pasar algo, no te olvides que tenés tres hijos más".

"Por supuesto, claro, sí. Pero a mi hijo Néstor se lo llevaron injustamente y yo quiero saber qué pasó".

Cecilia, un poco deprimida, miraba televisión.

"¿Mami, qué te pasa que estás tan nerviosa y que llaman a cada rato por teléfono?"

"Nada, nada".

"¿Cómo nada? Mami, yo te conozco. Estás mal".

Fue a esa casa de estados alterados que llegó Aída Bogo.

"Habré estado hora y media. Hablamos del tema de lo que había pasado en la Santa Cruz, un poco veladamente porque estaba Pedro. Fuimos a la cocina".

Fue recién a la despedida que las dos amigas pudieron hablar sin miedo.

"Era una noche tormentosa y yo siempre recuerdo que la calle estaba llena de sapos. Azucena y Cecilia me acompañaron hasta la esquina".

"Bueno, mañana estoy acá a las siete y te acompaño a ver qué pasó con Alicia", propuso Bogo, pensando en ir a la capillita de Cristo Obrero en Quilmes donde se habían reunido una vez con la monja. Pero Azucena no quiso.

"No te vengas hasta acá", dijo. "Voy a ir sola o con Pedro, porque así lo tranquilizo".

Es más que probable que Azucena tuviera algún oscuro presentimiento de lo que le aguardaba al día siguiente.

"Fui la última de las madres que la vi", se entristece Bogo. "Ella me salvó la vida al decirme que no volviera al día siguiente porque yo hubiese estado a las siete de la mañana y hubiéramos ido a buscar el diario juntas".

Azucena se largó a llorar frente a su hija.

"Lo que pasa es que se llevaron a unas madres de la Santa Cruz y no sé cómo decírselo a papá".

"Quedáte tranquila, dormí. Contáselo mañana a la mañana", dijo Cecilia, que tenía apenas 16 años. Sin embargo, Pedro salió al día siguiente sin que Azucena le hubiera contado nada.

15 people grabbed

En el *Herald* nos enteramos recién esa noche de los secuestros del día anterior en la Santa Cruz. La noticia llegó a través de dos fuentes bien distintas. Una fue el Padre Fred Richards, viejo amigo del diario, quien se acercó desde la iglesia para relatar lo ocurrido. En un estado de suma agitación, Cox tipeó la nota, entregándonos el borrador para revisarlo y mandarlo a la mesa de diagramación. Estábamos muy conmovidos. Los secuestros eran una clara advertencia a cualquiera que estuviera haciendo algo por detener la ola de locura que se abatía sobre el país. Cox pensaba que la mejor forma de protección era informar todo lo posible. La segunda fuente produce escalofríos.

"La noche del viernes llegó hasta el diario un grupo de gente, incluyendo un muchacho joven, rubio, de aspecto agradable, a relatar el episodio", dice Cox. "Trato de acordarme y no sé si no podría haber sido el mismo Astiz".

Yo vi a un muchacho de esa descripción que cruzó la redacción yendo hacia su escritorio. Pero tanta gente desesperada se acercó al *Herald* en esa época. Imposible recordar la cara de todos.

La noticia salió en la primera plana del sábado bajo el título " 15 personas secuestradas". *El Herald* fue el primer diario en alertar del hecho. La nota incluía los detalles esenciales de los raptos, el empleo de cinco automóviles Renault 12 y un Ford Falcon, el robo del dinero y la posible vinculación con la solicitada de *La Nación*.

Aunque la nota estimó el número de secuestrados en 15, mencionando a la Hermana Alicia, Esther Careaga, María Ponce de Bianco, Patricia Oviedo, Julio Fondevilla, Horacio Aníbal Elbert, Eduardo Gabriel Horane y Raquel Bulit, con el tiempo fueron presentados reclamos por solamente 12 personas relacionadas con el caso. Es posible que en la confusión inicial los parientes hayan equivocado la cantidad de desaparecidos.

Más notoriamente, la nota no mencionaba la nacionalidad de la Hermana Alicia. De hecho, no todos los miembros del grupo de la Santa Cruz sabían que era extranjera. Había llegado a Buenos Aires en 1965, hablaba español sin acento y hacía tiempo que portaba un pasaporte argentino además del francés. El dato recién saldría a la luz durante los días siguientes, al hacerse pública la protesta desde París.

El rapto de Azucena

"¿1 ejercía una especie de presión de presencia respecto de Azucena Villafior, al punto que ésta en una oportunidad le dijo: 'Pibe, vos me vas a hacer meter en cana'."

ADELINA ETHEL DE MATTI
Testimonio ante la Justicia en 1984

A pesar de los secuestros y del robo del dinero, la solicitada salió como deseaban las Madres, el sábado 10 de diciembre, Día de los Derechos Humanos. Azucena despertó temprano y fue a comprar el diario y facturas para el desayuno. Volvió quejándose porque justo su copia había salido mal impresa. Despertó a Cecilia.

"Nena, ¿qué querés almorzar?"

"Pescado", contestó la joven despabilándose.

"Bueno, mirá, voy a ir a comprar algo y de paso traigo otro diario porque éste salió borroso".

"Está bien, mami".

Se encaminó al viaducto que quedaba a dos cuadras, yendo para la avenida Mitre. Quince minutos más tarde un vecino tocaba el timbre. Esta vez la empleada despertó a Cecilia.

"¡Nena, nena, levantaron a tu mamá!"

Cecilia pegó un salto.

"¿Se la llevó un auto por delante?"

"No, no. La levantaron. Se la llevaron".

"¿Cómo que se la llevaron?"

"Sí, sí. Vino a avisarme Moyano. Dice que aparecieron unos Falcon con hombres armados y que la secuestraron".

Fue el momento más duro de su vida. Sola en su casa con la empleada, Cecilia llamó a su padre al trabajo, le dijo que había pasado algo terrible. Desesperado, Pedro Devinenti trató de presentar una denuncia ante la Comisaría 4^a de Avellaneda. Los oficiales rehusaron admitirla alegando que debían pasar 24 horas desde el hecho para iniciar cualquier trámite.

Eran las 8.30 de la mañana cuando Pacífico Moyano vio que "al llegar a la intersección con la avenida Mitre, Azucena fue interceptada por dos automóviles Ford Falcon estacionados en las proximidades, de los cuales descendían varios individuos armados con ametralladoras. Con violencia la introdujeron en uno de los autos. Se resistió dando gritos de auxilio y tirándose al suelo para llamar la atención de los vecinos".

El rapto ocurrió en el medio de la avenida donde hay una plazoleta. Un colectivo de la línea 98 paró para saber qué pasaba con esa mujer que gritaba en el piso. Los secuestradores alzaron sus armas. Ordenaron al colectivo seguir. Dicen

que las piernas de Azucena resistiéndose asomaban de la ventanilla del Falcon, pateando el aire con fuerza mientras se alejaba.

La calle Espora

La hermana Léonie Duquet no había colaborado con las Madres de Plaza de Mayo. Con sus 61 años, ya no estaba para esos trotes. Esto no significa que Astiz no la haya conocido en alguna oportunidad, probablemente cuando Leonilda acompañó a la Hermana Alicia a alguna reunión en el atelier de Remo Berardo. No hay que olvidar la existencia de una tercera monja francesa, Yvonne Pierron, que sí colaboró en varias oportunidades con las Madres. La pluralidad de monjas puede haber sobrepasado la capacidad analítica del infiltrado.

Igual que en enero cuando le metió un tiro en la cabeza a Dagmar Hagelin porque "se parecía" a María Antonia Berger, Astiz pareciera haber equivocado la víctima. La actividad más comprometida de Leonie, de 61 años, era como Maestra Catequista en la Capilla de San Pablo, de Ramos Mejía, y en el Colegio del Sagrado Corazón, de Castelar.

Poco después del secuestro de Azucena, a las 11 de la mañana, llegó a la capilla de la calle Espora 1247 un Ford Falcon blanco sin matrícula con cuatro hombres adentro vestidos de civil. Dos permanecieron en el auto mientras que los otros dos entraron a la casita anexa a la capilla, donde vivía la monja. Traían libros. Salieron diez minutos más tarde "con orden y precisión" llevándose a Leonilda, de acuerdo con los testimonios de vecinos que figuran en la causa.

Según una fuente anónima, los secuestradores le habrían dicho que la Hermana Alicia estaba en un hospital y que pedía por ella, invitándola a acompañarlos. No le cubrieron los ojos en el camino a la ESMA, pero pocas cuadras antes de llegar sus captores habrían echado a la monja al piso del auto para que no viera su destino.

Another 'mad mom' snatched

En el *Herald* el shock causado por los hechos de la Santa Cruz seguía en ascenso. El domingo y en primera plana se publicó la desaparición de Azucena Villaflor bajo el título "Otra 'madre loca' secuestrada". La noticia continuaba en la sección de *National News* con una segunda nota: "Las 'madres locas' secuestradas eran firmantes de una solicitada". Una vez más el *Herald* pasó por alto la nacionalidad de la Hermana Alicia,

como lo haría el diario *La Prensa* en una nota similar al día siguiente.

Fue con alguna aprensión que Raymond McKay y yo decidimos emplear por primera vez el término 'madres locas' en un título. Era la clase de recurso que solamente la peor prensa amarilla inglesa emplearía. Pero era obvio que la noticia iba a dar la vuelta al mundo y el insulto inventado por los policías y porteros de la plaza expresaba el verdadero dramatismo de su situación. Con el tiempo, por respeto, fuimos abandonando el uso de "locas" y las madres pasaron a ser simplemente "The Mothers of Plaza de Mayo".

En la Embajada de los Estados Unidos, adonde concurren inmediatamente los parientes de los secuestrados, fue el diplomático Tex Harris quien acertó exactamente a describir lo ocurrido.

"Lamento informarles que cuentan ustedes con sus primeros mártires", le anunció a María Adela Antokoletz, causando un tremendo pesar entre los familiares. No hay duda de que con su accionar Astiz de ahí en más le aseguró la primera plana a la causa de los derechos humanos en la Argentina.

El día del Señor

El grupo de la Santa Cruz habría sido alojado mayormente en el sector denominado Capucha, en el altillo del Casino de Oficiales. El hedor y el calor eran insoportables. A lo largo del espacio del enorme edificio se extendían tabiques de aglomerado formando cuchetas en las que se tendían los desaparecidos, todos encapuchados y con grilletes en los tobillos. Debían hacer sus necesidades en un tachito recortado que les alcanzaban los guardias. Cuando tenían suerte podían pedir ser conducidos al baño. Muchos tenían los ojos infectados por las vendas que les apretaban la cara, colocadas por los marinos para evitar que los prisioneros los identificaran.

Pero el domingo a la mañana parte del grupo despertó en un pequeño recinto arriba de Capucha, conocido como Capuchita, que dependía del Servicio de Informaciones Navales. Allí se, encontraba alojada Lila Pastoriza, que era obligada a realizar un trabajo de archivo periodístico para el SIN.

"Nos llevaban los diarios todos los días y los clasificábamos en nacional, internacional, economía, política", cuenta en un bar de la Plaza Freud un mediodía de julio de 1996. "En esa situación, en la medida en que yo era una detenida de seis meses, tenía con algunos guardias ciertas prerrogativas como ayudar a servir el desayuno, lavar los platos."

Pastoriza notó que había subido un grupo grande durante la noche.

"Cuando nos levantamos el domingo temprano le pedí al guardia ayudarlo a servir el mate cocido al grupo de gente nueva. Serían entre seis y ocho personas. Estaban amontonados. Capuchita tenía una fila de cuchetas acá y otra así, y acá estaba la escalera que bajaba a Capucha. Ellos estaban en un extremo, cerca de la escalera. Sólo dos tenían cucheta propia porque no alcanzaban para todos. No ocurría con mucha frecuencia este amontonamiento".

Pastoriza se acercó con el mate a una mujer mayor que estaba sentada en una de las cuchetas individuales.

"Hoy es domingo", dijo Leonilda muy suavemente.

"Yo no entendía absolutamente nada", relata Pastoriza.

"Hoy es el día de Dios", agregó la monja. "Creo que acá trajeron a mi hermana. Quiero rezar por ella."

Pastoriza quedó totalmente desconcertada. Peor fue' la sorpresa del guardia, un muchacho de 17 años, cuando se acercó a la cucheta de la monja.

"Es el día de Dios", repitió para él Leonilda. "Tenemos que orar".

"Hablaban español perfecto, no me di cuenta de que era francesa, pero me dio la impresión de que estaba totalmente desorientada, que no tenía ni idea dónde estaba. No tenía capucha pero creo recordar una venda en los ojos. Estaba rodeada de otra gente, no el público usual de Capuchita, era gente grande. Me parece recordar también una chica joven y delgada y un pibe. Hablaron algo entre ellos aprovechando que estaba yo. Pidieron que le dijera algo a otro ahí, un mensaje. En ese momento no sabía nada de las monjas, después por el diario me di cuenta de quién era esta gente".

Pastoriza previno al grupo sobre dónde se encontraban, indicándoles como mejor comportarse.

"Les alerté que no dijeran nada pero que estaban en la ESMA. Si tenían alguna posibilidad de salir tenían que hacerse los que no sabían dónde estaban".

A medida que fueron reaccionando en las siguientes horas, el grupo tuvo la idea de anotar la lista de sus parientes desaparecidos para hacer circular los nombres entre los detenidos en Capuchita.

"Querían ver si conocíamos a alguno", dice Pastoriza. "Nos pasaron esa lista pero hubo uno de esos terrores, que venía el guardia, y la destruimos".

Los dos jóvenes del grupo trataron de organizar algún plan de supervivencia.

"Ella y él eran los más dinámicos, trataban de concertar, de decir todos lo mismo".

Haber alojado al grupo en el reducto del SIN puede haber respondido a distintas razones.

"Porque no había lugar abajo o porque era un operativo que ellos evidentemente no querían que se supiera. Ahí había un control general del Ejército y éste era un operativo medio de la Marina, había muchos operativos que ellos no informaban a la jefatura del Ejército. Por ahí estando en Capucha, que había más gente y más movimiento, puede haber corrido mayor información. Y los domingos la gente del SIN no iba".

La atención de Pastoriza prontamente se focalizó en una de las madres del grupo.

"Había una mujer con quien hablé bastante que después deduje era Azucena Villaflor. Era físicamente grande, corpulenta, con un vestido floreado de mangas cortas. Me acuerdo mucho de ella. Dijo que la habían detenido a la salida de su casa, cerca de una parada de colectivo. Eso lo tengo muy, muy grabado. Lo dijo con mucha precisión".

Azucena, en el recuerdo de Pastoriza, pronunció una especie de alegato acerca de la búsqueda que la impulsaba.

"Me habló de sus hijos en plural, diciendo que los había perdido y que los tenía que encontrar, que ella ya no tenía nada que perder. Le pregunté cómo estaba, me dijo que bien. Me preguntó qué pasaba allí y le expliqué más o menos. Todo esto a los piques, rápido. Hasta ese momento no la habían torturado todavía. Lo sé porque le pregunté si le habían pegado, me dijo que no. Además estaba muy armada, para nada asustada, o no lo mostraba".

La tortura vino después.

"A la tarde, no puedo precisar si ese día o el día siguiente, pero en algún momento la bajaron para interrogarla y cuando la subieron de vuelta estaba hecha..."

La tortura había sido tan brutal que Pastoriza ya no pudo recomponer un diálogo con Azucena.

"La trajeron mal. Le dije que si quería tomar algo, pero estaba como dormida. Tenía un brazo, me parece que el izquierdo, absolutamente punteado con puntos violetas, eso es picana, pero yo nunca había visto así, todo como con moretones, con puntitos. Ya ahí no hablé más con ella."

Se llegó a rumorear en la ESMA que Labayrú habría sido obligada a presentarse en la sala en la cual la líder de las Madres de Plaza de Mayo pedía insistentemente por ella y su supuesto hermano. Según esta versión, Labayrú no aguantó el trance y corrió a buscar el apoyo de otro secuestrado.

"Mirá lo que me obligan a hacer", lloró.

La participación de Labayrú en la infiltración llegó a ser tema de agria discusión entre los sobrevivientes de la ESMA, recuerda Pastoriza.

"Que los militares hicieran eso a nadie asombraba, pero los detenidos cuestionaban mucho la actitud de Silvina. Hubo una primera chica que llevaron que, según se decía ahí, hizo un gran escándalo, que se mataba pero que no la mandaran a hacer eso, un drama tan espantoso que logró zafar. Pero tiene que ver con cosas más complejas. Era todo tan loco ahí dentro que rayarse era lo menos que te podía pasar, o no diferenciar. Ella estaba muy desesperada. Decía: ¿Cómo? ¡No pensé que iban a hacer esto! En esa situación en que estábamos nosotros tan por el borde a veces pensabas que podías manejar situaciones que si te salía mal no las podías manejar. Yo pienso que eso le pasó a ella".

¡Que se calle!

Son varios los testimonios de sobrevivientes de la ESMA relacionados con el caso de la Santa Cruz. Ninguno más escalofriante que el de Sara Solarz de Osatinsky, actualmente residente en Suiza.

"Yo estaba lavando ropa en el baño que compartíamos los secuestrados en Capucha cuando un guardia trajo a Alice Domon a ducharse. La monja estaba con un vestido rosa claro, que le quedaba chico".

Mientras la monja se bañaba el guardia se acercó a Solarz.

"Pregúntele a la señora si necesita alguna ropa íntima de mujer".

Alicia contestó que no precisaba nada.

"Estaba con moretones en la cara. Tenía la boca reventada y un ojo negro".

"Me llamo Alicia", contó la monja. "Fui secuestrada en una iglesia junto a familiares de desaparecidos. Estoy preocupada por los otros que estaban conmigo. Había uno rubio grandote".

Para su horror, Solarz notó que Astiz espiaba la escena desde afuera del baño. Por el ángulo, Alicia, bajo la ducha, no podía verlo.

"Decile que se calle", susurró el teniente.

Buscando a María Lidia

La búsqueda de integrantes del grupo de la Santa Cruz prosiguió aún después de los secuestros de Duquet y Azucena. El lunes 12 de diciembre Astiz se presentó en lo de Mercedes Suero de Blumenstein, una tía muy amiga de Horacio Elbert, que le permitía organizar reuniones de compañeros en su casa. Allí había buscado refugio la mujer de Elbert con su hijita Ana.

El teniente tocó el portero y subió acompañado de un hombre joven. Quiso el destino que María Lidia estuviera en el centro esa tarde, pero su beba dormía en una cuna, cuidada por dos primos de 11 y 9 años. Por ese instinto que poseen los niños, no le señalaron al infiltrado que la bebida se hallaba en la casa.

Astiz alegó haber sido arrestado con todo el grupo y que acababa de ser liberado. Dijo que los demás estaban bien y que se encontraban en el Departamento Central de Policía. Quería que la familia no se preocupara. Se retiró. Al instante entró un grupo de militares que registró minuciosamente todo. Estuvieron esperando hasta las 21 horas. María Lidia llegó 20 minutos después de que partieran. Desde ese día en más cambió constantemente de domicilio.

Ni sus amigas más íntimas sabían dónde se hallaba escondida. Alicia Oiberman, una compañera de Vanguardia Comunista que había salido de garante para un departamento que habían alquilado los Elbert en noviembre, recibió un llamado ese mismo lunes de parte de los dueños de la propiedad.

"Salía olor a podrido y me llamaron para que fuera a ver", dice. "Mi susto era total y solamente me atreví a entrar con la policía. Esperaba lo peor, pero el olor era de una comida que María Lidia había dejado cocinando al salir corriendo cuando la llamaron los suegros para avisarle que había desaparecido su marido. Del susto dejó todp."

Conducta admirable

"En el lugar denominado Capucha durante dos días estuvo acostada en el cubículo contiguo al mío la hermana Léonie Duquet", relataría a la Justicia el sobreviviente Gironde. "No podía hablar con ella por la proximidad de los guardias pero supe que se trataba de ella por los demás prisioneros que podían hablar ocasionalmente con algunos de los integrantes del grupo de familiares. Además uno de los guardias la llamaba hermana cada vez que se dirigía a ella. Cuando estaba acostada en su cubículo tenía capucha, esposas y grilletes, pero la pude ver 48 horas después de su llegada a la ESMA en el baño de Capucha. Un guardia la llevaba ayudándola a caminar. Cuando la autorizó a quitarse la capucha pude ver las marcas de golpes que llevaba en la cara. Se movía con mucha dificultad, el guardia le recomendó no tomar agua, señal de que había sido torturada recientemente. Durante su permanencia en Capucha la hermana Léonie fue bajada en varias oportunidades al sótano para ser interrogada."

La Hermana Alicia también fue vista en el tercer piso.

"La conducta de ellas fue admirable", testimonió el sobreviviente Lisandro Raúl Cubas ante la Conadep. "Hasta en sus peores momentos de dolor, la Hermana Alice, que estaba en Capucha, preguntaba por la suerte de sus compañeros y en el colmo de la ironía en forma particular por el muchachito rubio".

El maltrato al que fue sometida Léonie fue atestiguado también por la sobreviviente Daleo, a quien le había tocado en esos días lavar los platos del almuerzo en el sótano de la ESMA.

"Cuando entré había una persona, una mujer, sentada en un banco encapuchada", relató en el juicio a las juntas. Conmovida por la evidente edad y condición física de la secuestrada, Daleo se acercó y abrazó a la monja.

"¿Puedo hacer algo por usted?", preguntó.

"Quisiera tomar un café", contestó Léonie bajo su capucha.

El guardia, que siempre estaba en el pasillo, puso un repentino fin al breve diálogo.

"Hermana, ya le dije que no podía hablar con nadie".

A la noche Daleo vio a una de las madres de la Iglesia de la Santa Cruz, que también recibía maltratos.

"Una persona que estaba más al fondo de Capucha de lo que estaba yo pidió al guardia ir al baño, entonces yo alcancé a ver un poco, y aparte oía. El guardia la verdugueaba".

El techo del altillo era a dos aguas y bastante bajo.

"Agáchese", le ordenaba el guardia a la mujer, cuando no tenía que agacharse.

"¡Levante la cabeza!"

Entonces la mujer le hacía caso, golpeándose contra las vigas. El cruel juego fue interrumpido por otro guardia.

"No le hagas eso", dijo. "Es del grupo de la Santa Cruz. Podría ser tu madre".

Una cuestión de familia

"The creatures outside looked from pig to man, and from man to pig, and from pig to man again: but already it was impossible to say which was which."

GEORGE ORWELL
Animal Farm

Toda la operación de la Santa Cruz destila confusión en los propósitos perseguidos y pánico en el momento de decidir los secuestros, aparentemente impulsados a último momento por Astiz debido a su temor de ser descubierto por las Madres. Según la versión del ex montonero y sobreviviente de la ESMA

Juan Gasparini, la infiltración fue ideada por el Capitán de Corbeta Jorge Eduardo Acosta, jefe de inteligencia del GT332.

"El Tigre Acosta -que recibió el felino seudónimo de un instructor francés que le enseñó los métodos de Indochina y Argelia- ocupaba el tercer eslabón en la cadena de mandos de la ESMA, contando con la audacia y la maligna inteligencia para imponer su voluntad, hacia arriba, hacia abajo y hacia todos los costados", escribió Gasparini sobre su experiencia en la ESMA, agregando que el Teniente de Navío Antonio Pernías fue puesto a cargo de supervisar el desarrollo de la infiltración.

Gasparini, actualmente residente en Suiza, tuvo un acceso de privilegio al principal actor en el inusual operativo. Había sido compañero de colegio de Astiz en Azul, la ciudad natal del marino.

"¿Qué hacés vos acá?", lo sobresaltó un día Astiz en la ESMA.

"¿Y vos?", atinó a retrucarle un engrillado Gasparini.

De ahí en más Astiz protegió a su compañero de infancia de los intentos de liquidarlo por parte de Acosta, sacándolo inclusive a tomar café a la confitería La Paz en la avenida Corrientes para hablar sobre recuerdos comunes y de política armada.

"Ustedes no son asesinos", exculpó Astiz a Gasparini. "Sino tipos que piensan distinto."

Llegó a comprarle libros.

"Te vas a volver loco en el camarote ese donde estás", le dijo.

Para Astiz parecería no haber existido contradicción entre este pretendidamente amable trato dispensado a sus elegidos y la fría crueldad aplicada a las miles de víctimas de la ESMA que no sobrevivieron para contar la historia. Había logrado incluso fundamentar la intimidación que cultivaba con ciertos secuestrados.

"Estaba totalmente loco", recuerda el sobreviviente Lauletta. "Decía que él conocía gente de Mar del Plata que estaba en Montoneros y que eso hacía que fuera una pelea de familia. Decía que conocía a María Isabel Murgier, a Susana Burgos, a Gasparini, y pensaba que a partir de esos dos o tres elementos esto era una cosa familiar. Como idea es terrorífica."

Es probable que, más allá de la responsabilidad jerárquica de Acosta en el tema, el origen de la infiltración esté marcada por la singular personalidad de Astiz.

"Se sentía una especie de cruzado de la lucha antisubversiva", recuerda Pastoriza. "Siempre tenía ideas, como recuperar las Malvinas con un submarino, ideas en que él siempre aparecía como el gran personaje. Se vanagloriaba de operativos que había hecho. Eso de las monjas para él debe de haber sido una operación brillante. Debe de haber sentido que hacía intelligen-

cia, pero no como la mayoría de ellos que pensaban que inteligencia era la picana, obtener datos por la tortura. Astiz no era un torturador, era más sofisticado. No creo que haya sido una iniciativa pura de él, pero se puede haber prestado muy voluntariamente a un trabajo de este tipo."

No se debe descontar tampoco la obsesión del teniente por combatir la política de derechos humanos del gobierno de Estados Unidos, que tanto alentaba a los grupos entre los cuales se había infiltrado.

"Era un opositor feroz al espíritu imperante en la administración Carter y la diplomacia norteamericana", dice Gasparini. "Su convicción era tan profunda que se pavoneó divulgando que le había enviado un telegrama de felicitación a Margaret Thatcher, cuando ésta triunfó en las elecciones por las que accedió a primer ministro."

Otra versión agregaría que la información traída por Astiz y Labayrú de Plaza de Mayo era analizada por dos montoneras quebradas que formaban parte del grupo de colaboradores de más confianza de los marinos.

"De lo que se sabía ahí adentro, eso era una operación de inteligencia que venían haciendo algunos miembros de lo que se llamaba el mini-staff", cuenta Lauletta. "Hay dos personas que trabajaron activamente en la operación, una detenida que tenía relaciones con Acosta, la Negrita Graciela García Bonpland, y Coca Bazán, que había formado pareja con el jefe de la ESMA, el Capitán de Navío Rubén Chamorro. Esta operación tenía por sentido infiltrarse en las organizaciones de derechos humanos, en estos grupos de madres, y ver de llegar de alguna manera a Montoneros, a algún enlace de la Orga. En el mini-staff participaban en la evaluación de lo que se traía día a día."

De haber sido la búsqueda de líneas hacia Montoneros la misión original de Astiz, la operación parece haber girado lentamente hacia desbaratar a las Madres debido al peso propio que éstas iban adquiriendo.

"Algunos oficiales, especialmente Acosta, Pernías y Astiz, hicieron comentarios acerca de la peligrosidad potencial que implicaba el desarrollo de este grupo", diría el sobreviviente Gironde ante la Justicia años más tarde.

Tampoco se puede descontar el móvil pasional que coloreaba tanto empeño en regresar a la plaza en compañía de su supuesta hermana. Según Gasparini, Astiz se había enamorado perdidamente de Labayrú.

"Pero ese amor no le fue correspondido. Su compañero de promoción y uno de sus mejores amigos, el entonces Teniente de Fragata Alberto González Menotti, le ganó de mano."

Más allá de estas distintas versiones sobre el germen de la infiltración, los sobrevivientes de la ESMA coinciden en que la

decisión operativa de proceder con los secuestros fue tomada por Pernías, quien precipitó el hecho apremiado por la urgencia de Astiz, quien temía que en cualquier momento se descubriera su infiltración. El detonante es confirmado por Lauletta, cuya versión inesperadamente ensambla con un dato que esta investigación descubrió: la desconfianza que sentía el pintor Remo Berardo hacia Labayrú.

"En el momento del secuestro se decía ahí adentro que fue porque desconfiaban de él. Pero después alguien me dijo que las Madres sospechaban de ella. Aparentemente se da esa confusión. El contrasentido era que desconfiaban de quien era de última una desaparecida, y no de él que era un secuestrador."

Sin duda el operativo resultó una decisión apresurada.

"Acosta no estaba en la ESMA cuando se decidió proceder con los secuestros", cuenta la versión de una fuente anónima. "Estaba en Puerto Belgrano pasando unas vacaciones con su familia cuando recibió un llamado urgente de sus superiores preguntando si él tenía a las monjas presas porque se había armado una gran podrida con Francia".

"No sé nada", dijo Acosta. "Denme diez minutos que voy a averiguar qué está pasando".

"Colgó el teléfono y llamó a la ESMA donde Pernías le habría confirmado que sí, que habían actuado de iniciativa propia. Acosta se puso como loco y voló de urgencia a Buenos Aires, donde hubo grandes escenas de histeria con Astiz".

La derivación inesperada de la "pelea familiar" del teniente hizo volar chispas entre los oficiales de la ESMA.

"Aparentemente Acosta preguntaba por qué habían hecho esa operación", dice Lauletta. "Se armó quilombo, sobre todo por la segunda parte, trayendo a la segunda monja. Porque teniendo una monja francesa ya era un hierro caliente; imagínate tener dos, y la segunda ir a buscarla especialmente. Acosta tiraba la bronca por el pelotudo que hizo esto".

¿El pelotudo quién?

"Astiz, pero no era Astiz solo".

"Yo no voy a haber arriesgado la vida para que ahora las dejen sueltas", alega la fuente anónima que habría argumentado el teniente.

A punta de pistola

"...yo estoy dispuesta a morir si es necesario antes de pasar sobre la vida y el bien de los otros. Sinceramente y religiosamente".

ALICE DOMON
De la carta que fue obligada a escribir en la ESMA

A medida que los medios argentinos y extranjeros se iban enterando de que había dos monjas francesas entre los secuestrados, la presión sobre la ESMA se tornó insoportable. El Ministerio de Relaciones Exteriores comenzó a recibir fuertes protestas del gobierno francés que despachó un emisario de alto rango a Buenos Aires para investigar los hechos. El diario Clarín confirmó la nacionalidad de las dos monjas el miércoles 14, en una pequeña nota bajo el título "Protesta oficial de Francia". El *Herald* hizo lo mismo en una nota en primera página bajo el título "Francia pregunta por las monjas". Empezó a correr el temor entre los oficiales de que el Almirante Massera ordenara la liberación de las hermanas.

"Devolver a las monjas era imaginado como una afrenta por Acosta y sus acólitos", cuenta Gasparini. "Rompería el equilibrio esquizofrénico de utilizaciones y prestaciones mutuas que ligaba a Massera con su grupo de tareas preferido".

Alarmado por la repercusión internacional que cobraba por segunda vez un hecho protagonizado por el teniente rubio, Acosta participó en nuevos interrogatorios del grupo.

"Necesitaban encontrar alguna conexión entre los organismos de defensa de los derechos humanos y la subversión para justificar así su propia lógica," dijo Gasparini. "Destrozaron a todos en la máquina, pero no obtuvieron nada, pues no había nada".

Finalmente, con la esperanza de desembarazarse del problema, Acosta decidió hacer pasar los secuestros como obra de los Montoneros. A punta de pistola se obligó a Alicia a redactar una carta de su puño y letra dirigida al Obispo de Toulouse, de quien dependía la Congregación de las Misiones Extranjeras en Francia. En ella se decía prisionera de "un grupo disidente del gobierno actual de R. Videla". La carta estaba escrita en un francés trabajoso, aparentemente traducido literalmente del español que le dictaba la persona oprimiendo el gatillo.

Para coronar la parodia se armó una sesión de fotografía en el sótano de la ESMA. Las dos monjas fueron sentadas frente a una gran bandera de Montoneros, sosteniendo una copia de *La Nación* del 14 de diciembre en primer plano.

"Yo estuve cuando se sacó esa foto", dice Lauletta. "Serían las siete u ocho de la tarde. La idea de Acosta era sacarla con un diario y después ir trucando el diario, para que se pensara mucho más tiempo después de haberlas eliminado que seguían vivas, una idea infantil que no se hizo nunca".

¿Quiénes estaban en el momento de tomar la foto?

"El detenido que sacó la foto, Marcelo Hernández, estaba yo, estaban los guardias que las trajeron a las monjas y había un par de oficiales de inteligencia".

¿El que pintó la bandera fue el detenido Ricardo Coquet?

"Sí, pera Coquet no estaba en el momento en que se sacó la foto, él pintó y colgó la bandera, tenía armada la cosa ahí con un escritorio".

¿Las monjas qué dijeron?

"Nada. Fueron, las sentaron ahí, tomen, pum, miren para delante, tac, foto. Estaban muy serias las dos, aterrorizadas como puede estar cualquiera en esa situación".

¿Usted qué rol cumplía en el momento en que fotografiaron a las monjas?

"Me llevaron para ver si la foto así como la planteaban era posible usarla técnicamente para hacer el cambio del diario".

¿Eso se lo pidió directamente Acosta?

"Supongo que sí".

¿Había otros oficiales presentes?

"Debería haber estado Acosta porque él estaba en estas cosas, las supervisaba personalmente".

Aunque Lauletta nunca testimonió ante la Justicia en ninguna causa, sí lo hizo el secuestrado encargado de pintar la bandera y armar la escenografía que sirvió de fondo a la foto.

"El Prefecto Antonio Febres, por orden de Acosta, me encomendó pintar un lienzo con la leyenda Montoneros", relató Coquet ante la Justicia.

Ma dernière chemise

"Ma liberté
Je favais tout donné
Ma dernière chemise..."

GEORGES MOUSTAKI
Ma liberté

La última camisa que vistió Alicia es recordada muy bien por una sobreviviente de la ESMA. Una fría noche de junio de 1996 acepta ser entrevistada en una mesa del café Tortoni de la Avenida de Mayo.

"Llegué a la ESMA el 5 de diciembre de 1977. Recuerdo esta gente grande que secuestran, el registro de que no eran militantes de organizaciones armadas. Alice estaba no al lado mío en Capucha sino un lugar más allá. Era una mujer huesuda. Tengo el recuerdo fuerte de su camisa, blanca con estampado celeste, porque después que a los dos o tres días no la veo más a ella, me dan a mí esa camisa. La usé casi un mes, era la única que tenía para cambiarme la camisa con la que me habían secuestrado".

Pero no fue Alicia la única persona del grupo a quien vio.

"En una de las oportunidades que me bajan al sótano, en otro de los cuartitos, no en el que me ponen a mí, había un señor mayor y recuerdo haber visto muy de pasada a una señora mayor".

¿Recuerda sus caras?

"La señora no. Recuerdo el aspecto del señor. Alto y canoso".

Pongo sobre la mesa fotos de los secuestrados.

"¡Éste!", dice. "¿Era un hombre alto?"

Es Julio Fondevilla. El arquitecto Mastrogiácomo lo recuerda exactamente así. Alto y canoso.

¿En qué cuartito del sótano?

"Había cuatro o cinco cuartitos sobre la pared del fondo. Él estaba solo cuando lo veo al pasar. Para que lo haya visto tiene que haber estado no en el último. Escuché que el mismo tipo que a mí me bajó después hablaba con él. Pero no recuerdo lo que hablaban".

El "tipo" que llevaba a la secuestrada era el Teniente de Navío Raúl Enrique Scheller, importante miembro del GT332, sindicado como torturador en testimonios que llevaron a su procesamiento por la Justicia años después.

¿El señor mayor parecía estar maltratado?

"Sí", dice muy bajito.

Su imagen de la señora mayor es sumamente borrosa.

"No recuerdo nada de ella. Me parece que era en otro cuartito".

Los 12 traslados

"A little water clears us of this deed."

WILLIAM SHAKESPEARE
Macbeth

Los traslados en la ESMA usualmente ocurrían los miércoles. Los diez argentinos secuestrados en el caso Santa Cruz fueron probablemente arrojados vivos esa misma noche a las aguas del océano Atlántico desde un avión de la Marina que habría despegado de Aeroparque aproximadamente a las 21 horas.

Paralelamente, las dos monjas habrían sido adormecidas con pentonaval por un médico de la ESMA, luego llevadas en un camión hasta el Apostadero Naval de San Fernando. Sus cuerpos semiinconscientes fueron casi seguramente atados con cadenas de ancla para asegurar que se hundieran hasta el fondo del río Paraná. Probablemente fueron arrojadas vivas por la borda de un barco de Prefectura.

Según Gasparini, el Prefecto Antonio Febres consiguió la lancha utilizada y la operación habría estado al mando de Pernías, agregando que él mismo vio al teniente volver al campo de la ESMA "con los pantalones manchados de barro".

Hubo más testigos.

"Pudimos escuchar una conversación entre un miembro de Prefectura (el Prefecto Antonio Febres) y un suboficial de Marina (Oca) sobre los problemas que existían con las lanchas", declararon las sobrevivientes Sara Solarz de Osatinsky, María Alicia Pirlés y Ana María Martí en París en 1979. "A la madrugada, dos oficiales volvieron a la Escuela con los zapatos embarrados, comentando que habían encontrado un buen lugar para dejar los bultos -una laguna en el Delta del Paraná- pero que a su regreso habían encallado. También plantearon friamente que en su camino vieron un buque encallado que sería apto para desarmarlo y comerciarlo".

Algunos días después Gasparini no pudo contener su ira ante lo sucedido.

"Me atreví a decirle al Teniente Pernías que lo que habían hecho les costaría porque no se justificaba ni desde el propio discurso antisubversivo y porque provocaba a otro país, cuna de los derechos humanos".

"Era la única manera de que nos dejaran de joder con los derechos humanos", contestó Pernías.

El guardia de Capuchita que tanto se había consternado cuando Leonilda lo invitó a rezar estaba cada día más perdido.

"Me contó que les habían sacado una foto con un cartel que decía Montoneros", recuerda Pastoriza. "Tenía una confusión que no podía ser".

"¿Son montoneros?", le preguntó el guardia.

"¡No, qué van a ser montoneros!", le contestó Pastoriza.

"Entró en un cortocircuito brutal".

Vivas y con buena salud

Al día siguiente *La Nación* dio una extraña cobertura a los hechos de la Santa Cruz, poniendo el acento sobre las monjas francesas y dejando de lado a los 10 argentinos secuestrados. "Dos desapariciones preocupan en París", decía el título sobre un despacho de su corresponsal en esa ciudad, Luis María Bello.

Es que los secuestros habían provocado una enérgica reacción en la prensa gala. *France-Soir* había titulado la desaparición de las monjas a seis columnas, *Le Figaro* le había dedicado largo espacio y comentario, y *Le Monde* había también incluido una nota. Alarmado por el cimbronazo que esto pudiera signifi-

car para la imagen del gobierno militar, Bello aventuró una propuesta.

"No hay que equivocarse en la elección de medios para contrarrestar la ofensiva de una campaña tendenciosa", escribió. El corresponsal sugería la publicación de "un Libro Blanco o de cualquier color sobre la guerrilla" para contrarrestar el efecto de las noticias "antiargentinas" que se propagan en el exterior.

La Nación acompañó el despacho con una cruel segunda nota bajo el título "Vivas y con buena salud". Allí se le adjudicaba a la superiora de las Misiones Extranjeras, la Madre Marie Joseph, entrevistada en Notre Dame de La Motte, el haber recibido información de la Nunciatura en Buenos Aires afirmando que Alice Domon y Léonie Duquet "estaban bien" y fuera de peligro.

El insistente

Ese mismo jueves, exactamente una semana después de los secuestros de la Santa Cruz, las Madres se reagruparon en Plaza de Mayo. Tenían planeado ir a Casa de Gobierno a pedir por Azucena. Abatida, aterrorizada, Beatriz Neuhaus venía bajando por Perú hacia Avenida de Mayo. Llegando a la esquina se le apareció en el camino un hombre "bien arreglado, vestido de gris, canoso". Neuhaus sintió un escalofrío que le corrió por la espalda.

"No era policía, ahora me doy cuenta de que debía ser de la Armada".

Se apuró a cruzar, encaminándose al café El Pasaje, Avenida de Mayo 570, a dos pasos del Cabildo, donde se reuniría con las demás madres. Astiz estaba sentado en una mesa en la vereda. Se levantó y la detuvo.

"Necesito hablar con vos".

"Andáte, que está lleno de canas".

"¿Pero cómo?"

"Mirá enfrente", dijo Neuhaus, indicándole al hombre que observaba sin disimulo desde el otro lado de la avenida.

"Tengo que verte en algún lado, arreglemos para vernos en algún lado", insistió el infiltrado.

"Sí, pero ahora andate".

"Verdaderamente se puso muy insistente", recuerda Neuhaus 18 años después. "Me salvé de casualidad".

Fue recién a medida que iban llegando a la plaza que muchas madres se enteraron de lo ocurrido en la Santa Cruz. El objetivo de la Marina de desbaratarlas a través del asesinato de Azucena por un momento pareció tener éxito. El pánico em-

pezó a correr rápido entre el grupo que se juntó ese día. Hubo un principio de desbande. María Adela Antokoletz vio que había un real peligro: que todas huyeran.

"No sean miedosas, sigan peleando por sus hijos", gritó.

Las más corajudas se fueron acoplando a su llamado.

"¡Sigán, vengan!"

Fue duro marchar por primera vez sin Azucena.

"Se asustaron muchísimo", dice Antokoletz. "Algunas madres se quedaron afuera pero la marcha siguió".

La Marina había fracasado.

Periodista en la plaza

Se nos había informado que los sobrevivientes de la Santa Cruz ofrecerían una conferencia de prensa el viernes 16 de diciembre. Caminé desde nuestras oficinas de la calle Azopardo 455 hasta la Plaza de Mayo. Había pocas madres, menos periodistas y ningún periodista argentino. Presencé el alegato pasional, enérgico, a viva voz, de tres jóvenes muchachas que fustigaron a los militares por los secuestros en la iglesia. A medida que hablaban una cierta incomodidad crecía entre las madres. También, durante el fuerte desafío, patrulleros de la policía iban tomando posiciones alrededor de la plaza.

El tono severo de las jóvenes contrastaba en mi mente con el testimonio más sereno de las madres que llegaban diariamente a las puertas del *Herald*. Recién en 1995, para este libro, entrevisté a Cecilia Vázquez, una de las muchachas que desafió a la policía esa tarde para denunciar lo acontecido.

"Eramos muy ingenuos. Exponernos así, reuniéndonos en la Santa Cruz, con todo lo que estaba ocurriendo alrededor".

Vázquez se hallaba de visita en Buenos Aires con una pequeña hija que jugaba a su lado chapurreando el francés del exilio. La mujer pagó su osadía con una larga estancia en el campo de concentración El Vesubio, cuando fueron desaparecidos casi todos los miembros de Vanguardia Comunista en 1978. Desde entonces ha preferido vivir en Europa.

Otra de las muchachas de esa plaza fue María Lidia de Elbert, cuyo marido, Horacio, había sido tan vilmente engañado por el infiltrado. También se sorprende hoy de su valor esa tarde. También halló el exilio en Francia.

La pequeña demostración fue perdiendo impulso. Las palabras ardientes de las jóvenes no parecían explicarme lo sucedido. Volví al diario donde, para mi eterna vergüenza, no escribí ni una palabra de lo que había presenciado esa tarde.

¿Habr  alguien rezando?

La foto de Domon y Duquet en el sótano de la ESMA llegó en una carta certificada a las oficinas de la agencia *France-Press* el sábado 17 de diciembre. El sobre contenía asimismo la carta que los marinos habían forzado a Alicia a escribir y un largo comunicado con el sello de Montoneros reclamando la liberación de 20 prisioneros del Proceso. Se proponía el intercambio de las monjas por una lista que incluía al ex presidente Héctor J. Cámpora y al dirigente sindical Lorenzo Miguel. El comunicado demandaba también que el Vaticano y la República de Francia emitieran una declaración de condena al gobierno militar y que las Naciones Unidas investigaran la situación de los derechos humanos en Argentina.

La carta llegó poco después del mediodía y fue entregada a la policía a las tres de la tarde para su análisis. Para las seis, el Primer Cuerpo de Ejército ya había citado a la misma como prueba de que los secuestros habían sido perpetrados por la subversión.

En las semanas siguientes el *Herald*, en inglés y en solitario, continuó exigiendo conocer el destino de los secuestrados. James Neilson, desde su columna *Politics & Labour*, clam  por la libertad de los 12 desaparecidos en la edición del sábado 24 de diciembre. Pat ticamente, sin saber de quién se trataba, también pedía clemencia para el infiltrado.

" Habr  alguien en la Argentina rezando por Gustavo Niño, Remo Berardo, Alice Domon, Léonie Duquet...? A juzgar por la total y evidente falta de interés por su suerte, daría lo mismo que jams hubieran existido. Si estos secuestros hubiesen ocurrido hace 70 años es muy probable que a esta altura de los hechos ya hubiesen llegado buques de guerra franceses al Río de la Plata."

Los buques franceses que insinu  Neilson nunca llegaron, pero 630 feligreses de Cugnaux, Toulouse, firmaron una carta pidiendo por Domon y Duquet que recibí el Presidente Videla para las fiestas de fin de año. La noticia de la súplica navideña fue publicada por el diario *Crónica* el 31 de diciembre de 1977.

LOS 12 DE LA SANTA CRUZ

"Astiz fue el más firme impulsor
del exterminio de estas personas."

TESTIMONIO DE MARTIN GRAS ANTE EL CELS

ÁNGELA AGUAD DE GENOVÉS

"Angela era de historieta. Tenía ojos de árabe mora, tez aceitunada, boca carnosa y pestañas de Miss Piggy. Durante todo su tiempo en Buenos Aires sólo hablaba de ir a la costa porque era de Tucumán y nunca había conocido el mar".

ANA GIMÉNEZ
Amiga de Ángela Aguad

En la provincia de Jujuy una viejecita recibe noticias de su hija Angela Aguad, desaparecida en 1977, que por magia del amor revive cada tanto para escribirle una carta. Es que sus otras hijas nunca se atrevieron a contarle la verdad.

"Mi madre es de Ijala y papá de Jama, de Siria", cuenta Latisi Aguad desde Tucumán. "Mi padre era comerciante allá en San Pedro de Jujuy, esos negocios de tiendas y zapatería. Éramos seis hermanos, tres varones y tres mujeres. Crecimos en Tucumán y después nos fuimos a San Pedro de Jujuy. Desde allí Mossy, se fue a estudiar a Córdoba. Mossy le decían a mi hermana Angela".

La madre es cuidada por una tercera hermana que permaneció soltera.

"Esa hermana mía sabe más detalles pero no podés hablar porque no tiene teléfono y mi madre no sabe que Angela está muerta", cuenta Latisi. "Ella cree que Ángela está en Africa con el marido. Porque es una viejita y mi hermana no le quiso decir nunca la verdad. Entonces inclusive yo a veces mando cartas así en sobre cerrado, de ella, de Ángela, para que mi hermana las lea. Porque no sabe el castellano, sólo habla árabe. Entonces mi hermana lee las cartas y hace como que las recibe. Es un martirio. Bueno, ¿pero qué va a hacer? No tiene otra."

Ángela nació en Jujuy el 19 de febrero de 1945. Comenzó sus estudios universitarios en la ciudad de Córdoba, pero después ingresó a la Facultad de Psicología en la Universidad de Tucumán. Allí conoció a Roberto Genovés, un muchacho de Buenos Aires que había emigrado al interior y que estudiaba la misma carrera. El padre de Roberto era italiano, la madre judía. El 28 de julio de 1972 se casaron. No hubo tiempo para hijos. Ángela fue arrestada en octubre de 1974 durante una reunión de estudiantes en la Universidad de Tucumán.

"Era una persona muy sensible, muy de subirse arriba de la mesa en un comedor estudiantil y comenzar a hablar", recuerda Latisi. Al poco tiempo fue puesta a disposición del Poder Ejecutivo bajo los términos del estado de sitio declarado el 6 de noviembre y se la llevaron a Concepción, una ciudad en el sur de la provincia.

"Yo en esa época vivía ahí", cuenta Latisi. "Tenía tres chiquitos y estaba muy desvinculada, en otra cosa".

Un día le trajeron un mensaje a la casa.

"Señora, acá en la jefatura hay una conocida suya".

Latisi miró el papel.

"¡Es mi hermanal!"

La detención de Ángela tuvo cierta repercusión y salió una foto en los diarios. Latisi fue a visitarla todos los días durante el mes que estuvo en Concepción. Un día Ángela pidió verla urgente.

"Mirá, flaca, Roberto no ha venido a verme, para mí que lo han agarrado, por favor averiguá, que estoy desesperada".

Latisi fue a San Miguel de Tucumán en el auto. Era el mes de diciembre. Se estacionó frente a la Jefatura de Policía y entró sin miedo, pasó de largo hasta el fondo y se puso en una cola. Allí había un militar dando tantos gritos que quedó espantada pero igual logró preguntar por su cuñado.

"Ahí lo veo salir a Roberto. Pobrecito, era Jesucristo. Él era de cabello claro y ojos azules, tenía una barba de no sé cuántos días, también rubia, y no veía nada porque le habían hecho pedazos los lentes. Así lo encontré, gracias a Dios. Ese día se le levanta la incomunicación".

Ángela logró ser trasladada a la Jefatura de Tucumán para estar con su marido. Latisi iba cuando podía a visitarlos. Así estuvieron hasta que Roberto fue trasladado al Chaco y Ángela a Buenos Aires. Nunca se presentaron cargos y Ángela fue liberada a mediados de 1975.

"Con tan mala suerte que sale y empieza a ir a esa iglesia para tener noticias de Roberto, para ver si lo podía visitar. Allí se reunían fondos para poder viajar a ver a los familiares presos. Ahí la entregó el Astiz éste y no la vimos más."

La madre de Roberto Genovés presentó un hábeas corpus a favor de Ángela. Luego la hermana soltera viajó a Buenos Aires para presentar otro. Viajaba cada tres meses para seguir los trámites del caso. Entre otras gestiones, iba a ver a Monseñor Grasselli a la iglesia Stella Maris.

"Si Angela ya no está con vida dígamelo", suplicó la hermana.

"¿Pero quién le ha dicho que su hermana está muerta? Ella está bien, usted tiene que tener fe y ser perseverante".

La causa por el secuestro de Angela Aguad fue llevada por el abogado Luis Zamora.

"Él nos dio un manuscrito que ahí está escrito cómo ha sido el rapto, dónde estaban presas, todo. Pero yo no quise leerlo, ni nada que me recuerde a mi hermana muerta, porque para nosotros, como no la vimos muerta, para mí ella está viva ¿no sé si me entendés? No me acuerdo de ella en un cajón, me acuerdo de ella viva. Aparte leer eso es morir de angustia, porque las cosas que le han hecho son incalificables".

Roberto Genovés fue liberado en 1979 bajo la protección de la OEA. Abandonó la Argentina y se fue a vivir a los Estados Unidos, donde aún reside. Desde allí hizo incansables gestiones para averiguar el paradero de su esposa.

ESTHER BALLESTRINO DE CAREAGA

"Respondían a un patrón previsto para amedrentar al grupo de las denominadas Madres de Plaza de Mayo mediante la exhibición del poder propio de quien sabe que sus actos quedarán impunes. Se perseguía, aparentemente, una suerte de escarmiento ejemplificador tendiente a impedir la reunión futura de allegados a las víctimas de los secuestros".

Sentencia en el juicio a las Juntas Militares
Caso N° 216

Esther Ballestrino tuvo desde pequeña una vida agitada por la política. Nació en Encarnación, Paraguay, el 20 de enero de 1918, pasó su infancia en la vecina Uruguay y volvió a su tierra natal cuando su padre se alistó como voluntario en la guerra paraguayo-boliviana de 1932, contribuyendo con joyas al "oro para la victoria" y mudando su familia a Asunción.

Ballestrino se recibió primero de maestra normal y luego de doctora en Bioquímica y Farmacia, aunque sus estudios universitarios estuvieron signados por las grandes agitaciones en contra de la dictadura del General Higinio Morínigo. Una adelantada de su siglo, organizó también el Movimiento Femenino del Paraguay, y fue su primera secretaria general.

Durante el breve interregno democrático del año 1946, cuando retornó al país el Coronel Rafael Franco, líder del Partido Revolucionario Febrerista, las palabras de bienvenida de Ballestrino conmovieron a las multitudes que salían a recibirlo.

"La compañera Esther, de oratoria penetrante, brilló en esas semanas de intenso trajín político", relataría el diario *El Pueblo*, de Asunción, en una semblanza publicada en 1978. "Se la recuerda con admiración por las personas ya viejas de las poblaciones entonces visitadas". El mismo diario agregaría más tarde: "¿Quién puede olvidar la imagen dirigente de Esther la vez que el líder partidario llegara del exilio, cuando sus palabras de bienvenida sensibilizaron con lágrimas a la multitud delirante que aclamaba al invicto héroe chaqueño? ¡Cómo no rememorar alborozado y entristecido a la vez la fúlgida personalidad de Esther en la campaña política partidaria del año 1946 por las zonas de Juan Caballero y Concepción en compañía del

insigne caudillo febrerista, donde sus sencillas palabras impac-
taron a la gente humilde del pueblo trabajador!"

El febrerismo disfrutó poco su triunfo y fue expulsado tras una guerra civil de seis meses. Ballestrino se incorporó a la resistencia pero en 1947 se radicó definitivamente en Buenos Aires, donde abandonó sus luchas políticas. Continuó solamente en labores de solidaridad con sus compatriotas exiliados, opuestos a la dictadura del General Alfredo Stroessner, regresando de incógnito al Paraguay de tanto en tanto.

"A medida que pasaban los años, al ponernos más viejos, la policía ya no nos reconocía y podíamos entrar y salir sin problemas", recuerda Jesús Careaga, el hombre con quien Ballestrino se casó en la Argentina.

Aunque su pasado en la política paraguaya sugiere una mujer indomable, de palabras ardientes, las Madres de Plaza de Mayo la recuerdan como mesurada y dulce. Es que habían pasado 30 años de dedicación a su marido y a sus tres *hijas*.

Esa paz fue violentada cuando dos de sus yernos (Manuel Carlos Cuevas e Yves Domergue, ciudadano francés) desaparecieron durante 1976 y cuando su hija Ana María fue secuestrada y salvajemente torturada durante cuatro meses en 1977.

Alarmados ante los abusos que venían sufriendo otros exiliados paraguayos en la Argentina en la década del 70, los Careaga solicitaron y obtuvieron status de refugiados bajo el amparo de las Naciones Unidas. De poco les sirvió esta protección cuando a los 59 años de edad Esther fue empujada adentro de un Renault 12 frente a la Iglesia de la Santa Cruz.

REMO BERARDO

"Los amigos del barrio pueden desaparecer."

CHARLY GARCÍA
Los dinosaurios

A Remo Berardo costó trabajo encontrarlo. A veces parecía que estaba ahí pero era solamente un eco, un destello del más allá. En la calle Magallanes, en el barrio de La Boca, todavía causa pavor mencionar su nombre. Las caras se esconden, las gargantas enmudecen.

"No lo conocí".

"¿No hay nadie que se acuerde en la cuadra? Era un muchacho rubio, alto, buen mozo. Pintor. Se crió aquí. Se decía que era como un hijo adoptivo de Benito Quinquela Martín".

"No, no, no. Fue hace mucho tiempo. Pregunte al lado."

La respuesta se repite un día tras otro, en cada casa de chapa, en cada taller de pintura. Pero esta mañana en particular, 28 de noviembre de 1995, la puerta verde del conventillo de Remo, Magallanes 889, está abierta. Da a un zaguán cortito de paredes amarillas que dobla a la derecha y abre a una escalera de hierro, verde y amarilla, muy inclinada, que sube al primer piso, a lo que era su estudio. Allí se reunían Remo, la Hermana Alicia y Gustavo Niño los domingos por la mañana. Hay un pequeño descanso, casi un balcón interno. Subir es imposible. está rematada por una reja pesada, oxidada, protegida por un gran candado y un perro ovejero alemán.

"En Magallanes había una cocina, un dormitorio muy grande de cinco por cinco, una sala comedor de siete por cinco, y un patio que habíamos cerrado con vidrio. De ahí y de la ventana de la cocina se veía la cancha de Boca. Durante los partidos uno podía espiar las cabecitas que se movían en las tribunas." La descripción hecha la noche anterior por Lucía Berardo, hermana de Remo, es quebrada por un sol de primavera que quema el íntimo patio de la planta baja.

"Al lado vivía una chica que estaba enamorada de mi hermano, pero él no la quería, tenía otra novia en otra cuadra."

Llegando a esa casa vecina la puerta se abre repentinamente y aparece una mujer que se sorprende de encontrar a un desconocido en la vereda.

"Estoy buscando a alguien que haya conocido a Remo Berardo".

Sus ojos se agigantan.

"¿Está vivo?"

Es una pregunta reflejo. Ella ya sabe la respuesta.

"Me acuerdo de él. Muy gentil, muy buen mozo, aparentaba menos edad de la que tenía. Vivía allí, ese balcón de al lado era su casa. Ahora vive en ese departamento la señora Filomena, la dueña del conventillo. El departamento estuvo cerrado mucho tiempo después de lo de Remo. Filomena vio todo pero no te va a decir nada. Ella niega lo que ocurrió. Acá nadie te va a decir nada".

El sábado 10 de diciembre de 1977 el diplomático norteamericano Tex Harris también visitó la casa de Magallanes buscando noticias de Remo. Harris estaba conmovido por el secuestro de ese pintor que buscaba a su hermano sin politizarse. Con su señora se habían hecho amigos de él. Solían pasar por Magallanes para salir a cenar. A veces tomaban un té allí mismo los domingos por la tarde. No pudo averiguar nada.

"Salió una señora de negro que lo sacó corriendo. Debe haber sido Filomena", cuenta Lucía Berardo.

"Hola. ¿Quién es?"

La pequeña voz viene de arriba, cae flotando de donde convive con los fantasmas del pintor y de la monja francesa. Desde la habitación donde Astiz urdió su luctuosa traición. Una frágil figura, apenas el suspiro de una persona, se perfila en el balcón. Todavía vestida de negro. Eterna. La hechicera muda en esta historia de hadas y demonios.

"¿Ésta es la casa que era de Remo Berardo?"

"¿Quién pregunta?"

"Vengo de parte de su hermana Lucía. Estoy escribiendo un libro sobre Remo".

"¡Ah! Yo no sé nada".

"¿Usted no es la señora Filomena?"

"No, yo no sé nada".

Debajo del balcón una galerista escucha aterrorizada y atónita.

"Es que da mucho miedo. Ella no te va a hablar".

"Me han dicho que Filomena vio cuando se lo llevaban".

"Probá con los pintores de Caminito".

Tampoco saben nada. No vivían en La Boca entonces. No se acuerdan. Todos excepto una mujer. Siempre las mujeres.

"¿Pero ése no era un desaparecido?"

Sabe quién sabe y está dispuesta a ayudar.

"Me da pánico caminar con vos. Estoy toda agitada. Me muero de miedo. Pero seguro que Cacho te va a querer hablar".

Cacho viene caminando hacia la esquina de Caminito y Magallanes. Con cara de muchos amigos, amigos de los buenos. Casi se cae de espalda.

"¿Apareció? ¿Está vivo?"

Sabe que no.

"Vi cuando se lo llevaban, a él, a una chica rubia y a un muchacho de barba. Me metieron una ametralladora en la nariz. Remo no andaba en nada. Buscaba a su hermano. Solamente le importaba la pintura. Yo le prestaba marcos para sus exposiciones porque nunca tenía un peso".

Quiere hablar, pero no ahora.

"Esta semana es la elección en Boca Juniors y yo estoy con la candidatura de Macri. Vení el lunes y te cuento".

RAQUEL BULIT

"More commonly, people who had incurred the displeasure of the Party simply disappeared and were never heard of again."

GEORGE ORWELL
1984

Celina Amalia Álvarez Macías de Galeano tiene 83 años, es sumamente alta y fuma sin cesar. Todo el mundo la conoce como Beba. Su familia tiene memorables lazos con la historia argentina.

"Mi abuelo materno José Macías vivía en el Paraguay. Cuando llegó Sarmiento él lo prohijó. Tanto es así que hay en mi familia un tintero con pie de ónix que tiene el Moisés de Michelangelo de reproducción".

Fue un regalo de la familia de Sarmiento a Macías.

"Mi padre esto siempre lo tenía en su escritorio", dijo la hija del prócer. "Hoy no va a estar en mejores manos que las tuyas".

"Después a Sarmiento lo muestran muerto en un sillón todo paquetón. Pero él salió a morir mirando la madrugada en un silloncito de maderita con esterilla. El sillón ese estaba en casa de mi tía, junto con cartas de Sarmiento. Pero a mi Sarmiento no me gustaba, era muy déspota".

Este 11 de septiembre de 1995 Beba ha venido en colectivo desde Zárate, donde vive sola en un monoblock de la UOM, para hablar de la desaparecida Raquel Bulit.

"Era morocha, linda, de rostro agradable. Conversaban con Astiz siempre. Cuando salíamos de las reuniones de la Santa Cruz íbamos con el Padre Mateo a la gruta a rezar, y Raquel iba también. Pero Gustavo Niño se las tomaba", recuerda entre cigarrillo y cigarrillo.

"Después de las reuniones yo salía con Raquel. Me iba para Merlo y ella para Parque Patricios. Era muy miedosa, le temblaban las manos. Yo la acompañé para hacer la denuncia del documento y sacar uno nuevo".

Los pequeños sobrinos de Bulit habían estropeado su cédula de identidad.

"¡Cómo le costó hacerlo, entrar a la policía!"

Bulit era del partido Vanguardia Comunista, que se había acercado a las Madres de Plaza de Mayo en busca de un espacio de actividad política.

"Tenía un cuñado, el marido de su hermana, que estaba desaparecido", cree recordar Galeano, agregando que Bulit habría tenido un sobrino de doce o trece años.

"Cuando yo sea grande, voy a pelear por mis derechos como mi papá", decía este chico.

La amistad entre las dos mujeres floreció aun en la desconfianza generalizada en que se movían las Madres y a pesar de la diferencia de edad entre ambas.

"Tratábamos de no intimar con otras personas, no conocernos mucho, porque era una cosa tan clandestina", dice Beba.

Aunque su hijo desaparecido también era de Vanguardia Comunista, las dos mujeres no se conocían de antes y se encontraron por primera vez al ser arrestadas en la marcha de plaza Congreso en octubre.

"Después la conocí por intermedio de Raquel a Ángela Aguad. Eran amigas, o por lo menos conocidas, aunque no sé si se conocían de antes. Lo mismo la conocí a Alice Domon por intermedio de ella".

Bulit había estado casada con otro miembro del VC, Gabriel Horane, con quien tuvo una hija a quien Beba recuerda por haber pasado una noche con ella.

"Ellos ya estaban separados cuando yo me fui a dormir con Raquel a donde vivía en Parque Patricios con su hijita de ocho años y un gato".

Galeano confirma que Horane no participaba en las reuniones de la Santa Cruz.

"Él fue a la reunión del jueves 8 de diciembre para arreglar la venta del departamento. Como se separaban, separaron todo. Él no era de las reuniones de la Santa Cruz, nunca había ido".

Beba le asigna a Bulit un rol importante dentro del grupo que se reunía en la iglesia.

"Era una chica muy inteligente, llevaba muy bien a la Santa Cruz. Dirigía las reuniones. Tanto es así que me decía que la que tenía que dirigir Santa Cruz era yo. Pero yo no me sentía capacitada".

(Cabe destacar que ningún otro testimonio afirma que Bulit dirigiese al grupo de la Santa Cruz. Lo que sí intentaba era reclutar madres en la Plaza de Mayo para que se acercasen a las reuniones, pero las Madres habían acordado entre ellas no asociarse con gente joven o politizada.)

La última vez que las dos amigas se vieron fue el lunes 5 de diciembre en la iglesia.

"Le llevé 1.500 pesos para la solicitada. Raquel me regaló dos remeras y yo no dejo que nadie las toque. Usadas eran, no importa, bienvenidas sean. La tengo siempre presente".

Nélida Raquel Bulit nació el 24 de marzo de 1944 en la localidad de Juan José Paso, en la provincia de Buenos Aires, y creció en Pehuajó. En el acta de nacimiento figura como hija de Vicente Bulit y Dolores Lanzaco, pero la denuncia ante la Conadep fue presentada por su ex suegra, Amavela Cabrera de Horane.

"¿Qué le puedo contar de Raquel Bulit? Mi hijo estuvo como ocho años con ella."

Luego de los secuestros, la señora de Horane intentó entrevistarse con los padres y otros parientes de Bulit, pero se negaron a recibirla.

"Yo fui con una hermana mía a Pehuajó, no querían saber nada. Dicen que ella se había portado muy mal con el padre".

La señora de Horane movió cielo y tierra para tratar de recuperar a su ex nuera.

"Raquel estuvo ocho años en Buenos Aires estudiando en la Facultad de Filosofía y Letras. Yo he tenido en mis manos cartas en las que le pedía al padre que le mandara dinero. La familia estaba enojada con ella y también puede haber estado en desacuerdo con su ideología. Mi hijo me habló de Raquel pero él tampoco sabía mucho. Que no la querían en la casa. Por eso me hice el viaje porque no había quién presentara el hábeas corpus, quién reclamara por esa chica".

Lo que sí dicen los que la conocían es que Bulit era extremadamente bella, detalle que probablemente notó Astiz al acercarse a ella y Beba Galeano por primera vez en un banco de la Plaza de Mayo. Esta belleza ha sido heredada por su hija Yamila, quien todos los 8 de diciembre se acerca a la Santa Cruz con sus abuelos para la misa que conmemora los 12 secuestros.

"Cuando ocurrió aquello fue mi marido a recuperarla a Buenos Aires", cuenta con orgullo la abuela. "Tuvimos suerte, la pudimos traer a casa y a la nena la crié yo. Vive en La Plata, está de novia. Terminó de cursar Medicina y está dando las últimas materias".

ALICE DOMON

"Era una combatiente pasiva con amor".

NÉLIDA FIOREDELIZA DE CHIDICHIMO
Madre de Plaza de Mayo

Sor Alice, Hermana Alicia, Cati, se la conoció por diferentes nombres. Pero en los cócteles del Proceso, allá por 1978, la habían apodado La Monja Voladora. Así fue como la oyó nombrar un periodista extranjero cuando un grupo de militares jocosamente admitía por primera vez cómo los desaparecidos en la Argentina eran arrojados vivos al mar. Para su familia, sin embargo, fue siempre Lisette.

Los Domon habitaban una gran casa de dos pisos en el pueblo de Charquemont, Francia, en la región de Doubs, cerca de la frontera con Suiza, donde Alicia nació el 23 de septiembre de 1937. Allí un día retaron a la pequeña niña al encontrarla descalza con uno de sus primos.

"Estamos jugando a los misioneros", explicó.

A los 20 años ya había entrado en el convento de La Motte, Toulouse, donde tenía su sede la Congregación de las Hermanas de las Misiones Extranjeras.

La orden había sido fundada a principios de la década del 30 por el Padre Nassoy, de Francia, y la estanciera argentina Dolores Salazar de Frazer, luego que su marido muriera en un palacio de la Costa Azul. Su consigna era simple: "Vayan allí donde no haya nadie de la Iglesia".

La Madre Dolores, junto con la Hermana Léonie Duquet, abrió la primer casa argentina de la orden en 1949. Los Duquet también eran del pueblo de Charquemont y había dos monjas en la familia. Fue a través de ellas que Alicia se acercó por primera vez a la congregación, como relata el libro *Sor Alicia*, de Arlette Welty Domon.

Cruzando el pueblo de Charquemont, la joven que llamaba a la puerta del señor Duquet esa mañana había intercambiado varias sonrisas y saludos con amigos o vecinos antes de plantear la cuestión:

"Vengo a pedirle la dirección de su hermana, por favor".

*"¡Ah! ¿Por qué? ¿Quieres hacer lo mismo que ella?"
"No. Es para mi tía Mandine que quiere escribirle. "*

La chica tenía diecinueve años. Era alta, sólida. bien formada. Sus compañeros y amigos apreciaban su vitalidad. su salud, su sentido del humor y su sensibilidad, por eso buscaban su compañía. Lo que hizo que algunos jóvenes de su entorno vieran en ella algo más que una amiga y empezaran a pensar en hablarle... algún día.

Pero todo se había puesto en movimiento, y esta inocente mentira marcó el destino de Alice Domon. ¿D estaba señalado el lugar que le correspondía en el plan imprevisible de Dios?

Renée, la hermana del señor Duquet, era monja de las Misiones Extranjeras. Unos días antes había visitado a la tía de Alice y le había contado la vida de la Comunidad, hablándole del trabajo en la India y en la Argentina, donde estaba su hermana Léonie.

La tía Mandine fue la primera en conocer la decisión 'de su sobrina. Ayudante de sacerdotes, conocía bien las cosas de la fe.

Al poco tiempo Alicia fue admitida en la orden y se despidió de sus padres para ir al convento de La Motte.

El día en que se fue, el tocadiscos llenó su habitación de música y canciones, impidiendo todo tipo de meditación y melancolía. En la estación, su madre y su tía se secaron las lágrimas a escondidas mientras Lisette y la compañera que se marchaba con ella dieron rienda suelta a su alegría.

Pasó ocho años con la congregación en Francia hasta que la Madre Dolores la consideró lista para salir de misionera. Aunque hubiese preferido ir a la India, aceptó de buen grado ser enviada a Buenos Aires en 1965. Allí se uniría a Sor Léonie enseñando la catequesis a niños mogólicos en la casa de la diócesis de Morón. Vestía el hábito bajo el nombre de Sor Cathy. Tenía 28 años.

Villa Lugano

La Hermana Monserrat, una española que había estado en la Argentina con la congregación desde 1951, se preguntó a sí misma un día por qué no se veían monjas en las villas miserias. Con Alicia empezó a ir a la de Villa Lugano, en la Capital Federal, donde el Padre Héctor Botán tenía una capilla de socorro y una sala de primeros auxilios. Las dos monjas todos los días volvían con alivio a la comodidad de su diócesis en Morón hasta que la Hermana Monserrat recordó la consigna del Padre

Nassoy: "Vayan allí donde no haya nadie de la Iglesia" y se propuso compartir la vida de los pobres.

"Cuando Cati se enteró, me dijo: ¿puedo ir con vos?", relató años más tarde Monserrat al periodista Carlos Gabetta para su libro *Todos somos subversivos*.

El Padre Botán guarda clarísimos recuerdos de ambas monjas.

"Yo era cura párroco de la villa cuando vinieron en 1969. Luego llegaron los padres de Alice desde Francia a visitarla y se quedaron pasmados por la pobreza que vieron. Cati trabajaba cerca de los pobres por solidaridad humana. Nunca la vi en una asamblea política. Por eso era más libre, no pensaba en medidas de seguridad para su protección. Las dos hermanas vivían en una casilla atrás de la casa de primeros auxilios que yo había refaccionado. Era de 3 metros por 2,70".

A la mañana Alicia trabajaba en una casa cercana donde su empleadora estaba encantada con sus buenos modales. A la tarde la Hermana Monserrat hacía lo mismo. Su tiempo libre lo dedicaban de lleno a socorrer a los ocupantes de la villa.

"Simplemente, acompañábamos a la gente a sacar sus documentos u otros trámites complicados, íbamos con ellos al hospital, nos quedábamos con los chicos cuando la madre no estaba; pequeños servicios de buen vecino", recordaría Monserrat.

Alicia era muy querida en la villa y muchas veces su compañera la esperaba en vano con el almuerzo listo ya que a menudo era invitada a comer por algún vecino por el camino.

"Comía lo que habían juntado los villeros en los basurales de la zona", dice Horacio Méndez Carreras, el abogado que representa a las familias Domon y Duquet en la Argentina. "Para ella era como la comunión".

Mientras tanto, otra hermana francesa de la congregación, Yvonne Pierron, se había establecido en el pequeño pueblo de Perugorría, en la provincia de Corrientes. Allí el Obispo de Goya, Monseñor Devoto, había ayudado a establecer las Ligas Agrarias para proteger los derechos de los trabajadores tabacaleros. En 1974 Alicia decidió viajar a aquella misión al oír que la pobreza era mayor que en la villa donde había vivido durante cinco años.

"Era una mujer que nos dejaba crecer", es como la recordó una vecina de Villa Lugano.

Perugorría

La hermana Yvonne llegó a la Argentina en 1955. Estuvo unos años en Buenos Aires y después en la Patagonia trabajan-

do con los indios mapuches. En 1970 llegó al pequeño y pobrísimo pueblo de Perugorría donde los problemas de salud eran tremendos. De los ocho años que estuvo allí solamente hubo médico algunos meses. Como era enfermera diplomada, se abocó a tratar de paliar los problemas de salud del pueblo. La religiosa presenció allí escenas de un feudalismo anacrónico y aberrante donde los dueños del tabaco eran los amos de una población prácticamente esclava.

"Yo había visto mucha miseria entre los indios del sur, pero esos niveles de explotación, jamás", diría años más tarde.

La Hermana Yvonne asesoró con otros religiosos a algunas familias en juicios por abusos, que ganaron contra los dueños de las tierras y colaboró con Monseñor Devoto en su apoyo a las Ligas Agrarias.

Pero los tiempos se fueron poniendo más duros, y para cuando llegó Alicia a Perugorría en 1974 las Ligas habían sido prácticamente desarmadas por el gobierno de Isabel Perón. La religiosa optó entonces por ayudar a los campesinos con el sudor de su frente. Se unió como una mano más trabajando la tierra. Ayudaba a familias que tenían un miembro enfermo, trabajaba gratis para pequeños arrendatarios a cambio de alojamiento. El trabajo en la tierra no le resultaba extraño ya que su familia en Francia era mitad gente de campo y la otra mitad religiosos de la Iglesia Católica.

Hacia principios de 1977 Alicia trabajaba para la familia de un delegado de las Ligas, reemplazando al hombre cuando partía a las reuniones del gremio. Esto disgustó tanto a los jefes militares de la zona que sin vueltas le dijeron que si no se iba de Perugorría el precio lo pagarían en sangre las personas a quienes ayudaba. Una amenaza contra su propia vida no la habría asustado pero a Alicia le quedó claro que su permanencia pondría en riesgo a la familia del gremialista. En abril de 1977 partió para Buenos Aires.

Con las Madres

De vuelta en la gran ciudad Alicia comenzó gestiones por dos mujeres de Perugorría que habían sido detenidas y llevadas a Buenos Aires. Fue en esas idas y venidas por la Jefatura de Policía y el Ministerio del Interior que conoció a las Madres de Plaza de Mayo. No tardó en darse cuenta de que había encontrado un nuevo lugar "donde no haya nadie de la Iglesia" para llevar consuelo.

"Yo la vi en el 77 cuando volvió de Corrientes", relata el Padre Botán. "Sabía que estaba con las Madres y me preocupé mucho por ella".

En los últimos ocho meses de su vida llevó socorro a diferentes necesitados además de las Madres. Hasta el propio día de su secuestro cumplía con una misión para aliviar los tremendos problemas que sufría la comunidad paraguaya. ocupándose especialmente del tema de la prostitución, la labor más difícil de las que le fueran encomendadas como misionera.

"Cuando Cati comenzó a ayudar a las prostitutas paraguayas yo la seguí, pero no me atreví cuando empezó con las Madres de Plaza de Mayo", relató la Hermana Monserrat antes de morir en 1979.

Existe un sinfín de testimonios de sus visitas a madres ancianas con hijos desaparecidos que habían perdido su único sustento, a quienes Alicia llevaba comida, alivio y a veces hasta dinero.

"Era dulce, estaba con vos en todo, en lo que podía", recuerda la madre Nélide Chidichimo quien se quedó verdaderamente asombrada cuando le dijeron que Alicia era una religiosa.

"¿Vos sos monja?", le corrió a preguntar.

"Ella estaba dando vueltas con nosotras en la plaza cuando le dije eso. Después ya me pareció que era demasiado grosero tutearla. Vos te tuteabas con todo el mundo y te parecía que le estabas faltando el respeto".

"No, no, no", le dijo Alicia. "Es que yo soy una de ustedes, estoy para eso, para ayudarlas, para tratar de ver qué podemos lograr".

Pero nunca con rencor, con Alicia la palabra de Dios era siempre lo primero.

"Con la ayuda de Dios vamos a ablandar corazones", les decía a las Madres.

"¡Pobre Alicia!", agrega Chidichimo. "Nos ayudaba espiritualmente y en lo práctico, en recolectar firmas como hacíamos nosotras, todo lo que hacíamos nosotras lo hacía ella. No te puedo decir que era una líder, no. Eso era Azucena. Sor Alicia hablaba español bien. Alicia o Cati, le decíamos. Yo le decía Alicia".

La madre María del Rosario Cerrutti conoció a Alicia en una oficina de derechos humanos.

"La conocí en el Movimiento Ecueménico. Creo que estaba en la calle México donde después fue Paz y Justicia. Alicia estaba allí en un sucuchito. Después la vi en la plaza. Demasiado hacía. Su trabajo era escucharnos, alentarnos a seguir, rescatarnos esa cosa que uno parece que la va a perder en cada momento. Se valora mucho cuando hay gente que a uno lo escucha".

Cada madre que la conoció guarda un recuerdo especial de ella.

"Yo tengo una estampita que me dio Alicia", dice Mecha Trombini. "Ella estaba mucho en Familiares. Nos acompañaba muchísimo. Si usted estaba enferma, Alicia venía, la atendía, le daba las inyecciones. Nos alentaba, nos reconfortaba, estaba en todos lados. Alguna misa que se hacía y ella sabía, ella estaba. Si podía dar una ayuda a alguna señora que no tuviera medios, ella trataba de ayudarla con comestibles y con cosas. Hablaba español perfecto. Joven, muy ágil, delgada, alta".

La monja es especialmente recordada por los sobrevivientes del grupo de la Santa Cruz.

"Me contó sobre su trabajo personal en comunidad con gente de barrios muy desfavorecidos", dice Cecilia Vázquez. "Que su trabajo se había vuelto muy peligroso. Una vez fuimos con ella, con otras muchachas y con gente mayor a la Conferencia Episcopal, donde había gente que era más sensible. Se entrevistó con Monseñor Devoto, a quien conocía de Corrientes. Era muy difícil poder ser escuchado. Estaba muy contenta porque al menos pudo hablar con él. Me acuerdo de que también fuimos a Morón, porque iban a pasar no sé si unos obispos por la calle y que nos cruzamos para que se nos viera con los pañuelos blancos. Alicia estaba allí".

Acompañar y escuchar, a veces su labor no era más que eso.

"Al principio no sabía quién era", recuerda María Adela Antokoletz. "La conocí en la plaza. Estaba muy inclinada hacia Familiares. Era una muchacha que cuando llegó a Buenos Aires en seguida tomó partido junto con estas cristianas y no cristianas que estaban pasando semejante trance. Creo que no anduvo preguntando mucho, que en seguida se volcó. Si se trataba de ir a hablar con algún obispo o de hacer la entrevista, ella firmaba. Hablar con un párroco, ella acompañaba. Hizo todo lo que pudo por conseguir entrevistas con párrocos. Fue echada, igual que nosotras, por párrocos, por sacerdotes. Una decidida luchadora por los derechos humanos".

LÉONIE DUQUET

"Lo que me parece enorme es lo de la otra religiosa, a quien ni siquiera la conocíamos."

MARÍA ADELA ANTOKOLETZ
Madre de Plaza de Mayo

Esta semblanza no debería figurar aquí ya que la Hermana Leonilda no formó parte del grupo de la Santa Cruz ni prestó colaboración efectiva a las Madres de Plaza de Mayo. ¿Qué buscaba en realidad la Marina en Ramos Mejía el 10 de diciembre cuando se llevaron de la Capilla San Pablo, calle Espora 1247, a una monja francesa de 61 años?

Una explicación sería que cuando la Hermana Alicia fue arrestada en Plaza Congreso en octubre haya dado esa dirección como su propio domicilio, aunque ello fuera sólo parcialmente cierto dado que hacía un tiempo que vivía con una familia en Parque Avellaneda.

Otra explicación sería que en esa misma marcha fue detenida una tercera monja francesa, Yvonne Pierron, misionera en el pueblo de Perugorría en Corrientes junto con Alicia hasta marzo de 1977, quien se asombró por el largo interrogatorio al que fue sometida con respecto a su vinculación con las Ligas Agrarias. Igual de sorprendente fue el voluminoso legajo con su nombre que le mostraron los oficiales del orden. ¿Buscaban los marinos a la Hermana Yvonne?

¿O es más inconfesable aún la razón del crimen? Aunque Leonilda no participaba del trabajo entre las Madres de Alicia, las dos monjas eran íntimas amigas, unidas por su procedencia común del pequeño pueblo de Charquemont en Francia. Sobrevivientes de la ESMA indican que los secuestros fueron precipitados por Astiz, quien temía ser descubierto por las Madres. Los testimonios recogidos para este libro confirman que el pintor Remo Berardo efectivamente comenzó a sospechar de Silvina Labayrú y Gustavo Niño. ¿Habría temido Astiz que se le hubiera comunicado esa sospecha a Leonilda? ¿La Marina habrá tratado de cubrir los rastros de su infiltración cuando mandó un Ford Falcon a la calle Espora?

Esto último es ciertamente posible. De acuerdo con Lucía Berardo, Leonilda asistió en por lo menos una ocasión a las

reuniones que se realizaban el domingo a la mañana en el atelier de su hermano. A esas reuniones iban siempre Astiz y Alicia. No sería improbable que el infiltrado haya conocido a Leonilda allí.

"Me parece recordar que Leonilda fue también en una ocasión a una reunión en la Santa Cruz," agrega Lucía. Una madre de Plaza de Mayo, Celina Galeano, también cree haberla visto en la iglesia.

Otra madre, Carmen Cobo, dice haber visto a Leonilda acompañando a Alicia en el barrio de Flores.

"Me acuerdo que fui a una iglesia metodista allí y que estaban ambas monjas vestidas con sus hábitos. Alicia nos escuchaba y trató de confortarnos lo más posible pero la mayor no dijo nada. Más bien me daba la impresión de que estaba ahí para acompañar a Alicia, para que no estuviera sola."

Una fuente anónima confió a esta investigación que Leonilda no fue sacada por la fuerza de su capilla, sino que la engañó un teniente de la Marina (cuyo nombre fue provisto por la fuente) diciéndole que Alicia estaba en un hospital y que requería su visita. Esta versión reforzaría la hipótesis de que la operación fue fríamente calculada para cubrir los rastros de Astiz.

Los marinos ciertamente no esperarían lograr ninguna gran victoria raptando a la monja. Para 1977, hacía más de 12 años que Leonilda era maestra catequista en el secundario del Sagrado Corazón en Castelar. Pero ésa era sólo la última de sus muchas experiencias como misionera en la Argentina.

Había llegado en 1949 junto con la Madre Dolores Salazar de Frazer, la estanciera argentina convertida en monja que fundó la Congregación de las Misiones Extranjeras cuando envió a Europa en los años 30. Desde temprano Leonilda se especializó en la catequesis, viajando por el norte y el sur del país, de Neuquén a Paraná, de Santa Fe a Santiago del Estero. Trabajó entre los indios en el pueblo andino de Malleo, adaptando la enseñanza del Evangelio a las necesidades de quienes lo recibían. Estuvo en Roma en 1962, y asistió a una sesión del Concilio Vaticano II, presenciando una misa privada del Papa Juan XXIII.

Aunque no participaba tan fuertemente en la acción social como su amiga Alicia, las largas cartas que Leonilda enviaba a su familia en Francia estaban cargadas de detallados análisis de la situación política local. No era para menos, ya que sus casi 30 años de vida en la Argentina coincidieron con eventos cataclísmicos, el ascenso de Perón, la muerte de Evita, la Revolución Libertadora, los intentos fallidos de democracia, el regreso de los militares, la guerrilla y la represión.

¡Qué largo camino para recorrer desde Charquemont a una capilla con tejado de cinc de la calle Espora en Ramos Mejía! Y

qué amarga recompensa recibió Leonilda por su catequesis entre los argentinos.

HORACIO ELBERT

"Horacio Elbert y la señora me llamaban mucho la atención porque tenían una bebida recién nacida. Se ve que no tenían dónde dejarla y la traían a las reuniones. Horacio y Remo Berardo eran muy amigos con Astiz."

ORONZO VINCI MASTROGIÁCOMO
Sobreviviente del grupo de la Santa Cruz

Buscar rastros de las personas asesinadas por la Marina en el caso de la Iglesia de la Santa Cruz es navegar sobre una estela de familias devastadas por la traición de Alfredo Astiz. Así es en el caso de Horacio Aníbal Elbert, el joven idealista que, desoyendo las advertencias de sus compañeros del partido Vanguardia Comunista, intentó acercarse a las Madres de Plaza de Mayo para ayudarlas a organizarse. La historia adquiere ribetes patéticos cuando se advierte que las Madres no recibían de buen grado a los jóvenes de VC.

Pese a ello, y gracias a la falsa amistad que tejió con Azucena Villaflor, Astiz pudo mantener abierto un tenue nexo entre los jóvenes y las Madres, línea sin la cual la participación de los mismos en el grupo de la Santa Cruz probablemente no se habría sostenido más allá de un par de reuniones.

Como el personaje O'Brien en la premonitoria novela *1984* de George Orwell, el infiltrado actuó de imán para atraer y destruir a los que él considerase posibles opositores del régimen. Del testimonio de los sobrevivientes de la Santa Cruz surge con claridad la figura de Astiz como *agent provocateur*, impulsando grotescamente al pintor Remo Berardo y otros a una más fuerte confrontación en el campo de los derechos humanos.

Siempre enérgico, copaba fácilmente las reuniones a las que asistía, aportando ideas, dibujando diagramas en el pizarrón, alentando a los demás a arriesgarse. Acercaba a los asistentes hasta sus casas al final de las reuniones, en verdad para averiguar dónde vivían, para sacarles nuevos datos, empleando su auto como un arma de espionaje. Fue en esta red de engaños que cayó Elbert, creyendo ver en Astiz a alguien tan osado como él mismo en el activismo por los derechos humanos.

Los amigos lo llamaban Pelado o Elmer por su parecido con el Elmer Fudd de los dibujos animados. Como era bajito, en

la adolescencia la mamá lo llevó al médico a hacerse un tratamiento de hormonas para crecer, ya que estaba dominado por una pasión por el basquetbol. Tristemente, Elbert no creció como la madre esperaba y en cambio perdió la cabellera prematuramente. Sin embargo continuó jugando, primero en el club judío Hacoaj y luego en reserva en el Villa Crespo, un importante club de básquet.

Nació en 1949, en la ciudad de Buenos Aires. Sus padres, Mauricio Elbert y Rosa Blumenstein, eran judíos. Mauricio era comerciante y vendedor de ropa, mientras que Rosa vivía sumida en una continua depresión que terminó por alejar de la casa familiar a Elbert y a su hermana, Nora, a una temprana edad. Los Elbert nunca se repusieron de la pérdida de su hijo.

"Fue el mazazo. Éramos una familia en que no se hablaban las cosas", cuenta Nora una tarde de 1995 en un bar de la calle Corrientes, en un rato libre de su trabajo como asistente psicológica. Los padres pronto cayeron en la ruina económica, como ocurrió con muchos otros casos de familias de desaparecidos, debido al estigma que les impuso la sociedad. Vendieron su casa y vivían de hotel en hotel. Murieron todavía medianamente jóvenes, en un cuarto de la avenida Córdoba. Desde el día del secuestro, Nora también ha vivido sobresaltada, con un terror que no deja de acompañarla cada vez que piensa en su hermano desaparecido.

Los Elbert eran de La Paternal, de la calle Nicolás Granada 1688. Elbert hizo la secundaria en el Colegio Avellaneda hasta cuarto año. De ahí pasó al Mitre, ex Nacional 6, de Valentín Gómez y Ecuador. Una placa hoy recuerda los nombres de los estudiantes desaparecidos de ese establecimiento, entre los cuales está incluido.

Tuvo tres etapas en su vida. Durante la adolescencia predominó el deporte, pero después de ingresar a la facultad cambió profundamente, virando hacia lo político. Elbert entró a Ciencias Exactas en la Ciudad Universitaria de Núñez a los 18 años, en 1967. Fue introducido a la militancia por un compañero, Raúl Kossoy, quien había militado en la FAES, Fuerza Antimperialista de Estudiantes Secundarios, que luego fue miembro del comité provincial por Buenos Aires de VC.

Elbert acumuló antecedentes de arrestos en dos o tres oportunidades por ser dirigente estudiantil, por realizar pintadas. También adquirió cierta fama entre sus compañeros por lo arriesgado cuando encaraba a la policía durante las demostraciones de la época, particularmente durante una marcha en el barrio de Once.

Habla tanto de su bondad como de su inocencia que fuera el único compañero de Kossoy que no abandonó a la esposa de

éste, Alicia Oiberman, luego de su asesinato en 1975 por la Triple A. En 1976, el padre de Kossoy fue testigo del casamiento de Elbert con María Lidia Arias Zeballos, una muchacha de Córdoba, que también militaba en política.

"Horacio era vendedor de alfajores Jorgito, iba de negocio en negocio repartiendo", se acuerda Oiberman. Fue por esa época que Elbert por primera vez le comentó a su hermana que pertenecía al partido "chino" Vanguardia Comunista.

De Ciencias Exactas, Elbert pasó a Filosofía y Letras, estudiando Psicología en la vieja sede de Independencia y Urquiza, un cambio que puede haber sido a pedido del partido y no por interés vocacional, según estima su hermana. Allí traba nuevas amistades. Tal es el caso de Cecilia Vázquez, una muchacha que tenía a su marido detenido a disposición del Poder Ejecutivo en la ciudad de La Plata.

"A Horacio Elbert lo conocía de la facultad, en el local de Independencia", recuerda Vázquez. "Sociología estaba allí, Historia del Arte, Historia, pero la mayoría de los estudiantes eran de Psicología, como yo. Horacio era de la TUPAC (Tendencia Universitaria Popular Antiimperialista y Combatiente), que era una tendencia estudiantil que formaba parte del consejo universitario, una tendencia pequeña comparada con lo que era la Juventud Universitaria Peronista, por ejemplo. La TUPAC estaba ligada a Vanguardia Comunista y formaba parte de la Federación Universitaria Argentina. Tuvieron gente elegida en las elecciones estudiantiles, minoritariamente porque no eran peronistas. Franja Morada no tenía mucha importancia en esta facultad. María Lidia, la mujer de Horacio, también era compañera mía".

Los ideales políticos de Vanguardia no se podían asociar con Montoneros o ERP.

"Eran envidiados y diabolizados por VC", dice Vázquez. "Lo único que ellos perseguían era el golpe, algo muy irresponsable, nada progresista. Nosotros creíamos en la Larga Marcha de Mao Tse-tung".

Mientras tanto, hasta que la marcha comenzara, Vázquez trabajaba en el Banco Galicia y la esposa de Elbert en el Banco Nación. Vázquez se acuerda cómo ella, Elbert y María Lidia fueron acercándose a las Madres de Plaza de Mayo.

"Mucho no se podía hacer en 1977; la única área en que se podía intentar algo contra la dictadura, por algo un poco más justo, era a través de los derechos humanos. Sobre todo cuando no éramos ni gremialistas ni obreros. Éramos estudiantes, gente no organizada sindicalmente. Además, no se podía estudiar porque los profesores eran un desastre".

Es increíble hoy pensar en el coraje de estos maoístas de la Avenida Independencia que se lanzaron a Plaza de Mayo a tratar de colaborar con los familiares de los desaparecidos.

"Todo era peligroso", continúa Vázquez. "Incluso las Madres nos aconsejaron no ir porque era muy arriesgado para los jóvenes. Con lo cual solamente quedaba esa especie de reunión en la Iglesia de la Santa Cruz, donde igual no estábamos protegidos ya que cualquiera se podía infiltrar, aun el que decía que quería ayudar, que fue lo que hizo Astiz. Fue una cosa muy cínica y casi ingenua lo que él hizo. Nosotros lo aceptamos, cuantos más brazos hubieran, mejor".

Ni siquiera su propio partido estaba convencido de la actividad de Elbert junto con las víctimas de la dictadura.

"Mientras Horacio trataba de ayudar a las Madres sus compañeros de política le pedían que no participe, por lo evidente, por lo fácil de reconocerlo, con su pelada, sus anteojos y su pelo rojo. Pero él era muy humano, carismático y demasiado arriesgado", recuerda Oiberman.

La última etapa de Elbert comenzó un poco tiempo antes de su secuestro, con el nacimiento de su hija Ana, el 30 de septiembre de 1977, en el Hospital Italiano. Hasta allí se acercaron para felicitar a la joven pareja sus compañeros de VC, Eduardo Gabriel Horane, que también caería en la trampa de Astiz, y la compañera de éste, la abogada Norma Falcone, que sería desaparecida con casi todos los demás integrantes de VC luego del Mundial de fútbol el año siguiente. Para ese entonces, Elbert ya no vendía alfajores y trabajaba en el mismo rubro que su padre, como viajante de comercio, para la fábrica de pantalones Manor que la familia Horane poseía en la calle Hipólito Yrigoyen. El nacimiento de Ana obligó a Elbert a replantearse algunas cosas sobre su compromiso con la política.

"Yo no voy a criar a mi hija como los crían los militantes", le dijo a Oiberman, con referencia a que algunos habían abandonado a sus hijos para ir al monte de Tucumán. Ya antes del nacimiento de Ana, la hermana de Elbert lo venía empujando hacia un cambio de vida.

"¿Por qué no te ponés a trabajar en serio?", le insistía.

Nora vivía con su marido cuando ocurrió el secuestro de Elbert. Llamó el 9 de diciembre a casa de sus padres para contar que había pasado un examen en Psicología, y recibió por respuesta la noticia de que había habido un allanamiento que convulsionó al barrio. Que los soldados iban vestidos de verde oliva. Que entraban por los techos. Un operativo gigante, ridículo, en el que no encontraron a Elbert porque no estaba allí, sino que ya estaba desaparecido en la ESMA.

Esa misma mañana María Lidia corrió a la casa de sus suegros, alarmada porque su esposo no había vuelto a dormir. Estos le contaron del procedimiento que acababan de sufrir, alertándola de que los militares se habían llevado papeles per-

sonales, que habían preguntado dónde vivía y pedido fotos recientes de ella.

Los padres de Elbert habían sufrido un allanamiento similar un año antes. Nora llegó ese día a la casa y antes de que pudiera abrir la puerta le abrieron de adentro. Había tres hombres allí y estaba todo revolucionado, patas para arriba. El padre en una habitación, la madre en otra y un amigo del padre en una tercera. A Nora la hicieron sentarse y la amenazaban preguntando por su hermano. Esperaron dos o tres horas y al final se fueron.

Después de tal susto, y en los últimos tiempos antes de su secuestro, Elbert no daba su dirección a casi nadie. A veces llamaba por teléfono o visitaba a su hermana, siempre apurado, a veces solamente para pedir dinero prestado.

Como muchos de los judíos que viven en la Argentina, Nora Elbert posee una larga lista de parientes y amigos asesinados por los "Übermensch criollos" a los que Borges alguna vez hizo referencia desde las páginas de la revista Sur.

Además de su hermano, Nora perdió a dos primos del marido, Fabio Goldryng y Alicia Palanco, cuyos correspondientes legajos de la Conadep confirman que fueron llevados el 22 de marzo de 1977, ambos desde su domicilio en Castelar. Goldryng era director de teatro y Elbert alguna vez mencionó que su participación en el grupo de la Santa Cruz era en búsqueda de esta pareja. Tanta tragedia entre sus amistades cercanas convirtió a Elbert en fatalista.

"El sabía que se lo iban a llevar, que iba a morir antes de los 30, tenía no sé si era una sensación, pese a lo cual siguió", relata 18 años después su hermana.

El único indicio del paradero de Elbert fue aproximadamente un año después del secuestro, cuando una mujer que trabajaba por horas en la casa de la familia, al ver a la madre desecha en llanto continuamente, ofreció averiguar algo a través de su hijo policía. El oficial trajo la información de que Elbert estaba detenido en La Plata y ofreció llevar al padre a verlo, por un dinero que le pidió a cambio. Nora le recomendó al padre que no fuera.

La devastación causada en la familia Elbert por Astiz continúa aún hoy, con María Lidia y su hija Ana separadas para siempre de la Argentina luego de hallar refugio en Francia. Una sola vez regresaron, teniendo que salir apresuradamente debido a la burda persecución de la que fueron objeto por la Marina. Más cruel aún fue su peregrinaje dentro del país antes de lograr el exilio, ya que María Lidia y su hija no podían cruzar la frontera sin la autorización de Elbert, que tenía la patria potestad. Para más seguridad, Ana Elbert fue criada en la casa de una tía durante los primeros ocho meses posteriores al secuestro.

Durante dos años y medio, María Lidia vivió bajo el más absoluto terror, atrapada por una anacrónica figura legal, buscando refugio entre sus amigos en Córdoba y en Buenos Aires. Al final pudo salir del país el 20 de junio de 1980, pero no por la ayuda de ningún compatriota, sino gracias al cónsul de Francia, Hugues Homo. Éste se apiadó de ella y su hija y las llevó personalmente hasta el aeropuerto de Ezeiza, donde hizo valer su inmunidad diplomática para subirlas al avión rumbo a Francia.

Desde entonces viven allí, donde María Lidia ha tenido otros dos hijos y donde su español ha adquirido una ligera tonada gala. Pero no ha olvidado su vida junto a Horacio Elbert y el martirio al que ha sido sometida por la Armada Argentina.

JOSÉ JULIO FONDEVILLA

"Nothing will remain of you; not a name in a register, not a memory in a living brain. *You will* be annihilated in the past as well as in the future. You will never have existed."

GEORGE ORWELL

1984

Es muy poco lo que se sabe de Julio Fondevilla, uno de los cuatro hombres desaparecidos del grupo de la Santa Cruz. Su legajo de Conadep, una entre las miles de carpetas amarillentas que custodia la Subsecretaría de Derechos Humanos, es tristemente exiguo. Vine; Mastrogíacomo, sobreviviente del grupo de la Santa Cruz, guarda unos pocos, nebulosos, recuerdos de él.

"A mí me dijo que era empleado de banco. No hacía mucho que se había incorporado al grupo. Fue a unas pocas reuniones antes de que se produzca la detención. Yo sabía que tenía un hijo desaparecido. Estaba desesperado este hombre. Lo que me extraña vinculado con él es que fue muy difícil dar con algún familiar después de los secuestros."

Lucía Berardo cree recordar que Fondevilla era un "zorro gris", miembro de la famosa policía de tránsito que con sus motos y multas eran el terror de los automovilistas de la ciudad de Buenos Aires. Durante la investigación para este libro aparecieron sólo pistas que llevaban a ninguna parte. Hice innumerables llamados telefónicos que nadie quería contestar. Lo que sí se sabe es que su hijo Carlos Daniel, con 22 años de edad, fue secuestrado el 25 de agosto de 1977, en la Capital Federal y que esta desaparición fue registrada por la Conadep.

"Casi nada pude averiguar," dice en 1995 Luis Zamora, el abogado que representó a los 10 desaparecidos argentinos en la causa de la Santa Cruz. "Trabó estrecha relación con Remo Berardo, Horacio Aníbal Elbert, la Hermana Alicia y Gustavo Niño, con quienes se veía periódicamente."

La existencia de este minigrupo es confirmada por varios sobrevivientes de la Santa Cruz. Fondevilla estuvo entre los encomendados para distribuir copias adelantadas de la solicitada del 10 de diciembre a la prensa extranjera. Para esto acudió a una cita con Astiz en una esquina del centro donde presumiblemente fue secuestrado.

María Lidia de Elbert recuerda desde Francia la amistad que se había gestado entre Fondevilla y su marido Horacio.

"Era un señor de valor, de un radicalismo activo. Fue yri-goyenista. La mujer era paralítica y el hijo estaba desaparecido. íbamos a menudo a su casa a charlar largamente con él. Después de su desaparición, su mujer se negó a hablar conmigo y con Norma Falcone, que fue la primera abogada en la causa. Nos puso fuera, recriminándonos por su desaparición."

"¿Por qué venían a nuestra casa?", los habría acusado la señora de Fondevilla. "¡Si no hubiese sido por ustedes, esto no hubiera ocurrido!"

GABRIEL EDUARDO HORANE

¿Solidaridad? Ninguna. Nadie mencionaba el hecho. ¿Miedo a comprometerse? ¿Miedo a lastimarnos? Pero en casa no hay caras de lamentaciones. Cada uno se esconde del otro, hunde su dolor, para ofrecer a la nietita la otra cara, la que quisimos tener, en esperanza de la aparición de nuestro hijo".

AMAVELA ÁNGELA PRIETO CABRERA DE HORANE
Legajo APDH

"Le decían Lelel porque de chico él pronunciaba así su propio nombre". Quien habla es Amavela Cabrera de Horane, una tarde de 1995, desde su casa en Junín, provincia de Buenos Aires. Es ella quien hace 18 años pide una misa cada 8 de diciembre en la Iglesia de la Santa Cruz para conmemorar los secuestros en los que desaparecieron su hijo y la madre de una de sus nietas.

"Escúcheme una cosita, ¿sabe cuántos años tengo? Ochenta y uno, aunque mi aspecto es de más joven. Nosotros no éramos una familia que sufriera penurias económicas. Teníamos cinco departamentos en Buenos Aires y una fábrica de pantalones en sociedad con los hermanos de mi marido, que acá en Junín tenían tres casas de comercio. Mi hijo tuvo muchísimas oportunidades de lectura. En mi casa no tengo otro adorno que los libros. Mi marido disentía mucho en política con él. Imagínese, mi marido era un conservador de toda la vida, *yo* soy radical y afiliada, prima de Anselmo Marini que fue gobernador de la provincia de Buenos Aires."

Fue en la tienda de su padre en Buenos Aires que Gabriel Horane trabajaba mientras cursaba sus estudios en la facultad.

"Lelel era viajante vendedor de la fábrica de pantalones que tenía mi familia a media cuadra de la Avenida 9 de Julio. Se llamaba Manor".

La fábrica de pantalones ya no existe. En su lugar, en la calle Hipólito Yrigoyen 1172, en 1995 hay una sucursal de la AFJP Futura.

"Lelel desde que estudiaba vivía en Buenos Aires, porque estudió en la Facultad de Ingeniería de la UBA. Hizo hasta el cuarto año de Ingeniería Electrónica pero ya actuaba en la política; para él, yanqui era mala palabra".

Había pocas probabilidades de que Horane lograra un puesto en alguna empresa multinacional.

"Yo si trabajo voy a tener que depender de algún yanqui", decía.

"Entonces se pasó a Mecánica, Ingeniería Mecánica. Pero eso también al año lo abandonó".

Puede ser que una madre no sea la fuente más objetiva para opinar sobre su hijo.

"La madre va a decir todo lindo. Era muy inteligente. Usted no sabe cómo dominaba la política mundial, no la argentina, la mundial. Yo voy viendo que las cosas que conversaba con él se han ido cumpliendo. Era un visionario, no solamente estaba bien informado sino que tenía una memoria extraordinaria. Había una muy buena relación, mejor conmigo que con el padre, charlábamos mucho. Lo veía frecuentemente porque yo iba a Buenos Aires y él venía acá. Tenía ideas políticas firmes. Con mi intuición femenina no quería que me contara mucho de eso, porque era muy apasionado y yo temía por el fin que tuvo. No sabía mucho de lo que estaba haciendo. Nunca supe en qué partido político estaba. Podía ser el maoísta, yo por alguna asociación, pero no tengo ninguna seguridad. De izquierda era".

Horane había sido miembro del partido Vanguardia Comunista, como también lo habían sido sus tres sucesivas esposas. La segunda de ellas, Raquel Bulit, fue secuestrada en la iglesia la misma noche que él. Pero Horane no era miembro del grupo que se reunía en la iglesia. Estaba recientemente separado luego de ocho años con Bulit y planeaba tomar un café con ella esa noche para discutir detalles de la división de sus bienes. La mayor preocupación de la madre de Horane fue siempre la inestabilidad matrimonial de su hijo.

"Yo lo trataba de aconsejar, le combatía la irregularidad de su vida privada, esa inseguridad afectiva, cambiar tanto de mujer, ¿por qué?"

Un día, en la casa de la madre, había tenido un conflicto con Raquel Bulit justamente, Horane se lamentó llorando de sus dificultades en el amor.

"Mamá, yo no tengo suerte con las mujeres", dijo.

Los problemas sentimentales de Horane eran bien conocidos dentro de Vanguardia Comunista y son recordados por Antonia de Cristina, la madre del desaparecido líder del partido, Roberto Cristina, quien todavía lo nombra afectuosamente por su apodo Lelel.

"Mi hijo era muy mujeriego, terrible, nos ha hecho rabiarse muchísimo", sigue diciendo la madre de Horane. "Estaba casado con una chica, Diana Suchan, quien es la mamá de su hijo varón, Emilio Mariano, quien está a punto de recibirse de licenciado en Física Nuclear en Bariloche. Después vino mi nieta

Yamila, que es hija de Raquel Bulit. Cuando el papá desapareció la nena pasó a estar conmigo. Tenía siete años".

El secuestro de su hijo fue para los Horane un rayo devastador que tuvieron que superar con rapidez para criar a la nieta que les había dejado.

"Me enteré del secuestro de mi hijo porque nos habló la compañera que tenía en ese momento, Norma Raquel Falcone, diciéndonos que lo habían llevado preso. No se sabía qué podía significar. Mi marido acababa de volver de Buenos Aires de atender la fábrica. Le cayó como un paralizante. Entonces me fui yo para allá. Una época terrible. Me acerqué a la Comisaría 20, que era la que tenía la jurisdicción pero como no querían recibir ninguna clase de denuncia nos presentamos en la octava".

Allí la madre de Horane escuchó cómo el oficial se quejaba por teléfono a la Comisaría 20 pidiendo que no les enviaran más familiares por el tema de los secuestros.

"Che, ¿por qué no atienden a la gente? Acá tengo una señora que ustedes no la atendieron. Dejate de hacer esas cosas que se me vienen para acá".

Era una parodia montada para no tener que admitir la denuncia en ninguno de los dos lados, porque el de la octava también se excusó de recibirla.

"Corresponde allá", dijo.

Para la señora de Horane, mientras tanto, la desaparición de su hijo de alguna manera fue aliviada por la urgencia de consolar a la nieta que había quedado huérfana de un día para el otro.

"En un momento me la secuestró una amiga de Raquel, quien la quería mucho y deseaba que la nena estuviera con ella, pero lo lógico era que la tuviera alguno de sus abuelos. Eso ocurrió en marzo de 1978 cuando ya estaban empezando las clases, tres meses después del secuestro. Vino a mi casa esa muchacha y yo la recibí con toda buena intención. Me convenció de llevársela".

"Mirá que tengo que comprarle el guardapolvo. La necesito para medírselo, que ya empiezan las clases", le dijo la madre de Horane a la muchacha.

"Sí, sí, sí, yo se la traigo antes del primer día de escuela", contestó ella.

"Pero no me la trajo. Fue mi marido a recuperarla, tuvimos suerte, la pudimos traer a casa y la crié yo."

Al poco tiempo la última mujer de Horane, una abogada que intentó promover una causa judicial por las desapariciones de la Santa Cruz, corrió una suerte parecida a la de su compañero. Norma Raquel Falcone fue secuestrada en una redada masiva de todos los miembros de Vanguardia Comunista por el

Ejército al finalizar el Campeonato Mundial de fútbol que hospedó la Argentina durante la dictadura militar. Nunca la volvieron a ver.

"Desapareció seis meses después, en julio del 78. Ella no estaba ayudando en la Santa Cruz, pero a lo mejor sabían que era de izquierda también. Lelel había estado viviendo en urf departamento que le regaló el papi. Después se cambiaron a la calle Directorio, donde compró una casa vieja y en el primer piso hizo un departamento, lo arregló todo, era una preciosura como lo hizo".

Casi más difícil que la desaparición de su hijo, de su nuera y de su ex nuera, fue el vacío que se formó alrededor de la familia Horane cuando más necesitaban de contención.

"Nada, una soledad absoluta. Aunque él actuaba en política. Eso es lo que a mí me extrañó, nunca tuvimos ni siquiera el acompañamiento de un sentir de parte de los amigos, de parte de los compañeros, de nadie. Ni conocidos ni desconocidos, hasta la familia se nos alejó, la familia nuestra, salvo una hermana mía que enloqueció pobrecita, que recorrió diez veces más de lo que recorrí yo".

Desde entonces, la vida de Amavela Horane se ha centrado en resolver el misterio de la violencia que asoló a su familia.

"¿Quiere que le haga fotocopias de todos los artículos que guardo encarpados? Soy una loca papelera. Como tengo muchos años digo ¿qué voy a hacer con todo eso? Lo regalaré a una institución de derechos humanos. En Junín la formamos pero se fue diluyendo y quedó en la nada".

PATRICIA OVIEDO

"Es un buen chico mamá, rubiecito, joven, así como nosotros. Pobrecito, le llevaron al hermano, se quedó sin nada."

PATRICIA OVIEDO
A su madre en 1977

Patricia Oviedo tenía apenas 24 años cuando fue llevada por el ángel rubio de la muerte, convirtiéndose en la más joven de las víctimas en la Iglesia de la Santa Cruz. Como Raquel Bulit, era particularmente bella y sentía un especial cariño por el muchacho rubio con el hermano desaparecido que se había acercado a Plaza de Mayo a buscar consuelo entre las Madres.

Durante años después del secuestro, sus padres Jacinto y Juana Oviedo no lograban salir de su departamento de la Avenida Rivadavia en las fechas de Navidad o de algún aniversario.

"Si habíamos aceptado alguna invitación, de repente nos levantábamos y volvíamos corriendo a casa por temor a que cualquiera de nuestros dos hijos regresara," dice Juana Oviedo una tarde de 1995.

"A raíz de la desaparición de nuestro hijo Pedro Bernardo en junio de 1976, Patricia colaboró en todo lo posible por ubicarlo. Ella empezó a ir a Plaza de Mayo apenas comenzaron las Madres en abril de 1977. Este buen señor Astiz se infiltró en las rondas. Cuando hacían las reuniones en Tierra Santa, perdón, en la Santa Cruz, este hombre también estaba."

Juana Oviedo se acuerda muy claramente de las menciones de su hija con respecto al infiltrado.

"De entrada Patricia empezó a mencionar a Astiz, ya por el mes de abril cuando comenzaron las marchas."

Todavía escucha en sus oídos el comentario emocionado de Patricia por el muchacho.

"Es un buen chico, mamá, rubiecito, joven, así como nosotros. Pobrecito, le llevaron al hermano, se quedó sin nada."

A la madre no la convencían estas explicaciones.

"Patí ¡tené cuidado!", le decía.

"Pero como todas las chicas, no me hacía caso."

Jacinto Oviedo musita sobre lo poco que vale una vida argentina comparada con una francesa.

"Al igual que las otras personas que tuvieron la desgracia de ser secuestradas en la Iglesia de la Santa Cruz, mi hija se pierde en el anonimato y lo que se rescata es la presencia de las monjas. Pero desde el punto de vista de las consecuencias, de lo que significaron los secuestros de personas, es terriblemente igual para todos."

Patricia y su madre se habían dividido el trabajo para cubrir todos los grupos de derechos humanos.

"Yo iba a Familiares y Patricia a la plaza, porque yo siempre tuve desconfianza y a las Madres nunca iba. Le decía que se cuide porque en Familiares teníamos nosotros que bancarnos un montón de cosas. En ese tiempo estábamos en Corrientes y Callao. Teníamos a veces que cambiarnos de ropa cuando salíamos porque nos seguían, entrar por una boca de subte y salir por la otra, porque estaban todos los carros de asalto rodeando la esquina. Me acuerdo cuando vino la televisión holandesa que fue un desastre, estaba así de gente y los tipos rodeándonos con unos nervios terribles."

La madre de Patricia aún se sorprende de cómo Astiz logró infiltrarse con tanta facilidad entre las Madres.

"En ese tiempo se estaba haciendo la colecta para la solicitada, entonces estaban muy atareados y por ahí perdieron la pista y no se acordaron de lo que estaba pasando. Nunca lo vi a él pero pienso que no puede haber engañando tan fácil a la gente como lo hizo. Era demasiado claro la manera de acercarse a las Madres, a Azucena la acompañaba hasta la casa, a otras madres también. Se conectó con las familias, a todo el mundo los tenía catalogados. Lo hacían pasar, le daban el té, porque la gente estaba confiada en que realmente era uno igual, creían que pobrecito tenía una desgracia. Pero era mentira todo."

Como las otras jóvenes de Santa Cruz, Patricia había trabado amistad con la Hermana Alicia.

"Patricia era muy amiga de la monja. La debe de haber conocido por el mes de julio, porque Alicia no tenía contacto con las Madres antes. Yo la conocí cuando nos detuvieron a todos ahí en Congreso. Patricia tenía mucha conexión con ella, con el asunto de las misiones y todo eso, porque había hecho la escuela secundaria en el colegio Niño Jesús, de la calle Hipólito Yrigoyen 2600, que era de la misma congregación de Alicia, de las monjas francesas. Hacían reuniones, fiestas. Tenía comunicación porque a Patricia también le gustaba ir a las villas, iba un grupo de chicas, y ahí se conectaron. Mi hija tenía una formación católica aunque no militante. Me acuerdo cuando inauguraron una capilla en una villa, que fuimos con Patricia y creo que Alicia también, que había un curita muy macanudo."

Juana Oviedo también conoció a la Hermana Yvonne, la tercera monja de las Misiones Extranjeras que en varias ocasiones acompañó a Alicia en sus encuentros con las Madres.

Uno de los recuerdos más amargos de la madre es el de sus infructuosas visitas a Monseñor Grasselli en la capilla de la Armada en la avenida Comodoro Py.

"Empezamos a ir con Patricia a Stella Maris en busca de información sobre mi hijo. Grasselli tenía el archívito de todo el mundo."

"Vuelvan, vuelvan", decía el cura. "Si tengo información yo se las voy a dar. Pero muerto no está, porque si no estaría en un archivo por algún lado."

Los padres de Patricia, en la infinita búsqueda de sus hijos, varias veces se acercaron a un pequeño diario de habla inglesa de la calle Azopardo.

"Si habremos ido al *Herald*", dice Jacinto. "Era el único diario que publicaba lo que estaba ocurriendo. Me acuerdo especialmente de las editoriales, que salían en inglés y simultáneamente en español."

Pero de Patricia solamente una vez tuvieron noticias.

"La tarde siguiente al secuestro atendió el teléfono nuestro hijo menor Carlitos", dice el padre.

"Te hablo de parte de Patricia", dijo una voz del otro lado de la línea.

"¿Dónde está, dónde está mi hermana?", reclamó el muchacho, que tenía apenas 15 años.

"Quedate tranquilo que está bien, por ahora está bien."

"¿Dónde la puedo ver?", atinó a decir el muchacho en un intento por prolongar la comunicación.

"Yo después te llamo para charlar."

Pero la llamada nunca llegó.

"Jamás nada más", lamenta tristemente Jacinto.

MARÍA EUGENIA PONCE DE BIANCO

"A mediados del 79 recibimos una carta de Europa de una persona de nombre 'Azucena' que contaba que el operativo estuvo a cargo de un teniente de apellido Schelling, agregando que Azucena era paraguaya."

LUIS SALVADOR BIANCO
Legajo Conadep 5740

Alrededor de las cinco de la mañana del 30 de abril de 1976, las fuerzas de seguridad llegaron a la casa de María Eugenia Ponce de Bianco, Coronel Pagola 225, en Lomas del Mirador, a unas doce cuadras de la Avenida General Paz. Buscaban a su hija, Alicia Hilda Bianco, de 23 años, a quien tuvieron diez minutos encerrada en el dormitorio antes de llevársela. Maltrataron a su otra hija Ana María y además robaron dinero, alhajas, todo lo de su apetencia.

Así fue que Mary Bianco, como la conocían sus amigos, se convirtió en la madre de una desaparecida, apenas un mes después del golpe militar que destituyó a Isabel Perón. Sus recorridas por batallones, comisarías, iglesias, la llevaron a contactarse con otras mujeres en su misma situación, las que eventualmente constituyeron el grupo fundacional de las Madres de Plaza de Mayo.

María del Rosario Cerrutti fue la última persona que estuvo con Bianco antes de su secuestro. Las dos iban caminando por la vereda de la iglesia de la Santa Cruz cuando cayó sobre ellas el comando del GT332 que la llevó a la ESMA. Bianco y Cerrutti habían trabado amistad en la desgracia, durante los penosos trámites y recorridos que se veían obligadas a compartir en busca de sus hijos.

"Las primeras madres que yo me encuentro fueron Ketty Neuhaus y Rosa Contreras, de Ramos Mejía, el 11 de mayo de 1976 en el Comando I del Ejército, en Palermo", cuenta Cerrutti. "En julio ya estábamos con Chela Mignone, Marta Ocampo de Vázquez, una señora que había sido taquígrafa del Congreso, Josefina Berabarros y con María Ponce de Bianco."

La actividad de estas mujeres era incesante.

"Ya íbamos a Palermo, al Episcopado a la calle Paraguay, todas juntas antes de que se formaran las Madres. Hacíamos

cartas a Massera, al Comando en Jefe de la Marina. Nos encontrábamos en reuniones en las casas de Nora Cortiñas, de Mignone, de Vázquez."

Cerrutti recuerda a su amiga como políticamente despierta y de tendencia marxista.

"Venía a mi casa a visitarme a menudo. Una vecina mía que la veía tocar el timbre lloraba después de lo de Santa Cruz de pensar que la habían llevado. Era una mujer muy del pueblo."

AZUCENA VILLAFLOR DE DEVINCENTI

"Más tarde supe, también por boca de los oficiales, que algunos de los familiares secuestrados no eran militantes, pero que iban a secuestrarlos por su alto grado de influencia y combatividad, era el caso de Azucena Devinenti".

SILVINA LABAYRÚ
Legajo Conadep 6838

Cada madre de Plaza de Mayo lleva una espina propia en el corazón que de no haber existido Azucena Villaflor la habría impulsado igualmente hacia alguna forma de acción colectiva. Sin duda la forma que planteó Villaflor resultó de singular eficiencia aunque haya nacido de la misma espantosa alquimia que asoló a sus demás compañeras.

"Mi hermano, Néstor Devinenti, desapareció el 30 de noviembre de 1976", cuenta Cecilia Devinenti, de 33 años, en un bar a la vuelta de Diagonal Sur. "Había ido al lugar que trabajaba la novia, Raquel Mangin. Ella tenía un taller de ropa y carteras de gamuza en Villa Dominico. Estaban adentro esperando. La habían atado a la novia. Habían tomado toda la cuadra, estaban apostados en las terrazas. A raíz de la desaparición de él, mamá empieza como todo el mundo a quien le había desaparecido algún familiar a ir al Ministerio del Interior y a distintas reparticiones, a presentar hábeas corpus, a hacer todos los trámites legales que se hacían. Así empieza la lucha, por un hijo. En un momento determinado, cansada ya de toda esta rutina, plantea ante un grupo de madres que eso no tiene demasiado sentido, que el único sentido es organizarse y tratar de ir juntas a Plaza de Mayo, que era el lugar donde siempre los trabajadores en la Argentina habían hecho algún evento importante."

El don natural que demostró Azucena como líder de las Madres no parece haber nacido de alguna experiencia previa.

"En ese momento eran bastante inocentes, mi mamá no tenía actividad política. Había trabajado de telefonista en la fábrica SLAM de jovencita, pero después que tuvo a mi primer hermano, en el 50, ya dejó de trabajar. Y ahí no podemos encontrar ningún dato fehaciente de que haya sido delegada, a lo mejor lo fue, pero no tenemos ningún tipo de información.

Por ejemplo, de mi papá encontramos, buscando entre las cosas que uno guarda en la casa, un carné de que fue delegado, pero de mi mamá no encontré nada como para decir que es la prueba de que sí lo fue. Después fue totalmente ama de casa. Esto es lo más llamativo, que mi mamá no tuvo ningún tipo de militancia, ni política ni gremial. Por eso también es muy llamativo que Astiz la haya señalado como la mujer que tenía que desaparecer únicamente por haber sido a lo mejor el motor de la plaza, o por haber tenido mucha fuerza de voluntad para buscar a su hijo y organizarse. Hace muy poco tiempo me enteré de que en una mesa de la ESMA se cuestionó el por qué se la iban a llevar, si no tenía ningún tipo de militancia. Era un ama de casa normal que lo único que hizo fue salir a buscar a su hijo. Y Astiz dijo que porque era el motor de la plaza, porque era la líder y que había que tratar de desarmar a ese grupo de mujeres".

Cecilia se acuerda de la infiltración de Astiz particularmente por una discusión que suscitó entre sus padres en el mes de octubre.

"Él siempre se pintaba como un nene que venía a buscar a su hermano, que vivían en Mar del Plata y que no tenían plata para quedarse en Buenos Aires. Una vez mamá pidió permiso para que pudiera dormir en casa y papá se enojó".

"¿Cómo podés querer traer a un muchacho acá teniendo una hija adolescente?", le recriminó su esposo a Azucena. "Porque vos, Azucena, que te vas, que venís..."

"Si no hubiese existido yo a lo mejor se habría quedado a dormir", se estremece Cecilia. "Porque tengo dos hermanos y entre varones por ahí hubiese pasado".

Igualmente, Astiz logró llegar hasta la casa de Azucena en otras oportunidades.

"Astiz puede haber ido a casa dos o tres veces, una de las veces estamos seguros. Fue en el horario en que yo iba al colegio, una mañana que yo no estaba. Lo sabemos porque en la esquina de casa, justito pegado, había una carnicería donde la señora era amiga de mamá, y ella lo vio pasar. Después con el tiempo viendo alguna foto sabía que era él. Lo que sí me acuerdo es que ellas lo veían como un nene. Y agrego una conjetura mía, que cada una veía en él a su hijo, por la edad, por la forma de ser. Él estudió mucho, practicó mucho para infiltrarse como se infiltró. Y seguramente usaría la imagen de hijo para tener una llegada hacia las madres. Mi mamá lo quería mucho por eso. Cuentan que siempre iba y se ponía del brazo de ella, siempre trataba de estar al lado. Pensando que mamá tenía un hijo desaparecido de la edad de él lo más probable es que haya sentido que era como su hijo. Pero Astiz no hizo bien su trabajo, la prueba mayor de que es un inútil total y de

que es un cagón de mierda la tiene con Malvinas, donde él se rinde".

La publicación de la solicitada que selló la muerte de Azucena estuvo rodeada de un gran nerviosismo.

"Yo me acuerdo de haber visto en mi casa a las primeras madres, a María Adela Antokoletz, María del Rosario Cerrutti, Pepa Noia, ella es una de las muy primeras, la señora de Mignone; trabajaban mucho, tanto en mi casa como en la de Chela Mignone. De Hebe de Bonafini me acuerdo que vino una vez. Pero no sé dónde nació la idea de sacar una solicitada. Sé que habían programado muchas actividades, que fue una época muy álgida, porque en ese momento cuando el gobierno quería esconder todo, sacar una solicitada fue un acto de mucha valentía. Lo que sí sé es que se tomaba el nombre, el apellido y el número de documento de los que firmaban, que así fueron juntando, entre todas, todos estos datos y después con mucho esfuerzo y mucho trabajo lo sacaron en La Nación, que fue el diario que no sé por qué cosa les permitió publicar."

La desaparición de su esposa fue un golpe del que Pedro Devincenzi nunca logró recuperarse.

"Papá se murió en el año 82, muy triste y siempre a la espera de que mamá volviera, porque él nunca perdió las esperanzas. Siempre se sentaba en la puerta, nosotros teníamos un umbral altito, mirando para avenida Mitre".

"En cualquier momento va a venir tu mamá", decía.

"Enfermó de cáncer después y estaba muy mal pero... había cosas ilógicas. Por ejemplo, la que pasó a ocuparse de la casa fui yo al principio".

Cecilia rápidamente descubrió que el nuevo rol no le cabía y logró juntar fuerzas para salirse del molde.

"Este no es mi lugar, yo no lo ocupo", dijo a su familia. "Yo puedo hacer las cosas de la casa pero yo no soy la mujer de la casa".

A partir de esta decisión logró retomar y completar sus estudios a pesar de la tragedia vivida.

"Papá se pasó a ocupar y yo ayudaba. Una noche no dejé nada en la heladera y papá fue a revisar. Fue una de esas escenas que te quedan muy marcadas".

"¡No quedó nada para comer!", se quejó el padre.

"Pero papi, mañana compro".

"¿Y si viene tu mamá, qué le damos?"

"Que tenía que haber comida en la casa por si venía mi mamá, era así. Y que tenía plata guardada en el banco por si venían mamá y mi hermano y había que sacarlos del país, también".

Cecilia ha rehuido a las invitaciones de la prensa televisiva para participar en mesas donde se discuten secuestros como los que sufrió su familia.

"Trato de no ir, no estoy para polemizar sobre el tema. Creo que va más allá de la polémica. Y ellos son capaces de ponerte a Astiz ahí enfrente. No sé qué reacción podría llegar a tener. La sensación es de tal impotencia, ¿no? A mí lo único que me conformaría es que realmente haya un juicio como debería haber".

Las que guardan los recuerdos más detallados de Azucena son las madres que participaron de la primer reunión convocada por ella en Plaza de Mayo en abril del 77.

"Azucena era indudablemente el motor de la plaza", dice María Adela Antokoletz, de 83 años, durante una entrevista en su departamento de Plaza Italia. "Ella sin querer ser dirigente naturalmente fue dirigente, porque las mismas que vamos a la plaza le consultábamos, le preguntábamos qué hacer".

Durante la búsqueda *conjunta* de sus hijos, Antokoletz en muchas oportunidades escuchó las historias que Azucena contaba de sí misma.

"Ella era una muchacha que se había criado con unos tíos, que encontró verdaderos padres en ellos. Una prima la acompañaba siempre a la plaza y ella la presentaba como su hermana. Había habido una hermosa relación ahí, realmente de familiares que se quieren y que se llevan bien, pero gente que necesitó trabajar. A los quince años era telefonista en SIAM. Hubo una huelga y ella dejó el teléfono, se paró en una piedra a la entrada y arengó a la gente para que no entrara, porque la cosa consistía en abandonar el puesto, ése era el carácter de esa huelga. Quince años tenía, era un chica. Tenía esa lucha que se hace desde adentro de un empleo".

Pero, una vez de novia, rápidamente la mayor preocupación de Azucena pasó a ser la formación de un hogar junto a su futuro esposo.

"Se casó con una persona que trabajaba muy bien, y como no había ninguna necesidad económica, como era la tónica en esa época, fue una ama de casa".

La historia que más repetía Azucena con las Madres era la del secuestro de su hijo.

"Ella nos contó que cuando desaparece Néstor en seguida una señora mayor del barrio le dijo que quería hablar con ella. Como la señora tenía miedo se citaron en la verdulería. Cuando se ven, esa señora se larga a llorar desconsolada y la abraza a Azucena".

"Tengo que decirte, tengo que decirte, Néstor está muerto, lo han matado", dijo la mujer.

"Bueno, ella sabe que esa señora la quiere y está convencida de lo que dice. Así que en un primer momento cree la historia. Se derrumba como todo el mundo ante semejante noticia".

Pero a los quince días Azucena se repuso de su parálisis.

"No me puedo quedar con lo que me ha dicho esta persona", piensa.

"Ella no conocía a la compañera del hijo pero sabía dónde podía encontrarla. En algún otro lugar del Gran Buenos Aires, porque Azucena vivía en Sarandí, esa chica tenía un taller de prendas de gamuza. Se usaba mucho en esa época algo que se llamaba patch-top, prendas hechas todas como con remiendos, un pedazo de un color puesto de una forma, otro de otra, era muy bonito. Bueno, Azucena fue ahí. Era de esas casas que tienen varios departamentos dando a un pasillo. El primero era un local de negocios, el de la chica. Estaba cerrado. Pero al lado, en la casa siguiente, había un hombre parado en la puerta".

"¿Está cerrado esto?", le preguntó Azucena.

"Sí señora, hace unos días que está cerrado".

"¿Usted no sabe nada, si se ha mudado? Vine porque yo tenía ordenado un saquito y no lo quisiera perder".

"No, yo no sé nada. ¿Pero por qué no habla con la dueña de estos departamentos? Cuando usted entre es el primero después del local de negocios. Ahí vive la señora".

El hombre anónimo le dio a Azucena el impulso que le faltaba para entrar. Dio las gracias y se metió. Golpeó en la puerta del segundo departamento y le abrió una señora joven, con una chica de unos doce años. Azucena hizo la pregunta.

"¡Por fin viene alguien a preguntar!", dijo la mujer. "Por fin tengo alguien a quien decirle lo que yo he vivido, lo que yo he visto".

El día del secuestro había llegado a la casa, temprano a la mañana, un comando de las fuerzas de seguridad. Los hombres se instalaron y se quedaron aguardando la llegada de la novia de Néstor.

"Ella no vivía ahí", prosigue Antokoletz. "En cuanto llegó se metieron, la detuvieron, le pegaron, no mucho, pero le pegaron, que dijera a qué hora iba a venir Néstor, que cuál era la tónica que ellos seguían, manteniéndola ahí en el departamento de la señora. Y empezó la vigilancia. Esperaron todo el día porque Néstor iba después que terminara con su trabajo. Un momentito antes de que llegara la mandaron a la hija de la dueña a la farmacia, que era en la esquina nomás, a que comprara tela adhesiva, bien gruesa, la más ancha que encontrara. Cuando la chica sale de la farmacia ve que Néstor va caminando hacia el local y tuvo toda la sensación de gritarle que corriera, que había policía. Pero no gritó, hubo algo que la retuvo, felizmente, porque había policías hasta en el techo".

La escena que siguió es la misma que se repitió en miles de hogares argentinos durante la dictadura militar.

"Entra, bueno, hubo lo que hay siempre, palizas feroces, que diga, que nombre compañeros, que dé direcciones, que

delate, lo de siempre. Lo dejan casi muerto, pero no muerto, y se los llevan a los dos. Eso es lo que la señora le cuenta a Azucena."

Entonces Azucena se mete de cabeza a la búsqueda de su hijo.

"Teníamos renuencia para ir a una asociación que ya estaba formada. Íbamos a la Asamblea Permanente de los Derechos Humanos por supuesto a hacer denuncias, íbamos al Movimiento Ecuménico, pero nos daba un poco de recelo ir a Familiares, porque Familiares funcionaba en dos piezas que le cedía la Liga por los Derechos del Hombre, y la Liga es comunista. Nosotros pensábamos que si íbamos a la Liga empeorábamos la situación de nuestros hijos. Entonces con ese recelo, con lo que dice Azucena, empezamos a ir a la plaza. Primero unas pocas, y después aumentando y aumentando y aprendiendo a maniobrar en la plaza."

Las primeras rondas nacieron porque la policía les prohibía a las madres mantenerse juntas en la plaza.

"Retírense!", agredían a las madres.

Sí, nos retirábamos, para allá, en una diagonal, y pegábamos la vuelta y volvíamos por otra. Así es como nace la plaza. Si no hubiese sido por Azucena no sé si hubiera habido Madres de Plaza de Mayo. Para todo era ella, nunca faltó. Yo puse también toda mi pasión, venía desde los Tribunales de San Isidro donde era empleada, derecho a la plaza para llegar a las tres y media. Porque a esa hora pasaba un montón de gente".

"¿Ustedes son maestras jubiladas, ustedes por qué se reúnen acá?", preguntaba la gente.

"Entonces era la manera, la única manera, de difundir y la gente ya avisaría. Cuando empezamos a dar la vuelta iba gente y nos miraba. Y a veces si llovía nosotras veíamos gente llorando. Se mojaban también, como nosotras, claro. Caíamos con paraguas, con pañuelos, con lo que fuera. Pero vi gente que lloraba. Ya sabían quiénes éramos y a qué íbamos".

Apuntes

"But I can't think for you,
You'll have to decide
Whether Judas Iscariot
Had God on his side."

BOB DYLAN
With God on our Side

ALFREDO ASTIZ

"There is a crack in everything,
That's how the light gets in."

LEONARD COHEN

Durante los duros enfrentamientos armados entre militares azules y colorados en la revuelta de abril de 1963 hubo la amenaza de un ataque del Ejército a Puerto Belgrano. Columnas concéntricas de hombres y material avanzaban amenazantes sobre la base naval. Se temían ataques aéreos y hubo órdenes de mantener las persianas bajas en los hogares de los oficiales y de manejar con los faros de los autos apagados. Corrió el rumor de que si entraba el Ejército a la base sus tropas iban a violar a las mujeres de los marinos. Fue demasiado para él. Tuvo una crisis nerviosa y se puso a llorar desconsoladamente.

Todos se conocían y todo se sabía en el minúsculo mundo que habitaban las familias de la Marina. Las esposas de Puerto Belgrano vivían prácticamente sin marido y los hijos sin padre ya que éstos constantemente se ausentaban para servir a la patria en alta mar.

Quienes convivieron con él durante sus años jóvenes allí y en Mar del Plata lo recuerdan como un chico que se agarraba a trompadas con sus compañeros, de emociones fuertes e impulsivo. Hay también quien subraya un perfil más cerebral del muchacho, destacando que era muy avanzado para su edad, con cierta predilección por los partidos de ajedrez y un conocimiento prodigioso de fechas y datos de la Segunda Guerra Mundial. Ceceaba un poco al hablar debido al freno dental que usaba. Quería decir mucho a la vez, atracándose con las palabras.

Alfredo Ignacio Astiz nació el 17 de noviembre de 1950 en Azul, provincia de Buenos Aires, donde la familia de su madre tiene campos. Su padre, Alfredo Bernabé, también fue marino y llegó hasta capitán de navío. Su carrera quedó trunca al ser pasado tempranamente a retiro por el Comandante en Jefe Emilio Massera.

"Astiz me contaba que él no le guardaba rencor a la Marina a pesar del modo en que Massera había tratado a su padre",

recuerda Santiago Lennie, quien se veía expuesto a las increíbles peroratas del hombre responsable de la muerte de su hija. "Cuando traía y se llevaba a nuestra nieta de la ESMA se quedaba tomando algo y charlando, era una cosa insoportable."

Rubio, de ojos azules, con una figura apolínea y 1.80 metros de estatura, se recibió de bachiller en el Colegio Mariano Moreno de Mar del Plata. Ya de joven demostró una fuerte vocación por la carrera de su padre y sus compañeros lo conocían como Hermano Marino. Ingresó a la Escuela Naval en 1968, graduándose tres años después como guardiamarina y entrenándose en la lucha antiterrorista en Estados Unidos en 1975. Hacia fines de 1976, entró al Grupo de Tareas de la ESMA, donde operó bajo los alias Cuervo, Angel y Rubio.

A diferencia de otros miembros del GT332, que resistían poco tiempo el campo de la muerte, Astiz prácticamente vivía dentro de la ESMA. Sobrevivientes del campo cuentan con asombro cómo se quedaba a dormir los fines de semana, atemorizando con sus particulares teorías políticas y raciales a las personas retenidas prácticamente como esclavos allí dentro.

"Una vez se pasó un tiempo largo explicándome cómo según él había quedado científicamente comprobado que los cerebros de los negros eran menos inteligentes que los de los blancos", recuerda la ex detenida Graciela Daleo.

"Le gustaba tener público", recuerda Sara Solarz de Osatinsky. "Teníamos que estar a su disposición. Una vez se ausentó durante cuatro días. Cuando volvió nos contó que había estado de vacaciones pero que descubrió que no podía compartir relatos de sus actividades con sus amigos de antes. Entonces decidió volver a terminar sus vacaciones en la ESMA. Con nosotros."

Astiz formaba parte del grupo permanente de operativos, a diferencia de otros oficiales que rotaban a otros destinos no vinculados con la guerra sucia. Aunque existen testimonios que aseguran su participación en sesiones de tortura, el GT332 estaba dividido en células y el principal trabajo de Astiz era capturar y, de considerarse necesario, matar. Generalmente actuaba al mando de varios policías en automóviles robados, como en los casos de Dagmar Hagelin, María Cristina Lennie y en los secuestros de la Iglesia de la Santa Cruz. Aunque la mitología naval le asigna valientes combates con criminales armados su imagen pública está asociada con asesinatos de mujeres indefensas que jamás pertenecieron a ningún grupo violento. No se conoce que Astiz haya sufrido herida alguna durante sus cacerías humanas por las calles de Buenos Aires.

Las cifras de la violencia durante los años en cuestión confirman la casi imposibilidad de enfrentamientos reales entre bandos armados. Contra las 4.000 personas que se calcula

murieron en la ESMA entre 1976 y 1983, la Marina sufrió solamente 21 bajas en toda la década del 70, de las cuales al menos siete fueron anteriores a 1976.

"Es cómico cómo las personas escogen los nombres más apropiados para describirse a sí mismas", dijo cierta vez Robert Cox, ex director del *Buenos Aires Herald*, refiriéndose a que los militares eligieran el kafkiano título de Proceso para su dictadura. Astiz no escapó a la regla y asumió el inusualmente apto *alter ego* de Gustavo Niño Vela para infiltrarse como agente secreto de la Marina entre las madres de los desaparecidos.

Poco ha cambiado su personalidad de la infancia cuando a los 26 años, hecho teniente, Astiz pisa Plaza de Mayo por primera vez en busca de Azucena Villaflor. Sigue Niño, con mayúscula ahora, estratega, impulsivo, con la palabra brusca y esa preocupación por las mujeres que remonta en un peculiar arco a las lágrimas del verdadero niño que tanto temió por las madres de Puerto Belgrano.

El apellido con su inevitable imagen de hijo navegando la Plaza de Mayo lo delata espectacularmente, y como toda asociación del inconsciente se desdobra fácilmente en imágenes alternativas. El niño verdugo que vela anticipadamente a sus madres muertas. El niño en vela por madres que son las mismas de Puerto Belgrano, indefensas ante lascivos militares que aprovechan la ausencia de sus maridos. El niño restaurador que alza la vela caída del almirantazgo frustrado de su padre. El niño monaguillo de la Iglesia de la Santa Cruz que secretamente traiciona al GT alumbrando con su vela, con su espantoso pecado, rincones de la ESMA que de otra manera habrían permanecido en sombra.

Para alejar toda duda de que el apellido esconde la secreta traición de su ofensa lo precede con el nombre de Gustavo, Rey de Suecia, patria de Dagmar Hagelin, bajada de un tiro a la cabeza por el mismo Astiz apenas unos meses antes de rotar de identidad.

Más mundanamente, Niño Vela es el hijo predilecto de la Marina, el rubio de ojos azules que los émulos de la Royal Navy infantilmente sueñan ser en el fin del mundo. La valla de la raza también es traspasada por Astiz, rotando de identidad dentro de la identidad de Niño, logrando la imposible para él doble condición de marido y británico. Con un documento falso se convierte en Alberto Lennie, esposo de Silvina Labayrú, uno de los Lennie de su propia ciudad natal de Azul, un anglo de verdad, no un cuervo rubio de sangre latina.

Obligando a Labayrú a acompañarlo en la infiltración de las Madres de Plaza de Mayo, Astiz confirma su secreto deseo de desenmascararse. Hacerse ver con una bellísima rubia no era justamente como el ya de por sí resplandeciente Astiz iba a

pasar inadvertido entre esa gris procesión de mujeres atormentadas.

Hay un ingrediente especialmente perverso en el sometimiento de la joven madre. Es bien conocida la esclavitud sexual que sufrieron algunas de las cautivas del GT332. Menos conocido es el rumor que circulaba en la ESMA acerca del metejón del teniente por la joven montonera. No hace falta demasiada imaginación para intuir el oscuro placer de los marinos en doblegar a tan fina presa.

"Él la llevó para seguir torturándola", resume una madre que presencié cómo Astiz representaba el papel de valiente defensor de los derechos humanos en la Iglesia de la Santa Cruz mientras Labayrú permanecía inmóvil a su lado. "Se regodeaba en su impunidad.

ENDLESS LOVE

"Nunca usés la palabra traslado."

ALFREDO ASTIZ

La caída de Silvina Labayrú estremeció a los hombres del GT332. A pesar de la convivencia con el horror que suponía su espesa labor, los marinos quedaban descolocados por esa sucesión de muchachas bravas y lúcidas que los enfrentaban de igual a igual. Alrededor de diciembre del 76, cuando Labayrú fue capturada, el trabajo de matar mujeres había alcanzado un punto extremo con el traslado masivo de un grupo de montoneras jóvenes que habían estado en la ESMA bajo la jurisdicción de un capitán del Ejército. Luego de eso, en ciertos casos excepcionales, a los marinos les comenzó a temblar el pulso.

"Todos sucumbieron ante Silvina, tanto los secuestrados como los marinos", dice una fuente. "Los oficiales jóvenes estaban como embobados. Linda, de familia militar, el que consiguiera una esposa así llegaba a almirante seguro. Parecía casi una niña, con ese pelo rubio, esas pequitas y su pancita, un embarazo hermoso que no la desfiguró en lo más mínimo. Los marinos inmediatamente se propusieron que ella sobreviviera. Había una razón política. El Capitán Jorge Acosta, poder máximo del GT332, podía a través de ella quedar bien con la Fuerza Aérea y con el Ejército ya que era hija de un oficial retirado de la Aeronáutica y pariente del legendario General Labayrú".

Entusiasmados, los marinos subieron una cama antigua al tercer piso del Casino de Oficiales. Entrando a Capucha, un espacio gigantesco, lo primero que se veía en el verano del 77 era una larga fila de colchonetas en el piso donde yacían los encapuchados, todos engrillados y destruidos por la tortura. Como una visión, entre ellos se alzaba esa cama de bronce sobre la cual flotaba una ninfa embarazada en camisón con una venda sobre los ojos.

"A veces era una imagen santa, otras adquiría un desconcertante voltaje erótico", dice la fuente. "Era una flor preciosa en un vaso de cristal sobre el que caía un rayo de sol dentro del lugar más tenebroso y siniestro del planeta".

Fue durante este período del cautiverio de Labayrú que, tras pasar su primera prueba como personal rotativo trimestral en el 76, Astiz entró de operativo permanente en la ESMA el 14

de enero del 77. Su bautismo de fuego fue la captura del jefe montonero Martín Gras en una acción comandada por el Teniente Juan Carlos Rolón en el barrio de Colegiales. Luego de sufrir dos semanas de tortura eléctrica, Gras fue arrojado en Capucha donde, aparte de su labor como operativo en los secuestros, Astiz cumplía funciones de oficial operativo de guardia.

"Apenas comenzaba su recorrida, Astiz iba directamente a sentarse en la cama de Silvina a charlar", mantiene la fuente.

Labayrú le confió a Astiz que deseaba ser trasladada, creyendo que eso significaba la mudanza a un campo de recuperación donde iban todos los que desaparecían de la ESMA.

"Era lógico suponer eso ya que nosotros mirábamos alrededor y todos los que seguían allí eran jefes montoneros mientras que los que salían eran perejiles", agrega la fuente. "Corría el rumor de que iban a campos secretos en la Patagonia para luego ser liberados. ¿Cómo podíamos suponer que era al revés, que los muertos eran los perejiles y que los elegidos para sobrevivir éramos nosotros?"

Astiz se alarmó ante el pedido que planteaba Labayrú y, sin explicarle por qué, le aconsejó guardar silencio.

"Nunca usés la palabra traslado", dijo. "Mientras yo esté aquí no voy a permitir que te lleven".

El baño de Capucha era público en el más amplio sentido de la palabra y compartido por ambos sexos. Los marinos habían puesto barrotes en la ventana porque un secuestrado se había suicidado tirándose por ahí. Para asegurar un completo control, se habían removido las puertas de los retretes. Los secuestrados estaban obligados a cumplir sus necesidades fisiológicas y ducharse a la vista de compañeras y compañeros con un guardia en la puerta. Fue en ese deshumanizador sitio donde Labayrú informó a Gras de los acercamientos de Astiz y su alarmado consejo. En la ESMA todavía corría la cadena de mando de Montoneros, y Gras era el jefe de más alto rango presente. Sospechando el destino real que sufrían los que desaparecían de la ESMA, Gras encomendó a Labayrú una pequeña misión.

"La próxima vez que se acerque Rubio le decís que vos sabés que los que se llevan terminan todos muertos y te fijás cómo reacciona".

"¿Cómo le voy a decir eso?", se asustó Labayrú. "¿Y quién le voy a decir que me lo dijo?"

"Claro", pensó Gras. "Decile que te lo dijo Trueno (el Teniente Antonio Pernías) que parece que salió por un tiempo".

Gras y Labayrú no volvieron a encontrarse hasta unos cinco días después, ya que dependían de la voluntad de los guardias para ser llevados al baño. Había que coincidir de casualidad. Estaban frente a frente, muy cerca, duchándose.

"Tenias razón", susurró Labayrú. "Rubio me confirmó que todos los que salieron... están muertos".

El golpe fue devastador aun para el aguerrido montonero. Tuvo un breve desmayo, suficiente para doblarle las rodillas y dejarlo echado de espaldas contra la pared. Se despertó con Labayrú que lo sujetaba.

Algún tiempo después, Labayrú fue mudada a un cuarto al fondo de Capucha, donde las visitas de Astiz continuaron. La sobreviviente Graciela Daleo, que dormía en una cucheta a la entrada del sector, alguna vez vio a Astiz pasar camino al "camarote" de "Mora", que era el apodo de Labayrú en la ESMA.

"Yo la conocí probablemente en noviembre cuando me la presentó Astiz para mostrarme su magnanimidad", cuenta Daleo.

"Mirá", dijo Astiz. "Cuando Mora llegó estaba embarazada y pudo tener la nena y nosotros la dejamos verse con su hija. Vos también vas a poder ver a tu familia".

La entrevista tuvo lugar en una oficina del sector de Pece-
ra, cerca de donde se reunía el mini-staff.

"Creo recordarla a ella sentada, con Astiz parado diciéndome esto", dice Daleo. "A ella la recuerdo con pequitas, con el pelo suelto, largo, rubio, con un aire de valquiria".

Al igual que cuando de niño exhibía ante amigos sus conocimientos de la Segunda Guerra Mundial, en la ESMA Astiz aprovechaba cada oportunidad de ejercitar su intelecto. Gras quedó intrigado por el locuaz teniente cuando presenció una suerte de instrucción sobre la situación en el Yemen que impartía a sus camaradas del GT.

"Astiz era de una inteligencia que para un civil aparentaría esquemática y de gran rigidez". contó años después. "Pero en los términos en que se manejan los marinos era un oficial de no pocas luces. En una ocasión, cuando yo estaba sentado esperando a que me interrogara Pernías, Astiz estaba con un plano en la pared explicando la situación en el Yemen. Aunque no era de una gran sutileza su exposición, me sorprendió que tomara interés en esos temas. Desafortunadamente, cuando indicaba el plano, Astiz equivocaba Yemen del Norte con Yemen del Sur. Yo me aguanté todo lo que pude, porque lo mejor era pasar inadvertido ahí, hasta que no pude más, y lo interrumpí diciendo que se estaba confundiendo. El me contestó muy enojado que me callara la boca".

Pasó algún tiempo hasta que Astiz se disculpó ante Gras.

"He verificado con el mapa, usted tenía razón", se apareció bruscamente admitiendo su error.

Pero el apetito intelectual que impresionó a Gras no logró conmovier a Cupido. quien inclinó los favores de Labayrú hacia otro oficial más terrenal, el Teniente Alberto González Menotti.

"Lo más triste es que el Gato, un tipo que iba directamente a los bifés, había sido compañero de promoción de Astiz, así que se conocían bien", prosigue la fuente.

Gras presencié una escena patética cuando un secuestrado poco enterado de los detalles de la historia comentó frente a Astiz lo que todos menos el teniente ya sabían.

"Así que hay algo entre el Gato y Silvina", dijo el hombre desprevenido. Astiz se puso pálido.

"Acá viene una trompada de Rubio", pensó Gras. Pero Astiz reaccionó negando el rumor e intentando una sonrisa.

"El Gato alardea. ¿Una mina como Silvina cómo va a darle bola al Gato?"

Una fina lluvia de cuerpos vivos cayendo en las frías aguas del Atlántico era el telón de fondo sobre el que se desarrolló este capítulo del macabro universo de la ESMA.

"La supervivencia no era producto de que vos hicieras nada para estar vivo", explica Daleo. "Hubo gente que colaboró, producto de que los quebraron en la tortura, y los mataron igual".

Los secuestrados que podían, tanto hombres como mujeres, buscaban un oficial de quien depender en la ESMA, la única manera de escapar al verdugo de los vuelos, que era el Capitán Acosta.

"Ahí los códigos eran muy particulares", dice "Caín" Lauletta. "Había una cosa muy de supervivencia. Algunos lograron armar una pareja, no necesariamente de orden sexual, sino alguien con quien aguantar la situación. No es que Silvina formó pareja con el Gato, hay que estar en la posición de ella. La realidad ahí adentro era muy distinta de la realidad afuera".

Y una vez afuera, Labayrú presentó un valiente y extenso testimonio vinculando tanto a Astiz como a González Menotti a los espantosos crímenes cometidos por el GT332.

EL HOMBRE DE LA VALIJA

"La Monta no duerme y la Anti-Monta tampoco".
CAPITÁN DE CORBETA JORGE ACOSTA

Hay marinos, ex montoneros e investigadores del tema ESMA que sostienen que el GT332 era una máquina de relojería perfecta que actuaba con lógica rigurosa tras objetivos precisos. Pero algunos de los policías que intentaron enseñar a los marinos cómo reprimir más eficientemente y ciertos sobrevivientes no montoneros de la ESMA afirman que el GT actuaba dentro de un frenesí caótico fruto de su propia inaptitud para la tarea encomendada. Este libro se inclina por la teoría del desorden y del error.

"Los marinos tenían medios económicos y espacio suficiente para alojar a diez perejiles por cada montonero que atrapaban", sostiene un ex miembro de la Policía Federal con vasta experiencia en la lucha contra la guerrilla que actuó en la ESMA. "Esas facilidades combinadas con su falta de experiencia en el tema los convertía en sumamente ineficientes. Entraban a una casa y traían a todos los que encontraban en vez de hacer un trabajo previo para identificar objetivos exactos. Además eran innecesariamente crueles torturando. Usaban un aparato con un dial que lo único que hacía era regular el voltaje, causando excesivo daño a los tejidos, cuando existían técnicas alternativas de tortura con corriente eléctrica que producían mayor dolor con menor daño muscular y cardiológico. Tuvieron acciones de inteligencia bien hechas en el exterior pero su trabajo de inteligencia dentro del país era un desastre".

El ex policía se acercó por primera vez a la ESMA para aprovisionarse de las armas que sólo la Armada podía costear.

"En la policía teníamos munición nacional que se trababa en la mitad de un tiroteo. Fui a la ESMA y me llenaron el baúl del auto con munición y armas importadas. Me hicieron ver a Norma Arrostito, su trofeo de guerra. Lo hacían para pavonearse. Si hubiesen sido más profesionales no se la tendrían que haber mostrado a nadie".

Un ex alto oficial del GT332 recientemente paró en la puerta del Florida Garden a un sobreviviente de la ESMA que hubiera preferido zafar del encuentro. La conversación fue incómoda, casi banal. El marino se quejó de que su ascenso estaba estanca-

do y de problemas estomacales. Pero antes de despedirse hizo una singular apreciación de los métodos que él mismo había empleado en contra del hombre a quien había parado frente al café.

"Cuando nos visitan misiones militares extranjeras, siempre me piden que hable con ellos acerca de cómo combatimos la subversión. Pero yo me rehúso. ¿Qué les voy a ' decir? Secuestrábamos, torturábamos para obtener información y salíamos a secuestrar de vuelta. Ahora, si quisieran que les cuente de por qué miles de jóvenes argentinos salieron a morir estúpidamente, de eso sí estoy dispuesto a hablar. Pero a nadie le interesa escuchar eso".

Cuando a mediados de 1977 comenzó a disminuir el ritmo de caída de montoneros, en realidad porque ya quedaban pocos para atrapar, los oficiales de la ESMA intuyeron que se diluía su fuente de poder. El Capitán Jorge Acosta, líder del GT, no estaba de ánimo para tolerar eso.

"Yo tengo mi propia reconstrucción del asunto de la Santa Cruz", dice una fuente. "Los marinos tenían una obsesión total con Montoneros. No podía pasar nada sin que vieran la larga sombra de Montoneros detrás. Si aparecía una nota de las que ellos clasificaban como antiargentina en la prensa extranjera, era obra de los Montoneros. Era la obsesión de un experto con su especialidad".

Según esta fuente, la ESMA fue alertada de la incipiente actividad de los familiares de los desaparecidos por el Batallón 601 del Ejército.

"Estaban convencidos de que los grupos de familiares eran un frente de masas de Montoneros. En primer lugar, buscaban al oficial oculto que ellos creían dirigía a los familiares. En segundo lugar, buscaban al oficial que ellos creían que los financiaba. Este segundo objetivo podría haber sido incluso el más importante. En enero del 77 el GT había capturado a un oficial de finanzas de Montoneros y se embolsó dos millones de dólares de la organización, el botín más grande que haya capturado un grupo antiguerrillero".

El presupuesto operativo de Montoneros en 1976 rondaba los 400.000 dólares mensuales, de acuerdo con esta fuente, lo cual significaba que en la caja chica del oficial de finanzas podía haber hasta medio millón de dólares dependiendo del día del mes.

"Lo que los marinos buscaban era al hombre de la valija. Es posible que en su obsesión 'Anti-Monta' pensaran que la recaudación de fondos en la Iglesia de la Santa Cruz escondiera un pase de dinero de Montoneros. Para esa fecha, la organización estaba en una situación difícil y los pases de dinero ya no eran mensuales, sino que se financiaba a la estructura por períodos largos".

De acuerdo con esta versión, los marinos esperaban confiscar una cantidad muy generosa de efectivo.

"El correo de la valija tiene que aparecer", se habría escuchado decir en la ESMA.

La sobreviviente Graciela Daleo se acuerda claramente de conversaciones referentes a la hipotética conexión de los familiares con Montoneros.

"Recuerdo escuchar la idea de que atrás de eso estaba la Orga", dice Daleo. "Eso es lo que buscaban ellos. Lo escuché desde antes que sucedieran los secuestros. Se suponía que habría simpatizantes, adherentes o incluso algún miembro de la organización conduciendo eso". Aun después de haber asesinado a las Madres de Plaza de Mayo y a las monjas francesas sin haber encontrado nada que sustentara su teoría, los oficiales seguían creyendo en la conexión.

"¿Pero qué buscaban ustedes? Ahí no encontraron a un solo montonero", ha testimoniado que llegó a preguntarle a Astiz el sobreviviente Martín Gras.

"Y él me dijo que buscaban el enlace, por lo menos, con la caja chica de Montoneros".

Según Gras, dentro de la ESMA, Astiz nunca llegó a aceptar que los familiares actuaran por cuenta propia.

"¿Qué organización podía estar organizando eso si no?", insistió con imperturbable lógica.

El mismo oficial de policía que cuestiona la eficiencia de los métodos empleados por la ESMA y que probablemente conoció a algunos de los policías que participaron de los secuestros de la Santa Cruz, en una entrevista para este libro, también sostuvo que Astiz buscaba una línea a Montoneros a través de las Madres de Plaza de Mayo, agregando fantásticamente que "las tres monjas" actuaban de correo para la organización con sus exiliados en Francia.

"Acosta estaba presionado por la falta de prestigio de sus métodos", continúa la fuente. "Necesitaba demostrar que era capaz de llevar a cabo una tarea de inteligencia fina, que aquello no era sólo una máquina de picar 'montos'. Eso puede ser una explicación de la misión que le encomendó a Astiz".

La fuente cree que Acosta tiene que haber blanqueado la infiltración de Astiz por lo menos con el director de la ESMA, el Capitán de Navío Rubén Jacinto Chamorro.

"En algún nivel puede ser que Acosta haya informado a Massera que le había encomendado un trabajo de inteligencia muy peligroso al hijo del Capitán de Navío Alfredo Bernabé Astiz".

La procedencia de Astiz, hijo de un prestigioso representante del sector profesional de la Marina opuesto a las ambiciones políticas de Massera, puede haber influido en su elección

para la tarea. Casi se podría decir que Astiz era un infiltrado de los profesionales en la ESMA. A Massera le convenía comprometer a un representante de la oposición interna, y los profesionales, que despreciaban a Acosta y sus métodos, de alguna manera también valoraban tener un oficial suyo en la primera línea de la lucha antiguerrillera, aunque sin ensuciarse con los extraños manejos de dinero que caracterizaban al GT.

"Astiz seguía leal a la Marina a pesar del trato que recibió su padre, a quien Massera no permitió ascender más allá de capitán de navío. A Acosta los profesionales lo despreciaban por fanfarrón. Cuando iba a Puerto Belgrano llegaba en helicóptero y hacía cerrar la cuadra para aterrizar cerca de su casa. Eso caía pésimo. Además en Puerto Belgrano se sabía todo, los mismos marinos le decían La Caldera del Diablo, Peyton Place".

El hecho de que Astiz no era un obsecuente puede explicar el rol que se alega jugó el mini-staff en la infiltración.

"Acosta desconfiaba en algún nivel de Pernías y Astiz. Pernías en particular tenía un don natural de mando que provocaba el rencor de Acosta. Prefería al oficial obediente y no al héroe. Es muy probable entonces que el mini-staff haya estado supervisando la infiltración. Eran las personas en quienes Acosta más confiaba. Además es lógico que Labayrú, que de alguna manera dependía del Teniente Alberto González Menotti, acompañara a Astiz para controlarlo, ya que el Gato era hombre de Acosta. Y en verdad parecían hermanos. Como Astiz no conocía exactamente los códigos de comportamiento de Montoneros, ella podía suavizar eso. Ella iba a saber cómo conectarse si aparecía un montonero de verdad".

La fuente tampoco se sorprende del temor de Astiz a ser descubierto por las Madres que habría precipitado los secuestros.

"Es muy lógico que sintiera eso. El creía que estaba infiltrado en un grupo montonero; en su composición de lugar eso era tan peligroso como infiltrar la KGB. Si agregas el hecho de que la misma ESMA había capturado a los hijos de algunas de estas madres queda aun más claro cómo ellos podían creer que esas mujeres eran un frente de la organización. Hay que tener en cuenta además que los marinos sabían que era imposible resistir la tortura. Te imaginás la preocupación de Astiz y de los demás marinos de lo que él pudiera llegar a cantar si caía: las direcciones de todos los oficiales, por lo menos".

VANGUARDIA COMUNISTA

But if you go carrying pictures of Chairman Mao.
You ain't gonna make it with anyone anyhow.

LENNON-MC CARTNEY
Revolution

Dios crea a sus hijos todos diferentes. A cambio de esta diversidad exige que se respeten los unos a los otros. Pocos de sus hijos han nacido tan políticamente diferentes como los miembros del partido Vanguardia Comunista en la Argentina de los años 70. Los jóvenes de VC se distinguían del revolucionario promedio en que no concebían imponer sus principios por la fuerza.

Idealistas y maoístas, medían sus campañas en generaciones. En un país de apresurados y violentos, proponían la Larga Marcha de Mao Tse-tung como alternativa. La revolución germinaría de las semillas que ellos plantaban pero demoraría tanto en llegar que estaban resignados como individuos a que no vivirían para presenciarla. Pretendían trabajar sobre la mente del pueblo, aunque muchos de ellos provenían de familias de clase media y su trabajo se concentró más en las universidades que en las fábricas o el campo.

Eran unos solitarios, marginados del Partido Comunista, que respondía ideológicamente a Moscú. Sus únicos contactos con el ERP y Montoneros fueron intentos vanos de convencerlos de cesar la lucha [armada](#). VC consideraba que la resistencia debía surgir naturalmente desde las entrañas del pueblo y no ser impuesta desde arriba por terroristas.

"Venían a pedirme que les firmara solicitudes en contra de la invasión soviética de Afganistán", recuerda Emilio Mignone, presidente del CELS, uno de los grupos de derechos humanos de más efectiva actuación en la Argentina. "Se las firmaba porque me parecía mal una invasión así, aunque no coincidía con sus ideales maoístas. Odiaban al PC, eran unos inocentes muy ilusos".

El trabajo de VC parece haber consistido en justamente eso: solicitudes, apoyo a huelguistas, concienciación. En el colegio secundario eran representados por la FAES (Fuerza An-

tiimperialista de Estudiantes Secundarios) y en la universidad por TUPAC (Tendencia Universitaria Popular Antiimperialista y Combatiente).

En la prensa, los miembros de VC figuraron solamente en el rol de víctimas. Carlos Sfeir fue muerto frente a la cárcel de Villa Devoto el 25 de mayo de 1973 cuando asumió la presidencia Héctor Cámpora. En enero del 74 fue baleado desde un automóvil un joven que repartía volantes de VC en la esquina de Lavalle y Florida. Un dirigente de Quilmes fue secuestrado y sometido a un simulacro de fusilamiento en el Parque Pereyra Iraola en abril del mismo año. Los dirigentes Raúl Gregorio Kossoy y Ana María Estevao fueron secuestrados en San Francisco Solano en octubre de 1975 y sus cuerpos fueron hallados atados y con numerosos impactos de bala en Brandsen al día siguiente.

"Era un partido de izquierda no armado", dice el abogado Luis Zamora, quien representó a los diez secuestrados de nacionalidad argentina en la causa de la Santa Cruz antes de ser candidato presidencial por el MAS en 1989. "En el 74, su momento de gloria, VC puede haber tenido como máximo algunos centenares de adherentes. Finalmente fueron diezmados por el Primer Cuerpo de Ejército en el 78".

Dos de las 12 personas secuestradas en la Santa Cruz, Horacio Elbert y Raquel Bulit, parecen haber sido miembros activos de Vanguardia. Otras dos, Angela Aguad y Gabriel Horane, habrían militado alguna vez en el partido.

Fue después del Mundial de Fútbol que la totalidad de VC fue redada y llevada al campo de concentración El Vesubio. Allí cayó su presidente, Roberto Luis Cristina, el 15 de agosto de 1978. Su madre, Antonia de Cristina, conoció a los cuatro jóvenes secuestrados por la Marina en el caso Santa Cruz.

"Horacio Elbert era de Vanguardia. Me acuerdo de Raquel Bulit, una gran luchadora, que había estado casada con Gabriel Horane, y Horane también había sido de VC. A Ángela la conocí a través de Raquel".

La mujer de Elbert, luego de los secuestros de la Santa Cruz, se acercó a lo de Cristina a buscar refugio.

"A Horacio Elbert lo vi una o dos veces, pero su señora vino acá tan desesperada después de todo esto y nos vimos unas cuantas veces con su hija tan piquita. Quería quedarse en el país pero era tal el miedo por la nena y las cosas cada vez se ponían peor, álgidamente malas".

La señora de Cristina tiene también una hija desaparecida. "Mi hija desapareció en el 75 y mi hijo en el 78. Roberto estuvo en El Vesubio, reconocido por gente que estuvo con él. Se llevaron a 35 y son 19 los que faltan".

No guarda rencor a ninguno de los dos por sus luchas.

"Mis hijos son mis dos condecoraciones. No hay que avergonzarse porque ellos pagaron con la vida el ideal, vivieron para algo. Mi hijo no era un perejil como dicen cuando tenía 18 años. Tenía 37 años y mi hija 24, y hacía más de 15 años que estaban luchando, no con las armas, pero con las ideas".

Roberto Luis Cristina sentía el deber de continuar su lucha en la Argentina a pesar del obvio peligro que corría.

"Éste es mi lugar", le dijo una vez a su madre. "Yo no soy Firmenich que da las órdenes desde Europa. Es muy cómodo estar tomando champagne y viviendo bien y acá que se mueran los que él manda. Yo no me puedo ir. Me iría el día que tenga a mis changos cubiertos, que no tenga peligro ninguno, ¿si no cómo me voy a ir?"

Durante la investigación para este libro surgieron versiones asignando a VC un papel importante en el nacimiento de las Madres de Plaza de Mayo.

"Siempre se decía que la reunión en la Santa Cruz la habían fundado las Madres", relata Celina Galeano, una madre con un hijo desaparecido de VC. "Pero eso lo formó Vanguardia Comunista por la relación que tenía un miembro, un hombre, que no sé ni quién es, con el cura párroco Mateo que nos cedió ese local. Eso me lo contó Raquel Bulit".

Debe destacarse, sin embargo, que fue imposible hallar algún dato que sustancie tales dichos. Más bien, todo indica que a pesar de sus mejores esfuerzos, Vanguardia no logró en ningún momento incorporarse a las Madres, quienes no permitían a gente joven acercarse a la plaza, con las dos excepciones del pintor Remo Berardo y el infiltrado Alfredo Astiz. Esto lo confirma muy gráficamente la misma Galeano al relatar los inútiles esfuerzos de Bulit para acercar madres a la Santa Cruz.

"Raquel en las marchas de Plaza de Mayo hablaba una por una con ellas y no conseguía a nadie".

BUENOS AIRES HERALD

"Recuerdo veces cuando nos preguntábamos con nuestro columnista, James Neilson, ¿por qué será que sólo nosotros estamos interesados en esto? ¿Hay algo mal con nosotros? ¿Están los demás acertados? ¿Será ésta la única manera de enfrentar al terrorismo? Pero por supuesto que no lo era".

ROBERT COX
Ex director del *Buenos Aires Herald*

El mediodía del domingo 24 de abril de 1977 sonó el teléfono. El chirrido me sobresaltó ya que estaba ensimismado en la primera plana de *La Nación*, donde se relataba el arresto y la posterior liberación de Robert Cox, director del *Buenos Aires Herald*. Hacía dos años que yo escribía artículos en el diario inglés y Cox me había prometido un puesto full time, que nunca llegaba, en la redacción.

"Hello, Uki. It's Bob".

"¡Bob! Acabo de enterarme. ¿Estás bien, dónde estás?"

"Supongo que ahora ya no vas a querer ese empleo".

"¿Cómo? Sí, por supuesto que lo quiero".

"Bueno, vení al *Herald* mañana".

" ,But are you all right?"

Aquel llamado, una semana antes de la primer marcha de madres en Plaza de Mayo, me abrió la puerta al horror que se escondía tras la falsa fachada de la Argentina. Mi ingreso al *Herald* no pasó inadvertido para los espías del Proceso. De regreso de mi primera noche en el diario me encontré con cuatro o cinco hombres corpulentos bajando raudamente las escaleras del consorcio, incongruentemente luciendo pelucas tipo *beatle* y camperas de cuero, cargando bolsas de las cuales asomaban cintas de grabación. Una consulta con el portero reveló que los "Serpicos" habían conectado un grabador a la caja de teléfonos del edificio alegando investigar el secuestro de un ejecutivo en la zona. Un Ford Falcon empezó a dormir frente a mi puerta.

A breves días de entrar a la redacción se acercó a mi escritorio Pamela Wheaton, una periodista rubia de Minnesota que hacía poco tiempo vivía en Buenos Aires y que algunos meses después llegaría a ser arrestada en una demostración de las Madres en Plaza de Mayo.

"Hay una señora afuera que parece que le han entrado a la casa y secuestrado el hijo. Está muy nerviosa y con mi español no logro entenderle. ¿No irías vos a ver de qué se trata?"

En el pequeño descanso de la escalera que servía de sala de entrevistas tomé los datos que me iba contando con cierta agitación una mujer que luego partió de prisa. Comenté el caso con Raymond McKay, el tejano a quien me tocó asistir en la página de noticias argentinas del diario. Él ya había recibido visitas similares. Al día siguiente las madres eran dos.

"¿Por qué no van a un diario argentino a contar esto? Es muy poco lo que nosotros podemos hacer. ¿No han ido a *La Nación*, *La Opinión*, *Clarín*?"

"¡Pero hijo!", me contestaron a dúo. "Fuimos y no nos dejan ni pasar por la puerta".

Las Madres iban multiplicándose en progresión geométrica y en menos de una semana eran literalmente 20, todas hablando al mismo tiempo en la atestada recepción. Con McKay íbamos publicando sus casos como podíamos en las breves de nuestra sección, entre las cifras de la cosecha de girasol y los accidentes de tránsito. A la vez, Cox se ocupaba de los casos más importantes, calculando cuándo convenía arriesgar una nota en primera plana, presionando desde sus editoriales y reuniéndose secretamente con militares para suplicar por casos puntuales.

"Los amenazaba con que si no me daban información sobre su paradero yo iba a publicar esos casos", recuerda Cox. "Lamentablemente eso no los asustaba y nunca me dio resultado".

Buceando 18 años después en los tomos verdes de los *Herald* de 1977 reaparecen los nombres que nos dictaban las esperanzadas madres: Margarita Elrich, Carlos Esteban Alaye, Pedro Rieznik, Edith Lamy Czury, Claudio Epelbaum, Lita Epelbaum, Luis Marcelo Epelbaum, María Sadowsky de Sánchez, Ramón Miralles, Julio Armando Alfredo Goitia, Nelly Esther Ortiz, Adriana Gatti, Ana María Careaga, Teresa Alicia Israel, José Enrique Michelena, Graciela Dogoureia Michelena, Liliana Mabel Bietti, Diana Elena Oliva, Justo José Oliva, Sonia Alicia Blesa, Adelina Ethel Donatti de Alaye, Fernando Sánchez, Carlos González, Ponciano González, José Burak, Gustavo Enrique Grassi, Laura Inés Dabas de Correa, Jorge Donato Calvo, Adriana María Franconetti, J. C. Catnich, L. R. Landaburu de Catnich, Pablo Horacio Galarcep, A. J. Margaride, Mauricio López... casi todos hoy permanecen desaparecidos.

Ante el aluvión de denuncias y temiendo alguna estratagema del Proceso para cerrar el diario, Cox me impuso informar a las madres que solamente publicaríamos denuncias debidamente registradas ante la policía o un juzgado, lo cual nos

protegería en caso de que alguien nos plantara información falsa.

"¡Pero si es la policía que se los llevó y los juzgados no nos dan bolilla!", explotaron todas a la vez. "¡Ustedes ahora están del lado de ellos, nos quieren ahuyentar para que no vengamos más!"

Recordando ese momento y las carteras que empezaban a agitarse en sus manos entiendo por qué los represores increíblemente sienten temor de las madres. El estallido fue tal que tuvo que salir Cox en persona al rescate.

"No podemos perder nuestra confianza en la Justicia", vociferó en su mal español mientras se trepaba a una mesita con tapa de mármol que había a la entrada de la redacción para afrontar la ira que iba en aumento.

"Algún día todo esto va a terminar y entonces todas sus presentaciones van a valer de algo. Es justamente lo que ellos quieren, que no creamos más ni en los jueces ni en la ley ni en nada. Hay que mostrar que no vamos a perder esa fe. Lo único que las va a proteger al final de todo esto es la Justicia".

Fue un momento extraño y a la vez conmovedor. Reacomodándose nerviosamente el mechón que le cruzaba la frente con una mano mientras agitaba en la otra la nota que escribía cuando lo sorprendió el griterío, parado sobre un mármol flojo, rodeado por un mar de madres que amenazaba ahogarlo, Cox logró calmar las aguas y restaurar la fe.

Ellas partieron a presentar las denuncias que les habíamos exigido y nosotros regresamos a la redacción temblando. Ellas todavía no eran las Madres de Plaza de Mayo. Nosotros no sabíamos que todas sus denuncias no iban a servir de nada. Todos creíamos que sus hijos estaban todavía vivos en algún cuartel de la patria.

Con 42 años, una mujer, cinco hijos, un perro y un Peugeot 403 azul medio destartado, en 1977 Cox representaba un Lawrence de Argentina bastante peculiar que dejaba pasmados a los militares con los que se entrevistaba. Que sobreviviera tantos años al frente del *Herald* en un medio tan hostil se debió no a su condición de extranjero sino a que parte del *establishment* y los mandos militares le tenían simpatía porque antes de oponerse a los excesos del Proceso había denunciado con vehemencia al terrorismo.

"El Ejército más bien gustaba del *Herald*", dice Cox. "Recuerdo unos oficiales que me dijeron que les parecíamos un periódico decente porque estuvimos en contra de la violencia terrorista. Y fue así, estuvimos en contra de ella y tratamos de informar lo que pasaba".

La situación de Cox, a pesar de sus muchas amistades, era sumamente solitaria, especialmente después de su corto arres-

to. En mi primera época en el diario había temor en la redacción a salir a la calle con él. Varias veces lo acompañé hasta la parada del colectivo al final de la noche sin que nadie más se atreviera a seguirmos.

"Tenía buenos amigos que me daban argumentos maravillosos a favor de la tortura; ellos sólo pensaban que debía hacerse correctamente, sin demasiada maldad", relata. "Había comenzado a ir a reuniones por esa época, que no me gustan, pero comencé moviéndome en círculos diplomáticos porque quería hablar con todas las personas que pudiera acerca de lo que pasaba."

Fue en una de esas reuniones que una mujer norteamericana se acercó a Cox.

"Fuck human rights!" (¡A la mierda con los derechos humanos!), le escupió en la cara.

"Así que nuestra defensa de los derechos humanos llegó a ser en las mentes de algunas personas como que defendíamos el terrorismo".

Recrudescieron las amenazas.

"Esta noche a las 21 horas va a explotar una bomba en la redacción", era la favorita de los que llamaban. Entonces con McKay a las 20.50 subíamos disimuladamente a la cantina del diario seguidos por el resto de nuestros compañeros. La idea era al menos no estar en el epicentro del reventón. Indefectiblemente, recién a las 21.15 subía Cox a buscar algo fresco de la heladera.

"¿Qué hacen todos acá arriba?", preguntaba.

Presenciar el coraje de Cox al publicar datos sobre casos de desapariciones fue nada menos que un privilegio.

"Todavía me acuerdo de la vibrante emoción que sentí todas esas veces en el *Herald* cuando llegaba Bob corriendo con una nota alzada en la mano para entregar en el taller", dice McKay. "Realmente parecía que íbamos a poder terminar con los horrores que estaban ocurriendo. Uno lo hubiese seguido hasta las mismas fauces del infierno en esos momentos".

Entre los familiares que se acercaron al *Herald* estuvieron por lo menos tres de los secuestrados en la Santa Cruz.

"Yo recibí en varias ocasiones a Esther Careaga", recuerda Cox, quien escribió notas acerca del secuestro de su hija Ana María. Horacio Elbert también visitó el diario.

"Fuimos por lo menos dos veces con mi marido", recuerda María Lidia de Elbert. Tanto McKay como yo recordamos reuniones con Careaga y con grupos de gente joven que corresponderían a los Elbert y a algunos miembros del grupo de la Santa Cruz.

Azucena Villaflor, por el relato de otras madres, también vino, aunque no he logrado ubicarla mentalmente entre las

muchas caras que pueblan mis recuerdos de esas noches, anotando vanamente nombres en la misma mesita ratona que sirvió de improvisado pedestal a Cox. Es de presumir que tuvimos el honor de recibir también al infiltrado Gustavo Niño en alguna ocasión.

Cierto tiempo después, cuando los secuestros comenzaron a decrecer en intensidad, las Madres volvían solamente para descargarse, para ser escuchadas. Sé por experiencia propia en qué consistía la labor de la monja Alice Domon entre ellas.

Finalmente, en diciembre de 1979, los militares lograron deshacerse del molesto editor inglés, amenazando directamente a los pequeños hijos de Cox con cartas que firmaban con el sello de Montoneros. La protección policial que el presidente Videla le garantizaba en reuniones privadas a la noche desaparecía de su puerta la mañana siguiente. Después de un largo peregrinaje por Gran Bretaña y la Universidad de Harvard, Cox ingresó a la plana mayor del *Post & Courier*, en Charleston, South Carolina, el diario que posee la mayoría de las acciones del *Buenos Aires Herald*.

Había llegado a la Argentina en 1959 y hubiese preferido seguir viviendo aquí. La ruptura con su patria adoptiva fue lenta y amarga. En sus visitas a Buenos Aires hoy día no se entrega a ningún falso sentimentalismo.

"Ya no hay ese olor a fusibles quemados en el aire", dice. "Pero algo todavía no encaja bien".

LA PRENSA BAJO LA DICTADURA

Entrevista con Robert Cox, ex director
del *Buenos Aires Herald*.

¿Cuál fue su primera impresión luego del golpe militar de 1976?

"El golpe parecía traer un gobierno progresista con este presidente, quien prometía ser bastante bueno (el General Jorge Rafael Videla), y el Ejército que más bien gustaba del *Herald*. El día del golpe militar fue un día soleado, un día peronista. Poca gente fue a trabajar o a la escuela, los niños salieron a hacer patinaje en las calles. Habíamos estado siguiendo la carrera de Videla y parecía ser limpio, decente, honrado. El cuento era que ahora no íbamos a tener más problemas, Argentina iba a ser transformada por personas decentes, quienes nos librarían del gobierno corrupto peronista, de la tremenda violencia y sus escuadrones de la muerte. Nos sentimos un poco angustiados cuando nos dimos cuenta de que los militares hablaban de reeducar a la Argentina."

¿Cuándo cambiaron las cosas?

"El Ejército llamó a su gobierno el Proceso de Reorganización Nacional, un nombre muy apropiado. Es cómico cómo las personas escogen los nombres más apropiados para describirse a sí mismas. El Proceso inmediatamente trae a Kafka a la mente y fue un gobierno muy kafkiano. En el *Herald* rápidamente descubrimos, y no puedo creer que los otros periódicos no lo hayan hecho, que se estaba secuestrando, torturando y asesinando a un gran número de personas. Uno de los problemas era que uno no sabía quién era responsable. ¿Eran grupos fuera de control? Y la razón por la que uno pudo saber muy bien que no eran grupos fuera de control -puede haber habido algunas acciones fuera de control- era que el gobierno trató de callarnos la boca diciéndonos que no se permitiría informar ciertas cosas como secuestros y la aparición de cuerpos en todas partes a menos que fuera a través de una confirmación oficial. Manejábamos esta censura como podíamos, esencialmente la ignoramos. Porque nos dijimos que habíamos cubierto el otro lado de la guerra terrible, la guerra sucia que comenzó antes de la llamada guerra sucia, la guerra sucia del terrorismo

y la matanza terrible de los escuadrones de la Triple A. El resto de la prensa no lo hacía. ¿Por qué no lo hacía? Honestamente no sé por qué."

¿Piensa que el *Herald* ayudó a salvar vidas?

"Descubrimos que si podíamos informar las cosas terribles que pasaban, a veces el gobierno respondía. Había muchas personas decentes en el gobierno. Ahora los militares han sido deshumanizados, los militares han llegado a ser monstruos para muchas personas, igual como hicimos monstruos de los terroristas. Pero tenían esta lealtad tremenda que era una equivocación de su parte. Decían que la cosa podría ponerse bajo control, me aseguraron que se pondría bajo control, que esto dejaría de pasar. Pero parece ahora como si tuvieron todos que hacer un pacto terrible. Desde el principio supieron que tendrían que hacer cosas que nunca se atreverían a admitir, lo cual fue atroz porque significó que nadie podría hablar en contra de lo actuado sin ser tildado de traidor. Es ésta probablemente la explicación."

Quizá si el resto de la prensa argentina no hubiese guardado silencio...

"Siempre he sentido muy fuertemente la importancia de la prensa en la Argentina, creo que si sólo hubiésemos tenido una prensa decente podría no haber pasado lo que pasó. ¿Era porque el terrorismo en Argentina había sido tan terrible? Pero igual la censura era sólo una parte pequeña de la falencia de la prensa, porque la manera que jugaron a esto era que había una cobertura increíble, que usualmente no era cobertura directa de la fuente, sino que era cobertura a través de los comunicados, de las atrocidades cometidas por los terroristas. Durante un tiempo los periódicos estaban llenos de eso, así se creó la impresión de que los terroristas eran el único enemigo en la Argentina y que tenían que ser derrotados. A esto hay que agregarles los increíbles rumores que circulaban y también las increíbles psicopatías que desarrollaron los militares. Cuando esa muchacha de 15 años tomó una bomba y la puso debajo de la cama del padre de su mejor amiga, (el ataque contra el Comandante en Jefe de la Armada Armando Lambruschini, en el que murió la hija del Almirante) recuerdo que un oficial de la Armada me dijo que empezó a temer a las personas jóvenes. Uno se pregunta si habiendo una prensa decente no se pudiesen haber debatido estas cuestiones más francamente. Se pudiese haber informado sobre el porqué y cómo de estas cuestiones. Esto hubiese ayudado."

Algunos miembros de la Junta Militar lo llamaban a usted a sus despachos para aconsejarle qué debía publicar en el diario. ¿Cómo manejaba esta situación?

"Uno de los problemas antes del golpe había sido que se había tratado muy mal a los periodistas. Y así Videla decidió tener pequeñas reuniones con grupos pequeños de periodistas, algo muy atractivo, con sólo dos o tres periodistas. Parecía una idea maravillosa. Puedo recordar la primera reunión a la que fui, pero me temo que la situación se deterioró bastante rápidamente y no me invitaron a volver. Emilio Hardoy, de *La Prensa*, estaba allí y pienso que otra persona. Nos encontramos con Videla en una antecámara pequeña antes de la imponente oficina presidencial. Videla estaba nervioso y bastante tímido. Traté en esa reunión de sacar a la luz lo que yo ya sabía que estaba pasando. Su reacción me hizo dar cuenta de que él estaba muy al tanto de todo. Mi impresión era que pensaba que esto era una triste realidad que duraría un corto tiempo pero que se controlaría rápidamente. Pero no me contestaba directamente. Trató de indicar que no pasaba nada. Pero lo que realmente me inquietó fue que los otros periodistas no se interesaron en seguir con este tema. Cuando el gobierno lo llama a uno, entonces uno ya está en un problema. Lo llaman a uno para una pequeña reunión donde todos se comportan simpáticamente *y* el periodista hace preguntas inofensivas *y* le dan las respuestas más inocentes y todos terminan bellamente felices. Y es esto lo que los otros periodistas hacían. No insistieron y era de tremenda urgencia expresar una preocupación enorme. El punto era que los periodistas no fueron a buscar información."

¿No era difícil mencionar temas como los derechos humanos con un oficial de la dictadura? Los periodistas a veces carecen de las herramientas necesarias para manejarse en situaciones extremas.

"No debería ser difícil. Quizás era difícil en el clima que imperaba en Argentina. El punto era que no se iba a esas reuniones a buscar información de Videla. Se iba a ser seducido, para sentir que uno estaba entre quienes habíamos sido elegidos y esto presuponía que debíamos apoyar al gobierno. Pero esas invitaciones para un cafecito a Casa de Gobierno están entre lo más cómico y lo más terrorífico que me haya ocurrido. Cuando se impuso la censura por el gobierno militar al muy poco tiempo del golpe de 1976, pocos periódicos lo informaron. Era un acuerdo entre caballeros. Pocos periodistas se opusieron. Máximo Gainza de *La Prensa* se opuso."

¿Cómo es que el *Herald* pudo hacer lo que hacía?

"La prensa había llegado a estar completamente corrupta, ésa es una de las razones. Estoy muy orgulloso de lo que el *Herald* pudo hacer. Trataba de salvar la vida de personas *y* creo que logramos salvar algunas vidas. Me acuerdo cómo todo el tiempo se acercaban toda clase de personas a ofrecer información, porque el *Herald* había llegado a ser la fuente más importante para los derechos humanos. La gente venía sola porque estaba desesperada. Pienso que las cosas que hacíamos eran sólo lo básico, normal, cosas naturales, honradas, que cualquier prensa decente habría hecho. Las primeras notas que escribí acerca de lo que estaba verdaderamente ocurriendo se publicaron en el extranjero. Si las hubiera escrito para el *Herald* el clima era tal que nos habrían cerrado, o puesto una bomba, o se habría matado a alguien. ¿Cómo llegaron a ser los militares tan corruptos? Es increíble. Lo que hicieron fue terriblemente espantoso, muchísimo peor que las cosas realmente atroces que los terroristas hacían. Tenían el poder total y no tenían que responder ante nadie. Los terroristas se preocupaban por su popularidad y realmente se arrepentían a veces acerca de cosas que pasaron, pero los militares nunca mostraron ninguna vergüenza."

El Herald publicó durante 1977 una entrevista con V. S. Naipaul, el autor de *El Retomo de Eva Perón*, que hizo rabiar a muchos argentinos.

"Publicamos una serie de artículos por V. S. Naipaul que eran muy críticos de la Argentina, pero pensé que eran artículos importantes porque harían que la gente se diera cuenta del rumbo que estaban tomando las cosas. Ahora sé que los Montoneros tuvieron una reunión para decidir si volarnos el diario, destruir el periódico y quienquiera que estuviera dentro de él, pero resolvieron que no valía la pena, lo que fue para nosotros una gran suerte."

LA VERDADERA GUERRA

"También pude saber que con motivo de la repercusión pública que adquirió el secuestro de estas doce personas. entre las que se hallaban dos religiosas francesas, el GT332 recibió llamados telefónicos del Ejército, para informarse acerca de si la ESMA había sido la autora de los hechos. Ante eso, los oficiales del GT decidieron ocultar su autoría y acelerar el traslado de los prisioneros".

SILVINA LABAYRÚ
Legajo Conadep 6838

Hay indicios de que la actuación de la Marina en la Iglesia de la Santa Cruz causó gran preocupación en el Ejército. Durante su visita a la Casa Blanca en septiembre de 1977, el General Jorge Videla había prometido que la Argentina tendría una "Navidad en paz". El compromiso asumido ante el Presidente Jimmy Carter, que con su política de los derechos humanos fustigaba a la dictadura militar, se convirtió en el estandarte de los que peleaban por esos derechos en Buenos Aires, justamente las personas entre las cuales se había infiltrado Astiz.

El *Buenos Aires Herald* no perdía oportunidad para felicitar al general por su valiente actitud y las Madres de Plaza de Mayo convirtieron la promesa en el *leitmotiv* de su solicitud del 10 de diciembre. Dadas estas circunstancias, los estruendosos secuestros de las madres constituyeron un gran revés para la imagen "moderada" que buscaba transmitir Videla.

Hay varios datos que demuestran el interés del Ejército en reparar el daño que causó este episodio. Uno está contenido en el testimonio ante la Conadep de Silvina Labayrú, en el que relata los llamados del Ejército a la ESMA preguntando si estaban detenidas allí las monjas.

Otro dato es aportado por los padres de Patricia Oviedo, una muchacha que se había acercado a la Santa Cruz en la búsqueda de su hermano desaparecido y que terminó siendo secuestrada ella misma. Pocos días después del 8 de diciembre, la familia Oviedo fue sorprendentemente visitada por miembros de Inteligencia del Ejército que querían interiorizarse del caso.

Los oficiales hallaron la dirección de los Oviedo en la denuncia que la pareja consiguió radicar en la comisaría que correspondía a la iglesia. Esto confirma que el Ejército no venía prestando ninguna atención al grupo de la Santa Cruz, ya que no poseía datos acerca de sus miembros, y que se movió rápidamente al enterarse de lo acontecido, llegando al extremo mismo de buscar información entre las víctimas del hecho.

"Uno se decía mayor y el otro se hacía llamar el Capitán Güemes, del Batallón 601, los de Callao y Viamonte", cuenta Jacinto Oviedo. "Estuvieron toda una tarde aquí hablando del tema conmigo, mi señora y mi hijo de 15 años. El que se decía mayor era un hombre grande, pero el capitán sería un tipo joven, de alrededor de 32 o 33 años, un tipo de relaciones públicas quizá, porque era muy ágil, muy rápido".

"Tengan la seguridad de que el Ejército no ha sido", fue lo primero que largó el Capitán Güemes.

"Nos preguntaban qué podían hacer por nosotros, en qué nos podían ayudar".

Juana Oviedo se acuerda del susto que les provocó tener a los dos oficiales en su casa a los pocos días del secuestro de su hija.

"Nosotros estamos angustiados de que le pueda pasar a nuestro hijo aquí también algo", dijo la mujer.

"¿Vos dónde hacés política?", preguntó Güemes al joven.

"Yo no hago política, yo estudio, no tengo tiempo para hacer política", contestó éste. Pero la madre insistía con su preocupación.

"Tomá este número de teléfono y cualquier patrulla que te detenga por cualquier cosa, decile que llame ahí", le dijo Güemes al muchacho. Era el número del Batallón 601.

(El joven Carlos Oviedo con el tiempo sí tomó un interés en la política y hoy es un importante miembro del Frepaso.)

"La guerrilla se confundió", decía Güemes, "porque la guerrilla está sola, había pensado que podía vencer al Ejército pero el Ejército, como decía el General San Martín, es un león que está enjaulado que en el momento de la pelea se lo suelta y destroza al enemigo".

"Sí, es verdad lo que decía San Martín", replicó Oviedo padre. "Pero refiriéndose a un león que se soltaba para destrozar al enemigo extranjero".

"Ustedes tengan cuidado adónde van a hacer sus peticiones", sugirió Güemes.

"Si yo me tengo que aliar con el diablo para encontrar a mis hijos lo voy a hacer".

"Entonces, si está así tan dispuesto, colabore con nosotros, cualquier dato que tenga, me llama. Usted pregunta por el

Capitán Güemes, nosotros queremos colaborar, queremos que esto se esclarezca".

Dos días después Oviedo fue al consulado francés donde el secretario del cónsul le dijo que tendría sumo interés en conversar con Güemes.

"¿Usted podría hacer de intermediario?", le preguntó el diplomático.

"Eso fue al mediodía", dice Oviedo. A la tarde ya discaba el número del capitán.

"Mire, he estado en el consulado y ellos tienen interés en avanzar en el esclarecimiento de este hecho".

"Pero mi amigo", se quejó Güemes. "¿Qué me ha hecho? Usted sabe que estas cosas se manejan por otros canales".

Sin embargo, Güemes pidió a Oviedo que esperara un momentito.

"Hablé con mi jefe", dijo al volver al teléfono. "Así que si usted puede arreglar la entrevista nosotros vamos a estar muy agradecidos".

La entrevista efectivamente ocurrió pero para gran desilusión de los Oviedo no resultó en información precisa sobre el paradero de su hija, aunque el consulado casi simultáneamente logró averiguar por otros canales que los secuestrados estaban en manos de la Marina.

Mientras tanto, un enviado especial del gobierno francés, Francois Gadot-Clet, se reunía con el General Albano Harguindeguy, obteniendo una insólita explicación del entonces ministro del Interior.

"Imagínese que, como este asunto me preocupa mucho, esta noche tuve un sueño", dijo el ministro. "Vi a oficiales que, creyendo actuar bien organizaron un operativo para apoderarse de las personas reunidas en la Iglesia de la Santa Cruz a las que suponían ligadas a la subversión. No habían hecho más que cumplir con su deber pero he aquí que ante el tumulto desencadenado por ese secuestro, inquietos ante las posibles consecuencias, ya no se atreven a confesar que son los autores y no saben a qué santo encomendarse. Si pudieran estar seguros de poder dar marcha atrás sin que esto les acarree problemas, liberarían a sus prisioneros, pero tienen temor. En ese momento me desperté".

El sueño de Harguindeguy corresponde exactamente con el testimonio de Labayrú. Ante los llamados del Ejército, la Marina no se atreve a confesar su autoría. Solamente que en la realidad decide cobardemente asesinar a sus prisioneros.

LA CONEXIÓN FRANCESA

"Para el cumpleaños de Alicia Pirlés, en la ESMA, Astiz le regaló una muñeca tamaño Barbie, con hábito azul y una capelina blanca levantada como la de 'La monja voladora' de la serie de TV. Alicia estaba horrorizada."

TESTIMONIO DE MARTÍN GRAS

No todos los diplomáticos franceses en Buenos Aires en 1977 se sintieron conmovidos por las desapariciones de Alice Domon y Léonie Duquet. Indicativo de esto son las palabras del agregado militar de la Embajada de Francia en ese momento, el Coronel de Aviación Jean-Claude Le Guen.

"El secuestro de las dos religiosas es ciertamente lamentable", dijo a Jean-Pierre Bousquet, corresponsal de *France-Presse* en Argentina. "Pero francamente, entre nosotros, si se hubieran ocupado de aquello que les concierne, si se hubieran contentado con hacer su trabajo, con orar y atender a los enfermos, en vez de mezclarse en política, sin duda nada les habría pasado".

Le Guen no se habrá mezclado en "política" como sus dos compatriotas pero sí se compró un departamento en el coqueto barrio de Belgrano R y se metió en el mundo de los negocios locales una vez que hubo completado su tiempo de misión.

El corresponsal de *France-Presse* encontró también que el embajador Francois de la Gorce buscó actuar con moderación en el reclamo por las monjas, entrando en conflicto con su primer consejero, Eduard de Blanpré, quien recomendaba firmeza.

Un inquietante indicio de posible participación francesa en los asesinatos de la Iglesia de la Santa Cruz deriva de una tangente de la investigación que condujo el entonces cónsul Hugues Homo desde su oficina en un cuarto piso de la avenida Santa Fe al 800. El cónsul logró inclusive establecer el número de chapa del Renault 12 en el que fue introducido Alice Domon por sus secuestradores afuera de la iglesia: C740012. Pero la pista era falsa. Según el Registro del Automotor esa numeración pertenece a un acoplado jaula marca Ricchini, chasis #0429, a nombre de Miguel Ángel Caprile, quien llamativamente declaró en la causa judicial de las monjas que recibió una boleta por mal estacionamiento de un Renault 12 con el mismo número de chapa que su acoplado en "noviembre o diciembre de 1977".

Entre las primeras personas en acercarse a la embajada estuvo Jacinto Carlos Oviedo, padre de la desaparecida Patricia Oviedo, enterándose allí de que su hija había sido raptada por la Marina. Oviedo asombrosamente logró organizar una reunión entre un oficial de Inteligencia del Ejército argentino y diplomáticos franceses, a partir de la cual se enteró de que un oficial de la marina francesa con experiencia en Argelia había prestado servicios en la embajada.

"Con esta gente no se llegó a nada", le dijo el secretario del cónsul a Oviedo luego de la reunión con los oficiales argentinos. "Ellos niegan que el Ejército tenga participación en esto, pero evidentemente nosotros sabemos que ellos saben quiénes fueron. Sin embargo, un asesor nuestro, un capitán de la armada francesa que participó en la represión de Argelia, ha averiguado por el servicio de inteligencia que los tiene la Marina".

Dieciocho años después Oviedo todavía no cabe en sí de asombro.

"Ése era el asesor de la embajada, increíble".

El corresponsal Bousquet había llegado a una conclusión similar. "El coronel Servant, jefe de la misión militar francesa y especialista en esta forma de lucha, aporta sus conocimientos", dijo en su libro *Las locas de la Plaza de Mayo*.

Otra persona que llegó a las oficinas del cónsul para rendir su testimonio fue María del Rosario Cerrutti, una de las Madres de Plaza de Mayo que presenció el secuestro en la iglesia. La testigo seguía impresionada con el hombre renco que había visto patrullando la vereda de la Santa Cruz esa tarde. Cuando vino a Buenos Aires la Hermana Marie Joseph, directora de la orden a la que pertenecían Alice y Léonie, Cerrutti fue llamada al consulado.

"Me preguntaron si yo había visto a alguien que me llamara la atención, y les cuento que sí, que este señor".

El cónsul hizo a Cerrutti una descripción perfecta del hombre.

"Es un muchacho alto, morocho, camina así", le dijo, mostrándole exactamente cómo rengueaba. Cerrutti quedó paralizada.

"¿Usted lo podría reconocer?", le preguntó el cónsul. "¿Puede estar aquí mañana a las diez de la mañana? Tiene nada más que sentarse en el hall, mira un revista y espera. Él va a pasar frente suyo y usted después me dice si es el mismo".

A la hora señalada Cerrutti llegó a la puerta del consulado y vio a una pareja bajar corriendo a toda velocidad. Tanta prisa le causó temor y Cerrutti fue a la esquina a llamar a otra madre, Nora Cortinas, desde un teléfono público.

"Me da miedo entrar, estoy sola".

"Andate a tu casa", fue la respuesta.

La descripción perfecta del cónsul la había predispuesto mal.

"Me agarró miedo afuera del consulado. Este lo conoce, pensé. Si el rengo se da cuenta de quién soy, me mata. Y yo me fui. Nadie me volvió a llamar, nadie me dijo nada".

Pero no termina ahí el cuento de Cerrutti acerca del misterioso rengo de la Santa Cruz.

"Al año estábamos en Francia y vamos a ver a las monjas y hablo con la Hermana Joseph." Cerrutti comentó la extraña anécdota a la monja. "Ella me dijo que era un argelino que colaboraba con los militares argentinos."

Un último indicio de la conexión francesa en los secuestros lo dio otra monja de las Misiones Extranjeras que vivía en Morón. Al día siguiente del secuestro de Leonie, recibió un llamado de un hombre que en perfecto francés le ofreció ayuda para encontrar a su compañera.

"¿Era alguien que hablaba francés o era un francés?", le preguntó años después el abogado de las familias Domon y Duquet en la Argentina, Horacio Méndez Carreras.

"Era un francés", contestó la monja.

LEGAJO 6838

Testimonio presentado por Silvia Labayrú ante Graciela Fernández Mejjide de la Conadep, en la Embajada Argentina en Madrid, España.

En la fecha 31 de julio de 1984 comparece espontáneamente ante esta Comisión Nacional Silvia Labayrú, quien manifiesta:

El GT332 efectuó distintas tareas de infiltración en distintas *instituciones*. Esta actividad se intensificó al tiempo que decaen los secuestros y desapariciones de militantes políticos. En la mayoría de los casos la *infiltración* no fue más allá de simples tareas informativas. Pero en el caso de las Madres de Plaza de Mayo condujo al secuestro y desaparición de las mismas. Es el único hecho que haya tenido este fin que conozco mientras estuve secuestrada. Este caso lo conozco directamente.

El oficial Astiz, entonces teniente de fragata, poseía una relativa experiencia en trabajos de infiltración en organismos militantes. Tal vez por eso fue asignado a fines de 1977, para realizar estos hechos que son los que me ocupan en esta declaración.

Según tuve conocimiento, entre los meses de octubre y noviembre de 1977, Astiz comienza a acudir a misas, actos y reuniones de carácter público que ya desarrollaban entonces los familiares de desaparecidos. Su trabajo comenzó a dar frutos al poco tiempo, utilizando la identidad de Gustavo Niño. De este modo aparecía como hermano de un desaparecido verdadero del mismo apellido. Del grupo de inteligencia, que dirigía las actividades del GT, surgió la iniciativa de que el Teniente Astiz comenzara a ser acompañado en algunas ocasiones por una secuestrada con el fin de aumentar la credibilidad de su labor. Esta iniciativa se fundaba en el hecho de que el Teniente Astiz había hecho ya un relevamiento suficiente de las actividades vinculadas a los derechos humanos y desapariciones como para pasar a otro nivel: concurrir los jueves a la Plaza de Mayo. Al principio, lo acompañó un par de veces otra secuestrada. En una de esas ocasiones, la Policía Federal intervino y perturbó el desarrollo normal de la marcha, a raíz de lo cual Astiz se en-

frenta con la policía en defensa de las Madres. El suceso sirvió para hacerse conocido entre los familiares que asistían a la plaza. Desde este episodio en adelante, Astiz y Niño ya podían considerarse" como la misma persona. Luego, la secuestrada que hasta ese momento acompañó a Astiz fue reemplazada por la declarante. Esta elección se debía, según se me dijo, a que yo tenía un aspecto físico y edad apropiadas para desempeñar el papel de hermana menor de Astiz. Además, la secuestrada a quien sustituí era esposa de un conocido dirigente político y podía ser reconocida. Mi persona en cambio no ofrecía ese riesgo.

Fui con Astiz una vez a la Plaza de Mayo y a dos o tres reuniones en la Iglesia de la Santa Cruz, la cuarta vez fui a una casa en La Boca. Paralelamente, él (Astiz) siguió concurriendo solo a otras reuniones que se realizaron durante ese período. La cuarta y última vez que concurrí a una reunión fue en un domicilio particular en el barrio de La Boca, en la Capital. Se había decidido previamente que los integrantes de esa reunión serían secuestrados en el inicio de la misma. Este secuestro y allanamiento formó parte de otros cuatro operativos ejecutados entre el ocho y el diez de diciembre de 1977. Tales operativos fueron: secuestro de algunos de los participantes de una reunión que se celebró en la Iglesia de la Santa Cruz; secuestro de los concurrentes a una cita establecida el mismo día y hora de la reunión anterior en un bar en la confluencia de la Avenida Belgrano y Paseo Colón, en la Capital Federal; posterior secuestro de la señora Azucena Devinenti a la salida de su domicilio, y por último, secuestro de la religiosa francesa Léonie Duquet, también en su domicilio, que compartía con Alice Domon, religiosa francesa, secuestrada anteriormente, en el barrio de La Boca.

La decisión sobre estos secuestros en este operativo múltiple surgió del grupo de inteligencia de la ESMA, dirigido por el Capitán de Corbeta Jorge Acosta. Toda la información que condujo a la toma de esta decisión fue suministrada a través de sus actividades por el Teniente Alfredo Astiz.

Horas antes de ser llevada por Astiz a dicha reunión en La Boca supe que iba a ser sometida a un simulacro de secuestro. También me dijeron que se iban a producir otros secuestros de familiares allegados al grupo de la Iglesia de la Santa Cruz. Esta información, a la que algunos secuestrados accedimos, fue proporcionada por los propios oficiales, junto a las conocidas argumentaciones con que solían justificar sus hechos. En este caso dijeron que había que secuestrar a estos familiares porque, según ellos, pertenecían a una "organización subversiva". Más tarde supe, también por boca de los oficiales, que algunos de los familiares secuestrados no eran militantes, pero que iban

a secuestrarlos por su alto grado de influencia y combatividad, era el caso de Azucena Devinenti.

Los nombres de las personas involucradas en el presente relato, que por el momento recuerdo, y sin perjuicio de poder ampliar dicha lista a partir de nuevos elementos, es la siguiente: 1) reunión de la casa de La Boca: Alice Domon, Angela Aduar y otras dos o tres personas más. 2) En el operativo de secuestro y allanamiento de dicha reunión: Oficial de Operaciones del GT Teniente de Fragata alias Pantera; Mayor (Ejército) Coronel; Teniente de Fragata o Navío de Operaciones alias Norberto, entre otros.

Las 12 personas finalmente secuestradas, fueron alojadas en Capucha durante muy pocos días, creo que menos de cinco, luego de los cuales fueron "trasladados", eufemismo utilizado cuando se decidía matar a los prisioneros de la ESMA. Durante el tiempo que permanecieron en Capucha, los detenidos eran conducidos al sótano del mismo edificio (el Casino de Oficiales) donde eran interrogados y torturados. En esta actividad participaron: El Capitán Acosta, el Teniente Antonio Pernías, el Mayor Coronel, el Teniente Schelling o Scheller, alias Pingüino y el Subprefecto alias Selva, entre otros. Supe que las dos religiosas francesas fueron interrogadas personalmente por el Capitán Acosta. También pude saber que con motivo de la repercusión pública que adquirió el secuestro de estas doce personas, entre las que se hallaban dos religiosas francesas, el GT332 recibió llamados telefónicos del Ejército, para informarse acerca de si la ESMA había sido la autora de los hechos. Ante eso, los oficiales del GT decidieron ocultar su autoría y acelerar el "traslado" de los prisioneros, e incluso pretendieron simular que las religiosas habían sido secuestradas por un grupo Montonero, llegando a redactar un comunicado y a realizar un montaje fotográfico para luego difundirlo a los medios de prensa. El plan fracasó.

Desconozco la forma y el lugar elegido para eliminar a estas doce personas, a raíz del trabajo de infiltración que acabo de relatar, de modo sintético pero a mi juicio completo en lo sustancial.

Sin lugar a dudas, el papel que me tocó jugar en estos hechos que relato constituye la huella más traumática de todo cuanto padecí durante el año y medio que permanecí secuestrada.

Apartado: Por lo demás, no creo que mi concurrencia a las reuniones mencionadas pueda aportar datos significativos. Durante las mismas, se discutían las tareas habituales en organismos de este tipo: peticiones a ministerios, divulgación, etc. Y por cierto, en las mismas se ponía de manifiesto la apropiada

mimetización que lograba el teniente Astiz, completada por la presencia, en algunas ocasiones, de una supuesta hermana menor, que era yo. Ejecutado el múltiple secuestro, los sucesos que ocurrieron a continuación, se desarrollaron dentro de la ESMA.

Ficha desaparecido-liberado

- Apellido: Labayrú de Lennie.
- Nombre: Silvia.
- Fecha Nac.: 16 mayo 1956.
- Estado civil: Casada.
- Nac. en cautiverio: una hija.
- Estudiaba Historia en: Universidad del Salvador.
- Militaba en: Juventud Peronista.

Datos del hecho

- Fecha: 29 diciembre 1976.
- Hora: 18.15.
- Lugar: Intersección calles Azcuénaga y Juncal.
- Liberado: Sí.
- ¿Dónde?: en Buenos Aires para viajar a España el mismo día.
 - Testigos: Sí, personas que circulaban por la calle.
 - Secuestro de familiares o amigos: A mediados de enero de 1977 son secuestrados mi suegra Nilva Zuccarino de Lennie, mi suegro Santiago Lennie, mi cuñada Sandra Lennie (17 años) y el 18 de mayo de 1977 es llevada muerta a la ESMA María Cristina Lennie.
 - Liberación de familiares o amigos: En marzo de 1977, son liberados Santiago y Berta Lennie y a mediados de abril del mismo año, Sandra Lennie. Los dos primeros por el Ejército, la segunda por la ESMA.
 - Robo: Allanamiento con destrucción en domicilio legal. Saqueo de numerosos muebles y objetos de un depósito de muebles personales.
 - Fuerzas intervinientes: Alrededor de 10 personas miembros del GT332, Armada Argentina (Escuela de Mecánica de la Armada).
 - Jurisdicción: Capital Federal.
 - N° de vehículos: 3 o 4.
 - Características: Ford Falcon y una camioneta camuflada.
 - N° de personas: 10.
 - Nombres o características: Alias Camilo (rubio, alto, ojos claros), alias Panceta (bajo, más bien gordo).
 - Tiempo de viaje: 15 minutos.
 - Tipo de ruta: Directo por Libertador hasta la ESMA.
 - Liberada por ser hija de militar, mínima actividad política.

Datos del Centro Clandestino de detención

- Nombre: Casino de Oficiales, GT332, la ESMA.
- Ubicación posible: Libertador y General Paz.
- Cerca de: río.
- Ruidos: aviones muy cerca que volaban muy bajo.
- Tipo de construcción: Casino de Oficiales.
- Niveles de piso: 3 pisos y sótano.
- Tipo de piso: cemento y mosaico.
- Ventilación: escasa, pequeñas ventanas.
- Descripción interna: sótano dividido por paredes de cartón y espuma de goma; en el tercer piso, desván con tabiques de madera y colchonetas tiradas en el suelo, algunas celdas, dos baños.
 - Detalles externos: es el último edificio, viniendo desde la Capital, hacia la provincia. Dice "Casino de Oficiales".
 - Iluminación: artificial mediante tubos fluorescentes.
 - Ritmo de cambio guardias: cada 12 o 24 horas.
 - Fichaje: mediante asignación de un número.
 - Tipo de celdas: pequeñas, hechas con tabiques de madera, con ventanita.
 - Vestimenta guardias: uniforme de fajina color verde oliva.
 - Tortura: mediante picana eléctrica, golpes y aislamiento.
 - Comida: los primeros tiempos un sándwich con un trozo de carne dentro, luego la misma de los guardias (venía de la cocina del casino).
 - Nombres de detenidos: Norma Arrostito, Roberto Ahumada, Laura Tacca, Ramón Ibáñez, Pablo Hainer, Mercedes Carazzo, Miguel Ángel Lauletta, Alicia Reguren de Cooke, Señora de ... (escribana), Dagmar Hagelin, Alicia Silvia Martín, Ana Dvatzman y otros (ver lista adjunta).
 - Nombres o apodos de represores: Capitán de Corbeta Jorge Acosta, Contraalmirante Rubén Jacinto Chamorro, Capitán Francis Whamond, Teniente de Navío Enrique Yon, Teniente García Velazco, Mayor Coronel, Teniente Alberto González, etc.
 - Duración de la desaparición: un año y medio.
 - Posible razón de la liberación: ser hija de militar, mínima actividad política, ser mujer, embarazada, etc. En un momento dado toman la decisión de comenzar a liberar a secuestrados que habían sido objeto de un "proceso de recuperación". En mi caso, influyó la fuga de un detenido, Horacio Maggio, en la liberación.
 - Gestiones: hábeas corpus y gestiones de mi familia ante altos oficiales de las FFAA.

Firman: Graciela Fernández Mejjide y Silvia Labayrú.

LA SOLICITADA

POR UNA NAVIDAD EN PAZ
SÓLO PEDIMOS LA VERDAD

AL EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE
A LA CORTE SUPREMA DE JUSTICIA
A LOS ALTOS MANDOS DE LAS FUERZAS ARMADAS
A LA JUNTA MILITAR
A LAS AUTORIDADES ECLESIASTICAS
A LA PRENSA NACIONAL

El Excmo. señor Presidente de la Nación Tte. General Jorge Rafael Videla, en una reciente conferencia de prensa celebrada en EE.UU. expresó: "Quien diga verdades no va a recibir represalias por ello." ¿A quién debemos recurrir para saber la verdad sobre la suerte corrida por nuestros hijos? Somos la expresión del dolor de cientos de madres y esposas de desaparecidos.

También prometió en la misma oportunidad "una Navidad en paz" -la paz tiene que empezar por la verdad.

¿Cuándo se publicaron las listas completas de detenidos?
¿Cuáles han sido las víctimas del exceso de represión al que se refirió el Sr. Presidente?

No soportamos ya la más cruel de las torturas para una madre, la incertidumbre sobre el destino de sus hijos. Pedimos para ellos un proceso legal y que sea así probada su culpabilidad o inocencia y en consecuencia juzgados o liberados.

Hemos agotado todos los medios para llegar a la verdad, por eso hoy públicamente requerimos la ayuda de los hombres de bien que realmente amen la verdad y la paz, y de todos aquellos que auténticamente creen en Dios y en el juicio final, del que nadie podrá evadirse.

Esta solicitada ha sido costeadada con el aporte -en algunos casos muy sacrificado- de las personas firmantes.

(Siguen seis columnas de 134 firmas cada una, un total de 804 firmas, todas con DNI o CI)

Lo que antecede es la transcripción de la solicitada publicada por las Madres de Plaza de Mayo en el diario *La Nación* el 10 de diciembre de 1977. Entre los firmantes figuran tres de los

12 secuestrados: Azucena Villaflor de Devincenti, María Ponce de Blanco y Remo Berardo. También figuran Zeelmiba de Mastrogíacomo y Nélide de Chidichimo, que fueron testigos de los secuestros; Juana de Oviedo, madre de Patricia Oviedo, otra de las secuestradas; y el infaltable Gustavo Niño, CI 7.693.727. La solicitada al final no pudo ser de una página entera, ya que faltaba el dinero robado por la Marina en la Iglesia de la Santa Cruz y salió a solamente 3/4 de página.

POSTMORTEM

"Yo por este medio rindo sin condiciones la Base de Leith y las cercanías en nombre del Gobierno Argentino a representantes de Her Britannic Majesty's Royal Navy, este día de la fecha lunes el 26 de abril de 1982."

(Agregado de su puño y letra)

"Debido a la superioridad de las fuerzas enemigas me entrego a fuerzas (tachado) británicas".

ALFREDO ASTIZ
Acta de rendición

Asombrosamente, una vez asesinadas Alice Domon y Léonie Duquet, los tenientes Astiz y Pernías viajaron nada menos que a Francia, donde el revuelo causado por las desapariciones que ellos mismos habían ejecutado continuaba en aumento. Iban a enrolarse en el Centro Piloto que la Marina operaba en la embajada de Paris bajo el pretexto de contrarrestar la campaña supuestamente antiargentina que se desarrollaba en el exterior.

Nuevamente Astiz asume una misión delicada, infiltrarse en el Comité Argentino de Información y Solidaridad, un grupo de refugiados que buscaba alertar al mundo de las gravísimas violaciones que ocurrían en su país. Astiz se presentó ante ellos a principios de 1978 bajo el alias Alberto Escudero, diciendo nuevamente que tenía un hermano montonero desaparecido pero agregando esta vez que vivía en Europa y trabajaba para un astillero naval en Holanda. Dijo haber conocido militantes del barrio de Colegiales, mencionó a algunos montoneros por sus nombres y agregó que quería buscar cómo trabajar con los que continuaban la lucha en la Argentina.

"Conversó con mucha gente que trabajaba en el comité. No tenía una actitud interrogadora, sino que tenía más bien una actitud de tomar los compañeros uno por uno y conversar individualmente sobre la situación, en un marco de ambigüedad muy grande", relató después un ex miembro del CAIS.

El 24 de marzo Astiz participó en una protesta organizada por el Comité frente a la Embajada Argentina para repudiar el segundo aniversario del golpe militar. En el transcurso del acto conversó con varios exiliados, llegando incluso a mostrar el pasaporte donde figuraba bajo el falso nombre de Escudero.

"Vos deberías trabajar para la embajada", dijo irónicamente uno de los manifestantes.

Pero la farsa era ya demasiado evidente y Astiz fue reconocido durante la marcha por una nuera del General Alberto Numa Laplane que había estado secuestrada en la ESMA y que se había exiliado en París. La joven alertó a sus compañeros de que el supuesto Escudero era en realidad un oficial de la Marina que había participado en el secuestro de las monjas. Los miembros del CAIS, asustados por tamaña revelación, no atinaron a atrapar al infiltrado allí mismo para entregarlo a las autoridades francesas. Al poco tiempo era demasiado tarde ya que otro infiltrado logró prevenir a Astiz que había sido descubierto.

El teniente rápidamente escapó en tren hasta la frontera con España y cruzó los Pirineos a pie. Partió a tiempo ya que la prensa francesa había comenzado a reaccionar y el diario *Le Matín* publicó en primera plana una nota bajo el título "La policía argentina opera en París" desenmascarando a Escudero y asociándolo con las monjas. Una vez del otro lado de la frontera, a salvo de la justicia francesa, un exhausto Astiz fue amablemente recibido por la Guardia Civil española.

De vuelta en la Argentina y reintegrado a la ESMA, Astiz retomó su antigua tarea de operativo del GT332 participando en nuevos secuestros. Todavía le quedaban cuestiones a resolver, tales como la situación de Silvina Labayrú y su pequeña hija Vera que seguían en poder de la Marina. A mediados de 1978 Astiz se apersonó sin previo aviso en la casa de Santiago y Berta Lennie.

"Vamos, vamos", dijo excitadamente cuando le abrieron la puerta, apurando a la pareja para subirlos a un auto donde esperaban su nuera y su nietita.

"Partimos a toda velocidad sin saber a dónde íbamos", recuerda hoy Santiago. Iban a Ezeiza, donde Astiz se encargó de embarcar a Silvina y a Vera en un avión rumbo a España. "Astiz iba abriendo paso adelante con su credencial en alto. Nunca pasé tan rápido por los controles del aeropuerto".

Para el año siguiente ya empezaban a soplar nuevos vientos en la ESMA y la camada de represores a la que pertenecía el teniente rubio se fue repartiendo en diferentes destinos. Los oficiales más afortunados recibieron puestos de lujo en las agregadurías navales importantes del exterior, donde gozaron de excelentes salarios además de inmunidad diplomática. Algunos fueron a Londres, otros a Madrid. Astiz fue a Sudáfrica, donde se reunió con la crema del GT332. Allí se encontraban el ex jefe de la ESMA, ahora Contraalmirante Rubén Chamorro, y los capitanes Jorge Eduardo Acosta y Jorge Perren, todos con funciones en la embajada en Pretoria. Astiz empezó a gozar de

la buena vida, comprándose un BMW y viajando cada tanto de vuelta a la Argentina.

Fue en una de estas visitas a Buenos Aires que se acercó por última vez a los Lennie, anunciándose con su propio apellido en el portero eléctrico del departamento de la calle Virrey Loreto que la familia habitaba en julio de 1979.

"Estuvo más de dos horas hablando de su estadía en Sudáfrica", recuerda Santiago. "Contó sus viajes y sus regresos, detalles de su experiencia allí e incluso mencionó el automóvil magnífico que se había comprado".

Hasta hoy la pareja sigue preguntándose el verdadero motivo de la visita.

"Ese día partíamos en nuestro primer viaje a España para juntarnos con nuestra nieta", dice Berta. "Teníamos las valijas a medio hacer en el dormitorio y Astiz seguía ahí sentado hablando con mi marido. No se iba nunca".

"Yo lo distraía para que ella pudiera terminar de empacar", explica Santiago.

Berta se estremece recordando ese largo momento de pánico.

"Nos estaba controlando", sospecha.

El idilio de Astiz con Sudáfrica estaba pronto a terminar. Los fantasmas de Dagmar Hagelin y de las monjas francesas comenzaban a rondarle cerca. La primer foto de un represor con nombre y apellido que apareció sobre mi escritorio en el *Herald* fue precisamente la del ángel rubio. El 12 de octubre de 1979, tres liberadas de la ESMA, Ana María Martí, María Alicia Milia de Pirlas y Sara Solarz de Osatinsky, aparecieron ante la Asamblea Nacional francesa presentando un detallado relato en el que señalaban a la Marina como responsable directa de las desapariciones de Domon y Duquet. Dos meses después, el 2 de diciembre, en Madrid, Ragnar Hagelin se entrevistaba con Norma Susana Burgos, también recientemente liberada.

"El teniente rubio, alto, atlético y de ojos celestes que secuestró a su hija", oyó Hagelin por primera vez, "se llama Alfredo Astiz..."

Para que no quedasen dudas, Burgos entregó al padre de Dagmar la camisa que la adolescente tenía puesta en el momento de ser baleada por el marino. La misma camisa que Ragnar le había regalado poco antes de su secuestro y que Burgos logró rescatar y llevar consigo hasta Europa.

Luego que una serie de discretas gestiones diplomáticas ante el Estado argentino demostraron su total ineficacia, en abril de 1980 el gobierno sueco hizo público el testimonio de Burgos sobre Astiz y la ESMA. Las revelaciones horrorizaron al pueblo nórdico. Rápidamente corresponsales suecos en Pretoria descubrieron la presencia del marino allí y corrieron a confron-

tarlo con el testimonio que lo vinculaba con la desaparición de Dagmar.

"No conozco el nombre de esa chica", dijo un sorprendido Astiz. "Jamás la he sentido nombrar."

Un empleado de la Embajada argentina contó a los correspondientes que Astiz siempre portaba un arma en una funda sobaquera y que se movía con extrema cautela. La prensa sudafricana pronto se interesó también en el tema y publicó extensas notas sobre la ESMA. La acreditación de los marinos en el país ocasionó debates en el Parlamento e hizo tambalear al ministro de Relaciones Exteriores sudafricano por no haber advertido la presencia de los represores argentinos.

El diario *Sunday Tribune* de Pretoria empezó a acosar a Astiz, siguiéndolo con un fotógrafo hasta un garaje donde había estacionado un auto de la embajada en el que iba de pasajero. Furioso, Astiz se bajó e intentó arrebatarle la cámara al periodista. El mal humor del marino se reflejó en la nota publicada por el diario el 6 de diciembre de 1981.

Dijo que si el *Tribune* "sabe lo que le conviene" no publicaría las fotos ni las noticias sobre los "comunistas" que fueron supuestamente muertos en la ESMA. Dijo que los testimonios de los grupos de derechos humanos y de sobrevivientes eran "propaganda comunista" y que la ESMA no había funcionado como campo de detención ni de exterminio, "aunque admito que fue un conflicto violento".

A pesar del mal humor que le causó el acoso, Astiz terminó aceptando posar para una foto, que el *Tribune* publicó a gran tamaño bajo el título "Hombre del campo de la muerte regresa a casa", anunciando que el marino estaba a punto de retirarse del país debido al escándalo diplomático que su presencia significaba.

Tuvo poco tiempo para reponerse de su incómoda partida de Sudáfrica antes de ser llamado a protagonizar la primera batalla de la guerra de las Malvinas. El 25 de marzo de 1982, al mando de 13 hombres, el teniente de navío descendió secretamente del buque *Bahía Paraíso* al puerto de Leith en las Georgias. Su misión era defender a un grupo de chatarreros argentinos que desarmaban unas instalaciones pesqueras en las islas al sur de Malvinas. La empresa había rehusado formalizar su presencia ante las autoridades británicas y los trabajadores corrían peligro de ser desalojados por el Capitán Nicholas Barker, quien había llegado al mando del *HMS Endurance* desde Malvinas el día anterior, esperando instrucciones en el puerto de Grytviken, a 20 millas de Leith.

La confrontación entre los chatarreros y las autoridades británicas fue la chispa probablemente intencional que provocó la invasión argentina de las Malvinas una semana más tarde, el 2 de abril. Ese día Astiz izó la bandera argentina en Leith. Se sirvió un vino de honor y el teniente hizo firmar a todos los argentinos presentes un acta de posesión de las Georgias.

La posición de Astiz fue reforzada a los pocos días por cuarenta hombres que llegaron a bordo del submarino Santa Fe al mando del Teniente de Navío Luis Lagos.

Mientras tanto, un grupo adelantado de la Task Force británica llegó a Georgias trayendo tropas y helicópteros. La prensa argentina publicó despachos militares relatando una resistencia heroica de comandos especiales argentinos en lugares escondidos de la isla. Era mentira. El 26 de abril Astiz sufrió la humillación de ser fotografiado firmando su rendición ante el capitán del *Endurance* sin haber sufrido una sola baja entre sus hombres.

Unos 180 prisioneros, los chatarreros, los subordinados de Astiz y la tripulación del Santa Fe fueron eventualmente devueltos a la Argentina a través de Montevideo. Pero ante los requerimientos de los gobiernos de Francia y Suecia, que deseaban interrogarlo, Astiz se convirtió en el único oficial argentino en ser llevado preso hasta el Reino Unido. Fue alojado en un campo de entrenamiento de la policía militar en el sur de Inglaterra, disfrutando de amplias comodidades en un departamento de tres ambientes, con acceso a la biblioteca del cuartel.

Oficialmente, Astiz rehusó dar otra información que su nombre, rango y número. Extraoficialmente, se entregó a largas charlas con sus carceleros en las que éstos dijeron simpatizar con la metodología argentina en la lucha antisubversiva, iniciando una amistad que Astiz continúa por correo hoy día.

Pero la Primer Ministro Margaret Thatcher finalmente decidió no facilitar el acceso de las autoridades francesas y suecas al prisionero. Invocando la Convención de Ginebra lo devolvió a la Argentina el 10 de junio, antes de finalizar la guerra. Astiz fue subido en Londres a un avión de la British Caledonian y enviado a Río de Janeiro, donde fue recibido por su padre, el Capitán de Navío (R) Alfredo Astiz, quien viajó especialmente en un avión de la Armada para llevar a su hijo de vuelta a Mar del Plata.

La débil resistencia de Astiz en las Georgias tuvo el doble efecto de desacreditarlo como militar ante la opinión pública y de desenmascarar a Gustavo Niño ante las personas entre las que se había infiltrado en 1977. La foto del oficial barbado, con la cabeza inclinada ante el enemigo mientras firmaba la rendición de sus tropas, causó estupor entre decenas de madres de desaparecidos cuando fue publicada en todos los medios del país.

"¡Es Gustavo Niño!", confirmaron con horror.

La llegada de la democracia en 1983 significó para Astiz una penosa sucesión de recorridos por juzgados que, aunque no lograron condenarlo por los crímenes en que participó, si demostraron su culpabilidad en ellos. Estuvo preso en dos ocasiones como procesado por las desapariciones de Dagmar Hagelin y de los familiares de la Iglesia de la Santa Cruz. Contrariamente a lo que suelen alegar sus defensores, no fue declarado inocente en ninguna de las dos causas. En una muy controvertida sentencia, el juez en la causa Hagelin decretó que el crimen había prescrito por el tiempo transcurrido. En la causa de la Santa Cruz fue beneficiado por la Ley de Obediencia Debida antes de que la Justicia llegara a dictar sentencia. En ambas causas fue encontrado *prima facie culpable* y la evidencia acumulada en su contra fue abrumadora.

Por si quedara alguna duda, los secuestros de Silvina Labayrú, de Dagmar Hagelin, de los Lennie y de los familiares de la Iglesia de la Santa Cruz y las circunstancias en que ocurrieron quedaron ampliamente demostrados en el juicio a las juntas militares y el ex Almirante Emilio Massera fue enviado a la prisión por ellos.

La justicia francesa, mientras tanto, lentamente elaboraba sus acusaciones contra Astiz y en marzo de 1990 la Cour d'Assises de París lo condenó a reclusión criminal a perpetuidad por el secuestro y tormento de las monjas Alice Domon y Léonie Duquet. A pesar de ser citado, Astiz nunca se presentó ni envió un representante legal a defenderlo. Tampoco ha apelado la sentencia. Si algún día quisiera regularizar su situación en Francia, tendría que comparecer en persona ante la corte, en ese caso se le conmutaría la pena y se reanudaría el juicio.

El primer domingo del mes de septiembre de 1996, al mediodía, un hombre sonríe satisfecho en una mesa de La Biela. Es Horacio Méndez Carreras, abogado de las familias Domon y Duquet, a quien conozco desde 1980 cuando colaboraba con la columna "The Law" en el *Buenos Aires Herald*. Durante los últimos dieciocho meses hemos estado espantando mesas vecinas con nuestras charlas, comparando notas y revisando testimonios, midiendo el clima en la Armada Argentina a través de la sonrisa con que su Comandante en Jefe, el Almirante Enrique Molina Pico, saluda a Méndez Carreras en las instalaciones del Jockey Club, del cual ambos son socios.

"La disposición del pase a retiro voluntario es del 13 de junio", me dice. "Le computaron 29 años de servicio, con lo cual le corresponde solamente el 66 por ciento de sus haberes. Fue publicado en el Boletín Naval Reservado."

A casi veinte años del asesinato de Alicia y Leonilda, el retiro de Astiz no parece ser una gran victoria para Francia pero sí es una grata noticia para Méndez Carreras.

"Quedó apenas unos meses corto de los treinta años de servicio", se complace el abogado. "No puede cobrar el cien por ciento."

Como resultado de la sentencia francesa, Astiz ha quedado preso en la cárcel más grande del mundo, cuyos muros son los límites del territorio argentino. Como todo presidiario acusado de crímenes contra mujeres indefensas, la pasa mal, aunque sin quejarse. Ha mantenido un silencio público que contrasta fuertemente con la locuacidad que lo caracteriza en privado. Las citas que le han atribuido algunos medios a través de los años parten de interpósitas personas que dicen hablar en su nombre.

En épocas recientes ha jugado este papel Juan Aberg-Cobo, un abogado de estrechos vínculos con la Armada quien se ha propuesto la imposible tarea de reivindicar la figura de Astiz ante el público. Pero es su hijo, abogado también, quien mejor conoce a Astiz y comparte su pasión por el rugby y la buena vida.

"Es que vos tenés que conocerlo", dice Juan Aberg-Cobo hijo, esquivando preguntas directas sobre el caso de la Santa Cruz.

"No puedo creer que no haya quedado afectado por su infiltración entre las Madres", le insisto. "Estuvo mucho tiempo con ellas y lo consideraban casi un hijo".

"Eso no sé", contesta incomodándose. "Pero te cuento una cosa para que te des cuenta. Íbamos caminando juntos hace poco por la calle cuando nos paró una pareja mayor".

"¿Usted es Astiz?", preguntó el hombre.

"Sí", contestó Astiz un poco preocupado por cuál pudiera ser la reacción. Pero el hombre le extendió la mano.

"Le quiero agradecer todo lo que ha hecho por nuestro país".

El joven Aberg-Cobo se infla de orgullo.

"¿Y vos sabés que él no dijo nada? Pero cuando seguimos caminando vi por el costado del ojo cómo le corrían las lágrimas por la mejilla".

FUENTES

"There's nothing you can know that isn't known..."

LENNON-MC CARTNEY
All You Need Is Love

Todo se sabe. Para cada hecho relacionado con las doce muertes objeto de esta investigación hay ejecutores y testigos. Los primeros han optado por el silencio, los segundos arriesgan lo que pueden de la verdad. He tomado como base principal de este trabajo los testimonios de primera fuente que logré recoger entre marzo de 1995 y septiembre de 1996. Han sido de invaluable utilidad asimismo los testimonios presentados ante los organismos de derechos humanos y la Conadep, en el juicio a las juntas militares, en las causas de Dagmar Hagelin y de la Iglesia de la Santa Cruz y ante la Cour d'Assises de París. Nuevos testimonios han sido presentados en tiempos recientes ante la Subsecretaría de Derechos Humanos, donde duermen inquietamente. También he recurrido a mis propias experiencias en el *Buenos Aires Herald* entre 1975 y 1983. A diferencia de la ficción, que difícilmente exceda el límite de nuestra imaginación, la realidad no deja de brotar incesantemente. Aquí anoto las fuentes principales consultadas. Es un comienzo.

ANTESALA

Reconstrucción basada en el testimonio de Silvina Labayrú ante la Conadep y el testimonio inédito de un sobreviviente de la ESMA. La identificación de Panceta como el Capitán Lynch Jones es del ex Capitán Adolfo Scilingo.

ENERO

El rapto de los Lennie: Basado en entrevista del autor con Santiago y Berta Lennie y el testimonio de Berta Lennie ante la Conadep.

La tortura de Sandra Lennie: Ídem.

Me equivoqué: Basado en entrevista del autor con Ragnar Hagelin, el testimonio de Susana Burgos ante la Conadep y en el excelente libro *Mi hya Dagmar*, de Ragnar Hagelin.
¿Profesionales?: Entrevista a Santiago y Berta Lennie.

FEBRERO

Liberación de los Lennie: Entrevista con Santiago y Berta Lennie y el testimonio de Berta Lennie ante la Conadep.

MARZO

El cerco de terror Entrevista del autor con Santiago y Berta Lennie y el testimonio de Berta Lennie ante la Conadep. El detalle de la lectura del *Herald* en la ESMA es del testimonio de Martín Gras ante el CELS.

Judas: Entrevista del autor con Nélide Chidichimo.

So near and yet so fan Entrevista del autor con Ricardo Chidichimo.

ABRIL

Números: Entrevista del autor con Robert Cox.

Stella Maris: Entrevista del autor con María Adela Antokoletz.

Gestación de Madres: Entrevistas del autor con María Adela Antokoletz y Pepa Noia.

Nacimiento de Vera: Testimonio de Berta Lennie ante la Conadep y un testimonio anónimo e inédito recogido por el autor.

Marchan las locas: Entrevista del autor con Pepa Noia, María Adela Antokoletz y María Julia Gard.

MAYO

Un nanny diabólico: Entrevista con Santiago y Berta Lennie y testimonio de Berta Lennie ante la Conadep.

El cerco se cierra: Testimonio de Berta Lennie ante la Conadep y testimonio anónimo de un sobreviviente de la ESMA.

La Estanciera: Entrevista con Santiago y Berta Lennie, testimonio de Berta Lennie ante la Conadep y entrevista con Adolfo Scilingo.

Astiz de Lennie: Entrevistas del autor con Santiago y Berta Lennie, Miguel Ángel Lauletta, Elena Marta Mitjans, y breve

charla telefónica con Alberto Lennie. Jorge Vázquez (a) Caballo Loco o Víctor, fue detenido en Córdoba. Ofició de médico en los campos de La Perla, El Vesubio, El Banco, El Olimpo, El Pozo de Quilmes y la ESMA, de donde finalmente fue liberado.

JUNIO

¡Comunista!: Reconstrucción basada en entrevistas del autor con Lilia Orfanó y Carmen Cobo, en los testimonios ante la Justicia de Lilia y Lucas Orfanó y en el testimonio de Silvina Labayrú ante la Conadep.

La misa de Mecha: Entrevista del autor con Mecha Trombini.

El sobrino de Astiz: Entrevistas del autor con Aída Bogo y Vinci Mastrogiácomo. La madre Juana Pargament también estuvo presente y conoció al (¿falso?) sobrino de Astiz.

JULIO

Gustavo Niño: Entrevistas del autor con Nélide Chidichimo y Nora Cortinas.

¡No la nombre!: Entrevistas con María Adela Antokoletz, María del Rosario Cerrutti, Nora Cortiñas, Lilia Orfanó, Pepa Noia y vecina anónima de la calle Magallanes.

Harguindeguy: Reconstrucción basada en entrevista con María del Rosario Cerrutti y el libro *Dossier secreto*, de Martin Andersen.

AGOSTO

The mad women of Plaza de Mayo: Entrevista del autor con Raymond McKay y el libro *Las locas de la Plaza de Mayo*, de Jean-Pierre Bousquet.

SEPTIEMBRE

La Madre Teresa: Entrevistas del autor con Ana María y Jesús Careaga y María del Rosario Cerrutti.

Dejalo: Entrevista con María del Rosario Cerrutti.

OCTUBRE

Pañales de Luján: Entrevistas del autor con Nora Cortinas y Cecilia Vázquez.

La primera solicitada: Entrevista del autor con Juana Parment.

Congreso: Entrevistas del autor con Pepa Noia, Aída Bogo, Vinci Mastrogiácomo, Celina Galeano, Juana Oviedo y Lucía Berardo. Debo agradecer también a Alberto Marquardt, quien entrevistó a Yvonne Pierron en Corrientes.

El hermanito de Astíz: Entrevista del autor con Marta Ocampo de Vázquez.

¿Las puedo llevar?: Entrevista con Celina Galeano.

Custodiado por expertas: Reconstrucción basada en el testimonio de Silvina Labayrú ante la Conadep y en los testimonios ante el autor de Aída Bogo y Miguel Angel Lauletta. Con respecto a los documentos que portaron Astiz y Labayrú con el apellido Niño, Lauletta confirmó haber sido el autor de las falsificaciones, agregando que ya había falsificado un documento que usó el Teniente Juan Carlos Rolón con el mismo nombre de Gustavo Niño para una misión en la que varios miembros del GT332 viajaron a Venezuela en marzo de 1977. El verdadero Gustavo Niño existe y testimonió en el juicio a las juntas militares en 1985 diciendo que vivía en Estados Unidos en 1977.

NOVIEMBRE

El grupo de la Santa Cruz: Entrevista con Vinci Mastrogiácomo.

The Church of the Holy Cross: Entrevistas del autor con el Padre Bernardo Hughes y el Padre Fred Richards. Datos acerca de la iglesia del libro *Santa Cruz y la historia de un barrio*, de Silvia Fittipaldi.

Entrevista con Alicia: Del libro *Las locas de la Plaza de Mayo*, de Jean-Pierre Bousquet.

Ahora los familiares: Entrevistas con Vinci Mastrogiácomo, el Padre Bernardo Hughes y Celina Galeano.

¿Politizados?: Entrevistas con María Adela Antokoletz, María del Rosario Cerrutti y Vinci Mastrogiácomo.

La esquina de los vientos: Entrevistas del autor con Cecilia Vázquez y Derek Wilson.

Primera sospecha: Entrevista con Lucía Berardo.

Parada de colectivo: Entrevista del autor con Susana Gu-dano.

DICIEMBRE

La solicitada: Entrevista con Aída Bogo.

¡Es una infiltrada!: Entrevista con Lucía Berardo.

La última reunión: Entrevistas con Lucía Berardo y Vinci Mastrogiácomo. Agradezco de aquí en más los invalorable aportes de los abogados Luis Zamora y Horacio Méndez Carreras que impulsaron la causa de la Iglesia de la Santa Cruz y que me prestaron su generosa colaboración en la reconstrucción de los doce secuestrados.

Buscando unión: Entrevista con Lilia Orfanó.

El auto fantástico: Entrevistas del autor con Chela Mignone, Beatriz Neuhaus y María del Rosario Cerrutti.

Los preparativos: Entrevista del autor con Lilia Orfanó y su testimonio ante la Justicia en la causa de la Santa Cruz.

El secuestro de Remo: Asusté a mucha gente durante la investigación para este libro, tocando el timbre y llamando por teléfono, preguntando por los desaparecidos relacionados con Astiz. Tuve que volver muchas veces con las manos vacías de la calle Magallanes hasta que hallé a Cacho, quien custodió durante casi 19 años el amargo recuerdo del secuestro de su amigo. Ahora el recuerdo es de todos. He hilvanado en su testimonio los ricos datos que me aportó Lucía Berardo y parte del testimonio ante la Conadep de Silvina Labayrú, haciendo uso de los archivos del CELS para la identificación de los supuestos participantes en el secuestro. La hermana de Remo visitó el atelier el lunes 11 de diciembre. Todavía nada había sido tocado. "Yo fui después de la una de la tarde, con una amiga que me esperó en Caminito. Entraron sin romper la puerta. En la cocina estaba el gas prendido con la ventana abierta y la pava al lado. El viento debe de haber apagado la llama del fuego. Había un mate cebado. Estaba la máquina de escribir sin ningún papel. Había unos muebles de Quinquela donde había de un lado libros del colegio de mis hermanos, éstos no habían sido tocados, y del otro lado había más libros y éstos sí estaban todos repartidos por el piso. Pero estaba el portafolio de Remo, con sus anteojos y su Rosario encima, y éstos no habían sido tocados. Yo los agarré y me los llevé, había un vaso de agua y estaba mojado alrededor en una mesa. Filomena no me quiso decir nada." Algún tiempo después Lucía descubrió que junto con Remo habían desaparecido seis valiosas obras de arte que él guardaba en su atelier. Éstas eran un aguafuerte de Quinquela Martín titulado *Arrancando*, dedicado a un familiar de Remo, un jarrón de cerámica de Quinquela Martín, una naturaleza muerta al óleo titulado *Las sandías* del pintor L. Pisano, el óleo *Flores*, de Félix Stessel, el óleo *Flores*, de Chiavetti y el óleo *Viejo de la quebrada*, de José Armani.

Embajada del Café: Entrevista con Nora Cortiñas.

Betania: Entrevistas con Lilia Orfanó, Aída Bogo y Nora Cortiñas.

Elbert y Fondevilla: Reconstrucción basada en entrevistas del autor con María Lidia de Elbert y Vinci Mastrogiácomo y en el testimonio de Silvina Labayrú ante la Conadep.

Los secuestros de la Santa Cruz: Reconstrucción basada en entrevistas del autor con Vinci Mastrogiácomo, Cecilia Vázquez, Nélide Chidichimo, María del Rosario Cerrutti, el Padre Fred Richards, Pablo Picón y Ana Giménez, incluyendo material de la presentación ante la Justicia del abogado Luis Zamora y el testimonio del Padre Santiago O'Leary en el juicio a las Juntas Militares.

En lo de Mignone: Entrevistas del autor a María del Rosario Cerrutti y Emilio y Chela Mignone.

En la ESMA: Reconstrucción basada en testimonios ante la Conadep y la Justicia de Alberto Gironde y Graciela Daleo y entrevista del autor con Miguel Ángel Lauletta.

La Nación: Entrevistas con María Adela Antokoletz, Nora Cortiñas y Aída Bogo.

¿Qué te pasa mamá?: Entrevistas del autor con Cecilia Devinenti y Aída Bogo.

15 people grabbed: Entrevista con Robert Cox.

El rapto de Azucena: Entrevista con Cecilia Devinenti y legajo APDH de Azucena Villafior.

La calle Espora: Reconstrucción basada en Legajo Conadep 4676, presentación judicial de los abogados del MEDH Guillermo Frugoni Rey y Raúl Diza Correa, la denuncia de la Hermana Evelyne Lamartine y el párroco de San Pablo, Monseñor Bazán, y el legajo CIDH-OEA 2484, así como en un testimonio anónimo ante el autor.

Another 'mad mom' snatched: Entrevista con María Adela Antokoletz.

El día del Señor. Entrevista del autor con Lila Pastoriza.

¡Que se calle!: Agradezco a Alberto Marquardt, quien recogió este relato de Sara Solarz de Osatinsky en Europa.

Buscando a María Lidia: Reconstrucción basada en entrevistas del autor con Nora Elbert, Alicia Oiberman y María Lidia de Elbert, con datos tomados del libro *Las locas de la Plaza de Mayo*, de Jean-Pierre Bousquet.

Conducta admirable: Testimonios ante la Conadep y la Justicia de Alberto Gironde, Lisandro Raúl Cubas y Graciela Daleo.

Una cuestión de familia: Entrevistas del autor con Miguel Ángel Lauletta, Lila Pastoriza y con una fuente que permanece anónima. Las citas de Juan Gasparini son de su libro *La pista suiza*. La colaboración que alega Lauletta entre Astiz y Marta Bazán en la infiltración, de ser cierta, no habría sido la primera oportunidad en que trabajaron juntos. Según Gasparini, Astiz sacó a Bazán a marcar al montonero Horacio Domingo Maggio en febrero de 1977, logrando su captura. "La Coca lo trajo al

Nariz", habría gritado exultante Astiz al llegar con su presa a la ESMA. Alega Gasparini que el interrogatorio de Maggio fue una de las contadas veces que Astiz ofició de torturador, no habiendo ningún oficial de inteligencia disponible para ese menester la tarde en cuestión. En marzo de 1978, Maggio se escaparía de la ESMA, aunque fue eventualmente recapturado y muerto por el Ejército algunos meses más tarde.

A punta de pistola: Citas de Gasparini de *La pista suiza*. Entrevista con Miguel Angel Lauletta. Testimonio de Ricardo Coquet ante la Justicia.

Ma dernière chemise: Entrevista del autor con testimonian-
te anónima.

Los 12 traslados: La reconstrucción de los traslados se basa en los datos obtenidos por la Justicia francesa y argentina. Citas de Gasparini de *La pista suiza*. Testimonio de Sara Solarz de Ostanisky, Alicia Milia de Pirlés y Ana María Martí del libro *Traslados*, de Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora. Entrevista con Lila Pastoriza. La teoría del viaje en camión hasta San Fernando y el detalle de las cadenas de ancla aportados por Adolfo Scilingo en entrevista con el autor.

Vivas y con buena salud: Diario *La Nación*, 15 diciembre 1977.

El insistente: Testimonios al autor de Beatriz Neuhaus, Né-
lida Chidichimo y Nora Cortiñas.

Periodista en la plaza: El autor asistió a esta conferencia. Testimonios al autor de Cecilia Vázquez y María Lidia de Elbert. Otro periodista presente fue el corresponsal de *France-Presse*, Jean-Pierre Bousquet, quien recopiló las palabras de Cecilia Vázquez esa tarde en su libro *Las locas de la Plaza de Mayo*.

¿Habrá alguien rezando?: Buenos Aires *Herald*, 24 diciembre 1977. *Crónica*, 31 diciembre 1977.

ÁNGELA AGUAD DE GENOVÉS

Entrevista del autor con Latisi Aguid.

ESTHER BALLESTRINO DE CAREAGA

Entrevista del autor con Jesús Careaga.

REMO BERARDO

Remo nació prácticamente con un pincel en la mano, el 28 de octubre de 1935, en Bulnes, Córdoba. Llegó a Buenos Aires

a los 10 años de edad cuando su hermana Lucía consiguió trabajo como ama de llaves en la casa de la madre de Benito Quinquela Martín. He visto la colección de fotos de Lucía. Remo adolescente posando con su atril, seminarista en Villa Devoto en 1959, con su novia María Ángela en una hamaca, en Mar del Plata con gorro escocés y pantalones pata de elefante y la última foto antes de su secuestro. También la foto en blanco y negro que Remo tomó desde la azotea del estudio de Quinquela Martín y que coloreó el 17 de junio de 1972 y las fotos de los cuadros suyos que fueron exhibidos en Francia, Suecia, Noruega y Holanda después de su desaparición en 1981. Un estudiante infatigable, Remo dio sus primeros pasos en la pintura guiado por Quinquela Martín quien le recomendó seguir con el escultor Julio César Vergotini. Estudió también con Besares Soraire, Marcos Tiglio, Alberto Sienkiewez, Mónica Calceran, Teresio Fara, Enrique Azcárate y Luis Mastro. Presentó 17 exposiciones en vida, muchas de ellas en La Boca.

RAQUEL BULIT

Entrevistas del autor con Celina Galeano y Amavela Horane.

ALICE DOMON

Es imprescindible leer los libros Sor Alicia, de Arlette Welty-Domon, y *Todos somos subversivos*, de Carlos Gabetta, de donde provienen las citas. Entrevistas del autor con el Padre Botán, Nélica Chidichimo, María del Rosario Cerrutti, Cecilia Vázquez y María Adela Antokoletz y entrevista de Alberto Marquardt con Yvonne Pierron.

LÉONIE DUQUET

Una vez más, *Sor Alicia*, de Arlette Welty-Domon, entrevista de Alberto Marquardt con Yvonne Pierron, entrevistas del autor con Carmen Cobo y fuente anónima. El teniente sugerido no es Astiz.

HORACIO ELBERT

Entrevistas del autor con Nora Elbert, María Lidia de Elbert, Cecilia Vázquez y Alicia Oiberman.

JOSÉ JULIO FONDEVILLA

Basado en legajos Conadep y APDH y entrevistas con Vinej Mastrogíacomo, Lucía Berardo, Luis Zamora y María Lidia de Elbert.

GABRIEL EDUARDO HORANE

Entrevista con Amavela Horane y Antonia Cristina.

PATRICIA OVIEDO

Entrevistas con Jacinto y Juana Oviedo.

MARÍA EUGENIA PONCE DE BLANCO

Entrevista con María del Rosario Cerrutti y legajos APDH y Conadep.

AZUCENA VILLAFLOR DE DEVINCENTI

Entrevistas con Cecilia Devinenti y María Antokoletz.

APUNTES

ALFREDO ASTIZ

Testimonios al autor de fuentes anónimas y archivos periodísticos. La cita de Graciela Daleo en entrevista con Alberto Marquardt y de Sara Osatinsky a la prensa francesa en 1981. La primera vez que Astiz se presentó ante la madre Nélide Chidichimo lo hizo llamándose Gustavo Niño Vela. Citas de Robert Cox y Santiago Lennie de entrevistas con el autor.

ENDLESS LOVE

Fuente anónima y testimonios de Martín Gras. Entrevistas del autor con Graciela Daleo y Miguel Ángel Lauletta.

EL HOMBRE DE LA VALIJA

Fuente anónima y testimonios de Martín Gras. Entrevistas del autor con ex represor de la policía y Graciela Daleo.

VANGUARDIA COMUNISTA

Entrevistas del autor con Alicia Oiberman, Cecilia Vázquez, María Lidia de Elbert, Antonia Cristina, Emilio Mignone, Luis Zamora y Celina Galeano.

BUENOS AIRES HERALD

Experiencia propia 1975-83.

LA PRENSA BAJO LA DICTADURA

Entrevista del autor con Robert Cox.

LA VERDADERA GUERRA

Basado en el testimonio de Silvina Labayrú ante la Conadep, entrevistas con Jacinto y Juana Oviedo. El sueño de Harguindeguy está relatado en *Las locas de la Plaza de Mayo*, de Jean-Pierre Bousquet.

LA CONEXIÓN FRANCESA

Las citas referidas a la investigación de la embajada son de *Las locas de la Plaza de Mayo*, de Jean-Pierre Bousquet. Detalles del acoplado Ricchini obtenidos por el autor en el Registro Automotor. Entrevistas del autor con Jacinto Oviedo, María del Rosario Cerrutti y Horacio Méndez Carreras.

LEGAJO 6838

Textual del original.

LA SOLICITADA

Textual de la original.

POSTMORTEM

Archivos periodísticos. Un trabajo inédito de María Cristina Caiati del CELS sobre Astiz. Entrevista con Santiago Lennie. Entrevistas con Juan Aberg-Cobo padre y Juan Aberg-Cobo hijo.

Esta edición de 5.000 ejemplares
se terminó de imprimir en
La Prensa Médica Argentina,
Junín 845, Buenos Aires
en el mes de octubre de 1996.

SILVIA LABAYRÚ

*Entrevista publicada en La Nación
el 25 de enero de 1998*

Alfredo Astiz tomó el panfleto. La monja Alice Domon se hallaba presente. Estaba firmado por el Partido Comunista Marxista Leninista (PCML). La monja ni pestañeó.

Astiz no lo podía creer. Después de seis meses de paciente trabajo había finalmente encontrado "evidencia" de que las Madres de Plaza de Mayo eran apoyadas por la "subversión". A los pocos días dos monjas francesas, cuatro jóvenes del PCML y seis madres y parientes de desaparecidos que solían reunirse con Astiz en la iglesia de la Santa Cruz fueron secuestrados en operativos que en su mayoría comandó el infiltrado.

"Cuando apareció el nombre de este grupo, eso les desató la decisión de secuestrar masivamente a toda esta gente, aun a los que no eran del partido", dice la persona que acompañó a Astiz durante su infiltración. "El tema del marxismo era para los marinos intragable, tenían la teoría de que los montoneros podían tener posibilidades de sobrevivir porque eran un grupo que tenía una base nacionalista y que por lo tanto eran recuperables, se compartía una visión nacional o nacionalista de la política, pero que los marxistas eran absolutamente irrecuperables, como si fueran el demonio".

Astiz la presentaba como su hermana. En la Plaza de Mayo. En la iglesia de la Santa Cruz. En el atelier de La Boca donde se reunía con Alice Domon, con parientes de desaparecidos y con los jóvenes de Vanguardia Comunista, el grupo madre del PCML, que asistían a los parientes en su búsqueda.

Desde entonces, Labayrú ha guardado silencio. Tenía veinte años y era militante de montoneros cuando fue secuestrada el 29 de diciembre de 1976, a plena luz del día, en la esquina de Azcuénaga y Juncal. Hija de un oficial retirado de la Fuerza Aérea, su belleza de entonces fue legendaria entre los que la conocían. "Era la segunda más linda del colegio", recuerda un compañero del Nacional Buenos Aires.

Estaba embarazada de pocos meses en enero de 1977, cuando Astiz la vio por primera vez en el "camarote" que ella ocupaba en el tercer piso del Casino de Oficiales de la ESMA, en el sector "Capucha" donde eran alojados los desaparecidos antes de ser "trasladados" en los vuelos semanales que llovían cuerpos sobre las frías aguas del océano Atlántico. En el "camarote" de al lado yacía engrillada Norma Arrostito, la legendaria montonera que participó en el asesinato del general y ex presidente Pedro Eugenio Aramburu.

Astiz adquirió la costumbre de visitar a Labayrú para sentarse en el borde de su cama. Le gustaba hablar. Dicen que se enamoró. Creyendo que los que partían en los "traslados" iban a un campo de recuperación en la Patagonia, Labayrú le solicitó ser "trasladada" también. "Nunca usés la palabra traslado. Mientras yo esté aquí no voy a permitir que te lleven", le prometió Astiz.

Cumplió la promesa. Y más. Cuando nació la hija de Labayrú, Astiz impersonó al marido con un documento falso, acompañándola en el bautismo y en la inscripción de la niña ante el Registro Nacional de las Personas.

Pero, en el mismo período, Astiz secuestró a una cuñada de Labayrú, que murió en la ESMA. Otra cuñada y sus suegros, involuntarios "huéspedes" del centro clandestino de la Armada, lograron sobrevivir.

Desde la España del exilio, Labayrú recuerda: "En un momento dado, en una de aquellas reuniones alguien sacó un volante del PCML. El recuerdo que tengo es que Astiz decía que Alice Domon le había dado el

panfleto o que había sido gente muy cercana a ella, o había ocurrido delante de ella, con su connivencia. Cuando Astiz trajo el panfleto a la ESMA, los marinos quedaron tan sorprendidos que llamaron a un experto del Ejército para averiguar qué era eso del Partido Comunista Marxista Leninista, al que no conocían. No podían creer el nombre".

EL PCML era un minúsculo grupo maoísta, no armado y de nula relevancia. Dos oficiales retirados, uno de la Policía Federal (Antonio Del Cerro) y otro del Ejército (Héctor Vergés), que participaron en la represión, consultados al respecto, dicen que jamás le asignaron importancia alguna. En el extenso listado de acciones terroristas perpetradas entre 1969 y 1979, compilado por la Junta militar en 1980, el PCML no figura. En los trabajos de historiadores sobre la época, Vanguardia Comunista solamente ocupa el papel de víctima, con varios de sus miembros muertos o desaparecidos por la Triple A y el gobierno militar.

Pero la Marina reaccionó con violencia digna de un enemigo poderoso. "El panfleto desencadenó una especie de furia completamente psicótica en la ESMA", dice Labayrú, y recuerda la reacción del capitán de fragata Jorge Acosta, el mandamás de la ESMA: "Acosta y otros decidieron una especie de secuestro masivo. Recuerdo a Acosta gritando: «¡Los vamos a chupar, son marxistas!» Una escena de él como un loco, como muchas otras veces, circulando por ahí en un ataque. Astiz estaría totalmente de acuerdo en hacerlo, pero la decisión, la orden partía de Acosta. Astiz no tenía graduación ni cargo allí que le permitiera decidir absolutamente nada sobre este tipo de cosas".

El secuestro de las madres, las monjas francesas y los jóvenes de Vanguardia parece haber sido una decisión tomada a último momento.

"No sé si tenían una decisión previa. Mi impresión personal es que no. De hecho, Astiz se había infiltrado

en otra serie de lugares, había estado yendo a la Asociación Cristiana de Jóvenes, y nunca había pasado nada. Yo tuve la ingenuidad de pensar que eso no iba a dar lugar a lo que ocurrió luego, lo que a mí me dejó destrozada. Además no había ningún precedente y sí había muchos intentos de infiltraciones. Poco tiempo después empezaron a infiltrarse en todo el tema de los periodistas extranjeros que venían a Buenos Aires para el Mundial de Fútbol. Los iban a buscar a Ezeiza, organizaban salidas, todo esto arreglado con gente del Ministerio de Relaciones Exteriores. De hecho, la ESMA desde principios de 1978 montó una especie de oficina dentro de Relaciones Exteriores, donde trabajaban algunos secuestrados".

Labayrú confirma que Astiz estaba convencido que las Madres de Plaza de Mayo eran dirigidas por jefes guerrilleros: "Al principio lo que buscaban era gente de Montoneros en estos grupos. Cuando yo veía lo que Astiz decía y lo que ellos recogían, que era que había militantes, pero que no eran montoneros, entonces pensaba que ahí no pasaba nada, que era una de las muchas actividades que estos tipos a fines de 1977 organizaban cuando ya no podían recoger más gente. Tenían que tener la mano de obra más o menos activa haciendo cosas para, de alguna forma, justificar toda esa estructura".

El secuestro de las monjas francesas causó un revuelo internacional. Las autoridades del Ejército llamaron a la ESMA para preguntar si la Marina las tenía en su poder. "Los días posteriores recibieron llamadas del Ejército que preguntaban quién había sido el loco al que se le había ocurrido secuestrar a toda esta gente. Recuerdo que Acosta dijo que lo habían llamado a él preguntando si ellos eran los que habían hecho esa barbaridad. Él dijo que no y se empezó a manejar la cosa con una especie de secretismo. Frente a esto, Acosta actuó, lo hizo más de una vez: entre soltarlos y matarlos, decidía matarlos".

Labayrú dice no comprender exactamente por qué se la obligó a la tarea. Astiz había sido acompañado en una anterior ocasión por otra secuestrada y en dos ocasiones más por muchachos de entre nueve y trece años que presentaba como sobrinos o hermanos.

"No sé quiénes fueron esos niños. La otra secuestrada era una mujer conocida en la militancia. Ella argumentó que la podrían reconocer madres de la Plaza. Entonces decidieron mandar a una persona que pudiera ser una hermana menor de Astiz. Me eligieron a mí".

Labayrú no lo dice, pero la primera acompañante de Astiz fue Norma Susana Burgos, una militante secuestrada en enero de 1977. Cuando Astiz fue enviado a lo de Burgos a secuestrar a la jefa montonera María Antonia Berger, equivocó la presa y regresó trayendo en el baúl de un taxi a la adolescente suecoargentina Dagmar Hagelin, una amiga de Burgos que por casualidad había tocado el timbre de su casa sin saber que un grupo comando se hallaba oculto adentro. "Es que la suequita se parece a la Berger", se excusó Astiz ante sus camaradas de la ESMA.

"Lo cierto es que él llevaba meses en esta historia de la infiltración", prosigue Labayrú. "Supongo que tiene que haber ocurrido algo para que se me pidiera acompañarlo, pero no lo puedo decir con absoluta certeza porque tampoco yo hablaba con él íntimamente. Era una cuestión muy difícil. Él lo sabía y ese tipo de cuestiones no me las transmitía. No es que venía y me contaba o me confesaba lo que hacía y no hacía. Lo que sí recuerdo es que hacía por lo menos tres meses que estaba en este asunto y que no tenía la menor dificultad. Iba, hablaba, obtenía información".

Los familiares recuerdan a Labayrú como una chica "muda" que con cara de infinita tristeza llegaba de la mano de Astiz a las reuniones que ellos celebraban. ¿Labayrú recuerda esas reuniones?

«Vagamente. El otro día pensaba; «¡Pero si yo estuve en la iglesia de la Santa Cruz!» Entonces trataba de reconstruir y me llegaba una sola imagen, un salón muy grande con unas sillas formando un óvalo." Es una descripción exacta del salón parroquial de la iglesia de la calle Estados Unidos a1 3100.

Labayrú tenía poco margen de maniobra. Su propia vida, la de su pequeña hija y la de toda su familia pendían de un hilo que controlaba la ESMA: "Decidieron no matarme sólo diez días antes del parto, casi cinco meses después de haber sido secuestrada. Que mi padre fuera un militar retirado no influyó en absoluto, no sólo eso sino que Acosta, cuando me encontraba por los pasillos me decía: «¡A tu padre lo vamos a chupar por traidor!» Tenían esa idea porque siendo militar retirado y sabiendo de mis actividades no me había entregado".

Labayrú conversaba con Astiz en el auto en que él la llevaba a las reuniones con las Madres de Plaza de Mayo. "Por supuesto que hablábamos. Él me decía lo que había que hacer y me comentaba a grandes rasgos. Pero eran temas muy delicados y él sabía que yo no estaba feliz de ir allí. Habré ido en total cinco veces, seis veces, no más, y no tengo recuerdo de haber hablado mucho con nadie, lo mínimo, para que Astiz no pensara que yo estaba conspirando contra lo que él hacía".

Apenas un centenar del total de 4500 personas secuestradas por la ESMA sobrevivieron, seleccionadas arbitrariamente para servir las ambiciones políticas del entonces comandante de la fuerza, Emilio Massera. La ESMA sufrió en cambio una sola baja, el teniente de fragata Jorge Omar Mayol , que entregó su vida para salvar la de sus compañeros arrojándose sobre una granada a punto de explotar durante un operativo, el 19 de julio de 1977 en la esquina de Santa Fe y Oro.

A mediados de 1978, Astiz cargó a Labayrú y a su pequeña hija en un auto y las llevó al aeropuerto de Ezeiza. Enarbolando su credencial militar, pasó veloz

por los controles migratorios. La joven madre rubia que había enternecido el corazón del teniente partió para España. Jamás se volverían a ver.

El 30 de julio de 1984, en la embajada argentina en Madrid, la ahora diputada Graciela Fernández Meijide tomó, como integrante de la Conadep, un testimonio demoledor en el que Labayrú daba los detalles esenciales de la infiltración de Astiz. Los secuestros de los familiares de los que se reunían en la iglesia de la Santa Cruz y las circunstancias en que ocurrieron quedaron ampliamente demostrados en el juicio a las juntas militares. El testimonio de Labayrú formaría parte de la evidencia que logró la condena del ex almirante Massera en 1985.

Labayrú ha tenido tiempo para reflexionar sobre los motivos tras la infiltración. "Hay muchas lecturas. Las infiltraciones que hacían no respondían a una lógica, ni siguiera a una lógica asesina. Había una serie de hechos que traspasaban lo manifiesto. Meterse entre las madres tiene un simbolismo evidentísimo y había todo un proceso mental en algunos de ellos. Astiz era una persona que padecía muy agudamente la necesidad de exculparse a través de una conducta de respeto, de aprecio y de ayuda a una serie de secuestrados. En el caso mío era totalmente cierto, pero Astiz tuvo una relación muy intensa con mucha gente allí dentro. Había fenómenos de síndrome de Estocolmo por nuestra parte, pero también por la parte de ellos. En algunos casos hubo oficiales que quedaron muy trastornados. No es el caso de Acosta. El caso de Acosta es un caso clínico, pero con un grado de conciencia de lo que hacía total y absoluto y sin fisuras".

La suerte final de los doce desaparecidos en el caso de la iglesia de la Santa Cruz sigue siendo misterio para Labayrú. "No tengo ninguna información concreta. Cuando alguna persona que ellos decidían asesinar tenía alguna relevancia por algo o tenían especial miedo de que el cadáver pudiera aparecer, lo que se hacía era

una especie de asadito con los restos en unos descampados por la zona. Se quedaban allí hasta que se consumían las cenizas y no quedaba rastro. Esto lo hacían con gente singular. En el caso de Alice Domon, como ellos eran conscientes del escándalo que se estaba produciendo, la lógica indicaría que habrían optado por una cosa así. Pero era mucha gente, entonces no sé si habrán montado un vuelo especial. La verdad es que no lo sé".

Labayrú ha rehecho su vida en Europa. Ha adquirido la ciudadanía española. Se ha vuelto a casar. Ha vuelto a tener un hijo. Se recibió de Psicóloga y ejerce la profesión. Los regresos a la Argentina para visitar a sus familiares han sido difíciles. "He estado en cenas donde sin saber quién era yo hablaban de Astiz como si fuera Robert Redford".

Labayrú ha sido severamente cuestionada por su papel en la infiltración. "He tenido la idea de que esa gente que me criticó no discriminaba entre los que eran víctimas y los que eran verdugos. Me trataban como si fuera una persona que no había sido secuestrada. Me sorprende que no hicieran una distinción tan elemental. Creía que el horror se había terminado cuando salí de ahí adentro. Luego me tocó vivir durante muchos años un castigo en que la gente ni siquiera quería oírme, se me negaba la posibilidad de la más elemental defensa".

La actitud de la dirigencia de Montoneros en el exilio era especialmente complicada. "Firmenich y compañía literalmente mandaron a un suicidio entre comillas a miles y miles de jóvenes sin el más mínimo prurito. He leído documentos allí en la ESMA que llegaban de la dirigencia de Montoneros, desde Roma, donde decían que el costo de la guerra revolucionaria iba a ser de diez a quince mil jóvenes que iban a dar su vida, pero que era el precio de la guerra. Mientras, ellos tomaban el café en el Trastevere. Tú que tenías veinte años y estabas allí dentro decías, yo por lo menos decía: «¡Vaya, vaya!» Me parecía penoso estando allí dentro.

Me sigue pareciendo mucho más penoso desde la perspectiva actual".

Queda una pregunta inevitable para comprender el verdadero motivo por el cual el teniente se hizo acompañar por la cautiva. ¿Estuvo Astiz enamorado de Labayrú?

"Él nunca forzó la situación. En todo caso, no veía con buenos ojos las relaciones entre los oficiales y las secuestradas. Sentía conmigo una vinculación de clase y de raza. Respetaba a mi familia y el hecho de que era casada y una joven madre. Le estaré eternamente agradecida de que se haya comportado así sintiendo lo que sentía. Era un suplicio quedar sola en la compañía de otros oficiales que no mostraban esa consideración".

EL INFILTRADO

Uki Goñi

Edición 2011

Gratuita para su descarga por Internet